
LA SELVA
que nos
PERTENECE
CAROL LUJÁN

LA SELVA QUE NOS PERTENECE

FLOR DEL ZAIRE 2

CAROL LUJÁN

Segunda edición, febrero de 2026
Copyright© 2021 Carol Luján
Ilustradora: @adriana_oftheseas_art
Diseño cubierta: Rachel's Design
Maquetación: Rachel's Design
Web de la autora:www.carollujan.com
Instagram autora @carollujan_escritora

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual. (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

A Thor, la estrella más brillante de mi firmamento.

Te quiero.

A los que creísteis en mí,

¡Gracias!

Enfrentamos el miedo y la vulnerabilidad
para tener la vida que anhelamos.
Brené Brown

ÍNDICE

Mapas

Aviso Importante

Música

1. El problema
2. La familia
3. La caza
4. El comandante
5. La revelación
6. El deseo
7. La víbora
8. El plan
9. La F. A. Z.
10. La huida
11. La propuesta
12. El sacerdote
13. La ceremonia
14. La declaración
15. La selva
16. La muerte
17. La resurrección
18. Los celos

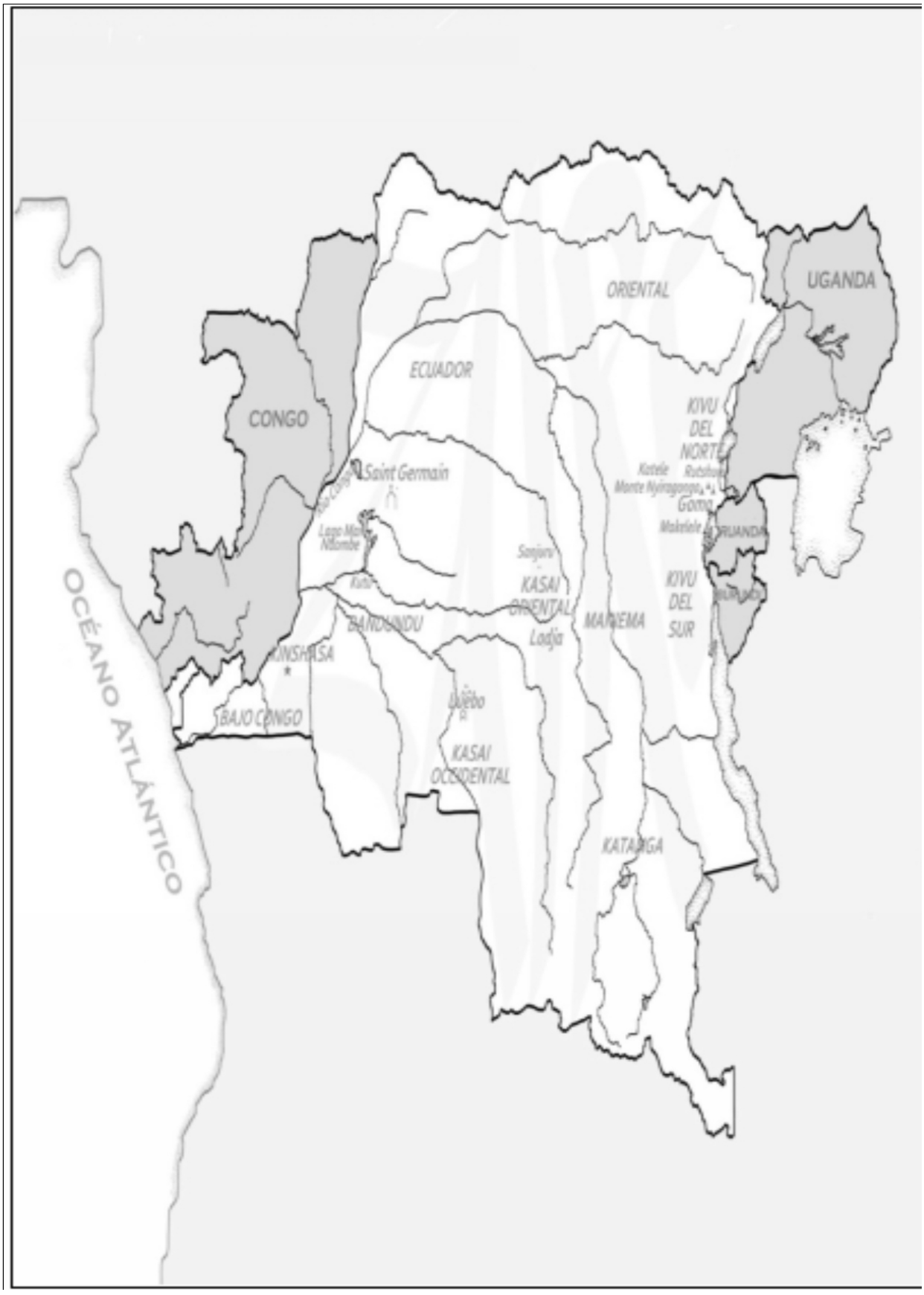
19. La comunicación
20. La revuelta
21. La despedida
22. La buena nueva
23. Buenas noticias
24. La fiesta
25. Kivu del Norte
26. El reencuentro
27. La discusión
28. La venganza
29. La piel del oso
30. Jacques
31. La sombra

Agradecimientos

Nota de la autora

Biografía




ORIENTAL
UGANDA
ECUADOR
CONGO
KIVU DEL NORTE
Saint Germain
Kisangani
Goma
RUANDA
KASAI ORIENTAL
KIVU DEL SUR
MANIEMA
Lodja
BANDUNDU
KINSHASA
BAJO CONGO
Ujiebo
KASAI OCCIDENTAL
KATANGA
OCÉANO ATLÁNTICO

AVISO IMPORTANTE

DESCARGA GRATIS LA PRIMERA NOVELA

Antes de adentrarte en esta historia, hay algo importarte que debo contarte. *La selva que nos pertenece* es la segunda novela de la saga Flor del Zaire.

Si aún no has leído la primera parte, es posible que te pierdas entre sus frondosas selvas, caudalosos ríos y secretos aún sin resolver.

Si esta es tu primera vez en el universo de *Flor del Zaire*, te invito a leer la saga desde el principio, completamente gratis.

Escanea el código QR de la siguiente página y *La tierra donde nos encontramos* es tuya.

MÚSICA

Si ya has leído la primera novela, aquí tienes la música de esta segunda parte, *La selva que nos pertenece*, para que vivas esta experiencia con todos tus sentidos.

Escanea el código QR y disfruta de esta banda sonora emocional, creada para acompañarte en cada capítulo, en cada escena, en cada palabra y en cada silencio contenido.

1

Norte de la provincia de Kasai Occidental.

Camila observaba el hermoso paisaje que tenía ante sus ojos; le recordaba a su niñez, cuando vivía con sus padres en la pequeña misión que ellos habían creado en Luebo. Se sentía en casa. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación; la sensación de estar en el hogar, de estar rodeado por los suyos. Se sintió feliz por unos instantes.

El paisaje que los envolvía era espectacular. A través de los escasos espacios que había entre los inmensos árboles de más de cinco metros y de la maleza, se podía observar el negro río Luilaka, que después desembocaría en el río Zaire. En ocasiones, la carretera se adentraba en la selva hasta la orilla del río y dejaba ver una variedad de flora y fauna a su alrededor que la hacía estremecerse: cocodrilos, hipopótamos, monos de todas las especies y colores, pájaros… Sin lugar a duda, el animal que más le gustó fue un mono pequeño que tenía el morro blanco.

Jerome le había explicado que esos eran los cercopitecos de nariz blanca y que era una especia que estaba amenazada. Camila, después de aquella experiencia con todos aquellos animales –que tampoco eran muchos, por lo que le había explicado el comandante y por lo que recordaba de su niñez; ya que solían esconderse de los humanos–, supo que, si Jerome la hubiera dejado en medio del camino como estuvo tentado a hacer, no habría sobrevivido ni un solo día en aquella espesura. Se sintió agradecida de que no la dejase cometer la locura de marcharse de allí sola en un arranque de rabia. Lo miró y le sonrió al darse cuenta de que él también la estaba mirando en ese momento. Él también le sonrió.

—Comandante, todo este paisaje me resulta bastante familiar, ¿dónde estamos?

—Es normal que le resulte conocido. Estamos en el territorio de Luebo, en Kasai Occidental.

Escuchar que estaban tan cerca de donde había vivido durante los diez primeros años de su vida hizo que todo su cuerpo se estremeciese y que todos los poros de su cuerpo se pusieran de punta. Ahora entendía por qué había tenido esos sentimientos hogareños y a la vez nostálgicos. Estaba cerca del que había sido su hogar y al que no había vuelto desde el asesinato de sus padres. Comenzó a faltarle aire en sus pulmones.

—¿Se encuentra bien?

La había visto palidecer. Vio cómo su pecho se inflaba en busca de aire. No, no se encontraba bien. «Otra vez no, por favor», pensó al ver que ella se estaba poniendo igual que cuando se enteró de la muerte de Eve.

—¿Dónde está su inhalador? —preguntó preocupado.

—Mochila.

Señaló la parte trasera del camión. Buscaba el aire, pero entraba con dificultad. Se empezó a poner nerviosa.

—André, conduces tú.

Paró el vehículo. Bajó y corrió hasta la parte de atrás del camión, dio unos golpes para que le abrieran. El sargento Nocólas le entregó la mochila de Camila y agua, tal y como le había pedido. No les dijo nada a Declan ni a Lucréce para no preocuparlos, pero si veía que se ponía muy mal, les avisaría. La situación estaba bastante tensa entre todos como para ahora acrecentar la tensión con algo que podía ser de fácil solución, o eso era lo que él esperaba, por lo menos. Se subió a la cabina y buscó entre sus cosas el inhalador. No lo encontraba. Sacó todo y lo fue poniendo sobre el salpicadero. Lo encontró en un pequeño bolsillo que había dentro de la no muy grande mochila. Se lo entregó.

André comenzó la marcha, no sin mirar a su amigo y a ella con bastante preocupación. Por Samuel y por el mismo Jerome, sabía que Catherine, la madre de ambos, había muerto por una crisis como la que le estaba dando a la falsa monja en ese momento.

Ella introdujo la boquilla del inhalador en su boca y aspiró a la misma vez que apretaba el fuelle. Jerome agarró el primer trapo de

ropa que vio y lo mojó con agua.

—Está mejor, ¿verdad?

Ella asintió; todavía le costaba respirar, pero mucho menos que antes.

—Hágase para adelante.

El paño húmedo que tenía en la mano comenzó a pasárselo por la nuca para refrescarla.

—¿Mejor?

Ella asintió y volvió a meter la boquilla en su boca e inhaló. Estaba comenzando a respirar sin tanta dificultad. Empezó a respirar rítmicamente para ver si se relajaba y favorecía la entrada de aire.

—Eso es, respire despacio, note cómo entra el aire en sus pulmones —le decía con suavidad mientras seguía refrescándole el cuello.

Jerome supo que ya estaba mejorando al ver que el silbido que salía de sus pulmones iba disminuyendo. Sonrió a su amigo André, que también se había dado cuenta de su mejoría.

Ella notó cómo su cuerpo empezaba a relajarse. Ya respiraba mejor y los nervios por la falta de aire estaban cediendo a la tranquilidad.

Las friegas que Jerome le estaba dando con el húmedo trapo la hicieron estremecerse de repente, parecían ligeras caricias sobre su cuello. La mano fuerte de él comenzó a bajar despacio por la espalda, hasta donde el cuello redondo de la camiseta de tiros lo dejó, lo que hizo que una agradable sensación se alojara debajo de su monte de Venus. El roce de sus dedos sobre su piel le recordaba el torso desnudo de Jerome sobre su cuerpo aquella noche en Saint Germain. ¡Dios, cómo ansiaba estar con él!

Se puso tensa al notar que subía muy despacio hacia su largo cuello, entreteniéndose en cada músculo de su espalda lo suficiente como para que ella quisiera más. Todo su ser se estremecía de placer. Deseaba más. No se detuvo y bajó hasta el escote de su pecho realizando ligeras presiones sobre su anhelante piel. Camila notó que su respiración se volvía a acelerar, pero esa vez no por falta de aire, sino por la apetencia tan grande que su cuerpo tenía de él.

Jerome, que estaba envuelto en un frenesí de deseo, no podía dejar de tocarla. Necesitaba de ella. Abandonó el escote sabiendo que ella más no le permitiría. Le bajó el tiro de la camiseta y siguió acariciándola mientras le refrescaba uno de sus blancos y delicados hombros. Sus dedos comprobaron al tacto que no llevaba sujetador. Cerró los ojos y se contuvo, por un instante tuvo la tentación de juguetear con uno de sus turgentes pechos. Le apartó el pelo de la cara mientras observaba la redondez de su seno y el endurecimiento del pezón que se marcaba a través de la camiseta. Quería ver su angelical rostro. Era tan hermosa.

—Comandante, creo que Camila ya se encuentra mejor, ¿verdad, hermana? —dijo André quitándole el paño de las manos.

Jerome se quedó sin saber qué hacer ni qué decir. Por unos instantes se había olvidado por completo de que André estaba con ellos y se había dejado llevar por las ganas que tenía de ella.

—Sí, sí, me encuentro mejor —dijo tratando de que no se le notase lo que había sentido con las caricias de Jerome. No se atrevía a mirar a ninguno de los hombres a la cara—. ¿Podemos parar? Creo que me vendría bien caminar un poco para terminar de recuperarme.

Necesitaba salir de allí, se sentía azorada por todo lo que su cuerpo había experimentado. Quería más.

—Sí, así los hombres también podrán estirar las piernas —dijo Jerome, que no sabía cómo colocarse para que no se notase el estado de excitación en el que se encontraba.

André paró y Camila se bajó con rapidez del camión aturdida por todo lo que acababa de suceder.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado? —lo reprendió André sin gritar demasiado, aunque le hubiera gustado hacerlo—. Dios mío, casi te abalanzas sobre ella. Creo que la pobre se ha bajado tan rápido porque no sabía cómo huir de ti. —Pensó en su suave tacto y se estremeció de placer—. ¿Por qué no vas a desahogarte antes de empezar la marcha de nuevo? Si sigues así —señaló el bulto de su entrepierna—, no creo que tu monja se atreva a subir.

—Ella tampoco se quejó, ¿no? —dijo a la defensiva.

—En eso te doy toda la razón. Anda, ve, no me marcharé sin ti —dijo divertido mientras se reía.

Jerome también se reía mientras se bajaba. Estaba eufórico. André y él habían caído en la cuenta de lo mismo. Ella en ningún momento le había pedido que parase. A ella también le había gustado. Sonrió metiéndose en la selva. A ella también le había gustado, se repitió.

Se rio. Necesitaba soltar la tensión de esos días. Su risa ahuyentó a algunos pájaros, a algunos monos y a un okapi1 que andaba por la zona, pero de cuya presencia Jerome no tuvo conciencia en ningún momento.

Camila no hacía más que pasear de un lado a otro del camino. Su cuerpo, alterado por las caricias de Jerome, no la dejaba relajarse. ¿Cómo podía ser tan débil? Él le había estado haciendo un simple frotamiento con agua para refrescarla y relajarla, y ella había acabado encendida como si de una perra en celo se tratase. Solo esperaba que Jerome y André no se hubieran percatado de nada.

—Camila, ¿te ocurre algo? —Preguntó Declan, que estaba acompañado por Lucréce—. Te noto intranquila.

—No, solo estoy estirando las piernas —mintió—. ¿Qué tal con todos los hombres?

—Bien, aunque te digo una cosa—dijo Lucréce—, voy a proponerle a Jerome que, ahora que el río está tan cerca, ordene un baño colectivo con agua y jabón. Cuando estás dentro no te enteras, pero cuando sales y vuelves a entrar a aquel cajón, te das cuenta de que eso ahí dentro apesta a humanidad.

Ella se acercó a los dos para olerlos. Se apartó de inmediato.

—Si ahora mismo vuestras vidas dependieran de un abrazo mío, os aseguro que moriríais. —Los tres se rieron—. Apoyo tu moción de darse un baño.

—¿Y tú, qué tal en la cabina con el comandante y el teniente?

No pudo evitar sentirse incómoda por la pregunta de Lucréce.

—Bien, aunque las cosas siguen un poco con tira y afloja.

—Camila —dijo Declan—, estoy seguro de que Jerome, si llega a saber que somos nosotros los que estamos en el camión antes de

secuestrarlo, no nos habría tomado como prisioneros. Nos habría dejado en Saint Germain.

—Sí, niña. Él está muy agradecido con vosotros por lo que hicisteis por él y por Hubert; pero, sobre todo, por lo que tú hiciste por él. El no dejaría que te pasase nada. Cuidó muy bien de ti cuando lo necesitaste. Y cuidará muy bien de ti. —Ella asintió.

Sí, había cuidado de ella cuando ocurrió el día trágico del desprendimiento, había cuidado de ella hacía unos minutos cuando le dio la crisis, había cuidado de ella evitando que cometiese la tontería de quedarse sola en medio de la selva. En medio del Corazón de las tinieblas, como él la llamó. Lucréce tenía razón, él no los habría secuestrado si hubiese sabido que eran ellos.

—Puede que tengas razón. —No quería dar del todo su brazo a torcer—. Pero lo que sí pienso es que, si no hubiésemos sido nosotros, hubiesen sido otros.

—Sí, pero la guerra es así —dijo Declan—. Y, ahora mismo, el país se está viendo abocado a ella. Puede que nosotros no entendamos sus motivaciones, igual que ellos tampoco entendieron las nuestras en la Segunda Guerra Mundial, o en la guerra Civil Española, o en las jacobitas; pero, Camila, si queremos estar en Zaire, a esto es a lo que nos exponemos. Tenemos que darle gracias a Dios de que fuese el comandante el que nos secuestrara y no otro. Si no, yo no sé ni en qué estado te encontrarías tú ahora, ni si estaríamos vivos o muertos. Con él sé que vamos a estar bien. Además, te lo digo como lo siento. Yo no me siento prisionero. Y Lucréce tampoco. Está claro que no es el viaje de mis sueños, pero… —Declan se interrumpió al oír la bocina del camión. Era el aviso para que todos subiesen otra vez al cajón inmundo.

Se sentó en la cabina, bastante más sosegada, aunque un poco violenta todavía por lo ocurrido. Pero como ninguno de los dos hombres hizo comentario alguno de lo sucedido, se sintió más tranquila y más cómoda. Se relajó.

En ese momento se dio cuenta de que encima del salpicadero estaban todas sus cosas. El último libro que se estaba leyendo, *Los pilares de la Tierra*, de Kent Follet, sus camisetas, sus camisas, su pantalón, sus braguitas, sus dos sujetadores, sus calcetines, el

neceser por un lado y las compresas, el gel, el champú, el desodorante por otro; su pequeña colección de fotos de las que no se separaba, el pasaporte… Todo. Pero lo que más la incomodó que estuviese allí encima era la foto doblada del comandante que llevaba siempre encima desde que se separó de él hacía casi cinco meses. Esperaba que ninguno de los dos la hubiese visto, si no, a ver qué explicación les iba a dar.

Al recoger, fue lo primero que metió en la mochila seguido del neceser, las camisas y camisetas, el pantalón y la ropa interior. Esta última había tenido que pedirle a Alicia por radio que se la comprara porque la que ella tenía se la había roído un ratón en la misión. Cuando vio las bragas y sujetadores que le compró, le parecieron bonitos, pero demasiado provocativos. Sin embargo, no era cuestión de deshacerse de ellos por eso; nadie se los vería.

Jerome observaba cómo doblaba minuciosidad toda la ropa y la metía dentro de la maleta. Sonrió. Recordaba que la habitación de Saint Germain siempre estaba ordenada y recogida. Se fijó en las braguitas que estaba doblando, se la había imaginado muchas veces vestida en ropa interior de color blanco, como si de una mujer pura y casta se tratase. Pero estaba claro que eso de ser pura y casta no iba con ella. Ese no era el tipo de braguita, ni de sujetador, que usaba una monja. Volvió a notar cómo su cuerpo respondía al imaginársela con esa ropa puesta.

—Oh, oh. Tenemos problemas —dijo André mientras comprobaba que su arma estaba a mano.

Camila dejó de doblar el sujetador y Jerome dejó de observar su ropa interior. De inmediato, su excitación sexual se transformó en la excitación que sentía siempre antes de un combate. Delante de ellos había una pareja de guardias civiles que les hacían señas para que parasen. Según como terciasen las cosas, acabarían o bajo tierra o de nuevo en casa con sus mujeres pasando una velada agradable. Jerome verificó que su pistola seguía ceñida a la cintura del pantalón, le quitó el seguro y bajó la ventanilla del todo. Le entregó a Camila el *walkietalkie*, y le dio instrucciones de que en todo momento tuviera pulsada la tecla para hablar. Eso sí, siempre procurando tenerlo escondido para que no lo vieran. Quería que sus

hombres escuchasen sin perder detalle alguno la conversación que iban a mantener con los dos guardias, por si era necesario actuar.

Ella, nada más escuchar sus órdenes, apretó el botón del aparato con todas sus fuerzas. Había visto que Jerome y André se habían puesto en guardia y temía que algo grave sucediese. Se puso bastante nerviosa, sobre todo, porque no sabía si por su culpa la Guardia Civil estaba ya avisada de lo del secuestro y trataban de rescatarlos. No quería que le sucediese nada a Jerome. Si a él le pasase algo, ella jamás se lo perdonaría. En ese momento se arrepintió de haberle dicho al padre Maurice que los habían secuestrado.

—Silencio —les ordenó el sargento Nocólas a todos sus hombres —. El comandante quiere hablar con nosotros.

Los pocos que estaban hablando en ese momento se callaron de inmediato y el cajón quedó en completo silencio.

—*Buenas tardes, señores agentes de la Guardia Civil* —oyeron decir al comandante los seis hombres y los dos invitados, como solían llamar los soldados a Lucréce y a Declan. De inmediato, todos menos los invitados agarraron sus armas con bastante sigilo a la espera de una orden—. ¿En qué podemos ayudarlos?

—Buenas tardes, señores —dijo uno de los guardias civiles, con un acento que a Camila le resultaba familiar. El otro estaba detrás de este sin decir nada—. Soy el cabo Kande, estamos haciendo controles de rutina por la zona. ¿Tienen algo que declarar?

—No, nada que declarar —contestó André.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó.

Camila reconoció el acento, no era de Luebo, era de la provincia Oriental.

—Nos dirigimos a la mina de cobre de Kananga —explicó Jerome.

—¿No están un poco lejos? Les quedan cerca de cuatrocientos kilómetros. Más cerca le queda la mina de diamantes de esta zona, es de la misma empresa.

—Lo sé, pero nos han contratado en Kananga y no en Luebo, y allí vamos.

—¿Y la niña blanca también va a trabajar en las minas de cobre? —dijo el hombre con sarcasmo.

Jerome hizo un movimiento para sujetar el arma, imperceptible para el guardia civil desde donde estaba situado, pero muy perceptible para ella que estaba a su lado. Como siguiesen las preguntas por donde iban, el hombre iba a terminar con un tiro en la cabeza.

—No, cabo Kande —dijo Camila, con la sonrisa y el tono más coqueto que los nervios le permitieron—. Puede que parezca una niña, pero no lo soy. —Se puso el pelo detrás de la oreja de la forma más sugerente que supo. Se acercó a Jerome y le tomó la mano—. Si a mi marido lo mandan a trabajar en las minas de cobre, como usted comprenderá, no puedo a dejarlo solo. Ya sabe cómo somos las mujeres, nos gusta tener a nuestros hombres cerca. —Se fijó en la alianza que llevaba el cabo en el dedo anular—. ¿Me va a decir que su mujer no es igual? —El hombre se rio. Camila comprendió que estaba afirmando su pregunta—. Vamos, que ella no es tonta y no piensa dejar escapar a un elemento como usted —dijo apelando a su orgullo masculino. El hombre se reía con más ganas.

—Sí, señora. Cuando nos trasladamos a la región de Luebo, mi mujer no dejó que en ningún momento me viniera sin ella.

—Lo ve, cabo. Una debe tener a buen recaudo lo que es suyo, ¿verdad, cariño? —le dijo a Jerome con una sonrisa de oreja a oreja.

Nunca hubiera imaginado que Camila tuviera esas dotes tan grandes de actriz.

—Sí, mi amor —contestó sin saber bien qué decir.

—Imagino que atrás llevarán toda la mudanza.

—Sí, aunque tampoco es mucho. Pero, gracias a Dios, el antiguo jefe de mi marido se apiadó de nosotros y le prestó el camión a mi cuñado para poder llevarlo todo. Si no, tendríamos que haber dejado muchas cosas en nuestra antigua casa.

—Nosotros tuvimos que dejar algunas de nuestras cosas en casa de mi suegra —dijo con pena—. Pueden proseguir. —Jerome no podía creer que Camila lo hubiese conseguido—. Si no les importa pagarnos unas cervecitas. Con el calor que hace, la verdad es que las necesitamos.

Ya le parecía extraño que no pidiesen.

—¿Cuánto necesita? —preguntó Jerome buscando la cartera en el bolsillo del pantalón.

—Con cuarenta mil francos (casi cien euros) nos dará.

Con eso les daba para comprar cervezas durante meses, pensó mientras sacaba el dinero de la cartera y se lo entregaba. Apenas quedaba más dinero.

—Gracias. Y que tengan un buen viaje. Y, por cierto, señora, discúlpeme por haber pensado que era una niña.

—No se preocupe, cabo. —Le sonrió—. Es todo un halago que haya creído que soy más joven de lo que en realidad soy. Gracias a usted por eso.

Soltó aliviada el botón del *walkietalkie*, todo había quedado en una falsa alarma.

El hombre, que de haber sido blanco se le habría notado lo colorado que se había quedado, se despidió de ella con una sonrisa tímida. Estaba claro que se había confundido con ella; era toda una señora, se dijo cuando vio alejarse al camión.

—André, ¿has visto el pedazo de actriz que tenemos sentada a nuestro lado? —André se rio de júbilo. No habían tenido que usar las armas. Jerome, que todavía le sujetaba la mano, se la besó. Camila volvió a notar cómo su cuerpo se encendía—. Ha sido fantástico. —Le sonrió.

—Lo que hace una voz seductora y una cara bonita —dijo André riendo—. ¡Que Dios salve a las mujeres! —Los tres se rieron—. Bueno, hermana, y ¿qué le ha parecido tener a Jerome de marido?

—Ha sido interesante —contestó riendo.

—Si tan interesante le ha parecido, ¿por qué no deja a Dios y se viene conmigo? —dijo con toda intención—. Si ahora le ha parecido interesante y solo ha sido durante unos minutos, imagínese toda una vida.

—Como me puedo imaginar toda una vida a su lado, creo que lo mejor será quedarme del lado de Dios —dijo en el tono más neutro posible.

—Usted se lo pierde —dijo con una pícara sonrisa tratando de que no se notase que sus palabras le habían molestado.

Ella se había imaginado muchas veces lo que sería estar toda una vida al lado de él. La idea le atraía de una manera extraordinaria, pero sabía que él estaba bromeando. Ella se soltó de su mano, a la que todavía estaba aferrada. Tocarlo estaba haciendo que desease tocarlo más. No podía permitir que le volviera a suceder lo de antes.

Él sabía que no era monja y ella seguía empeñada en la mentira de serlo. Ella quería que él siguiese pensando que lo era y, si eso era así, era porque ella no estaba interesada en él. Si ella no había protestado cuando le acarició el pecho, era porque sus caricias en ningún momento despertaron en ella ni malestar ni placer, le fueron indiferentes. «Fuiste un estúpido por pensar que ella te deseaba, también la besaste y la acariciaste en Saint Germain y después todo quedó en nada». El resto del trayecto se lo pasó en silencio o hablando con André; de ella no quería saber nada.

—Hermana es usted una genio —le dijo Baslie mientras montaban el campamento—. No pensaba que las monjas tuvieran esas artes de seducción tan a flor de piel.

El resto de los hombres se rieron al igual que ella. Jerome solo sonrió.

—Comandante, ha debido ser divertido ser marido de una monja durante un rato —dijo Valerién sentado delante de un montón de hojas secas para hacer el fuego.

—Sí, lo fue por un momento. —Trató de no darle más importancia a las bromas.

—Sí. —Pierre sacaba de una de las mochilas el arroz y el pescado ahumado—. Sobre todo, porque suena muy pecaminoso. —Todos se volvieron a reír—. ¿No les parece?

—Si yo hubiera sido el comandante —lo interrumpió Renaud—, habría aprovechado la coyuntura.

Camila supo a qué se refería con aprovechar la coyuntura. La sonrisa que tenía por los comentarios que estaban haciendo los hombres desapareció de su rostro. El soldado Renaud le gustaba cada vez menos. No era la primera vez que hacía ese tipo de

insinuaciones. Ya había ocurrido en el camión delante de todos; pero, en dos ocasiones más, había esperado a que estuviera sola y le había dicho todo tipo de barbaridades. Las dos veces se había salvado de que el hombre llegase a más porque Lucréce había aparecido en ese momento. Tenía que evitar a ese hombre como fuera.

André vio, con el único ojo que le quedaba sano, cómo las caras de Camila y de Lucréce se ponían tensas por el comentario que había hecho Renaud. En una ocasión lo había visto hablar con Camila y casi se había abalanzado sobre ella. Por fortuna, en ese momento había aparecido Lucréce, si no, hubiera tenido que arrestar al soldado. Conociéndolo como lo conocía, sabía que a él le daba igual que fuese una monja o lo que fuera. A Renaud le gustaban demasiado las jovencitas y, si eran niñas, mejor. Detestaba a ese hombre, pero el coronel lo había puesto en su unidad por lo bueno que era en su trabajo y no le quedaba otra que aguantarlo.

—Tú siempre pensando en la coyuntura —dijo André. Todos se rieron—. Deja de pensar tanto en ella y mueve tu culo. Vigila el camión, quiero que te pases toda la noche escuchando la emisora de radio a ver qué dice la Guardia Civil de nosotros.

—Esta noche le toca a Valerién —le recordó Renaud.

—¿Está desobedeciendo una orden de su teniente? —le preguntó Jerome.

—No, mi comandante. —El hombre se puso tieso como una vela.

—Ya me parecía a mí. Retírese.

El soldado se marchó en dirección al camión, que estaba a unos cincuenta metros escondido entre los inmensos arbustos.

—Jerome. —André lo agarró del brazo y lo apartó del grupo—. Tienes que vigilar a Camila. —Él lo miró sin comprender—. No me gusta cómo Renaud la mira, creo que han tenido algún que otro encontronazo. Ya me entiendes. Vigílala, que ya me encargo yo de vigilarlo a él.

—¿Ese hijo de puta le ha hecho algo? —preguntó fuera de sus casillas—. Lo mato.

André lo agarró para que no fuera detrás de él y cometiera alguna tontería.

—No, no le ha hecho nada. —No estaba seguro de eso, pero no quería mortificar más a su amigo—. Pero ya lo has oído. Él habría aprovechado la coyuntura. Ya sabes lo que a ese desgraciado le gusta. Y siento decírtelo, pero… tu monja es su tipo.

André esperó a que Camila estuviera a solas para poder hablar con ella. Entendía que le debía una disculpa y no había podido dársela desde que supo la identidad de ella.

—Hermana.

Camila, que en ese momento se dirigía a su esterilla, se detuvo.

—Sí, teniente.

André tomo aire y habló.

—Siento lo del golpe y siento todo lo ocurrido —dijo con brusquedad—. Sé que, si no la hubiese golpeado, nada de esto habría pasado. Jerome no es amigo de hacer prisioneros, pero las cosas se me fueron de las manos… y después amenazaron con ir a la Guardia Civil… Lo siento, lo siento de verdad, le pido que me perdone.

A Camila le sorprendió oír las disculpas del teniente, sobre todo, porque jamás pensó que fuese un hombre que soliese pedirlas.

—Gracias por disculparse —le dijo con sinceridad—. De todas formas, si las cosas se le fueron de las manos, fue porque yo tampoco ayudé a que no se le fueran. No debería haberme enfrentado a usted. La responsabilidad no es solo suya, yo también contribuí. Le pido perdón por haber sido tan…

Buscaba la palabra exacta.

—Irracional, insensata, irreverente…

Ella se rio.

—Sí, tiene razón, fui todo eso y más. Buenas noches, teniente.

—Buenas noches.

André acababa de entender qué era lo que su amigo veía en esa mujer que a simple vista parecía una muchacha. Aparte de tener buen sentido del humor, cosa que apreciaba en la gente, ella consciente o no, acababa de repartir la responsabilidad de lo sucedido entre los dos y le había quitado la gran carga que sentía

encima por haber contribuido a hacer prisioneros a las personas que le habían salvado la vida a su mejor amigo. Esa mujer le estaba empezando a gustar.

El resto de la noche, Jerome apenas pudo dormir. No podía si no imaginarse que Renaud intentaba abusar de Camila, igual que la vez que se lo había encontrado tratando de violar a una niña que no tendría más de diez años en un poblado, al este de Maniema, en Wamasa. Lo tuvo arrestado por intento de violación el tiempo que tardaron en volver a Rutshuru. Cuando llegaron, el coronel Mwenze le quitó el arresto. Dijo que necesitaban hombres y que por esa nimiedad no iba a dejar una unidad sin un hombre. Jerome todavía recordaba la cara de la niña. Gracias a Dios, la pequeña solo tuvo magulladuras en la zona interna de los muslos y el labio roto. Pierre y él habían llegado, por casualidad, a tiempo para evitarlo.

Camila se pasó toda la noche sin saber qué hacer. Estaba muy cerca del lugar donde había vivido con su familia, a solo medio kilómetro. Había reconocido la carretera, los árboles, las plantas… Todo. Hasta la piedra en la que una tarde su hermano y ella se habían sentado a hacer *autostop*. Jacques se había enfadado con su madre porque no lo había dejado ir con su padre a un pequeño poblado que había al sur; le dijo que todavía era muy pequeño para ir con él. Su hermano había decidido fugarse y subirse al primer vehículo que pasase para ir en busca de su padre. Ella había ido con él para acompañarlo y que no se sintiese solo mientras esperaba. Al final, a quien paró, después de tres horas de espera, resultó ser uno de los hombres que colaboraba con sus padres en el dispensario, quien los llevó de nuevo a casa.

Recordaba que su madre al verlos los había abrazado y besado como una loca. Había estado todo el día preocupada porque no sabía dónde se habían metido. Camila sonrió al recordarlo; parecía que esos besos y abrazos la envolvían todavía. Entonces. supo qué hacer. Sus dudas de toda la noche desaparecieron. Tenía que sacar fuerzas de donde no las tenía e ir a ver el lugar donde había crecido, donde había sido tan feliz, donde habían asesinado a su familia.

Tenía que enfrentarse a sus miedos y aprovecharía que estaba tan cerca para hacerlo. Era entonces o nunca. Esperó a las primeras luces del alba y se alejó del campamento. En menos de una hora volvería y nadie se daría cuenta de que ella, durante ese tiempo, había estado fuera.

2

Cuando la luz comenzó a aparecer entre los árboles, Jerome escuchó un movimiento de alguien que se levantaba y de hojas que crujían al ser pisadas. Giró la cabeza y, para su sorpresa, vio que Camila iba en dirección opuesta a donde él estaba. Imaginó que iría al lavabo. Esperó a que volviera a aparecer, pero tras varios minutos esperando se preocupó; no podía tardar tanto.

Pensó en Renaud. Se levantó con rapidez. Después de agarrar su arma y sin hacer mucho ruido fue directo al camión; el soldado estaba dando cabezadas en el interior de la cabina. Se sintió aliviado. ¿Dónde se habría metido? Decidió buscar su rastro. La selva era un lugar bastante peligroso como para que ella la recorriera a sus anchas como si estuviese paseando por Saint Germain.

Después de encontrar ramas rotas, arbustos aplastados y plantas pisadas, siguió las huellas que evidenciaban que ella había pasado por allí. Se empezó a inquietar; llevaba más de cinco minutos caminando y no la encontraba, así que aceleró el paso. Justo cuando iba a comenzar a gritar su nombre, se vio en un inmenso claro de hierba, flores y plantas de pequeño tamaño, que había en medio de la selva.

—Estoy en un bais —se dijo sorprendido.

En el centro de este había una construcción sólida, de la que solo quedaban algunas paredes, y los huecos de las ventanas y puerta. De ella salía lo que debió ser en su momento una carretera que ahora estaba cubierta por un inmenso manto verde. En un lateral había otra construcción mucho más pequeña, pero medio derruida; parecía un antiguo granero. En el otro lateral había una especie de barracón rectangular, al que ahora le faltaban el techo y dos de sus cuatro paredes. Era la estructura más grande de las tres. A Camila no la veía por ninguna parte. Se adentró en el bais siguiendo sus

pisadas y la encontró sentada en la parte trasera de la construcción más sólida, arrancando unos hierbajos.

—Camila.

Ella, que no lo esperaba, dio un pequeño grito al escucharlo; la había asustado. Al ver que era él, se sintió tranquila de repente. Jerome se fijó que tenía los ojos enrojecidos, había estado llorando.

—Lo siento, no quería asustarla. —Se acercó a ella y se acuclilló a su lado, se había puesto de nuevo a arrancar la hierba—. ¿Qué hace aquí? —preguntó extrañado y a la vez preocupado.

Ella apartó unos hierbajos y pudo leer:

> Aquí descansan los restos de Cayetano, Chantal, Jacques
> y Agnés Oramas.
> Amados padres, hermanos e hijos.
> Descansen en paz.
> 27–10–1981

¿Cómo no se había dado cuenta antes de que estaban en la pequeña misión de Luebo que habían creado los Oramas? Debería haberlo imaginado. Se sentó a su lado y se puso a ayudarla a limpiar las malas hierbas que habían crecido sobre las tumbas. Ella se levantó cuando terminaron, arrancó algunas flores salvajes que crecían por los alrededores y las depositó delante de la lápida.

—Así está mejor.

Estaba orgullosa por lo bien que había quedado. Lo miró y él asintió. Ella le sonrió. Tenerlo a su lado, en este momento, había hecho que el arreglar la tumba de su familia no resultase una tarea tan dolorosa. Se lo agradecería toda la vida.

—Venga.

Le tomó la mano y lo guio hasta la puerta principal de la que fue su casa durante años. Temió entrar, temía que todos los recuerdos horribles de la muerte de su familia volvieran a ella como si de un caballo de Troya se tratase. Jerome, que vio que Camila dudaba, avanzó delante de ella y los dos entraron.

Camila no pudo evitar pensar que parecía desoladora, triste y mucho más pequeña.

—La recordaba más grande.

—Lo que pasa es que usted era más pequeña.

Ella sonrió.

—Jerome, no crea, no he crecido mucho desde aquella época. —Él no pudo evitar reírse por el comentario. Ella lo acompañó con una sonrisa—. Este era el despacho de mis padres —dijo mientras se paraban en la primera habitación de la derecha, la más cercana a la entrada de la casa. Ella se soltó de su mano y entró—. Aquí estaba el escritorio de mis padres; era inmenso, los dos trabajaban juntos en la misma mesa. —Se agachó—. Aquí fue donde cayó primero el cuerpo de mi padre y después el de mi madre. —Lo recordaba muy bien—. Yo estaba viéndolo todo, justo, desde donde usted está ahora.

Respiró hondo tratando de soltar todos los sentimientos que se agolpaban sobre ella.

—El despacho estaba lleno de muebles, tenía estanterías con libros por todas las paredes, el escritorio con sus sillas y dos sillones inmensos en los que se sentaba la gente cuando venía a hablar con ellos y en los que a mí me gustaba jugar. —Sonrió con nostalgia—. Recuerdo que mi hermana y yo les dábamos media vuelta y jugábamos a que esa era nuestra casa. Jacques se suponía que era el marido de alguna de las dos, pero nunca quería jugar. Al final, nos imaginábamos que nuestros maridos estaban de viaje en Saint Germain y que volverían en unos días. Lo pasábamos bien —dijo con lágrimas en los ojos.

Se las secó mientras salían de la habitación. No sabía cómo, pero se había acordado de aquello después de tantos años. Ella debía tener cuatro o cinco años cuando jugaban a eso. Estar allí le estaba trayendo recuerdos que estaban perdidos en su memoria. Era fantástico volver a reencontrarse con ellos.

—Este era el cuarto donde estudiábamos —dijo al entrar a una habitación que estaba casi derruida—. Aquí recibíamos clases a través de la radio. Eran muy aburridas, pero mi madre o Lucréce se encargaba de que no nos durmiéramos en los laureles. La señorita

Florence no era muy amena, ni muy divertida. Era un tostón de mujer. —Se rio al recordar su tono de voz sin oscilación alguna y siempre tan monótono—. Mi padre, cuando terminábamos las clases y, sobre todo, por la noche, usaba la radio para ponerse en contacto con otros radioaficionados. Era divertido escucharlo. Usaba palabras como delta, bravo, charlie, o el código Q, que es el código que usan los radioaficionados para comunicarse entre sí, pero del que jamás comprendí nada. Solo sabía que, cuando mi padre decía QRA Oramas, estaba diciendo mi nombre es Oramas

Sonrió de nuevo, recordaba haber estado sentada muchas veces en sus rodillas mientras él hablaba por el micrófono a través de las ondas. Echaba de menos es sensación de protección que sentía cuando estaba entre sus brazos. Decidió salir de allí. Si se quedaban más tiempo en esa habitación, acabaría llorando de nuevo.

—Este era el salón —dijo al entrar en una habitación mucho más grande que la anterior—. Mi madre no nos dejaba jugar aquí, solo nos permitía entrar cuando venían mis padrinos Declan o visita, y eso no solía ser muy a menudo.

Se rio.

—Recuerdo una vez que Jacques, Agnés y yo veníamos de la montaña de ir a buscar cristales y mis dos hermanos echaron una carrera para ver quién era el más rápido. Me dejaron atrás. Yo, que no entendía por qué no me habían propuesto correr con ellos, me enfadé y me eché a correr por el camino más rápido, que era el más peligroso, ya que había que atravesar selva, para demostrarles que yo era más veloz que ellos y que, para la próxima carrera, me tenían que invitar. Dese cuenta de que solo tenía seis años, ¿qué hacía yo compitiendo con un niño de once y con una niña de ocho…? Cuando divisé la casa ellos estaban atravesando el camino para entrar directos a ella. Como vi que no me iba a dar tiempo, me metí por esa ventana —señaló la que estaba más a la izquierda— y cuando llegaron, yo, muy chula, les dije: «Cuánto habéis tardado. Llevo rato esperándoos». Mis hermanos, los pobres, se quedaron a cuadros cuando me vieron dentro de la casa —sonrió al recordarlo —. Eso sí, Lucréce, que había dejado las ventanas abiertas para que se secase el piso que había estado limpiando, me echó una bronca

monumental, porque había llenado todo el salón y la casa de barro. Estuve dos días castigada sin poder salir a jugar. Pero me dio igual, después de eso me tomaron en serio y me dejaban participar en todas sus carreras, pero nunca más volví a ganar.

Jerome rio.

—Así que ya desde pequeña era de armas tomar, ¿eh?

—No creo que ahora sea de armas tomar. ¿O sí? —preguntó sin saberlo con exactitud mientras salían del salón—. De acuerdo, comandante —dijo al oírlo reír—, puede que a veces sea un poco terca.

Él la miró y le sonrió. No podía evitarlo, la quería. Ella también se quedó mirándolo con una sonrisa triste. Por un momento, Jerome quiso abrazarla y consolarla, imaginaba lo mal que debía estarlo pasando. No había vuelto a su casa desde que sus padres murieron. Y de eso hacía muchos años. Debían de estar aflorando en ella muchos sentimientos y recuerdos casi olvidados, como le ocurrió a él cuando, años atrás, regresó a su antigua casa, en un viaje relámpago que hizo a Kinshasa. Contuvo las ganas que tenía de abrazarla, no quería que ella se sintiese más incómoda y peor de lo que ya estaba. Y tampoco estaba preparado para un rechazo de su parte.

—¿Ahora a dónde me lleva? —le preguntó al ver que lo sacaba al pasillo.

—Lo llevo a la mejor habitación de toda la casa. La cocina —dijo mientras avanzaban por el pasillo—. ¡Vaya! —exclamó entristecida al ver que la habitación solo contaba con tres paredes de pie, la que daba al frente había desaparecido y el techo estaba en el suelo.

—No se preocupe, esa pared se puede volver a levantar cuando usted quiera —le dijo al ver la cara de decepción que se le había quedado al ver el estado tan lamentable de lo que ella consideraba el mejor cuarto de ese lugar.

—No, Jerome, no tengo ninguna intención de volver aquí. Me da pena verla así, en la cocina era donde en realidad se hacía la vida de la casa, pero no tengo intención de reconstruirla; es demasiado doloroso estar hoy aquí. Estoy segura de que, si usted no hubiese

aparecido, yo no habría entrado. Le estaré siempre agradecida por haberme acompañado.

—No diga eso, Camila, sé que usted se habría armado de valor y habría visitado este lugar. —Ella negó con la cabeza—. Sí, Camila, su problema es que no es consciente de lo fuerte que es. Tengo la certeza de que habría entrado sola.

Ella se sintió agradecida por esas palabras de ánimo.

—De todas formas, por muy fuerte que me sintiera, si quisiera reconstruirla, no puedo hacerlo; no es mía.

—Yo pensé que esto era de su familia.

—Sí, y lo era, pero cuando fallecieron, mis abuelos lo vendieron. Vendieron todo lo que mis padres tenían en Zaire. Para ellos este era un país maldito, no querían saber nada de él, aunque la única nieta que les quedase hubiera nacido aquí —dijo con rabia.

—¿Le molesta que sus abuelos pensasen eso de Zaire?

Ella asintió.

—Ya había perdido a toda mi familia y ellos decidieron alejarme de todo lo que conocía, de mis amigos, de mis padrinos, de Declan, de Lucréce, de la selva, de la montaña; de todo lo que yo quería y amaba. Para mí ellos eran unos desconocidos que me llevaban a un país desconocido, con un idioma desconocido, con cosas desconocidas… No sabía lo que era una televisión, ni un teléfono; aquí todo funcionaba con radio. No sabía lo que eran unas grandes carreteras, ni una gran ciudad; jamás había visto edificios tan altos, ni vehículos tan veloces, ni siquiera un semáforo. La primera vez que vi todo eso fue cuando mi padrino me llevó a Kinshasa después de la muerte de mi familia. Imagínese. ¿Cómo podían hablarme tan mal de un país que era lo único que conocía y que yo amaba? Tuvimos bastantes problemas por culpa de eso; ellos no me entendían y yo, a ellos, tampoco. Ahora, siendo adulta, los he podido comprender y perdonar. Sé que lo hicieron lo mejor que pudieron con lo que sabían y también hicieron lo mejor que pudieron aun sintiendo el dolor de haber perdido a su hijo, a sus nietos y nuera. Yo era lo único que les recordaba que una vez tuvieron familia. No supieron gestionarlo, al igual que yo tampoco supe cómo hacerlo. Pero no comparto la

manera en la que actuaron conmigo, prohibiéndome venir durante años.

—¿Por eso volvió después de tanto tiempo?

Ella asintió.

—Sí, aunque mi piel sea blanca como la leche y se queme al más mínimo contacto con el sol, yo soy zaireña, nací en Luebo, en esta casa, en aquella habitación. —Señaló el último cuarto del pasillo—. Yo no podía permitir que nadie me quitase eso. —Él le sonrió—. Aunque también estoy aquí por lo que usted comentó cuando estábamos en la misión.

—¿Y qué fue lo que comenté?

No sabía a qué se refería.

—Me dijo que yo estaba aquí para sentirme mejor conmigo misma, y tenía razón. No estoy aquí para ayudar al pueblo, estoy aquí porque me puedo permitir ayudar a mi pueblo y eso me hace sentir mejor. Lo hago por un motivo egoísta.

Ahora recordaba a qué se refería ella.

—Eso, en el lugar de donde yo soy, se llama generosidad, aunque otros quieran llamarlo egoísmo positivo.

Ella se quedó sorprendida al escuchar eso.

—¿Así que ahora cree en la generosidad de las personas?

—No, pero sí creo en la generosidad del padre Declan y Maurice, de Lucréce, de las hermanas de la misión y, sobre todo, creo en la suya, Camila.

—Gracias —fue lo único que se le ocurrió decir, la había dejado sin palabras—. ¿Quiere seguir viendo mi antiguo hogar o quiere que regresemos?

—Si cree que me voy a perder el conocer la habitación donde usted nació o donde creció, está muy equivocada. —Él le tomó su mano diciéndole—: Guíeme.

Camila se agarró a él con fuerza. Tenerlo a su lado en ese momento la reconfortaba. Estaba siendo todo un regalo que le daba la vida. No podía negar lo que sentía por él, lo quería.

Lo llevó hasta la siguiente habitación, era el dormitorio donde ella dormía con su hermana. En las paredes quedaba algún que otro resto de las tablas que usaban como estanterías para colocar sus

libros. Se acercó a la ventana; su cama siempre había estado debajo de ella y siempre, antes de acostarse, miraba a través de los cristales, sentada con las piernas cruzadas en su mullido colchón, y se imaginaba un sinfín de aventuras como las de sus libros, en aquella espesura verde. Se acordaba muy bien del paisaje que se veía desde allí, todavía soñaba con él. Parecía mentira que en catorce años apenas hubiera cambiado. No muy lejos se veía la selva y, un poco más allá, se veían las montañas a las que solían ir a jugar. Sonrió.

Recordó la vez en la que sus hermanos y ella habían entrado a hurtadillas al dispensario y les robaron a sus padres unas cajas de cartón que solían usar para guardar vendas y gasas. Las prepararon como si fuesen trineos, en el granero, sin que nadie los viera, y las dejaron escondidas allí. Al día siguiente se dirigieron a la montaña y se tiraron ladera abajo en las cajas reconvertidas. Lo pasaron muy bien. Lo malo fue que después de aquello llegaron a casa llenos de garrapatas de arriba abajo. Al final, tuvieron que explicarles a sus padres lo que habían hecho. Ninguno de los dos se creyó la explicación que les dieron de que, Dog, el perro que tenían, los había llenado de esos parásitos. Sobre todo, porque el animal estaba sin un solo bicho de esos en su peludo cuerpo. Estuvieron castigados durante toda esa semana. Tuvieron que ir todos los días, antes de las clases, que empezaban muy temprano, a ayudar a reponer el material que faltaba de gasas y de vendas en el dispensario. Sus padres, por lo visto, habían pensado que alguno de los pacientes las había robado e incluso habían hecho un sondeo para ver quién podría habérselas llevado.

—Desde aquí vi los dos todoterrenos, aparcaron justo allí delante. —Señaló hacia la izquierda—. Todavía me parece oír el ruido de las puertas al cerrarse cuando se bajaron de los vehículos. No debí ser tan curiosa —se reprochó.

Se alejó de la ventana, dolía saber que un momento de su vida había sido feliz en medio de aquel paisaje y que ahora doliera tanto solo mirarlo. Sujetó la mano de Jerome y avanzaron hacia la siguiente habitación: el dormitorio de Jacques.

Al antiguo cuarto de su hermano le faltaban dos de las cuatro paredes; la del fondo de la habitación, que daba hacia el bais, y la que separaba la habitación de él de la de sus padres. Se sobrecogió al verla así. Recordaba que, cuando Jacques dejó de ser un niño para convertirse en un adolescente, su hermano no las dejó, ni a ella ni a Agnés, entrar más en su cuarto. Camila siempre pensó que aquello era injusto, porque ellas siempre lo dejaban entrar al suyo, pero su padre le había explicado que Jacques se había convertido en un hombrecito y necesitaba su propio espacio y que lo mejor era no molestarlo. Ella no entendía qué era eso de que se había convertido en un hombrecito, así que sentía mucha curiosidad por saber lo que su hermano podía hacer allí dentro durante tantas horas encerrado y solo.

Una tarde, se escondió bajo la cama, para ver si podía averiguar qué era lo que Jacques hacía. Debía ser algo muy especial si no quería que ellas estuvieran con él. Después de varias horas allí metida, se sintió decepcionada. Su hermano solo había leído un libro que le había traído su padre una de las veces que se acercó a la ciudad de Kole y había hecho los deberes que le había mandado la señorita Florence. Justo cuando su madre los llamó para ir a cenar, y ella estaba casi quedándose dormida, su hermano se acercó a la pared opuesta de donde estaba la cama, se agachó, levantó una tabla del suelo y metió algo en el hueco que quedaba. Aquello despertó de nuevo su interés.

Esperó a que saliese de la habitación y fue hacia la tabla que le había visto levantar Jacques. Debajo de aquella madera había una caja de hojalata. Camila la sacó y la abrió. Dentro había una revista de mujeres desnudas, lo cual le sorprendió bastante; solo había visto desnuda a su madre y hacía años de eso. También estaba escondido el saquito en el que Jacques guardaba los cristales que recogían de la montaña –ella lo tenía más que visto pues tenía uno igual, los habían hecho con hojas de mangungus–, una fotografía de una chica que Camila había reconocido como una de las hijas de la mujer que ayudaba a sus padres en el dispensario y el anillo de oro, que su padre le había regalado cuando cumplió los quince años. Ella se marchó de allí contenta de haber descubierto el secreto de su

hermano. Por fin sabía qué era lo que hacía cuando se encerraba allí dentro y no quería jugar con ellas. Su hermano no hacía nada. El muy tonto prefería quedarse solo y aburrido antes que jugar con ellas. Si eso era ser un hombrecito, le parecía un auténtico rollo.

—Creo que la tabla bajo la que guardaba sus cosas era…

Se acercó hacia el dormitorio de sus padres y se agachó antes de entrar en él. Trató de levantar la madera del suelo, pero no pudo. Probó con la de al lado. ¡*Voilà*! La madera cedió ante la presión que hizo por un lado y se levantó por el opuesto. Su corazón dio un vuelco cuando encontró la caja de hojalata, de color rojo, donde su hermano la había dejado catorce años atrás.

—Jacques.

Sus ojos se empañaron, el último que había tocado aquello había sido su hermano. Todavía sus huellas estarían en la caja. Se echó a llorar.

—Llore todo lo que quiera —le dijo mientras se acercaba a su lado.

Ella acarició la tapa roja con todo el cariño del mundo y abrazó la caja contra su pecho con todas sus fuerzas; era lo único que le quedaba de su familia. Lloraba con desconsuelo. Jerome la abrazó. Le partía el alma verla así. Él le trasmitía tanta paz y tranquilidad que se dejó acunar mientras pensaba cuán maravilloso sería estar siempre así, refugiada contra su cuerpo.

Jerome no podía creer que la tuviera entre sus brazos, era tal y como recordaba. Era ligera, tibia, delicada… Era su Camila. Cerró los ojos y trató que este momento se le grabara en la piel. Quería recordar una y otra vez, cuando no la tuviera de ese modo, cómo era el tacto de ella.

Camila se empezó a encontrar mejor, el llanto pasó a un sollozo más suave. En ese momento recordó la última vez que él la abrazó, casi acaba haciendo el amor con él; la había hecho sentir igual de especial que ahora. Se separó de él diciéndole que ya estaba bien. No quería recordar aquel día tan humillante para ella.

—¿Seguro qué está mejor? —preguntó preocupado.

—Sí. —Le sonrió para que viese que era cierto. Agitó la caja y sonó algo dentro—. No puedo creer que sus cosas estén aquí —dijo

mientras la abría con premura—. Dios mío, sí.

La revista de las mujeres desnudas estaba allí. Se echó a reír. Ahora que ya no era una niña, comprendía que su hermano quisiese estar solo en su dormitorio.

—Su hermano no tenía mal gusto para las mujeres —dijo mientras observaba la foto de la chica de la portada. Ella se seguía riendo—. Tiene buenas curvas.

—Lo más seguro es que ahora sea una cuarentona, entrada en carnes y con arrugas —dijo para desquitarse.

Vale, ella no tendría curvas, pero esa mujer ya tampoco las tendría.

—Camila, no me eche por tierra toda la fantasía sexual que me iba a montar con ella —dijo bromeando.

—Comandante, con imaginarme las fantasías sexuales que mi hermano tenía con ella tengo bastante, como para ahora también imaginarme las suyas. Por favor, absténgase de hacer comentarios de ese tipo.

Trataba de parecer que estaba bromeando, pero no lo estaba. Esos comentarios le dolían, sobre todo, porque deseaba que esas fantasías fueran con ella y no con otra.

Él se rio, más que por la broma, por ver que ella estaba mejor.

—¿Qué más hay en la caja?

Ella levantó la revista, que cubría toda la superficie de la caja, y debajo se encontró con la bolsita de cristales, la fotografía de la chica, el anillo –que se puso en el dedo y que estaba claro que no era de su tamaño, le quedaba inmenso– y con otra fotografía que le cortó la respiración. Era una fotografía en color de los cinco. Se emocionó al verla, no tenía ninguna foto de todos juntos. Estaban igual que como los recordaba, la única que había cambiado era ella. La sujetó con mucha delicadeza, por miedo a romperla, y sonrió al recordar que Declan había sido el que se la había hecho, en Saint Germain, la última vez que fueron a verlo.

—Su cara es igual a la de su padre —dijo después de estar un rato observando la foto—. Aunque en mujer y mucho más guapa.

—Es usted un zalamero, comandante.

Se había puesto colorada. Sus ojos chispearon divertidos al ver la reacción de ella a sus palabras, no era la primera vez que se sonrojaba por sus comentarios y le gustaba sacarle los colores.

Camila metió de nuevo la fotografía en su caja y sacó la pequeña bolsa que había en ella. La zarandeó y comprobó que los cristales seguían allí. Quitó el lazó que la envolvía y abrió la hoja de mangungus. Ante sus ojos aparecieron unos diminutos, pero hermosos cristales que, bajo la luz del sol que entraba en la habitación, generaban cientos de arcoíris que se reflejaron por las paredes que aún quedaban en pie. Recordaba esos destellos cada vez que abría su pequeño saco de cristales en la habitación de su infancia. Su bolsa desapareció al igual que todas sus cosas cuando se marchó.

—Camila, esto no son cristales. —Jerome admiraba la belleza de las piedras que tenía ante sus ojos—. Lo que tiene entre sus manos son diamantes.

—¿Diamantes? —preguntó sorprendida—. ¿Está seguro? —Apenas lo podía creer.

—Sí, he visto muchas piedras de ese tipo en los cuellos de mujeres de importantes políticos y en el cuello de mi madre. —Sujetó una y la expuso al sol—. Son diamantes sin pulir, pero son diamantes. ¿De dónde los sacó su hermano? —Le devolvió la piedra.

—Los sacábamos de la montaña cuando íbamos a jugar. Agnés y yo teníamos nuestra bolsita también, cada uno tenía la suya. Era nuestro pequeño tesoro, nunca se lo enseñamos a nadie.

—Pues ahí tiene un gran tesoro. En el mercado podría costar mucho dinero. Guárdelo y escóndalo bien. Yo confío en mis hombres en lo que se refiere al combate, pero, más allá de eso, no me fío de ninguno. Póngalo bajo buen recaudo. —Camila cerró la bolsa y la metió de nuevo en la caja—. Vamos.

Le volvió a agarrar la mano y ella se la sujetó con fuerza. Sonrió para sí. No quería desaprovechar las oportunidades que ella le daba de tocarla, ¡a saber cuándo le dejaría hacerlo otra vez!

—Esta debe ser la habitación de sus padres —le dijo cuando entraron, a través del hueco de la pared, al otro cuarto.

—Sí, esta era su habitación, y aquí fue donde yo nací.

Se aproximó a la pared que estaba más cerca de ella. Las marcas con las letras y medidas seguían allí, el tiempo no las había borrado; estaban más difuminadas, pero se podían leer con claridad.

—Mi padre, una vez al mes, me medía. Esta raya fue mi última medición. —La acarició con mucha ternura, era la escritura de su padre.

Jerome se acercó y pudo ver al lado de la letra «C» las medidas, «1,28 cm», y una fecha. Se quedó impactado al leerla, era del mismo día que los habían asesinado, «27–10–1981». Se imaginó a Cayetano Oramas, midiendo a su Camila con un metro de costura, como hacía su madre con él y sus hermanos, unas horas antes de morir. Ninguno de los dos se imaginaría que varias horas después ya no se volverían a ver nunca más. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Creo que mis padres estaban preocupados por mi talla, a mí era a la única que medían tanto.

Jerome observó que había muchísimas más «C» que «A» o «J». En la parte más alta estaba escrito «Cayetano 1,79» y más abajo «Chantal 1,65»; eran las medidas de sus padres. Se fijó que los ojos de Camila, que también había visto las marcas, se volvieron a llenar de lágrimas.

—Volvamos al campamento. No me siento con fuerzas para seguir.

La nostalgia se había adueñado de ella. Tantos recuerdos… tantos sentimientos encontrados de alegrías y tristezas habían mellado su estado anímico y se estaba empezando a sentir bastante triste.

Salieron de la derruida casa y, al girar hacia la izquierda para volver por el camino por el que habían llegado, Camila se encontró de frente con el único árbol que había en medio del bais. Allí era donde su padre había construido la pequeña cabaña en la que jugaban y en la que estuvo escondida aquella trágica noche. Caminó hacia él. Cuando estuvo a su lado advirtió que había encogido; lo recordaba más grande. Sería por lo que le había dicho Jerome, ella había crecido. En sus ramas no quedaba ni rastro de la cabaña, parecía que nunca hubiese estado allí. En cambio, en el tronco todavía quedaban restos de los clavos de la escalera de madera que

les había hecho su padre para subir. Se arrodilló soltándose de su mano.

—Aquí estuvo mi hermana tendida toda la noche, mirándome fijamente. —Acarició la tierra en la que ahora estaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Debí haber hecho algo, Jerome. Debí haberme enfrentado a ellos aunque me hubiesen matado, pero me quedé allá arriba. —Miró hacia las ramas del árbol—. No hice nada. Debí morir con ellos.

—No diga eso, solo era una niña, ¿cómo iba a enfrentarse a ellos? Me alegro de que no muriese con ellos, si no, ¿qué sería de mí sin usted? —le dijo al no poder imaginarse su vida sin haberla conocido.

Era lo más bonito que nunca nadie le había dicho, aunque lo dijese porque sin ella, a lo mejor, él habría muerto en aquel camino.

—Otra enfermera habría ido con el padre Declan y usted se habría salvado.

—Tal vez, pero no la habría conocido y me habría perdido a una mujer excepcional.

Ella le agradeció esas palabras de ánimo.

—Gracias por tratar de animarme.

Lo miró con intensidad a sus hermosos ojos azules.

La mirada que vio dibujada en su rostro le dio miedo; estaba concentrado en algo que estaba más allá de donde ella estaba. Se giró y pudo ver cómo una manada de gacelas extraviadas, cinco adultos y tres crías, se dirigía hacia ellos.

—Camila, muévase despacio y sin apenas hacer ruido —le dijo con firmeza mientras desenfundaba su arma.

—Pero si solo son gacelas.

—Sí, pero si se sienten amenazadas, sus cuernos pueden ser peligrosos.

Ella se levantó con cuidado, tal y cómo él le había indicado.

—Pero nosotros no somos una amenaza para ellas.

Ella lo sabía; solían ser dóciles, solo si se las atacaba, ellas atacaban.

—Nosotros no seremos una amenaza, pero el leopardo que viene siguiéndolas, sí.

3

Camila miró hacía donde Jerome le señaló y vio al leopardo acercarse con sigilo a la manada. Las gacelas, que no se habían dado cuenta de su presencia, campaban a sus anchas. Si los encontraban en medio de la cacería, podían convertirse con facilidad en las nuevas presas del felino. Su corazón se aceleró; estaba aterrorizada, pero no podía correr. El comandante tenía razón; si hacían movimientos muy bruscos, el leopardo podía fijarse en ellos y estarían perdidos.

Jerome evaluó la situación. Estaban más cerca de la antigua casa de Camila que de la selva, pero la casa, si el leopardo se decidía por ellos, no tenía puertas que pudieran impedirle la entrada. Y, si tenían que salir corriendo, se encontrarían en un llano donde el animal podía cazarlos sin ningún tipo de dificultad. En cambio, en la selva, aunque el felino seguía sin tener puertas que le impidiesen la entrada, ellos tenían más oportunidades de escapar y de esconderse entre la espesura y los árboles. Irían hacia la selva. Puso su cuerpo delante del de ella, para protegerla, y comenzaron a caminar de espaldas, hacia la espesura, sin apartar la vista de los animales y teniendo en todo momento sujeta a Camila por la cintura. Si le entraba el pánico, podría sujetarla antes de que se echase a correr y de que el leopardo se diera cuenta de su presencia. Su arma la empuñaba en su mano derecha, por si hacía falta disparar a alguno de los animales. No le importaba que estuviese prohibida su caza. Eran ellos dos o ellos dos, era igual que en la guerra.

Camila, a la vez que miraba a los animales, miraba hacia la selva; todavía estaban lejos. No veía la hora de llegar a ella. Sabía que, en su interior, si el leopardo no los veía, estarían a salvo. En uno de los vistazos que echó hacia los animales, pudo observar cómo el pulso del comandante latía a toda prisa en su cuello. Todos sus músculos estaban en tensión igual que los de ella. Imaginó que así era como

debía sentirse uno cuando estaba ante un enemigo en la guerra. En ese momento, se oyó un rugido. Camila asustada fue a acelerar el paso, pero el brazo de Jerome, que le sujetaba la cintura de delante hacia atrás, se lo impidió.

—Tranquila, no tenga prisa en llegar a la selva —le dijo con suavidad para apaciguar su miedo.

Se oyeron numerosos bramidos; el felino se había abalanzado sobre una de las crías, pero esta consiguió zafarse de él. El leopardo fue detrás de los animales, en busca de la cría que había atacado con anterioridad y que estaba herida.

—Ahora, corra ahora —le ordenó mientras se giraba.

Jerome la hizo girar, la agarró de la mano y tiró de ella. Comenzaron a correr por el bais como nunca habían corrido, dejando tras de sí la naturaleza salvaje en todo su esplendor. Se adentraron en la oscuridad de la selva a toda velocidad sin ser conscientes, ninguno de los dos, por la adrenalina que corría por sus venas en ese momento, que las ramas y las hojas les hacían algunos pequeños cortes en cara, cuello, brazos, piernas… como si de cuchillos afilados se tratasen. Jerome, al comprobar que todo estaba en calma y que ninguno de los animales los seguía, aminoró la marcha.

—¿Se encuentra bien?—preguntó tomando resuello, pero sin dejar de caminar. Ella asintió mientras trataba de que el aire entrase en sus pulmones, hacía mucho tiempo que no corría tanto—. ¿Tiene una crisis? —preguntó preocupado al ver que le costaba respirar.

—No. Es que llevo una temporada sin hacer ejercicio y el cuerpo lo nota —dijo aún media asfixiada por el esfuerzo.

—Descansemos, yo también estoy agotado.

Se apoyó en el tronco de un árbol. Ella se sentó en una piedra.

—¿No cree que los del campamento estarán preocupados? —Sabía que Declan y Lucréce estarían bastante incómodos al no verla allí.

—Imagino que sí. Llevamos fuera cerca de dos horas.

Se quedaron mirándose mientras sus cuerpos volvían a la normalidad. Ella le sonrió.

—Gracias por todo. —Acarició la caja roja—. Sé que por mi culpa se van a retrasar.

—De nada, ha sido un placer. Y sobre lo del retraso no debe preocuparse, solo serán dos horas que podremos recuperar sin problema. —Trató de quitarle importancia.

—¿Qué les dirá a sus hombres?

—¿Sobre qué? —preguntó extrañado.

—Sobre lo que estábamos haciendo en la selva.

Él se rio.

—A mis hombres no les tengo que dar ningún tipo de explicación, que piensen lo que les dé la gana.

Ella se sonrojó. Él se volvió a reír; no podía evitarlo, le encantaba sacarle los colores.

—¿Le preocupa lo que piensen mis hombres sobre lo que estábamos haciendo? —preguntó con picardía.

Ella carraspeó incómoda, sabía por dónde iba él.

—No —mintió, sí le preocupaba.

Jerome supo que ese «no» era mentira.

—No tiene de qué preocuparse, mis hombres me conocen bien y saben que yo no intentaría nada con una mujer como usted —dijo para tranquilizarla.

Aquellas palabras cayeron como un vaso de agua fría, ¿qué tenía ella de malo?

—Vamos, comandante —dijo con sequedad mientras se levantaba enfadada de su piedra—, no hagamos esperar más a sus hombres. No vaya a ser que piensen que ha intentado algo conmigo y los vayamos a escandalizar —dijo con un retintín que Jerome reconoció como enfado.

La vio alejarse sin saber qué había hecho o dicho para que ella se pusiese como se había puesto. Se levantó y la siguió. Hacer no había hecho nada, y dicho… Lo único que había dicho era que sus hombres sabían que, siendo ella monja, a él no se le ocurriría tocarla. ¿Acaso ella no era la que jugaba a ser monja? No entendía nada.

«Estas mujeres le complican la vida demasiado a uno», se dijo mientras resoplaba. Miró su trasero contonearse y se contrarió más.

A veces se preguntaba si merecía la pena estar así, en una contradicción de sentimientos, como si de en un tiovivo se tratase, por ella. Pasó a su lado y la adelantó, estaba bastante irritado. Ella lo había contrariado. Con lo bien que se habían vuelto a llevar, pensó que acababan de recuperar la complicidad que habían tenido cuando estaban en Saint Germain y, por algo que él no entendía, todo se había vuelto a estropear. Volvió a resoplar.

Camila sabía que no debería haberle contestado con tanta brusquedad, pero le había dolido escuchar aquello. Tenía que hacerse a la idea, ella para él era solo la monja que lo ayudó en un momento de su vida y ahora él había hecho lo mismo por ella. Lo tomado por lo servido, como se solía decir.

Cuando pasó por su lado vio que la manga de su camisa estaba rota y que sangraba. No pudo evitarlo; ya fuese por formación profesional o porque lo quería, le sujetó la mano para que parase.

—Espere. —Paró en seco, le sorprendió que ella lo sujetase de la mano. Se le acababa de ir el enfado. ¿Cómo, un simple gesto de ella, podía cambiar su estado de ánimo con tanta rapidez?—. Está sangrando.

Así que era por eso, se volvió a enfadar.

—Da igual —contestó lo más frío que pudo mientras le apartaba el brazo.

Tenía que hacerle ver que él también se podía enojar.

—No da igual.

Le volvió a sujetar el brazo.

—Camila, por favor, ya está —dijo con brusquedad.

Ella le soltó la mano y lo dejó marchar.

—Lo siento. —Él se quedó de pie donde estaba, dándole la espalda—. No debí haberle contestado así. Es que estoy muy nerviosa por todo lo que ha sucedido hoy y lo he pagado con usted, con lo bien que se ha portado conmigo. Lo siento de verdad.

Jerome sonrió, ¿cómo podía seguir enojado con ella?

—Está bien. Sigamos.

Le extendió la mano para que ella se la tomara.

—¿Ya no está enfadado?

Él negó con la cabeza mientras le sonreía, quería que supiera que ya no estaba disgustado con ella. Camila también le sonrió y se agarró a su mano con determinación mientras observaba el contraste de su piel blanca con la piel mestiza de él. Le gustaba, le recordaba los helados de nata y chocolate.

—De todas formas, tiene que dejar que les eche un vistazo a esas heridas; también tiene en el cuello y en la cara, aunque se ven que son simples rasguños.

—Usted también está magullada —dijo limpiando la gota de sangre que tenía en su mejilla. Notó cómo todo su cuerpo se encendía. Apartó con rapidez la mano de su rostro—. Cuando lleguemos al campamento nos curaremos.

—Jerome, ¿sabía que llevaba enfadada con usted desde que nos hemos vuelto a encontrar?

Él se rio.

—Por supuesto que lo sabía. Cuando no lo está, me lo paso muy bien con usted, pero cuando lo está… me resulta exasperante.

Ella se rio. Sabía que cuando se disgustaba podía llegar a ser irritante.

—Estaba enojada porque todo lo del secuestro me encontró desprevenida. Cuando vi que era usted, me sentí traicionada. No esperaba eso de usted.

Le dolió escuchar aquello.

—Camila, en serio, jamás haría algo que la pusiese en peligro, o a Declan, o a Lucréce. A mí me encontró tan desprevenido como a ustedes, aunque sé que no es lo mismo ser la víctima que el verdugo. Y conociendo como conozco a mis hombres, sé que la experiencia no debió ser muy agradable.

Le gustó saber que él era consciente de lo mal que lo había pasado con aquellos hombres durante las primeras horas del secuestro.

—Lo siento de verdad, me encantaría dar marcha atrás en el tiempo y que todo fuera de otra manera.

—Le acepto sus disculpas. Y espero que usted acepte mis disculpas por lo que le voy a contar ahora. No se lo dije antes porque estaba enfadada.

—¿Y qué es lo que no me ha dicho? —preguntó expectante.

—Veníamos de ver a su familia cuando nos secuestró.

Se quedó tan sorprendido por la revelación que se paró en seco donde estaba.

—¿Les ha pasado algo? —preguntó preocupadísimo.

—No, en absoluto, están muy bien —contestó de inmediato, sabía que lo había preocupado sin necesidad—. Aprovechamos que veníamos de Kinshasa, de buscar medicamentos y material médico, para pasar a saludarlos.

—¿Me está diciendo en serio que los ha visto? —No podía creerlo —. ¿Y que están bien?

—Sí, ya se lo he dicho, están muy bien.

Jerome sonrió con una sonrisa de oreja a oreja, la atrajo hacia él, la rodeó con sus musculosos brazos por la cintura y la alzó. Los dos dieron vueltas sobre sí mismos mientras él reía. Camila se sentía en la cima del mundo entre sus brazos y él, el hombre más feliz del mundo al saber algo de su familia y al tenerla a ella abrazada contra su cuerpo.

—Es la mejor noticia que me podía haber dado —le dijo exultante cuando la dejó en suelo, un tanto mareada de tanta vuelta—. ¿Conoció a mi hermana y a mi sobrina? —Fue a contarle, pero él no le dejó—. Pero ¡qué pregunta! ¡Claro que las conoció! —Estaba entusiasmado con la noticia—. ¿Y cómo están? Seguro que Julié está grandísima. Es un sol de niña y es tan curiosa e inteligente; creo que será una gran mujer cuando crezca. Aunque es un poco testaruda cuando se enfada, es un poco como usted. —Ella se rio, él estaba tan contento que no podía parar de hablar y tampoco la dejaba explicarse—. ¿Y mi ahijado cómo está? Espero que menos… enfadado.

Se quedó en silencio al escuchar un ruido que provenía más allá de donde estaban. Puso su dedo índice sobre los labios de ella y la obligó a esconderse, junto con él, detrás de un árbol. Ante la noticia había dejado de prestar atención a la selva y podía haberlos puesto en riesgo sin quererlo.

Camila, que no era consciente del peligro en el que podían encontrarse, notaba sus fuertes músculos, que se ocultaban bajo la

camisa, presionar su pequeño cuerpo contra el árbol. No pudo evitar pensar en la noche en la que los dos estuvieron a punto de hacer el amor. Todo su ser se estremeció al recordarlo y al sentirlo a él tan cerca. «Camila, olvídalo, ¿quieres? Olvídalo», se repetía.

Jerome notó que ella se estremecía, pensó en todo lo que había tenido que pasar hacía unas horas y no le extrañaba que estar otra vez en tensión la hiciese estremecerse de miedo.

—Tranquila —le susurró al oído.

Todos los poros de su piel se erizaron al notar su aliento sobre su cuello. «Olvídate de él, Camila», se repitió.

Jerome se hizo a un lado, miró más allá del árbol donde estaban escondidos y vio salir al animal de entre los matorrales. Sacó su arma y apuntó.

Camila fue consciente, al verlo sacar su arma, de que estaban en un grave peligro. Cerró los ojos y rezó para que no les sucediese nada. Oyó una detonación.

—Bingo, tenemos la cena de esta noche.

Se alejó de ella con pasos decididos en busca de su presa.

—¿Por este pequeño animal he estado tan asustada? —preguntó sorprendida cuando vio al pobre antílope en el suelo con un disparo en la cabeza.

—No sabía lo que podía ser. Podía ser desde nuestro leopardo hasta un simple mono. —Alzó al animal y se lo colgó al cuello—. Aquí tenemos nuestra excusa para los hombres. Usted y yo nos hemos ido de cacería. —Ella le sonrió agradecida mientras avanzaban hacia el campamento—. Además, nos lo agradecerán; están hartos de comer grano y más grano.

Ella se rio, no podía evitar sentirse a gusto con él. Parecía mentira que solo con un mes y medio que estuvieron juntos en Saint Germain, él la hiciera sentirse así. Solo con unos pocos, a los que ella consideraba sus verdaderos amigos, era capaz de sentirse tan cómoda y comprendida como se encontraba con él. Él era un buen amigo, aunque le gustase para algo más que eso.

—Jerome, ¿no cree que deberíamos empezar a tutearnos? Nos conocemos desde no hace mucho tiempo, pero hemos pasado

juntos por muchas cosas. Estoy cansada de que me trate de usted, me hace sentir vieja y fea.

Él se rio.

—No pienso ser yo el que te haga sentir vieja y fea. Los amigos no están para eso, ¿no?—Ella sonrió; él también la consideraba una amiga. Eso era bueno, muy bueno—. Pero delante de mis hombres te seguiré tratando de usted. No quiero que ellos se tomen libertades que no deben.

—Me parece perfecto. Yo también te seguiré tratando de usted delante de ellos. —Se quedó pensativa—. ¿Delante de André podremos tutearnos? —Sabía que con él iban a pasar la mayor parte del día.

—Delante de él no hay ningún problema. Es de mi total confianza. —Él la miró de reojo, divertido y complacido de que hubiese salido de ella lo de empezar a tutearse. La verdad era que llevaba un tiempo deseando poder hacerlo. Si ella le daba esa libertad, era que lo consideraba un amigo. Eso era bueno, muy bueno—. ¿Entonces, nos podemos considerar amigos desde ya?

Ella tragó con cierta dificultad.

—Yo hace mucho tiempo que lo considero mi amigo, Jerome. Ya al poco de estar juntos en Saint Germain.

No se atrevió a mirarlo a la cara cuando se lo dijo. No solía ser muy habitual en ella demostrarles sus sentimientos a las personas que le importaban. Al hacerlo siempre solía sentirse violenta, como había ocurrido en esa ocasión.

—Pues es una pena que no lo hubiésemos hablado antes. Yo desde la primera vez que te vi te consideré una amiga. Un enemigo no recoge a nadie en medio de la nada y lo ayuda como lo hicisteis tú y el padre Declan.

—Un enemigo tampoco hace lo que tú has hecho hoy por mí.

Se miraron y se sonrieron. Cada uno se alegraba de saber que, para el otro, también eran amigos.

Lucréce había tratado de tranquilizar a Declan durante la casi hora y media que había transcurrido desde que despertaron y comprobaron

que Camila no estaba, pero había sido imposible. El sacerdote estaba hecho un manojo de nervios. Conocía demasiado bien a su niña como para no saber a dónde había ido, pero después del disparo que se había oído en la selva, ella, que hasta ese momento estaba tranquila –sobre todo, porque también faltaba el comandante e imaginaba que estarían juntos–, también comenzó a sentirse intranquila. Tal vez les había pasado algo a su pequeña y a Jerome. El teniente Kahenga, después de escuchar la detonación, había ordenado, como oficial al mando, que dos hombres más lo acompañasen al interior de la selva. Solo hacía dos minutos que habían partido cuando aparecieron acompañados por el comandante, que llevaba un antílope colgado al cuello, y por Camila. Lucréce respiró tranquila cuando la vio llegar, su niña estaba bien.

—Esto no se nos puede hacer —dijo Declan enfadado.

Antes de poder echarse a caminar, Lucréce lo agarró del brazo.

—Déjala, no te enfades con ella; hoy, por lo menos, no. Ha debido ser un día duro para ella. Después de tantos años se ha reencontrado con su familia. Solo abrázala y pregúntale cómo está, nada más; no hagas que se sienta peor.

—Pero podría habernos dicho a donde iba. Yo la habría acompañado, nosotros podríamos haberla acompañado.

—Pero tú no eres el comandante.

Declan la miró sin entender.

—¿Y qué tiene que ver el comandante en todo esto? —Lucréce le sonrió. Declan miró hacia Camila y vio que estaba hablando animadamente con Jerome, con André y con Valerién. Volvió a mirar para su amiga—. ¿Me estás diciendo que entre ellos hay algo?

—No, entre ellos no hay nada. Pero cuando el corazón de una mujer late como lo hace el de Camila cuando él está cerca…

Declan comprendió. Estaba enamorada de Jerome.

No debió permitir que viviese con ella, en su habitación, durante tanto tiempo. Ella era demasiado buena para estar enamorada de un hombre como él. Un hombre que lo único que le iba a traer en la vida eran desgracias. Una vida llena de guerra no era la vida que se imaginaba y quería para ella.

—Pero él no le conviene.

Ella se rio.

—¿Y qué hombre conviene a una mujer? —Declan rio por el comentario de Lucréce—. Camila, cariño —le dijo al ver que esta estaba a su lado.

Declan la atrajo hacia él y la abrazó con todas sus fuerzas, había pensado que algo grave le había sucedido.

—¿Cómo estás? —Ella empezó a llorar entre sus brazos. El abrazo de Declan hizo que todas sus defensas cayesen y sus sentimientos volvieran a estar a flor de piel—. ¿Los viste?

Ella asintió. Se separó de él, abrió la caja y sacó la fotografía donde aparecían los cinco en la misión y el anillo de oro que sabía que había sido de su hermano. Declan se emocionó al ver la foto, hacía catorce años que no los veía. Los tres se sentaron en el suelo y, en lo que los hombres terminaban de recoger el campamento, ella les fue relatando todo lo vivido durante ese día. El anillo de Jacques, Lucréce se lo colgó en la pequeña cadena que Camila llevaba al cuello para que tuviese a su hermano, siempre, cerca de su corazón.

—¿Así que te fuiste de cacería?—le preguntaba André por cuarta vez mientras despedazaba al animal. Jerome seguía asintiendo con un simple «Ajá»—. Venga, Jerome. —André no podía aguantar más otro «Ajá»—. ¿A dónde te la llevaste?

—Ya te lo he dicho, nos fuimos de cacería.

Jerome tenía unas ganas terribles de decirle a dónde habían ido, pero entendía que era algo personal de ella y él no era nadie para estarlo contando.

—Y una mierda, ¿desde cuándo vas tú a cazar? —Separó las vísceras de la carne con rabia.

—¿Acaso no hemos traído este espléndido antílope para la cena? —preguntó jocoso.

Sabía que estaba irritando a su amigo y hacerlo, a veces, le resultaba divertido.

—Vale, no me cuentes si no quieres, pero solo dime una cosa: ¿pasó algo entre vosotros? —El ansia por saber lo iba a matar.

—Sí, claro. —André sonrió—. Cazamos este antílope.

Jerome se empezó a reír al ver la cara de decepción de su amigo.

—Vete a la mierda. —Levantó el cuchillo contra él—. Márchate de aquí si no quieres que te despiece como a este bicho.

Hizo caso al consejo de André y se marchó de su lado. Como siguiese riéndose de él iban a acabar mal parados los dos, y quizá el que peor acabaría sería él. Su amigo era el que llevaba el cuchillo y era bastante diestro con él; en cambio, él solo llevaba su arma y en ese momento la tenía guardada en la cinturilla del pantalón. Se acercó a Pierre, que estaba recogiendo lo poco que quedaba en pie del campamento, y agarró dos mochilas para llevarlas al camión. En dos viajes más tendrían el campamento desmontado.

4

Cuartel de la Guardia Civil de Luebo.

Noche del 14 de marzo de 1996.

El cabo Kande estaba sentado en su escritorio viendo una revista erótica cuando el guardia Mukendi le avisó de que tenían visita. Se sintió fastidiado, hacía solo una hora que había empezado su turno y, por lo general, las noches solían ser tranquilas. Bajó los pies de la mesa, guardó la revista, sacó del cajón del escritorio algunos papeles para que pareciese que estaba trabajando y le dijo al guardia que dejase entrar a la visita. Nada más ver a su visitante tragó con dificultad. El hombre que tenía delante le dio bastante respeto por su aspecto amenazador.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor…?

—Comandante de la F. A. Z., Zcharie Lutongo —dijo el hombre enseñándole su credencial. El cabo se cuadró ante su superior sin atreverse a mirarlo a la cara—. Descanse. —El guardia civil bajó el brazo derecho mientras abría las piernas y puso sus manos en la espalda—. He venido a llevarme su vehículo.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído, me llevo su patrulla. En su lugar le dejo el automóvil en el que vine, no le queda gasolina. Ya sabrá usted dónde podrá encontrarla. ¿Algún problema, cabo?—preguntó amenazante.

—No, mi comandante —dijo titubeante.

—Las llaves —le ordenó.

El cabo sacó del primer cajón del escritorio el manojo de llaves y cuando fue a sacar del llavero la del patrulla, el comandante le dijo:

—¿Se puede saber qué hace?

—Entregarle la llave del patrulla, mi comandante.

—Cabo, tengo prisa, deme el manojo completo.

El guardia civil hizo lo que su superior le ordenó y se las entregó.

El comandante salió de las dependencias del cuartel con la misma rapidez con la que había entrado. El cabo Kande se quedó de pie mirando cómo su superior se perdía en la última puerta de las dependencias. El muy hijo de puta lo había dejado sin llaves para entrar en su casa, sin llaves para cerrar el cuartel y con un vehículo que no tenía gasolina. La siguiente gasolinera estaba a unos diez kilómetros y tendría que ir andando a buscarla. La madre que lo parió.

Miró a través de la ventana y vio cómo su amado patrulla desaparecía en medio de la noche. Salió del cuartel a ver qué tipo de trasto le había dejado. Por lo menos, le había dejado otro vehículo de la Guardia Civil. Se sentó en el sillón del piloto y dio al encendido, la luz de la gasolina parpadeó, no le quedaba ni para ir de ahí al siguiente árbol. Eso le pasaba por estar en una mierda de pueblo en lugar de estar una de las grandes ciudades.

Abrió la guantera para ver a qué desgraciado guardia civil le había quitado también el patrulla. Comprobó que se lo había quitado a Simon Abubakar, del cuartel de Kutu, en la provincia de Bandundu. Lo sentía por él, pero no pensaba devolvérselo hasta que no le entregasen el suyo. Miró el asiento del copiloto y vio que el comandante se había dejado una carpeta. La observó y la abrió con curiosidad. Para su sorpresa, se encontró con una fotografía de la mujer blanca que él había confundido con una niña y con la fotografía del marido. El comandante los estaba buscando.

Se sintió molesto, esa mujer lo había manipulado usando todo su encanto. Su mujer tenía razón. Por una bonita mujer perdía la cabeza enseguida. Decidió que a la mañana siguiente, cuando fuera a la gasolinera, avisaría al comandante por radio que esa pareja había sido vista al noreste y no al sur, que era hacia donde se estaba dirigiendo él. Con lo hijo de puta que había sido, lo dejaría estar durante unas horas perdido. No pudo evitar sentir una sensación de triunfo ante su pequeña venganza.

5

Frontera entre la provincia de Kasai Occidental y la provincia de Kasai Oriental.

La fogata que ardía en medio del campamento hacía que la oscuridad de la selva no fuera tan imponente. El bullicio y las bromas de los hombres, animados por la suculenta carne, provocaban que Camila se sintiese protegida en medio de aquella inmensidad. La experiencia vivida con el leopardo y las gacelas, y la posibilidad que hubo de que el antílope no fuera un antílope, sino un animal más peligroso, habían hecho que los recuerdos idealizados de su niñez de que la selva era un lugar maravilloso desapareciesen y dieran lugar a la cruda realidad. La selva era un lugar maravilloso sin lugar a duda, pero también temible. Había que respetarla, pero no sin ello dejar de admirarla. Era la naturaleza pura y dura, sin nada de florituras infantiles que la habían hecho cometer la estupidez de ir sola a ver el lugar donde había nacido. Si Jerome no hubiese aparecido como lo hizo, tal vez la cría de gacela de esa mañana hubiese sido ella. Su cuerpo se estremeció solo de pensarlo.

—¿Tienes frío? —le preguntó Jerome acercándose bastante a ella para que nadie oyese que la había tuteado.

—Ahora que lo dices, sí.

Se frotó los brazos para entrar en calor, la humedad le estaba calando en los huesos y la sensación de frío había aparecido con rapidez.

—Acércate más a la hoguera y verás cómo se te pasa. Vengo ahora.

Camila hizo lo que le sugirió mientras él se levantaba y se alejaba de su lado con un plato de comida. Lo vio dirigirse al camión. No

quería que se fuese, habían tenido un día tan estupendo que temía que se acabase.

Durante las casi doce horas que duró el trayecto de ese día, estuvieron hablando de tantas cosas… Hablaron de la visita que le habían hecho a Hubert, Louise y Julié; de lo bien que estaban; de lo menos enfadado que estaba Hubert con él; de cómo Tierra, antes de que llegaran a la casa, había salido como una loca a recibirlos al camino; de cómo su hermana se alegró tanto de conocerla –a Camila eso le había llegado al corazón–; de cómo su ahijado se entusiasmó cuando le entregó una carta de Anne –en su mochila, tenía la carta que le enviaba a la muchacha–… Hablaron de cómo Jerome se internó en la selva, solo, después de marcharse de Saint Germain y de cómo había conseguido sobrevivir a fuerza de comer todo tipo de insectos y de animales más o menos pequeños; de cómo algunas tribus, que no sabían quién era, le habían dado cobijo y alimento durante el tiempo que duró su aventura por la selva; de cómo sus heridas cicatrizaron a fuerza de casi todos los días lavarlas con agua y jabón y volverlas a tapar con gasas y esparadrapo; se había llevado de la misión todo el material que pudo, incluido el bote de jabón lavanda que ella había dejado.

Había sido un día en el que podía decir que tuvo momentos de felicidad. Había vuelto a reencontrarse con su familia después de catorce años, había encontrado una fotografía de todos juntos sin esperarlo, había hecho las paces con el comandante y había surgido todo lo anterior. Camila sabía que ese día jamás lo olvidaría.

—¿Hay algo nuevo, Étienne? —le preguntó al soldado que estaba apoyado en la puerta del copiloto con cara de aburrido.

El hombre se incorporó rápido.

—Nada, mi comandante, las informaciones son como siempre; sin ninguna novedad sobre nosotros. Creo que en realidad los despistamos —dijo como si no pudiese creerlo—. El cambio de camión nos ha ayudado.

—Sí, parece que, después de todo, nos ha venido bastante bien. —Lo dijo pensando, sobre todo, en Camila. Podría disfrutar de ella,

aunque fuese unos días más—. Aquí le traigo más comida por si durante la noche le entra hambre. —Le entregó el plato que llevaba en la mano—. Buena guardia, soldado. —Agarró la manta que estaba en el salpicadero, que esa misma mañana había usado como apoyacabeza para que Camila descansara un poco.

—Gracias, comandante.

«Genial», pensó Jerome mientras volvía al campamento. Todo estaba saliendo mejor de lo previsto. Al principio parecía que la misión iba a acabar mal cuando todo se empezó a torcer, pero ahora tenía la sensación de que las cosas irían a mejor. Con Camila a su lado podía echarse todo lo que quisiera y más a la boca, estar con ella era un gran aliciente.

La noche anterior había pensado que, cuando atravesasen la frontera y entrasen en la provincia de Kasai Oriental, se desviarían a la ciudad de Kole y los dejaría allí para que volvieran a Saint Germain. Pero ahora, con todo lo que había ocurrido ese día, no quería alejarla de él. Sabía que le había prometido que, cuando pudiese, los llevaría a una ciudad, pero ese día había sentido a pequeños ratos ligeros atisbos de felicidad y deseaba tener más. Sabía que la causa de esa felicidad era ella y quería tenerla a su lado el mayor tiempo posible.

Llegó al pequeño grupo que había alrededor del fuego y se quedó decepcionado al ver que no se podía sentar a su lado. El sargento Nocólas se había sentado donde él había estado antes, entre ella y André. Suspiró fastidiado. Se acercó a ella y se puso en cuclillas a su lado.

—Con esto te sentirás mejor. —Le entregó la manta.

—No te tenías que haber molestado. —No esperaba que él hubiese ido al camión a buscar la manta—. Gracias.

—Por ti, lo que sea. —Le guiñó un ojo.

—Quiero un baño de agua caliente con burbujas de jabón —dijo bromeando. Él se rio.

—Anda —dijo riendo—, te doy la mano y llegas hasta el codo.

—Pues ahora que tengo tu codo, ándate con más cuidado no sea que quiera más —dijo entornando los ojos con coquetería.

El gesto fue involuntario, le salió sin pretenderlo. Estaba coqueteando con él.

A él le sorprendió tanto flirteo. ¿O quizá no lo era?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que quieres? Te puedo ofrecer muchas cosas.

Notó que a ella le subían los colores, él le sonrió con picardía arqueando una ceja; ella lo había provocado.

—Si tienes tanto que ofrecerme, me lo tengo que pensar, tengo que elegir bien entre lo que me ofreces —dijo intentado salir del atolladero en el que se había metido.

—Camila, si te digo que te lo ofrezco todo, ¿qué harías?

Quería darle todo, si ella lo dejara.

Camila se quedó sin saber qué decir. Quería responder algo ingenioso, pero no podía; aquello la había encontrado desprevenida

—Comandante —Lucréce los interrumpió—, ¿le importaría sentarse conmigo? Quiero comentarle una cosa.

Jerome carraspeó nervioso

—Sí, claro.

Miró a Camila esperando una respuesta, pero como parecía estar perdida en sus pensamientos, se levantó de su lado y fue hacia donde Lucréce estaba. La dejó echa un lío y sin saber hasta qué punto la había alterado su pregunta.

¿A qué se había referido él con eso de que se lo ofrecía todo? ¿Seguían con la broma o no? ¿Sus palabras querían decir que tenía alguna esperanza… o quizá no? ¿Qué había querido decir con todo lo que dijo? Se frotó la cabeza, estaba confundida. Quería saber en qué sentido se lo había dicho, pero Lucréce los había interrumpido. Ojalá su amiga no lo hubiese hecho.

—¿Le duele la cabeza, hermana? —preguntó Nocólas, que había visto su gesto.

—Oh… —No sabía qué decirle—. Sí —mintió.

—Yo suelo padecer de dolores de cabeza. Si quiere, le puedo dejar una de las pastillas que me suelo tomar —dijo con sequedad mientras sacaba del bolsillo de su pantalón una caja de antiinflamatorios.

—Gracias, pero no creo que me hagan falta. En cuanto descanse sé que se me pasará. Además, le quedan pocas. —El hombre se metió la pastilla en la boca y bebió un trago de agua—. ¿Desde cuándo tiene esos dolores?

—Hará cosa de seis meses.

—¿Y cómo son? —preguntó con curiosidad profesional.

Nocólas lo pensó dos veces antes de contestar. Solo había intentado ser cortés con la monja y no tenía ninguna intención de entablar una conversación con ella, pero dado que la mujer, al fin y al cabo, era enfermera y entendía más que todos ellos de medicina, contestó:

—Me duele en esta zona.

Señaló las áreas frontales y laterales del cráneo.

—¿Ha notado alguna otra cosa?

—No.

Será una simple migraña, pensó.

—¿Cómo que no? —intervino André, que había estado escuchando la conversación—. Desde hace un tiempo no atinas al disparar. Ha perdido puntería —le explicó a Camila—. ¿Cuántas veces te he salvado el culo en los últimos meses? —preguntó enfadado.

Lo que acababa de decir André le preocupó. Tal vez sus dolores de cabeza fuesen por algo más grave que una simple migraña como pensó en un principio.

—Ya te lo he dicho, mi puntería no ha fallado porque yo sea malo disparando, he fallado porque los objetivos se han movido —le contestó a la defensiva.

Camila se dio cuenta de que esa conversación la habían tenido en más de una ocasión y que era un tema delicado que a los dos les molestaba del otro.

—Deberías ir al médico —le dijo André—. Camila, ¿usted qué cree que pueda ser?

—No lo sé. Eso, como usted dice, tendría que valorarlo un médico, yo soy enfermera. Podría ser desde una migraña, hasta estrés… Podría ser cualquier cosa. —Esperaba que solo fuera eso—. Siga con ese tratamiento si le funciona. Pero debería tener cuidado

con su estómago, los antiinflamatorios pueden dañárselo. ¿Ha notado alguna molestia en él?

—Desde hace tiempo tengo más acidez de la habitual.

—Eso es de la medicación, no abuse de ella. Y, cuando pueda, consiga un protector gástrico. O mejor, acuda al médico para que averigüe cuál es la causa de esos dolores de cabeza. Una vez que los haya solucionado, los del estómago desaparecerán. —Si no estaba dañado ya y si la cefalea no era nada más que una simple migraña, se dijo para sí.

Lucréce, mientras observaba al comandante sentarse entre ella y Declan, le daba gracias a Dios por haberle permitido ver lo que había visto hacía unos minutos.

Renaud y alguno de los hombres se habían hecho señas entre sí señalando a Jerome y a Camila sin ser conscientes de que ella los estaba mirando. Lucréce, que no comprendió a qué venía aquello, miró hacia donde los otros miraban para ver lo que sucedía. Al hacerlo, se encontró con que Camila y Jerome estaban hablando muy animadamente y muy pegados el uno del otro, casi rozándose, y que las señales que se habían hecho eran por eso. Supo entonces que tenía que actuar, si no, los hombres iban a empezar a sospechar que Camila no era monja y, por ahora, eso era lo que los había mantenido alejados de ella. Lo último que quería era que los hombres se diesen cuenta de lo que su niña sentía por el comandante. Ella, que la conocía, sabía que esos ojitos eran los de una mujer enamorada, pero tenía que evitar que los demás se diesen cuenta. Una monja no podía tener ese tipo de sentimientos.

—¿De qué me quería hablar? —preguntó un tanto fastidiado.

Lo último que hubiera querido era alejarse de Camila. A ella no le había dado tiempo a contestar a su pregunta y, tal y cómo fue la conversación, dudaba de que Camila, ahora que la había dejado sola, pensase que lo que le acababa de decir iba en serio.

—Queríamos preguntarle qué tal vio a Camila esta mañana, en el bais —dijo Lucréce.

—¿Ella no les ha contado? —preguntó extrañado.

—Sí, nos ha contado todo —comentó Declan—, hasta lo del leopardo… Pero queríamos saber cómo la vio usted. Es que no sé si sabe que era la primera vez que iba allí desde que su familia murió.

Comprendió que Lucréce y Declan lo que estaban era preocupados.

—Sí, lo sabía. —A Lucréce no le extrañó que él lo supiera; a Declan, sí—. Y, para serle sincero, pensé que lo llevaría peor; pero, como ya le dije una vez —se dirigió a la mujer—, ella es fuerte. Aunque no le niego que tuvo momentos donde se emocionó, al instante se recuperaba contando alguna anécdota de cuando era niña. Fue algo muy emotivo para ella. —Y para él también lo había sido, pero no les comentó nada—. De todas formas, creo que le ha venido bien hacerlo; creo que lo necesitaba y no se atrevía. Hoy en el camión ha estado bastante animada, yo diría que hasta aliviada por haber ido allí. Creo que está en paz.

—Me alegra que usted la acompañara, comandante; no solo por lo del leopardo, que sin lugar a duda si hubiera estado sola… —La mujer tomo aíre y lo soltó despacio al imaginarse lo que podía haber ocurrido—. Ya me entiende. Como decía, me alegra también porque la acompañó en el tránsito de encontrarse de nuevo con sus recuerdos. Sé que, a ella, el que usted estuviera a su lado le ha hecho sobrellevarlo mejor. Sabe cuánto quiero a esa niña y se lo agradezco con todo el corazón.

Le tomó su fuerte mano y se la beso en señal de agradecimiento. Jerome sonrió al sentirse conmovido por las palabras y el gesto de Lucréce; se veía a la legua lo que quería a Camila.

—Camila me ha dicho que ustedes la conocen desde que era pequeña.

—Querido, yo ayudé a su padre y a su madre en el parto de esa niña. Se resistía a salir, pero cuando nació nos cautivó a todos —dijo con una sonrisa.

—Y yo fui quien la bautizó —dijo un Declan orgulloso.

—Ayudé a Chantal a criarla, al igual que la ayudé con Agnés y con Jacques. Solo estuvimos dos años separadas en el tiempo que vivieron aquí en Zaire, el tiempo en el que tuvieron que volver a Saint Germain. Cuando volvieron a Luebo, Chantal me volvió a

contratar. Dese cuenta que ella trabajaba en el dispensario con Cayetano, y la pobre mujer apenas tenía tiempo para encargarse de la casa. Con los niños y el dispensario no tenía tiempo para más. Fueron buenos tiempos. —La nostalgia embargó sus palabras.

—Ella me dijo que fue usted la que la encontró en la cabaña del árbol al día siguiente de los asesinatos.

—Sí —dijo con pesar—. Imagínese, llegar a la casa para empezar con las tareas de preparar el desayuno de todos para cuando se despertasen, y encontrarme con lo que me encontré. El primero con el que me tropecé fue Jacques, estaba tirado bocabajo en medio del pasillo con la escopeta de Cayetano bajo su cuerpo. Le habían pegado un tiro en la cabeza. Toda su sangre y sus sesos estaban esparcidos por el suelo, era horrible. —La mujer se tomó su tiempo para proseguir—. Después me encontré con Chantal y Cayetano en el despacho, los dos juntos, como dos enamorados; ella sobre él, como si estuviesen abrazándose; como si hasta el final tuviesen que demostrarles a todos cuánto se querían. —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas—. Me volví loca buscando a las niñas por toda la casa; imaginaba lo peor, pero al no encontrarlas empecé a tener la esperanza de que ellas hubieran podido escapar. Salí de la casa imaginando que podían estar escondidas en el granero o en el dispensario, pero allí no estaban. Me empecé a preocupar. A lo mejor se las habían llevado a la fuerza para hacerles Dios sabe qué…

A la mujer se le quebró la voz.

—La sorpresa me la encontré cuando volvía de nuevo para la casa. Vi un bulto en el suelo debajo del árbol en el que los niños solían jugar. Cuando me acerqué me encontré con que era Agnés la que estaba allí. Tenía una expresión de sorpresa dibujada su cara, como si el disparo la hubiese pillado desprevenida. Cuando me agaché a cerrarle los ojos comencé a oír un débil llanto. Era mi Camila, Jerome, ella estaba viva. Le dije que bajara, pero no quería hacerlo. Decía que la iba a matar también, igual que habían hecho con todos. Me partió el alma que ella pensase que yo le iba a hacer daño, ¿cómo podía pensar semejante barbaridad? Pero lo entendí, lo que ella debió vivir aquella noche tuvo que ser una auténtica pesadilla, me costó horas bajarla de allá arriba.

Hizo una pausa y luego prosiguió.

—¿Sabe cómo la convencí? Diciéndole que, si bajaba, la iba a llevar con mamá. Que mamá estaba bien, que solo tenía una pequeña herida y por eso no podía venir ella a buscarla. Me sentí fatal por mentirle de aquella manera, pero no dejaba de llorar y de decir que yo la mataría y fue lo único que se me ocurrió. Fue horrible.

Tragó con dificultad.

—Los primeros días en mi casa fueron una auténtica pesadilla, no dejaba que nadie se acercase a ella, decían que la íbamos a matar como a los demás, pero cuando vio que no ocurría nada, empezó a tranquilizarse y a dejar que nos acercásemos. Cuando llegaron sus padrinos para llevársela, comenzó igual o peor; no quería irse con ellos. El pobre Vicente fue el que peor lo pasó, no entendía por qué su ahijada les temía. Alicia, que, tal vez por eso de ser mujer, era más sensible a los sentimientos de la niña, consiguió tranquilizarla y se la pudieron llevar a Kinshasa y de allí sus abuelos se la llevaron para España. No volví a saber de ella hasta ocho años después. Fue ella la que nos buscó, ¿lo sabía? Y fíjese, comandante, en la mujer tan estupenda en la que se ha convertido. No digo que no haya tenido sus problemas para superar lo de su familia o que no los tenga ahora, todo aquello fue muy trágico. Si yo a veces sueño con eso, me puedo imaginar lo que será para ella.

—¿Y qué pasó con los que cometieron los asesinatos?

—Los detuvieron a todos y a los pocos días los ejecutaron —contestó Declan.

—Hummm, yo no estoy tan segura de eso —dijo una Lucréce bastante contrariada.

—No empieces con tus ideas —le reprochó el sacerdote—. Sabes que eso incomoda bastante a Camila.

—Yo solo digo lo que me dice mi intuición y lo que se decía por la zona —saltó la mujer a la defensiva—. Aquellos eran unos pobres diablos que no tenían dónde caerse muertos, ¿por qué no robaron en el dispensario? Podían haber sacado más vendiendo los medicamentos que había allí dentro que con lo que robaron en la casa. ¿Dónde está el hombre del rostro deforme que los asesinó del

que hablaba Camila? Ninguno tenía ningún defecto físico y no me vale esa excusa de esa psico… lo que sea, que decía que Camila lo trasformó en un ser horrible para sentirse mejor. ¿Y los vehículos de los que ella hablaba? Ninguno tenía ningún vehículo, y lo sé porque eran conocidos de la zona. —A Jerome le llamó la atención que la mujer hiciese hincapié en lo mismo que había hecho él cuando Camila le contó toda la historia—. ¿Y el arma que encontraron? ¿Ninguno tenía para comprar comida a sus hijos y sí tenía para comprar un arma que, con su valor, podía alimentar a su familia durante meses? No me lo creo, Declan, te pongas como te pongas tú o como se ponga Camila.

—De todas formas, las cosas fueron así, nos guste o no.

Lucréce se rio cansada.

—Tienes razón, Declan. Comandante, no me haga caso, yo solo soy una pobre vieja a la que de vez en cuando se le suelta la lengua. Declan y Camila tienen razón; a veces quiero ver más donde no lo hay, y hay que dejar que los muertos descansen en paz.

—Eso es lo mejor, Lucréce —dijo Declan—. Hay que dejar que descanse en paz la familia de Camila. Que de los culpables ya se encargará Dios de juzgarlos como se merecen.

Jerome, que no dormía muy profundo –pues, aunque hubiese alguien vigilando el campamento rara vez descansaba tranquilo–, metió su mano debajo de la esterilla y agarró su pistola al notar que algo o alguien se acercaba hacia ellos. En cuanto supo que estaba cerca por el ruido de sus pisadas, se levantó con un movimiento rápido y apuntó con el arma al hombre que tenía enfrente.

—Tranquilo, comandante, no me dispare —dijo Étienne, que no paraba de temblar del susto.

Jerome bajó el arma en cuanto reconoció al hombre.

—Soldado, me ha asustado. Creí que era algún animal o alguien que venía al campamento. No vuelva a entrar así. Es preferible hacer mucho ruido antes que entrar con sigilo. Si no estuviese amaneciendo y no lo hubiese reconocido, le aseguro que no habría dudado ni un segundo en dispararle.

—Lo sé, comandante, ¿por qué se cree que todavía estoy temblando? —El joven le mostró su mano—. Es que no quería despertar a los hombres, todavía queda una hora para levantarse.

—Tranquilo, muchacho. —Le puso la mano en el hombro para tranquilizarlo. Jerome calculaba que era unos pocos años mayor que Hubert—. ¿Por qué ha dejado el camión solo?

—Venía a avisarle de una conversación radiofónica un tanto extraña que ha tenido lugar hace solo unos minutos.

En cuanto el soldado terminó de contarle la conversación que acababa de escuchar, despertaron al campamento, lo desmontaron todo y en menos de media hora partieron de allí dirección a algún lugar de la selva que los tuviera protegidos y a la vez que los alejase lo antes posible de Luebo. Estaban solo a un día de camino.

6

Camila observaba a Jerome a través del espejo retrovisor del camión, llevaba sus gafas de sol puestas y su semblante estaba bastante serio. Después de la inesperada marcha de esa mañana del campamento, tenía claro que algo lo preocupaba y no sabía lo que era. En las ocho horas de camino apenas había abierto la boca salvo para decir «buenos días», «vamos a descansar unos minutos» y «comemos en el camión». El resto del tiempo no había dicho nada, ni siquiera André hablaba; los dos hombres estaban preocupados y cada uno iba sumido en sus pensamientos. Al final, para no aburrirse tanto, había decidido poner música para animar un poco el ambiente, aunque dudaba que eso fuera posible. En cuanto introdujo el casete en la radio comenzó a sonar la balada que habían bailado Jerome y ella en su cuarto. Se sintió incómoda al escucharla; no quería que el comandante la reconociese, así que la apagó.

—No, no la apagues, me gusta. —Volvió a encenderla—. Esta es la que bailamos en nuestro dormitorio en la misión, ¿verdad? —Ella asintió mientras se ponía roja como un tomate. A Jerome le sorprendió que se pusiese colorada—. ¿Sabes su nombre?

—*Something stupid,* de Frank y Nancy Sinatra.

Se alegró de conocer por fin su nombre.

—¿Es la cinta de Emilio?

—Una copia. Se la pedí y la grabé —mintió—, siempre viene bien algo de música para animarse.

Le había pedido a Emilio que le dijera qué canción era porque no sabía su nombre, para recordar siempre a Jerome cada vez que la escuchara. Cuando volvió a Gran Canaria y después de que su abuela muriera, había ido a unos grandes almacenes a comprar los cd de los Beatles, de los Rolling Stones y de Frank Sinatra. Las canciones las grabó en una cinta y las trajo a Zaire para escucharlas

en la intimidad del dormitorio que había sido de los dos, cuando quería pensar en él. Los originales estaban en casa de sus padrinos, con el resto de las cosas que le daba pena regalar y con Cora. Le había regalado el foxterrier a Alicia. En Saint Germain no pintaba nada un perro de ese tipo y, por lo menos, cuando fuese a ver a sus padrinos podría tenerla con ella.

—Deberíamos volver a bailarla. ¿No te parece? —preguntó Jerome.

Ella se rio.

—La verdad es que esa vez fue bastante accidentada. Tienes razón. Deberíamos bailarla como Dios manda.

Jerome recordó que, si había sido accidentada, había sido por culpa de él, Camila le había hecho sentir cosas que nunca había sentido al tocar a una mujer.

—Por mí no os cortéis —dijo André con toda intención.

Desde el día anterior, había notado un cambio de actitud de Camila hacia Jerome, hasta habían empezado a tutearse. Estaba convencido que algo había pasado en Luebo entre ellos, aunque su amigo no quisiese hablar sobre eso.

—Yo dejo de conducir, me arrimo a esa esquinita y vosotros os apañáis cómo podáis, con el camión y con el baile.

Los dos se empezaron a reír.

—No es mala idea, ¿no crees, Jerome? Yo aprieto el embrague con un pie, tú aprietas el acelerador con el otro, con una mano sujeto el volante, tú con la otra cambias las marchas y con lo que nos queda libre bailamos en esta espaciosa cabina.

Se volvieron a reír. El ambiente de la cabina se relajó.

—Y que no se te olvide, hacemos todo eso sin tocar ni un pelo a André, que estará en aquella esquina alucinando con nuestra destreza. —Los tres se empezaron a reír a carcajadas al imaginarse haciendo todo eso con una soltura inusual—. Si no te importa, me gustaría quedarme con la cinta cuando os dejemos en la ciudad, así el viaje se hará más corto.

Quería recordarla cada vez que escuchara aquella música sonar.

Camila, que hasta ese instante no había sido consciente de que en unos días todo terminaría, de pronto se sintió triste. Estaba

disfrutando de estar a su lado.

—¿Cuándo crees que nos puedas dejar en la ciudad? —preguntó sin querer conocer la respuesta.

Estaba claro que ella deseaba volver a Saint Germain. Tendría que dejarla ir por poco que le gustase la idea.

—Si seguimos a este ritmo y conseguimos despistarlos, creo que podremos alejarnos de la selva y dejaros en Lodja pasado mañana más tardar.

Se le partió el corazón al saber que le quedaban menos de cuarenta y ocho horas con él; después, volvería a no saber de él en meses, en años, nunca. Lo que Dios quisiese.

—Bien, es interesante saberlo.

Camila trató de disimular lo triste que le había sentado la noticia. Jerome lo acababa de decidir; si ella quería volver, él no se lo impediría, se desviarían a Lodja para dejarlos allí.

—¿Qué es lo que os ha tenido a los dos tan preocupados todo el día? —preguntó tratando de olvidarse de lo triste que se sentía.

André miró a su amigo y se encogió de hombros. Si él, que era el jefe, no lo explicaba, él tampoco lo iba a hacer. Camila, que había entendido su gesto, miró a Jerome en espera de una respuesta.

Él tomó aire y lo soltó despacio.

—Esta mañana el soldado que se quedó vigilando el camión escuchó una conversación que me dejó bastante preocupado. El comandante Zcharie Lutongo está detrás de nosotros. —Ella no comprendió, se suponía que la Guardia Civil los estaba buscando—. El comandante es uno de los hombres de confianza del general Dengo —le explicó— y lo más curioso de todo es que solo nos está buscando a ti y a mí. No hablaron de las armas, ni de André, ni de Declan, ni de Lucréce; solo de ti y de mí. Eso me preocupa porque no sé cómo se pueden haber enterado que estás conmigo. —Camila tragó con dificultad, ella sabía cómo se había enterado—. Es obvio que alguno de nuestros hombres es un infiltrado. Hay que encontrarlo y deshacerse de él antes de que informe de nuestro siguiente paso. —Se estaba arrepintiendo por momentos de haber avisado del secuestro. Los había metido a todos en un buen lío—. Que Lutongo sea el que me busque quiere decir que la orden la ha

recibido del general, solo sale de Kinshasa si es por orden suya, y lo que viene a buscar de mí no es otra cosa que mi cuerpo sin vida para entregárselo al Dengo.

Un escalofrío recorrió toda la espalda de Camila. Por su culpa ese hombre estaba buscando a Jerome. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Así que no me hace gracia la situación en la que estamos tú y yo, solo espero que a ti, por lo menos, te quiera para llevarte a casa.

Estaba segura de que era para eso y no para matarla.

—Ese hombre es peligroso, ¿verdad? —La culpa la estaba invadiendo por momentos.

—Sí, es despiadado.

Se quedó pálida, la culpa la había invadido por completo.

Jerome y André se miraron, notaron cómo palideció.

—No pretendía asustarte, ya verás que no nos encontrará. En cuanto os deje en Lodja, podréis volver a casa y él solo me seguirá a mí. —Comenzó a temblar. Sentía que había entregado al hombre que amaba. Estaba paralizada del miedo—. Camila, ¿estás bien?

Se empezó a preocupar. Ella negaba con la cabeza; quería hablar, pero no podía.

—Yo, yo…

—No tienes por qué preocuparte, verás como todo sale bien.

—Lo siento. —Por fin pudo decir algo.

—No tienes por qué sentirlo, es normal que ante una situación de peligro tu cuerpo reaccione así —le dijo con mucha ternura.

—No, no lo entiendes, ha sido por mi culpa. No debí hacerlo.

Jerome y André se miraron. No les había gustado cómo sonaba lo que acababa de decir. La agarró de los hombros y le preguntó con miedo:

—¿Qué no debiste hacer, Camila?

Ella miraba asustada, no se atrevía a decírselo. ¿Cómo iba a decirle que había sido ella la que lo había traicionado?

—Camila, ¿qué hiciste? —Jerome supo que algo había hecho. Al ver que ella seguía sin contestar, la ira comenzó a adueñarse de él.

—Camila.

Sus ojos azules, que en ese momento no estaban cubiertos por las gafas, la miraron con furia. Ella nunca lo había visto así y sintió pánico.

—André, para. Haremos un descanso de diez minutos.

En cuanto André paró, Jerome se bajó del camión y se la llevó agarrada por el brazo. Le estaba haciendo daño, pero no se quejó. La introdujo en la selva, casi arrastras. Ella no podía seguir el ritmo de sus pasos, él caminaba muchísimo más rápido que ella. Se tropezó varias veces y él la levantó las mismas veces tirando con brusquedad de ella. Si iba a matar a alguno de sus hombres por soplón, ¿qué haría con ella que no era de los suyos? No debió haberle dicho nada al padre Maurice.

—Lo siento.

—¡Quieres dejar de decir lo siento de una maldita vez! —le gritó cuando supo que nadie lo oiría—. Y me vas a decir qué fue lo que hiciste —le ordenó mientras se detenían—. No quiero ponerme más brusco de lo que me he puesto.

—Le dije al padre Maurice que nos habían secuestrado —dijo con la voz temblorosa.

—Pero ¿cuándo?

Solo la había dejado hablar una vez por la radio, y él estaba delante.

—Cuando le dije lo del padre Teodoro Sánchez.

Jerome la miró sin comprender.

—Al cura no le dio diarrea por comer higos como os dije. Lo secuestraron hace varios meses y jamás volvió a aparecer.

Se empezó a reír por lo estúpido que se sentía al haber confiado en ella.

—Lo siento, en serio, pero es que estaba tan enfadada por lo del secuestro y tan asustada que cuando tuve la oportunidad se lo dije. Sé que he puesto en peligro la vida de tus soldados y, sobre todo, la tuya. Jamás me lo perdonaré si te llegase a pasar algo a ti o a alguno de tus hombres.

—Si te lo dije —dijo sin poder creer que ella lo hubiese traicionado de esa manera—. Te dije que lo sentía, que jamás había pretendido que esto sucediese y menos a ti.

—Lo sé, pero no te creí. ¿Cómo te iba a creer? Estábamos a merced de lo que tú decidieses. Te pedí que salvases el pedido de material y medicamentos para el hospital y no lo hiciste. Te pedí que nos dejases es Saint Germain cuando nos volvimos a encontrar y no lo hiciste. En normal que no te creyese. Ahora sé que es verdad.

Él se rio al escucharla.

—¿Que no me creíste? ¿Tú eres la que me dices eso? Cuando soy yo el que no debe creerte en lo más mínimo. —Estaba furioso—. Tú, que eres la reina de las mentiras.

—¿La reina de las mentiras? —preguntó extrañada—. Pero si te acabo de decir lo que hice. Podría haberme mantenido callada y dejar que pensaras que era uno de tus hombres el que os había traicionado —le reprochó.

—Será posible, hermana Camila, que digas «¿La reina de las mentiras?» con esa vocecita de yo no he roto un plato —imitó su tono de voz burlándose de ella—. ¡Ay, se me olvidaba! Debería decir señorita Oramas.

Comprendió que él ya sabía que no era monja.

—¿Qué? ¿Te sorprende que lo sepa?

Ella asintió.

—Querida, tienes de monja lo que yo de cura: nada —dijo con rabia—. A tu encantadora Lucréce se le escapó la noche que te marchaste de Saint Germain. Lo siento, tu juego se ha descubierto.

—No era ningún juego; si lo hice, fue para protegerme —dijo a la defensiva. No quería protegerse de él, lo amaba, quería protegerse de su rechazo. No estaba preparada para un «no» suyo. Por lo menos, por ahora.

Se rio atónito por lo que le acababa de decir.

—¿De qué te querías proteger, Camila? —le gritó—. Si yo estaba más en el mundo de los muertos que de los vivos cuando me encontraste. ¿Qué pensabas?

Se acercó a ella.

—¿Qué iba a tener ánimos para hacerte esto?

La sujetó con fuerzas de la cintura.

—Suéltame —dijo forcejeando.

Él era más fuerte que ella y no consiguió zafarse.

Jerome se rio. Le gustó demasiado que ella luchara por soltarse, su cuerpo enseguida se excitó como había ocurrido tantas veces pensando en ella.

—¿O esto?

Comenzó a besarle el cuello, el escote… Agarró uno de sus pechos. No podía parar.

—Por favor, Jerome.

«Sigue», pensó mientras cerraba los ojos. Creía que de un momento a otro se iba a desmayar, le estaba gustando demasiado lo que él le estaba haciendo.

—Por favor, ¿qué? —dijo colérico—. ¿Esto era lo que temías que te hiciera?

La acercó más a él sujetándola con fuerza por las caderas e hizo que ella notase cómo su miembro estaba erecto. Antes de poder separarse ella –sabía que, si seguía, iba a hacer algo de lo que se arrepentiría–, Camila se apretó más contra él anhelando sentirlo entre sus muslos.

Eso sí que lo tomó por sorpresa. Notar cómo la pelvis de ella friccionaba su erección con movimientos circulares terminó por volverlo loco de deseo.

—Conteste, señorita Oramas —dijo con excitación contenida.

Ella se acercó a sus labios y lo besó. Esa era su respuesta. Sentirlo así, tan cerca, tan salvaje, tan él, hizo que todos los miedos a su rechazo desaparecieran.

La empujó contra el árbol que tenía a su espalda. La iba a ser suya. Ya lo había dejado una vez con las ganas de algo más y ahora no iba a dejar que eso le volviese a ocurrir. Camila se abrazó a su cuello mientras se fundían en un apasionado beso permitiendo que sus labios jugasen con los de ella, lo que le hizo recordar a la perfección el sabor de su carnosa boca. Era imposible olvidarla. No podía creer que también lo desease tanto como él a ella.

Camila estaba asombrada por lo que estaba sucediendo. Su cuerpo y el de él se estaban fundiendo en uno solo, los dos estaban ávidos el uno del otro. Su ansia por él aumentó, quería sentirlo en su interior.

Jerome se separó de ella acariciándole su dulce rostro. Quería verla bien, observarla. Era su ángel y la iba a hacer suya. La volvió a besar mientras se deshacía de los botones de la camisa de ella con movimientos seguros, pero a la vez temblorosos, por lo que sabía que encontraría bajo ella. Se alejó de sus jugosos y ardientes besos tras quitarle la camisa y observó cómo los pezones de ella respondían endureciéndose a las caricias que él les estaba prodigando con tanta pasión e ímpetu. Necesitaba más. Su lengua jugó con ellos; eran tan blancos e inmaculados. Parecía que él era el primero en descubrirlos y saborearlos. Eran tan deliciosos como el resto de su cuerpo, pensó mientras seguía degustando su dulce y nacarado torso.

Camila creyó volverse loca cuando le fue desabrochando los pantalones mientras su vigorosa mano acariciaba con delicadas pero ardorosas caricias la zona más secreta de su ser, pero que para él estaba claro que no tenía ningún secreto, por sus ágiles y precisos movimientos. No pudo evitar gemir al notar la presión de ellos sobre su húmeda braguita. La volvió a besar mientras seguía jugueteando en su zona más íntima y notaba la viscosidad de su excitación entre sus dedos. Quería volver a escuchar el sonido de su voz cuando suspiraba de placer.

—Dios —salió de su garganta—. Sigue —le suplicó.

Jerome la miró y sonrió al verla extasiada con lo que le estaba haciendo. Era increíble tenerla así entre sus brazos. Le quitó los pantalones y las braguitas. Se puso de rodillas y aspiró su aroma femenino mientras su lengua jugueteaba con su zona más delicada.

Sujetó con fuerzas los hombros de él al notar su lengua sobre la pequeña prominencia que sobresalía de su selva rubia… Como siguiese así… Dios… La estaba volviendo loca. No sabía que eso se pudiera hacer. Se puso de rodillas enfrente de él y lo besó saboreando lo que él hacía un instante había estado degustando con tanto placer. Necesitaba más. Quería tenerlo dentro de ella ya y disfrutar de la visión de su fuerte y musculoso cuerpo. Empezó a retirar uno a uno los botones de su camisa mientras él la besaba y le acariciaba la piel.

—No, Camila —dijo con la voz entrecortada por la excitación en la que estaba inmerso—. La camisa no. —No quería que ella se horrorizase por sus cicatrices. Ella lo miró sin entender—. Por favor —le suplicó.

—Lo que tú quieras, haré lo que tú quieras —dijo deseosa de darle el gusto en todo. Jamás se había sentido así.

Él era su dueño. Su alma y su corazón eran enteros para él.

Él le sonrió con insolencia y, sujetando su mano, la guio hacia la protuberancia de su entrepierna mientras la volvía a besar. No pudo evitar que un pequeño grito de sorpresa saliese de su garganta al notar su considerable masculinidad entre sus inseguros pero curiosos dedos. La agarró por la muñeca y le indicó cómo tenía que hacer para proporcionarle placer. Hizo lo que él le indicó con miedo de hacerle daño y sin saber si lo estaba haciendo bien o no… Pero el escuchar un gemido de él cuando ella estaba jugueteando con su enorme virilidad disipó sus dudas y continuó con lo que tanto le estaba gustando con más energía y determinación. Se besaron con ansia, sabiendo lo que vendría ahora, mientras se iban tumbando sobre la hierba salvaje de la selva.

—Comandante —se oyó cerca de donde estaban.

Camila dejó todo lo que estaba haciendo al sentirse horrorizada y avergonzada al escuchar aquello. Se incorporó lo más rápido que pudo y recuperó su ropa. Estaba desnuda. Si la encontraban así, iba a pasar la mayor vergüenza de toda su vida. Jerome se incorporó también subiéndose los pantalones a toda prisa y puso sus dedos sobre su boca para que no hiciera ruido y poder comprobar por dónde iba a aparecer Valerién. Había reconocido su voz.

Al oír el ruido del pisar de las hojas, Jerome supo que venía por la derecha, así que la colocó en el lado izquierdo del inmenso árbol para que el hombre, cuando apareciese, no la viese.

—Estoy aquí —dijo tratando de parecer sereno y acuclillándose para que no se notase el estado de excitación en el que había estado inmerso en esos últimos minutos.

Aún estaba excitado por todo lo ocurrido y dudaba que mejorase la situación sabiendo que Camila estaba detrás del árbol tal y como la había dejado, desnuda.

—Lo venía a avisar de que ya han pasado los diez minutos de descanso, André me ha pedido que los venga a buscar. ¿Y la hermana Camila? —preguntó extrañado de no verla allí.

—Salió hacia allá. Deben haberse cruzado.

—Claro.

El hombre comprendió que en aquella inmensidad era fácil cruzarse y no verse.

—Vaya usted para allá, yo voy a ver si acabo lo que tenía entre manos antes de que me interrumpiera.

—Por supuesto, los apretones son bastante incómodos en medio de todo esto —dijo el soldado refiriéndose a los del estómago.

—No lo sabe usted bien.

Por supuesto se refería a otro tipo de apretones.

Lo vio alejarse. Dio la vuelta al árbol y ella ya no estaba allí, no la había oído marcharse. Se rio desesperado. Lo había dejado igual que la otra vez, deseoso de más y sediento de ella. Le dio una patada a una pequeña piedra que había en el suelo, al hacerlo numerosos insectos salieron debajo de ella y huyeron de su lado. «Eso debería hacer yo, alejarme de ella», se dijo. Pero después de lo que había pasado hacía solo unos minutos, no podía ni quería; ella lo deseaba igual que él a ella.

Si Valerién no hubiese aparecido, la habría hecho suya. Sonrió. «Ella también te desea», se dijo entusiasmado ante la perspectiva de volver a tenerla entre sus brazos de nuevo. Le daba igual que no lo quisiera. Ella nunca había hablado de lo que había pasado en la habitación que los dos compartieron aquella noche que jamás olvidaría, ella nunca le había dicho que lo amaba, pero le daba igual. Por lo menos, lo deseaba y acabaría haciéndola suya.

Camila corría entre la frondosidad de la selva abrochándose la camisa de manga hueca lo más rápido posible. Jerome le había dicho a Valerién que ya había ido para allá y tenía que llegar antes que el soldado. No quería que el hombre sospechase… Lo que fuera, le daba igual, pero que no sospechase. Todavía su cuerpo estaba arrebatado por las deliciosas sensaciones y emociones que había sentido entre sus brazos. Todo su ser anhelaba sus caricias sobre su piel, sus besos sobre sus labios, su lengua dentro de su cuerpo.

«Dios, sí». Había estado dentro de su cuerpo… y bien dentro, pensó. Jamás imaginó que eso pudiese hacerse…

Volvió a notar cómo su cuerpo se encendía solo de pensar en lo que hacía unos minutos había pasado entre ellos. Estaba claro que necesitaba más de él. Necesitaba llegar hasta el final, entregarse a él. Le daba igual que él no la quisiese, que solo fuese deseo reprimido por estar con una mujer. Quería terminar lo que habían empezado.

Al salir con premura de la maleza se chocó con Declan, que estaba paseando por la carretera, estirando las piernas. Los dos, ante el impacto, estuvieron a punto de perder el equilibrio. Por fortuna, ninguno cayó al suelo, pero las gafas del sacerdote, que en ese momento las estaba limpiando, salieron disparadas como si de un balón se tratase hacia la verde espesura de la selva.

André acababa de ver cómo Camila salía casi corriendo de la selva y se tropezaba con Declan. La mujer tenía la cara descompuesta, parecía asustada. Se preocupó, conocía a Jerome demasiado bien como para no preocuparse.

—¿Estás bien? —le preguntó al sacerdote.

Había sido la culpable del fuerte encontronazo que acababan de tener por estar pensando en lo que hacía unos instantes había sucedido con Jerome.

—Sí, estoy bien. Lo único es que acabo de perder las gafas y sin ellas no veo ni torta, por eso no te vi llegar cuando te abalanzaste sobre mí. ¿Se puede saber por qué venías tan rápido?

—Eeeeh... —No sabía qué decirle—. Después de lo del leopardo no me hace mucha gracia internarme en la jungla sola y por eso salí lo más rápido posible de allí.

Mintió.

—¿Pero el comandante no estaba contigo? —preguntó extrañado.

—No.

Volvió a mentir, no quería que nadie sospechara lo que acababa de pasar entre ellos. Pero esa vez Declan supo que le había mentido. André le había dicho que Camila había ido al lavabo con el comandante. Le resultó extraño.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupado, ella no era de las que mentían.

—Sí, sí —dijo tocándose el pelo nerviosa—. Vamos a buscar tus gafas, sabes que sin ellas empiezan después tus dolores de cabeza y aquí en medio de la selva no hay antiinflamatorios… aunque el sargento Nocólas sí tiene —dijo pensativa, se le acababa de ocurrir algo y tal vez las gafas de Declan fueran la solución—. ¡Sargento!— le gritó.

El hombre, que estaba cerca de ellos hablando con André y con algunos hombres, la miró. Ella le hizo una seña para que viniese a donde ellos estaban. En cuanto estuvo a su lado le dijo:

—¿Ayuda a buscar las gafas al padre Declan? Cayeron por allí. —Señaló la zona por la que creían que estaban—. Vengo enseguida y os ayudo —dijo alejándose de ellos; los dos hombres la vieron marcharse.

Nocólas estaba fastidiado, lo último que le apetecía era jugar a la búsqueda del tesoro por unas gafas de un sacerdote. Despreciaba a los curas desde hacía tiempo. No sabían nada de la vida y con su religión causaban daño y dolor en aquellas personas que creían todas las patrañas que contaban. Pero visto que, si no las encontraban pronto perderían tiempo, se puso a buscarlas de mala gana.

Camila se dirigió al camión corriendo, sabía que no tardarían en encontrar las gafas de Declan. Buscó un trozo de papel y un bolígrafo por toda la cabina, pero no los encontró. Le preguntó a alguno de los hombres y nadie tenía nada con lo que poder escribir. Tenía que encontrar la manera de que Nocólas pudiese leer algo desde lejos. Se acordó del libro que estaba leyendo. Lo sacó de su mochila y volvió a donde estaban los dos hombres, acompañados ahora por Lucréce, por Valerién y por Pierre, que buscaban los lentes también. Se puso con ellos a buscarlos con su libro bajo el brazo.

—¡Bingo! —exclamó Pierre agachándose—. Las encontré. —Al levantarse tenía en sus manos las gafas.

—Gracias a Dios. —Declan, que estaba bastante nervioso por no encontrarlas, se sintió aliviado—. Muchas gracias a todos. —Las

examinó para ver si estaban rotas y, al ver que no lo estaban, se las puso.

—¿Me las dejas un momento? —le pidió Camila al sacerdote—. Sargento, no se vaya —le gritó al ver que el hombre se estaba alejando de donde ellos estaban.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó con desgana.

Declan le entregó las gafas y Camila se aproximó al hombre.

—Quiero comprobar una cosa con usted. ¿Me permite? —Nocólas la miró extrañado, pero a la vez divertido. ¿Qué querría la monja?—. ¿Sabe leer?

—Un poco.

—Tome las gafas y haga lo yo le diga, ¿vale?

El hombre asintió y Camila se alejó unos siete pasos de él.

—¿Qué lee aquí? —Le señaló el título de la tapa del libro, que era bastante grande.

—Los pi… la… res de la Ti… e… rra.

Los hombres se acercaron a donde estaban, sentían curiosidad por saber qué era lo que pretendía ella con el sargento.

—¿Y aquí? —Señaló el nombre del autor.

El hombre entornó un poco los ojos para fijar mejor la vista.

—Ke… nt Fo… llet.

—¿Y aquí?—preguntó después de abrir el libro y buscar lo mismo que el hombre le acababa de leer, pero más pequeño.

—Hermana, o se acerca o está complicado.

Camila sonrió. Era lo que sospechaba, no veía bien de lejos. Esas letras se podían leer sin ninguna dificultad desde donde Nocólas estaba.

—Póngase las gafas. —El hombre la miró con recelo, ¿cómo se iba a poner las gafas del cura?—. Venga, póngaselas.

El sargento se puso las gafas de mala gana, pero al hacerlo comprobó que todo lo que estaba a su alrededor estaba muchísimo más nítido, veía a la perfección el título y el nombre que antes le había hecho leer. Hasta la monja, a la que solo le veía el contorno de sus facciones, la vio con claridad.

—Los pilares de la Tierra, Kent Follet —dijo el hombre entusiasmado.

—Sargento, necesita unas gafas con urgencia. Sus dolores de cabeza son por no ver bien.

El hombre sacó su arma, apuntó a la derecha de donde ella estaba y disparó. El estruendo sonó por toda la selva mientras un vencejo caía al suelo y los demás salían revoloteando del árbol asustados. André, que había estado observando todo, se quedó impresionado al ver que Nocólas había acertado a la primera. En los últimos meses había estado bastante preocupado porque estaba perdiendo destreza.

—Hermana, es usted la leche. —El hombre se acercó a ella eufórico y la abrazó con fuerza—. Acabo de recuperar mi puntería. —Le sujetó la cara con las dos manos y la besó en la frente—. No la beso en la boca porque es monja, que si no…

Todos se rieron por el comentario.

—Estarás contento, ¿no? —le dijo Jerome a André, que acababa de verlo todo.

André asintió con una sonrisa. Al mirar a su amigo recordó al momento lo que había pasado en el camión con Camila y cómo la mujer había llegado casi corriendo de la selva.

—¿Qué pasó con ella? —Jerome sonrió al pensar en lo que había pasado. André se preocupó al ver la sonrisa que había puesto su amigo—. Jerome, ¿qué le hiciste?

—Nada que ella no quisiese que le hiciera —dijo con esa sonrisa que a André le preocupaba.

—¿No te habrás atrevido a tocarla?

—Si te refieres a si le hice daño, no.

Aunque si Camila no hubiese respondido como respondió, no sabía si al final hubiese podido parar. Había pensado por unos instantes hacerla suya quisiese ella o no. Se sintió sucio e indeseable. Se detestó. Sus instintos más bajos habían aparecido y lo habían convertido en un hombre igual de despreciable que el soldado Renaud. Le repugnó la idea solo de saber que podía llegar a ser como ese hombre y que podía haberle hecho daño.

Jerome, después de varias horas de miradas furtivas entre Camila y él, de sonrisas cómplices y de tratar de disimular ante André lo que había sucedido entre ellos, de aprovechar cualquier momento para rozarse y que sus cuerpos se encendieran de nuevo como se habían encendido aquella tarde, fue consciente del peligro en el que ella estaba. Decidió que en la próxima parada le contaría a su amigo la razón de que la Guardia Civil hubiese dado de nuevo con ellos. Sabía que en él podía confiar, y después de lo que Camila había hecho por Nocólas, más todavía.

Desde hacía un tiempo, André estaba preocupado por los tan habituales dolores de cabeza, de varios meses para acá, del sargento y ahora, que sabía que la causa de ellos no era otra cosa sino que no veía bien, se había quitado un peso de encima y por eso le estaba muy agradecido a Camila. Además, su amigo debía saberlo. Sobre todo, porque había estado presente cuando la propia Camila reconoció que algo había hecho en relación con ese tema. Ya le había preguntado varias veces sobre ello en las distintas paradas que hicieron para descansar y repostar gasolina.

Tenía muy claro que al resto de los hombres no le iba a decir ni una palabra. Pero tenía que buscar una razón convincente para explicarles por qué los estaban buscando. El ambiente se había empezado a enrarecer ya que sospechaban que entre ellos había un traidor. No era ninguna tontería que el comandante Lutongo los estuviera siguiendo en persona. Si se enteraban de que había sido ella, tenía claro que se vengarían, y no quería que eso sucediese. Ya había estado presente en la venganza de sus hombres contra un traidor y sabía lo que le esperaba si eso sucedía, la torturarían y le darían muerte. Los hombres de la Alianza no se andaban con chiquitas. Si ella hubiese sido otra persona, él mismo se habría encargado de asestarle el golpe final, pero siendo Camila… Tenía que protegerla a toda costa.

7

En cuanto pararon por cuarta vez, y tras haberle explicado a André todo lo que le había contado Camila, Jerome le ordenó a Declan que los acompañase en la cabina. Había ideado un plan para protegerla y para ello necesitaba que los tres que lo acompañaban en la cabina colaborasen.

—Camila, busca la frecuencia de radio de Saint Germain para ver si podemos contactar con ellos —le ordenó.

Le pareció un tanto extraña la orden, pero hizo lo que le pidió. Desde la primera vez que habló, no la había dejado más ponerse en contacto con ellos. En cuanto la localizó, llamó varias veces, hasta que tras quince minutos intentándolo al padre Maurice se le escuchó al otro lado de la radio.

—¿Estáis bien? Cambio —preguntó el hombre preocupado.

—Sí, estamos muy bien. Cambio —contestó ella.

—¿Estás segura? Cambio. —Estaba claro que el hombre no le creía.

—Declan, hable usted con Maurice para tranquilizarlo —le sugirió Jerome.

Camila le entregó el micrófono tal y como le había dicho, y el sacerdote pudo convencer al padre Maurice de que estaban bien. En cuanto los dos hombres terminaron de charlar, el comandante tomó el micrófono y habló.

—Padre Maurice, soy el comandante Jerome Ngona. Cambio.

—Comandante —se escuchó la voz sorprendida del sacerdote al otro lado de la radio—. ¿Está usted con ellos? Cambio.

—Sí, fui yo el que se los llevó prestados. Un gran error que estamos tratando de solventar. Puede estar seguro de que conmigo y con mis hombres van a estar bien. Volverán en unos días a casa sanos y salvos. Cambio.

—Me alegro, tenía mis dudas de que eso fuese así, pero sabiendo que usted está con ellos me quedo más tranquilo todavía. Cambio. —Sonó muchísimo más aliviado.

—Padre, hicimos un cambio de camión a unos kilómetros del cruce de Saint Germain dirección sur. El camión que se nos estropeó está escondido entre la maleza de la selva a esa altura, yendo hacia la misión a mano derecha, a catorce kilómetros y trescientos metros desde el cruce. Dentro están todas las medicinas y el material médico que Camila llevaba a Saint Hospital.

Se sintió tan agradecida por lo que acababa de hacer, todavía algunos medicamentos podrían salvarse. Si esperaban a que ellos llegasen a la misión, podría ser que ninguno estuviera en buen estado a causa del calor.

—Si encuentran un buen mecánico que arregle ese trasto, podrán sacarlo de allí, y llevar las medicinas al hospital. Cambio.

—Quiero hablar con él —le dijo Camila.

—Muchas gracias por la información, mañana mismo iremos en su busca. Cambio.

Jerome le entregó el micrófono. Al hacerlo sus dedos se rozaron. Ella notó que todo su cuerpo respondía a ese simple roce. Se puso nerviosa, ¿cómo era posible que él la hiciese sentir así? Jerome notó que su entrepierna comenzaba a estimularse. No entendía cómo ella era capaz de hacerle experimentar todo eso con ese simple gesto. Se colocó mejor en el asiento, subiendo la pierna para que nadie se diese cuenta de lo que le acababa de pasar.

—Maurice, soy Camila de nuevo. —Carraspeó nerviosa—. Quería pedirte un favor. Cambio.

—Si está en mi mano, no tengas problema. Cambio.

—Me gustaría que le dijeras a mi padrino que estamos bien, pero no le digas nada de que estamos con el comandante y con sus hombres. Dile solo que unos amigos nos han sacado del apuro en el que nos habíamos metido. Cambio.

—Vale, se lo diré. ¿Pero por qué no quieres que se lo diga? Cambio.

—Porque no quiero preocuparlo.

Sabía lo que Vicente pensaba de Jerome y no quería preocuparlo sin necesidad. Habían tenido una charla, varios días después de llegar a Zaire, y su padrino creía a pie juntillas todas las barbaridades que el Gobierno decía sobre él.

—Sabes que el comandante está siendo buscado por el Gobierno como miembro de la guerrilla. Si le dices que estamos con él, no se va a creer que estemos bien. Cambio.

«Vaya con el embajador», pensó Jerome.

—De acuerdo, así lo haré. Un saludo para todos y para Lucréce. Marcel se alegrará de saber que está bien. Cambio.

—Dales recuerdos a todos de nuestra parte, nos volveremos a poner en contacto con vosotros en unos días. Cambio y corto. —Camila dejó el micrófono colgado en su sitio mientras le decía a Jerome—: Gracias por lo de los medicamentos.

—Ya que nos has descubierto… era lo menos que podía hacer. —Se sintió más culpable todavía al escuchar aquello. Se quedaron en silencio. Jerome no podía dejar de darle vueltas al hecho de que no le cayera bien al embajador de España—. Entonces, ¿a tu padrino no le gusto? —Tenía que preguntárselo.

—No, no le gustas. Cree la versión que le dio el general Dengo.

—¿El general Dengo? —preguntó extrañado—. ¿Son amigos?

—Nooo. Lo que ocurre es que el general es el que se encarga de proporcionarle a Vicente los informes del Gobierno en lo que se refiere a su relación con España. Y suelen tratarse con frecuencia, ya te dije que conocí al general en la embajada.

Ahora Jerome entendía por qué era Lutongo el que los perseguía. Con seguridad, el embajador le había pedido ayuda a Dengo al enterarse del secuestro de Camila. Y él, al saber por la Guardia Civil que estaban por la misma zona donde los habían secuestrado, había atado cabos y había deducido que estaban juntos.

El campamento se estableció, tres horas después de que anocheciera, en algún lugar de la selva de la provincia de Kasai Oriental. Todavía, por lo que le había explicado André, no habían recorrido ni un tercio de la provincia, habían dado muchas vueltas

por las carreteras secundarias tratando de despistar al comandante Lutongo, por lo que, hasta dos días después, con toda certeza, no llegarían a Lodja. Camila dio gracias a Dios por el retraso, no quería separarse tan pronto de Jerome.

Valerién encendió la fogata y Lucréce aprovechó lo que había sobrado del antílope para hacer arroz caldoso para todos. Se sentaron alrededor de la pequeña hoguera, tal y como hacían todas las noches para cenar, pero esa vez con una diferencia. Ninguno de los hombres se quedó vigilando el camión, todos estaban allí. Jerome había convocado una reunión mientras cenaban.

—Sé que todos estáis inquietos porque la Guardia Civil y la F. A. Z. nos están pisando de nuevo los talones e imagináis que alguien se ha ido de la lengua.

Camila, que se iba a llevar a la boca un bocado de arroz, rectificó y lo dejó en el plato. Jerome les iba a contar que había sido ella. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

—Después de estar todo el día escuchando la radio para ver si volvíamos a oír algo que nos fuese de interés, a última hora, hemos podido escuchar una conversación que es bastante aclaratoria. Hace unos días encontraron el camión que dejamos escondido en la selva con toda la mercancía que la hermana Camila y el padre Declan trasladaban a Saint Hospital. —Un murmullo se alzó entre los hombres. Los dejó hablar entre ellos durante unos segundos. Después, levantó la mano para que callasen y, cuando lo hicieron, prosiguió—. Está claro que después de eso saben que vamos en el camión de la misión de Saint Germain. Podemos quedarnos tranquilos, no hay ningún traidor entre nosotros.

Camila acababa de entender por qué Jerome la había hecho ponerse en contacto con la misión; para decirles con exactitud dónde estaba el camión y que ninguno de los hombres sospechase que había sido ella la que los había delatado. Con el camión descubierto no había razón para sospechar de ella ni de nadie. Lo quiso más por tratar de protegerla, podía haber dicho que había sido ella.

—Comandante —dijo Renaud—, lo que no entiendo es por qué solo los están buscando a la monja y a usted. ¿No nos deberían

estar buscando a todos nosotros y también al cura y a la vieja? —Los hombres asintieron, varios se habían hecho la misma pregunta.

—A mí está claro por lo que es, ¿no? Si me encuentran, nos encuentran a todos y a las armas. En cuanto a por qué insisten tanto en localizar a la hermana Camila, es porque es la ahijada del embajador de España aquí en Zaire.

De nuevo el revuelo se formó entre los soldados.

—Si no fuera por ella, el comandante Lutongo no nos estaría buscando personalmente, ¿no?—preguntó Baslie.

Jerome asintió. El soldado estaba más cerca de la verdad de lo que jamás imaginaría nunca. Pero no tenía ninguna intención de hacérselo saber. Otra vez los hombres empezaron a hablar entre sí.

—Genial —dijo Renaud con rabia—. Todas las putas mujeres son iguales, acaban complicándolo todo.

Jerome prefirió no hacer caso al comentario del soldado. Al fin y al cabo, había sido Camila la que lo había complicado todo, tal y como decía él.

—¿Alguna otra pregunta? —Los hombres se miraron entre sí y negaron con la cabeza—. Pierre, en cuanto acabes de cenar, sigues con tu guardia.

—Sí, señor —dijo el soldado.

Camila quería darle las gracias a Jerome por lo que había hecho por ella, pero este, en cuanto terminó de cenar, se levantó junto con Pierre y fueron hacia el camión. Los hombres, que también habían terminado, se fueron pronto a descansar. Al día siguiente se levantarían bastante temprano. Con la noticia de que los estaban buscando, habían aumentado las horas de trayecto en tres horas más al día.

Viendo que Jerome no regresaba decidió ir a buscarlo, no podía esperar a la mañana para agradecérselo, o eso fue lo que se dijo como excusa para acercarse de nuevo a él y estar a solas. Usó una de las linternas y se dirigió hacia donde lo había visto ir.

La agradable noche tenía una luna creciente que en pocos días estaría llena. Camila bajó la linterna y se paró para observarla mejor. Solo había dos nubes en el cielo, cerca de ella, y las estrellas brillaban, titilando, lo que hacía que todo el firmamento estuviera

precioso. Si Declan tuviese su cámara, la usaría para sacarle una fotografía, pensó mientras disfrutaba de la vista.

Se sintió envuelta en un halo de paz. Aquella tranquilidad la embargó de tal modo que por unos instantes se sintió dichosa por estar en medio de aquella grandeza que Dios había creado.

Oyó ruido detrás de ella, se giró con una sonrisa pensando que era Jerome, pero enseguida esta se desdibujó de su rostro al encontrarse frente a frente con el soldado Renaud.

—¿Esperaba a otra persona? —preguntó con desdén.

No le gustó el tono en el que le había hablado, era como si supiese que esperaba que fuera Jerome.

—Desde luego a usted no —respondió con aspereza.

—Me lo imagino.

Se acercó hacia donde estaba, con lo que ella retrocedió unos pasos, y continuó hablando.

—Se habrá sentido decepcionada al ver que no soy el comandante.

¿Qué podía saber él?, se preguntó asustada. Se rio mientras se acercaba más al tiempo que ella retrocedía de nuevo.

—Sí, sé que no es más que una monja, pero no me importaría que me mirase como lo mira a él.

—Renaud, no sé de qué me habla —dijo tratando de controlar su tono de voz. El hombre la estaba poniendo nerviosa—. Creo que su comandante le explicó que nos conocemos desde hace tiempo.

—Sí. —Se volvió a aproximar a ella—. Y por lo que tengo entendido durante ese tiempo compartieron dormitorio —dijo mientras se acercaba más todavía.

Camila dio un paso atrás y su espalda chocó con el tronco de uno de los árboles. El soldado se rio, había conseguido lo que pretendía. El pánico se apoderó de ella. El hombre puso los brazos a ambos lados de ella apoyándose en el árbol e impidió que pudiese moverse. Camila trató de zafarse de él, pero como era más fuerte y más alto que ella, no consiguió nada, solo hacerle unos arañazos en los brazos.

—¿No le gustaría conocer cuáles son los secretos de mi dormitorio?

—¡Socorro! —gritó, pero el soldado, que se había dado cuenta de que iba a hacerlo, le había puesto la mano delante de la boca y amortiguó el sonido.

—Hermana, no se moleste —le susurró al oído—. Están todos durmiendo.

—Soldado Renaud —se escuchó de repente. Camila pudo respirar tranquila. Aunque no veía a André porque tenía al soldado delante, había reconocido su voz—. Creo que está demasiado cerca de la hermana Camila, ¿no le parece?

—Teniente, solo estábamos charlando —dijo sin moverse ni un milímetro de ella.

Camila notó cómo todo su cuerpo era observado por el repulsivo hombre. Oyó un clic, acababa de quitarle el seguro a su arma.

—Soldado. —Esa vez era la voz de Jerome la que se escuchó—. Apártese de ella si no quiere que le dispare.

El hombre se apartó de ella y pudo ver a Jerome, que apuntaba con su arma al soldado, a André y a Nocólas, a medio vestir, con su AK–47 lista también. Salió corriendo hacia donde ellos estaban queriendo alejarse de aquel desgraciado

—Espero por su bien que esto no se repita. Si así fuese, lo arrestaré.

Sabía que poco duraría el arresto, en cuanto llegasen a Rutshuru, el coronel se lo levantaría. Pero como todavía quedaban bastantes días para llegar, esperaba que el soldado se lo pensase dos veces antes de hacer nada. Bajó su arma poniéndole el seguro de nuevo y la guardó en la cinturilla del pantalón

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado en cuanto la tuvo cerca. Se había olvidado de dejar de tutearla, cuando la vio en los brazos de aquel hombre creyó volverse loco—. ¿Se puede saber qué hacías aquí sola?

No respondió. Le daba vergüenza, delante de los hombres, reconocer que lo había ido a buscar.

—Está bien. —Comprendió que no quería explicarse delante de tanta gente—. A partir de ahora dormirás conmigo. —André carraspeó—. Bueno, a mi lado —rectificó al darse cuenta lo extraño que había sonado aquello—. Le explicaré a Declan lo que ha pasado,

creo que lo entenderá, es lo más seguro para ti. Y todos nos quedaremos más tranquilos.

A pesar de que la noche era bastante cálida, la humedad que le estaba calando en los huesos la despertó con todos los músculos de su cuerpo agarrotados. Esperó a que sus ojos se adaptasen a la luz de la luna y se incorporó, necesitaba una manta.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Jerome susurrando.

—Tengo frío —le explicó susurrando también.

—Quédate aquí, creo que Baslie dejó su manta cerca de donde estaba la fogata.

Se levantó de su esterilla y lo vio ir, entre las sombras de la jungla, hacia donde unas horas atrás había estado encendida la pequeña hoguera. Volvió con la manta. La desdobló y se la puso por encima.

—Gracias. —Ahora sí que se sentía mejor—. Jerome, quería darte las gracias por no decir nada acerca de lo que hice.

Los dos se miraban con intensidad observando sus rostros iluminados por la luz de la luna africana.

—Shh —dijo poniendo su dedo índice sobre los apetecibles labios de ella—. No hablemos de eso aquí, mañana en la cabina hablamos —dijo acariciándolos con suavidad.

Ella entreabrió su boca y comenzó a juguetear, con su lengua, con los dedos de él.

—¿Me vas a decir qué hacías sola en medio de la selva? —preguntó con voz ronca.

—Fui a buscarte.

Sonrió complacido por la respuesta. La abrazó por la cintura atrayéndola hacia él.

Camila comprendió, en ese momento, que la manta le sobraba, había entrado en calor.

—¿Y para qué me querías?

Como decirle que lo que quería era continuar con lo que habían dejado a medias le dio vergüenza, se acercó a él y lo beso con ternura esperando que él continuase con lo que habían dejado a medias en la selva.

—¿Así que me querías para esto? —dijo con la voz entrecortada cuando tuvo fuerzas para separarse de sus jugosos labios.

Ella asintió deseando que sus bocas volvieran a unirse. Jerome tomó la manta con la que estaba tapada y se cubrió quedando los dos debajo de ella. La atrajo hacia él mientras la volvía a besar y la apretó contra sí. Quería notar todo su cuerpo junto al de él. Era tan pequeño, pero a la vez trasmitía tanta pasión que no pudo evitarlo y metió la mano por debajo del pantalón en busca de la humedad que había encontrado en ellos esa misma mañana.

Camila creyó que toda ella iba a desintegrarse en mil pedazos, al notar cómo los dedos de él jugueteaban con los más secretos rincones de su ser e intensificaban aún más su ardor femenino, reprimido desde hacía tanto tiempo. Un débil gemido salió de su garganta.

—Shhh. Los vas a despertar —le susurró con dulzura al oído.

Camila fue consciente de que no estaban solos, estaban rodeados de ocho personas más.

—Jerome —dijo con la voz jadeante, él seguía descubriéndole los misterios de su cuerpo con sus besos y caricias—, esto no es buena idea.

La besó con deseo, temiendo que ella quisiese parar, y le funcionó. Se dejó llevar de nuevo, olvidándose de todos los que estaban a su alrededor. Él volvía a ser el dueño de su cuerpo.

Camila abandonó los deliciosos labios que envolvían los suyos para colmar de caricias y besos su robusto cuello y su vigoroso pecho mientras él seguía haciéndole sentir deliciosas sensaciones de placer. Jamás imaginó que pudiera ser así de maravilloso estar con él.

—Joder, Étienne, apártate —se oyó a Baslie decir.

Los dos pararon en seco las atenciones que se estaban prodigando.

—Joder, la culpa es tuya, te me has echado encima —se quejó el soldado.

—Shh —se escuchó cerca de donde ellos estaban.

Camila, al oír a tanta gente despierta, se alejó de Jerome llevándose la manta consigo y dándole la espalda. Toda ella seguía

con ansias de seguir con lo que estaban haciendo, pero estaba claro que aquel no era el momento ni el lugar para iniciarse en las artes amatorias, por mucho que lo desease.

—¿Dónde coño está mi manta? —preguntó Baslie.

—La tengo yo —dijo con vergüenza levantándose de su esterilla.

—Déjelo, hermana, no pasa nada. No sabía dónde la había metido.

—Queréis callaros de una vez —escuchó decir a Jerome bastante malhumorado.

Otra vez se habían quedado a medias. Miró más abajo de su abdomen y vio la prominencia que de ahí sobresalía. Miró para ella y vio su estupenda silueta dibujada en la manta que la tapaba. Se dio la vuelta bastante frustrado, sentía dolor y necesitaba aliviarse, pero no se atrevía a dejarla sola. Se sintió cansado. Cansado de sentir que Camila lo rechazaba una y otra vez; que lo alentaba, pero después lo apartaba. Como un juego del que solo ella disfrutaba, como si él fuera un objeto que ella manejara a su antojo. Ya había ocurrido en la misión la noche en que la tuvo en sus brazos y lo apartó; aquella mañana, en la selva, ella podría haberse quedado y terminado lo que habían empezado, pero se había alejado. Y ahora había ocurrido otra vez lo mismo. Sintió que Camila estaba jugando con él. Se plantó. Hasta ahí llegaba, estaba hastiado de sus juegos.

Nada más Lucréce la despertó para desmontar el campamento, descubrió que Jerome no estaba a su lado. Se levantó rápido, deseosa de estar con él, lo de la noche anterior le había encantado, aunque los hubiesen interrumpido, y quería más. Recogió su esterilla, le entregó la manta a Baslie, guardó de nuevo lo que había sacado de su mochila para dejarla en el camión, y fue en su busca. Esa vez tuvo cuidado de que Renaud no la siguiera. Lo encontró sentado debajo de un árbol, comiéndose unos higos.

—Buenos días.

Se acuclilló delante de él para besarlo, pero él, al ver su gesto, de inmediato giró la cara.

—No, Camila.

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—Quiero que se acabe esto.

Camila no comprendía el porqué de esa actitud de él.

—Pero ¿qué ha cambiado?

«Si anoche todo fue sido fantástico».

Se levantó de donde estaba sentado y se alejó de ella.

—Creo que me merezco una explicación, ¿no? Jerome, por favor, dime solo por qué y me alejaré tal y como me has pedido.

No entendía nada.

—Estoy cansado de tus juegos, de ahora sí, ahora no.

—¿Juegos? —No entendía.

—Sí, juegos. Esto no ha sido más que un error por mi parte por haber permitido que pasase. —Necesitaba protegerse de ella.

Se quedó estupefacta al escuchar aquello. Su corazón se acababa de romper en mil pedazos. Él la estaba rechazando. No podía más que sentir vergüenza; vergüenza por haberle mostrado a él cuánto lo deseaba para que ahora la rechazara. Ella no había sido más que un error para él.

—Bueno —dijo bastante dolida, sentía náuseas y ganas de que aquello no fuese más que una broma—, trataré de que este error no se repita nunca más, comandante. Dejaré de jugar con un usted.

Se giró y volvió por donde mismo había llegado con los ojos llenos de lágrimas. «Error» era lo que resonaba en su cabeza. Ni siquiera para una aventura la quería. Ella no era más que un error para Jerome.

Jerome la vio partir. Ella no era el error, el error lo había cometido él por haberse enamorado de ella, por amarla como la amaba. Necesitaba protegerse. Ese juego lo dañaba demasiado. Sabía que la había enfadado, pero era lo mejor para él en ese momento.

Mientras volvía al campamento ensimismada en sus pensamientos, el revuelo que escuchó entre los hombres la sacó de sí misma. Le resultó extraño, pero no le dio importancia. Alguno estaría con alguna de sus bromas o con alguno de sus berrinches matutinos. Al llegar y ver que el grupo de hombres estaba alrededor de Declan y de André, que estaban quejándose en el suelo, se

preocupó. Se echó a correr hacia ellos, algo grave había sucedido mientras ella se había alejado de allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada al llegar al lado del grupo.

—Los ha mordido una víbora —contestó Étienne.

—¡Una víbora! —exclamó alarmada.

Se agachó y comprobó que Declan tenía la huella de dos colmillos en su pantorrilla y que, a medida que iban pasando los segundos, esta iba hinchándose cada vez más. André, gracias a las botas altas en las que se veía a la perfección los agujeros de la mordida, solo tenía dos pequeños rasguños en su pantorrilla, la cual estaba con una ligera inflamación. Necesitaban suero antiofídico, pero no tenían, y la siguiente ciudad, para conseguirlo, estaba a un día de camino. Camila creyó que la desesperanza se adueñaba de ella. Si en seis horas no se administraba el suero, los dos hombres podrían morir.

No podía perder a Declan también, con lo que lo necesitaba a su lado. Quiso llorar, pero en ese momento notó la mano de Lucréce posarse en su hombro tratando de apaciguarla. Su amiga tenía razón, ponerse a llorar no ayudaría al sacerdote. Lo único que podía hacer, dada las circunstancias, era mantener la calma para tranquilizar a Declan, porque André estaba como si aquello no fuera con él, y lavarles a los dos hombres las heridas.

Mientras las desinfectaba, Valerién, que había visto lo sucedido, le explicó que los tres habían ido a orinar detrás de unos árboles. Antes de llegar al campamento, Declan tropezó con una piedra y cayó al suelo, con tan mala suerte que a su lado había un nido de víboras. André, que fue a ayudarlo a levantarse, golpeó sin ser consciente de hacerlo a una de ellas y los dos recibieron una mordida suya al sentirse amenazada. Al primero que mordió fue a André, con lo que dejó la mayor parte de su veneno en sus botas y una pequeña parte en su piel, y a Declan lo mordió después, con lo que debió inocularle todo el veneno que quedaba en sus colmillos. Por lo menos, la víbora no había inyectado todo el veneno en los dos hombres, solo una parte, pero estaba claro que la mordedura de Declan era muchísimo más grave que la de André.

Camila rezó por los dos hombres, en especial por Declan, que era una de las personas más importantes de su vida. Sin él, ella no volvería a Saint Germain. Él era el que la empujaba a seguir allí. Se acercó a él y lo besó en la frente. Quería a ese hombre como a un padre, no lo podía perder, no lo quería perder. Dios no podía ser así de cruel. Respiró hondo varias veces tratando de disimular los pensamientos que estaba teniendo, no podía venirse abajo delante de Declan.

—Trae las piedras negras —escuchó la voz de Jerome a su espalda.

Pierre, que era al que se lo había ordenado, salió corriendo hacia el camión.

—¿Tienen piedras negras? —preguntó sorprendida.

—Sí, en la selva siempre hay que ser precavido.

Eso era mejor que nada, se dijo Camila más animada. No era lo mismo que tener el suero antiofídico que había en el hospital para estos casos, pero conocía a la perfección lo que la piedra negra podía hacer sobre una mordedura de víbora en su defecto. Gracias a su alto poder de absorción, evitaba que el veneno se extendiese en el cuerpo. Nunca había visto hacer una, pero, por lo que le habían explicado los lugareños de Saint Germain, se hacían con hueso de las patas traseras de bovino, carbón y algo de fuego.

Jerome sacó su cuchillo, lo lavó y desinfectó con lo poco que tenían allí, e hizo dos pequeños cortes, de los que salieron varias gotas de sangre, en el lugar en el que había mordido la serpiente a Declan. Nocólas le entregó otro cuchillo, que ya había sido desinfectado, para evitar pasarle más veneno a André, e hizo lo mismo con la mordedura de su amigo, que parecía menos grave gracias a que las botas lo habían protegido.

En cuanto Pierre apareció con las piedras, Jerome colocó cada una en las mordeduras de ambos hombres y, cuando vio que quedaban bien pegadas a la piel, las dejó actuar. Jerome esperaba que con esto fuera suficiente, si no, no habría nada más que hacer. En especial por Declan, que era el que había recibido la peor parte al no llevar botas de caña alta. Rezó a Dios para que la tragedia no ocurriese, no solo por el hombre, al que apreciaba y por el que

sentía un gran cariño, sino también por Camila. No estaba seguro de si ella sería capaz de afrontar otra pérdida después de todo lo que había ocurrido en los últimos meses. Ni si sería capaz de perdonarlo por haberlos involucrado sin pretenderlo en esa misión que, por momentos, se iba complicando cada vez más.

8

Distrito de Sankuru, provincia de Kasai Oriental.

16 de marzo de 1996.

—¿Cómo están André y el padre Declan? —le preguntó Jerome a Nocólas en cuanto terminaron de montar el campamento en mitad de la noche.

—André parece que está bien; tiene la pierna un poco hinchada, pero nada más. La hermana Camila espera que en unos días se encuentre mejor. Las botas y la piedra lo han salvado —dijo el sargento sin poder creérselo—. Pero el sacerdote es el que me preocupa. No parece que esté mejor, está ardiendo en fiebre y la pierna está cada vez más hinchada. La monja cree que la mordedura se le ha infectado y que por eso está así. No tiene buena pinta, Jerome.

Aquellas eran muy malas noticias.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó al hombre poniéndole la mano encima del hombro.

—Más tranquilo —contestó después de suspirar—. Sería estúpido perder a André por una mordida de serpiente, después de todo lo que hemos pasado.

Se rio cansado; Nocólas tenía razón, habían pasado por mucho como para que la vida de su mejor amigo terminase por una mordida de víbora.

—¿Por qué no hablas con la hermana Camila y con Lucréce? Las mujeres no parecen ellas mismas y, por lo que André me comentó, os lleváis bastante bien. Creo que les vendría bien hablar contigo y que les explicaras lo que tienes pensado hacer. —Jerome lo miró con interés—. Porque tienes pensado hacer algo, ¿no? Con el sacerdote como está, no los puedes dejar solos en Lodja.

—Sí —dijo con pesar—, tendré que hablar con ellas y explicarles, como tú bien dices.

Suspiró cerrando los ojos. Sabía que iban a poner el grito en el cielo. Se quedó solo, sentado delante del volante, tomando fuerzas para ir a hablar con Camila. Desde que pasó lo de esa mañana, no se había atrevido a hablar con ella, ni se había atrevido a ir a verla; ella se había quedado con los heridos en la parte trasera del camión.

Se sentía tan culpable por lo que le pasaba a Declan… «Si no los hubiera secuestrado —pensó—. Si los hubiese devuelto a Saint Germain en cuanto tuve conocimiento de que eran ellos... Si los hubiese dejado en Ilebo o en Kole cuando estaban a varias horas de las ciudades… Por mi ansia de estar con ella no había querido hacerlo. Si hubiese hecho algo de lo que se suponía que debía haber hecho y que no hice, nada de lo que le está pasando a Declan habría sucedido, y ni Lucréce ni Camila estarían sufriendo por el sacerdote como lo están haciendo ahora». Se rio. «Encima, les voy a tener que decir que no las voy a dejar en Lodja». Dos mujeres solas y un moribundo, tal y como estaban las cosas en el país, serían presa fácil para cualquier delincuente. Suspiró.

Había pensado dejar a alguno de los hombres con ellos en la ciudad, pero no se fiaba. En los únicos en lo que tenía confianza era en André, que estaba herido, y en el sargento Nocólas, pero estaba claro que no lo iba a separar de André dadas las circunstancias. La única opción que le pareció factible era quedarse él con ellos en Lodja, pero tampoco se fiaba de que las armas llegasen a buen puerto. Si dejaba el camión en mano de sus hombres, serían capaces de venderlas al mejor postor; André y Nocólas tenían poca fuerza juntos, tal y como estaba André, para hacer frente a un motín.

La única solución que había encontrado, pero que sabía que tampoco les gustaría, era ir al amanecer a la ciudad y comprar los medicamentos que necesitaban, y volver al campamento antes del mediodía. Todo esto, por supuesto, si algún alma caritativa se apiadaba de él y lo llevaba en automóvil hasta la ciudad. Si no, perderían un día de camino; no podía arriesgarse a aparecer con sus

hombres y con el camión lleno de armas en una ciudad atestada de policías y de guardias civiles.

Después proseguirían la marcha, todos juntos, tal y como tenía planeado, hasta que Declan se recuperara, si es que lo hacía. Entonces, los dejaría en alguna de las ciudades de la provincia de Manieba. En su defecto, si Declan no sobrevivía, tendría que llevarlas consigo hasta Kivu del Norte. Tenía puestas todas sus esperanzas en que no las tuviera que llevar hasta allí.

El único problema que le veía a su plan era que no tenían dinero para pagar los medicamentos, y sabía que Camila y Declan tampoco lo tenían. Tendría que hablar con ella, para que le dejase algunos diamantes de su hermano para cambiarlos en el mercado negro por dólares y francos. No había otra solución.

—¿Has escuchado eso, Lucréce? —gritó al enterarse de que no los iba a dejar en Lodja. La mujer asintió y decidió no decir nada; con Camila echa una furia era suficiente—. Esto es el colmo, comandante. ¿Ha visto cómo está Declan? Necesita atención médica urgente. Necesita medicamentos: antibióticos, analgésicos, antipiréticos. Está ardiendo en fiebre. Como la pierna siga así, la perderá. No nos puede hacer esto de nuevo. Puede morir.

—Lo siento, pero no irán a Lodja —dijo con firmeza—. Mañana, antes…

—Por lo que veo volvemos a ser sus prisioneros —lo interrumpió siendo demoledora con sus palabras. Iba a perder a Declan por su culpa—. Si no nos hubiese secuestrado, nada de esto habría pasado —le reprochó con rabia. Tenía la esperanza de que ella no lo hubiese visto de la misma manera que él, pero estaba claro que se había equivocado—. Si por lo menos me hubiese dejado traer algún medicamento de los de las cajas. —Estaba derrotada, sabía que perdería a Declan si no hacían algo—. ¿Y si voy en busca de los medicamentos? —preguntó entusiasmada; era una buena idea. Jerome no pudo evitar sonreír al ver que a ella se le había ocurrido lo mismo que a él—. Voy a la ciudad y los traigo, usted mismo me ha dicho que está a tres horas…

—Camila… —Está vez la interrumpió él—. No me ha dejado terminar. Los medicamentos los voy a ir a buscar yo. —Ella sonrió esperanzada—. Usted me dice lo que necesita para los heridos y yo se lo traigo.

—¿Harías eso por Declan?

Sin pretenderlo había comenzado a tutearlo. Jerome, que se había dado cuenta del cambio, sonrió para sí. Por lo menos, ya no estaba tan enfadada con él.

—Claro que sí.

—Necesito catorce unidades de penicilina g, dos de dicloxacilina. Si no hay penicilina, tráeme amoxicilina o algo con ácido clavulánico. Necesito antiinflamatorios, trae dos cajas, paracetamol…,

—Camila, para —dijo Lucréce al ver que le estaba dando indicaciones al comandante como si este supiese de qué le estaba hablando.

—O me lo apuntas o no me voy a acordar de todos esos nombres tan extraños.

Ella se rio, estaba tan entusiasmada por saber que Declan tenía alguna posibilidad de vivir que no se había dado cuenta de lo rápido que había hablado. De repente, cayó en la cuenta de que no tenían con qué escribir.

—Jerome, ¿tienes algún bolígrafo?

Él se rio mientras negaba con la cabeza. Todo era demasiado irónico para ser cierto. Se la tendría que llevar consigo a Lodja.

—¿No querías ir a Lodja? —Ella asintió con pesar, sabía que tendría que ir con él y no quería dejar a Declan solo—. Pues irás.

—¿Pero por qué tiene que ir? —preguntó Lucréce preocupada, aquello no traía nada bueno, su intuición se lo decía.

Lo último que le faltaba era preocuparse también por Camila.

—Aunque consiguiese memorizar la mayor parte de esos medicamentos, si por cualquier motivo se me olvidase alguno, no puedo retroceder para preguntarle cuál es, o cuánta cantidad es del amoxi… ese que quiere, o del paraceta lo que sea… Si tuviésemos un lápiz o un bolígrafo, no habría problema, sería como hacer la lista de la compra, pero estamos en medio de la nada. Además, yendo ella sabremos con toda certeza que esos son los medicamentos que

necesitan Declan y André. —Sabía que la mujer estaba preocupada —. Lucréce, usted me dijo una vez que sabía que Camila estaría bien conmigo. Esta vez será igual, cuidaré de ella, se lo prometo.

Aunque en su cabeza solo resoban las palabras «error, soy un error para él», Camila sintió que lo amaba todavía más al escuchar esas hermosas palabras. Necesitaba alejarse de él. Cuanto antes acabasen con todo eso, antes podría alejarse de Jerome y superar todo lo que sentía por él.

—Jovencito —dijo señalándolo con su dedo índice—, las circunstancias han cambiado. Si a André le ha pasado lo que le ha pasado siendo un hombre experimentado, ¿qué no le puede pasar a mi niña? Aquí por lo menos estará con Declan y conmigo.

—Ustedes dos, dejen de hablar como si yo no estuviese aquí y no pudiera decidir por mí misma. Jerome, voy contigo. Lucréce, voy a ir con él. No te estoy pidiendo permiso, te lo estoy afirmando —le dijo con cariño mientras le sujetaba la mano—. No te preocupes por mí, sé cuidarme. Con Jerome voy a estar a salvo —dijo mientras lo miraba— y tú lo sabes. Si necesito que me cuide en algún momento, él lo hará. —Lo miró y le sonrió—. Verás que en cuanto te descuides estaremos aquí de nuevo con toda la medicación y el material que pienso comprar. Además, necesito que estés con todos tus sentidos puestos en Declan y en André mientras yo esté fuera. Sabes que necesitamos esos medicamentos, podemos perder a nuestro sacerdote favorito y no estoy dispuesta a eso, todavía no estoy preparada para otra pérdida.

Lucréce le acarició la mejilla y le secó las lágrimas que corrían por su mejilla. Camila no había sido consciente de que estaba llorando.

—Está bien. Tendré todos mis sentidos puestos en ellos. —Camila le sonrió. No se marchaba tranquila si Lucréce no aceptaba que ella fuese a buscar esos medicamentos—. Comandante, cuídela bien. Sé que ella sabe cuidarse bien solita, pero sé que usted hará todo lo posible para traerla a salvo. Es mi pequeña; como venga con un solo rasguño, se las verá conmigo.

—Eso es cierto, Jerome; cuando Lucréce se enfada, puede llegar a ser muy brava —dijo riendo

—Lo tendré en cuenta.

Respiró hondo, tenía que pedirle a Camila los diamantes y nunca le había gustado pedirle dinero a nadie.

—Camila, hay otra cosa de la que te quería hablar… —Tragó con dificultad—. No tengo dinero para los medicamentos… Los diamantes de tu hermano… son nuestra única opción.

—No hay problema, Jerome, con ellos compraremos los medicamentos.

Había notado que pedirle los diamantes le había costado más de lo que parecía.

—Esta será nuestra causa durante esta misión armamentística, comprar medicamentos para los heridos —se rio—. Será la ONG Ngona-Oramas —dijo para hacerlo sentir mejor.

—Más bien será la ONG Oramas —la corrigió.

—No, Jerome. Si tú no fueras conmigo, no habría causa. ¿Crees que en realidad me atrevería a ir sola por esta selva? —Él no lo puso en duda—. Primero, estaría muerta de miedo; segundo, me perdería y, tercero, estaría muerta de miedo. —Él sonrió—. ¿Te he dicho que estaría muerta de miedo y que me perdería? —Los tres se rieron.

—Sí, estarías muerta de miedo, pero lo harías. Creo recordar que alguien se bajó del camión, en medio de la jungla, para volver sola a Saint Germain —dijo enarcando una de sus cejas. Ella se rio de nuevo.

—Parece mentira que no sepas reconocer un farol.

Jugueteó con un mechón de su rubio pelo.

Jerome creyó que se volvía loco al verla enrollar entre sus dedos aquel mechón de cabello. Su respiración comenzó a acelerarse ante la perspectiva de ser él el que se lo tocase. Deseaba hacerlo. Deseaba tocarla, besarla, acariciarla… como la otra noche, como la tarde anterior.

Lucréce empezó a sentirse incómoda. Aquello ya no era una conversación entre tres personas, se había convertido en una conversación íntima entre dos enamorados.

—Te recuerdo que paré y te hice subir de nuevo —dijo acercándose más a ella.

—Lo sé. —Sonrió y se acercó a él—. Te lo agradeceré toda la vida.

Él rozó su mano con uno de sus dedos y provocó que la respiración de Camila se entrecortara. Sabía que, si no se apartaba, lo iba a besar. Lo necesitaba, necesitaba sentirse arropada ante todo lo que la rodeaba en estos últimos días. «Error, soy un error», resonó en su cabeza. Se apartó con brusquedad de él, tenía que alejarse.

—Comandante, mañana, en cuanto se despierte me avisa. Esta noche dormiré con Declan, con André y con Lucréce. Procure que esta noche sea Renaud el que duerma con usted. Buenas noches. —Se levantó de la esterilla con su linterna en la mano, dio media vuelta y se alejó de él.

La detestaba en esos momentos. Había vuelto a caer en su juego. Ella era su debilidad. Miró hacia donde estaba Lucréce y se dio cuenta de que la mujer lo estaba mirando divertida. Se sintió incómodo al sentirse observado como si supiera lo que había pasado entre ellos esos días. Se levantó de allí deseándole buenas noches, aunque sabía que poco iba a dormir.

En lo que Camila volvía al lado de Declan, la luz de su linterna se empezó a debilitar. Le dio varios golpes con la mano para que volviese a iluminarse, pero eso no ayudó. La linterna se quedó sin luz, se habían agotado las pilas. Miró a todos lados temiendo que en cualquier momento fuera a aparecer Renaud. Gracias a Dios, Jerome, al ver que ella iba a ir atrás con los heridos, lo había sentado con él, con Pierre y con Baslie en la cabina del camión, y no había tenido que volver a ver su asquerosa cara mientras la miraba de arriba abajo hasta que montaron el campamento. Pero en ese momento, con André herido y Jerome con Lucréce, el soldado no estaba siendo vigilado. Temiendo por lo que podía hacerle si la veía sola en medio de la oscuridad, aceleró el paso.

—No, claro que estoy mejor. ¿Por qué no me crees? —escuchó decir a André que estaba tumbado en su esterilla, al lado de Declan. Hablaba con alguno de los hombres, pero no supo distinguir quién era.

—Porque te conozco y serías capaz de mentirme por no preocuparme. —Era Nocólas, reconoció la voz—. André, no quiero perderte. —El sargento se agachó y lo besó.

Camila, que en ese momento iba a hablar, se quedó muda. Los dos hombres se estaban besando con mucho cariño y ternura. Los observó un tanto incómoda por estar en medio de un momento tan íntimo del que ellos no sabían que ella era participe, pero como era la primera vez que veía a dos hombres besarse y acariciarse de aquella manera se quedó de pie sin poder apartar la vista de ellos. La curiosidad por saber cómo dos hombres se amaban era mayor que su sentido del decoro.

—Como el sacerdote se despierte, le puede dar algo si nos ve besándonos —dijo André entre risas. Nocólas se rio también.

—Creerá que es alguna alucinación por la fiebre. —André se rio—. ¿Seguro que estás bien?

Camila, molesta por el comentario que acababa de hacer Nocólas sobre Declan, habló, aunque seguía turbada por lo que acababa de ver:

—Sí, está mejor, sargento.

—Jesús —dijo Nocólas—. Me ha asustado hermana. ¿Hace mucho que está ahí?

Carraspeó un tanto incómoda y contestó:

—El suficiente, sargento.

Los hombres comprendieron enseguida lo que quería decir.

—¿Cómo está Declan? —preguntó acercándose al herido.

—Durmiendo —contestó Nocólas con sequedad.

No le había hecho ninguna gracia que la monja se enterase de lo que se acababa de enterar, solo el comandante sabía la relación que existía entre los dos.

Le retiró el paño de la frente a Declan y comprobó que seguía ardiendo. Tomó la botella de agua, lo humedeció y se lo volvió a poner.

—Espero que sea discreta con lo que ha visto —dijo Nocólas más como una amenaza que como una súplica.

—Solo Jerome lo sabe —le explicó André.

—Lo que ustedes hagan en su vida privada es asunto suyo y de nadie más —contestó de la manera más tranquila que pudo, no le había gustado el tono amenazante del sargento.

A Nocólas le sorprendió que la mujer no pusiese el grito en el cielo al enterarse que eran homosexuales. Por lo general, la gente solía hacerlo cuando lo descubría. Hacía tiempo que había optado por no decir nada a nadie y solo cuando estaba seguro de que la otra persona era gay, se atrevía mostrarse tal y como era. Con André había sido así. Lo había visto observar a los hombres de la misma manera que hacía él cuando alguno le gustaba, y habían acabado liándose más por necesidad de estar con otro hombre que porque en realidad se gustaran. El tiempo, al final, había hecho que acabasen queriéndose en demasía.

Ambos eran cautos, sabían a lo que se exponían si los descubrían. Los maricones, como solían llamarlos, no estaban bien vistos, y llevaban mucho tiempo en el mundo del ejército como para estar presentes en distintas clases de vejaciones hacia compañeros suyos, solo porque algún soldado creía que era homosexual. Para no levantar sospechas, en ocasiones, se dejaban ver con mujeres. Además, el hecho de que Jerome soliese estar siempre con ellos ayudaba a que los hombres pensasen que los tres eran muy buenos amigos.

Ahora Camila entendía muchas cosas. Entendía por qué André estaba tan preocupado por los dolores de cabeza del sargento; entendía por qué Nocólas, siempre que podía, estaba al lado de André; entendía por qué la noche que pasó lo de Renaud estaban los dos hombres sin camiseta y se ruborizó al pensar lo que estarían haciendo; entendía por qué Jerome insistía siempre en que André y Nocólas fueran juntos a echar un vistazo por los alrededores antes de montar el campamento; entendía por qué el sargento había estado tan preocupado y pendiente de André desde que lo mordió la víbora; entendía por qué el sargento era tan antipático con ella y con Declan, no era porque ellos le cayeran mal, sino porque la Iglesia no aceptaba la homosexualidad y ellos la representaban. Ahora lo entendía todo. Debía ser complicado fingir lo que no se era. Debía ser complicado esconder la verdadera naturaleza de su ser. Las cosas no deberían ser así de difíciles para nadie. Era injusto.

Jerome, varias horas antes de que amaneciese, estaba dando vueltas en su esterilla de un lado a otro. No podía evitar estar preocupado por su amigo y por el sacerdote. Miró a su lado e intuyó el rostro de Renaud, que dormía a pierna suelta. Se asqueó, en lugar de ese desgraciado podía ser Camila la que estuviera tumbada a su lado si para ella él no fuese más que un juego. Se levantó y se dirigió al camión. Le diría a Valerién que lo que quedase de noche durmiera con Renaud, y él se quedaría vigilando el camión. Además, aprovecharía y vaciaría su mochila para meter todo el material y medicamentos que comprarían en Lodja.

Antes de que Jerome viniese a buscarla, Camila ya estaba despierta. La noche había sido larga. Declan y André habían dormido, pero su preocupación por ellos no la había dejado conciliar bien el sueño. A Lucréce le había pasado lo mismo, las dos mujeres habían coincidido a distintas horas de la noche comprobando si los dos heridos estaban bien. Declan seguía igual de grave, pero André había empeorado. La fiebre le había subido por la noche. Solo una hora antes había bajado, tenían que conseguir esos medicamentos como fuera.

Se levantó tratando de no hacer ruido y vació su mochila con la idea de dejarle sus cosas a Lucréce. En algún sitio tendrían que llevar todo lo que tenía pensado comprar.

—Veo que ya estás despierta —susurró Jerome tuteándola adrede para ver si a ella se le había pasado el enfado—. ¿Cómo están? —preguntó por los heridos.

—André ha empeorado —dijo con lástima, sabía lo que Jerome quería al teniente—. Y Declan sigue igual.

—De acuerdo —respondió al enterarse de las malas noticias—. Cuanto antes nos vayamos, antes llegaremos.

—He pensado llevar mi mochila también —dijo al ver la mochila de Jerome vacía sobre sus hombros. Él sonrió.

—Por lo que veo, hemos pensado lo mismo. —Ella también sonrió —. ¿Llevas tu inhalador? —preguntó al darse cuenta de que la mochila estaba casi vacía—. ¿Y tú pasaporte? Nunca se sabe lo que pude ocurrir.

Notó cómo todo su ser se derretía de nuevo por él, le gustaba que se preocupase por ella. «Camila, mantente firme».

—Sí, llevo el inhalador y el pasaporte —dijo con aspereza tocándose el bolsillo lateral del pantalón. Los había guardado cerca por si los necesitaba.

Se levantó con rapidez de su esterilla y se fue a asear. Como había dicho Jerome, cuanto antes salieran, antes volverían.

Se quedó mirando cómo se marchaba y se perdía entre los árboles; le habría gustado que las cosas fueran diferentes. Se sentó en su esterilla, todavía caliente de haber estado ella allí, y jugueteó con las hebras de palma que estaban sueltas. Al hacerlo se dio cuenta de que debajo de la esterilla había un papel doblado bastante estropeado de tanto doblar y desdoblar. Imaginó que sería de Camila y que se le habría caído de la mochila cuando la vació. Lo tomó para entregárselo y para su sorpresa su nombre y las fechas en la que habían estado juntos en Saint Germain estaban escritos en él. Sintió curiosidad y lo desdobló.

Se quedó asombrado al descubrir que ese papel no era otra cosa que una versión reducida de la fotografía que la guardia civil había utilizado en sus carteles de busca y captura. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Ella guardaba una foto suya, se dijo. Y solía mirarla a menudo, porque estaba estropeada de tanto uso. Además, recordaba que los carteles eran muchísimo más grandes que la foto que tenía entre sus manos. Camila debía haber reducido la fotografía con alguna moderna máquina que tendrían en Europa. ¿Eso significaba lo que creía que significaba? ¿Ella, durante esos meses, había estado pensando en él, igual que él había estado pensando en ella? Sonrió, no encontraba otra explicación. Tal vez ella no estuviera jugando con él como pensaba y solo se sentía insegura.

Dobló la fotografía y la metió dentro de la mochila de ella. No quería que se enterase de que la había visto. Sus sentimientos eran una auténtica montaña rusa. Haría lo posible por acercarse de nuevo a ella y hablar con claridad de lo que pasaba entre los dos.

9

Lodja, provincia de Kasai Oriental.

17 de marzo de 1996.

En cuanto el destartalado automóvil que los recogió, casi al principio de su andadura, los dejó en el centro de la ciudad. Jerome, que conocía bastante bien los entresijos de aquella urbe, la llevó hasta un viejo edificio de ladrillos rojos, de cuatro pisos, donde en su parte baja se podía leer «Tienda de empeños Jerome». Camila sonrió al leerlo.

La tienda era igual de vieja y lúgubre que el edificio, pero estaba claro, por lo que se podía ver en el mostrador, que las joyas y objetos de valor que allí había no eran ni tan viejos ni tan lúgubres.

—Buenos días —saludó Jerome al joven que estaba sentado detrás del mostrador.

—¿Qué desea? —preguntó el chico sin mucho entusiasmo.

—Veníamos a ver cuánto nos podría dar por esto.

Jerome sacó del bolsillo de su camisa uno de los diamantes.

El hombre sujetó la piedra con poco interés, la puso sobre un tapete de terciopelo negro y la observó a través de la pequeña lupa que tenía sobre este. Los miró nervioso y volvió a observar el diamante.

—Disculpen un momento.

Desapareció detrás de la cortina tupida roja que había en la trastienda.

—Creo que hemos captado su interés —le dijo Jerome.

Camila, por un momento, había pensado que no los tomaría en serio.

—Si no les importa, el señor Jerome los atenderá mejor aquí detrás —les dijo el chico abriendo la cortina e invitándolos a pasar al

otro lado de ella. Jerome recogió el diamante que estaba en el tapete y entraron a la trastienda.

A Camila le sorprendió el aspecto del cuarto. No tenía nada que ver con la tienda. Se veía limpio y muy luminoso gracias a la claraboya de cristal que tenía en el techo, por donde entraba gran cantidad de luz. Las paredes, forradas con papel de florecillas rojas y verdes –un tanto pasado de moda– y los numerosos cuadros que de ellas colgaban daban al lugar un aspecto antiguo pero cuidado. Al fondo de la habitación, un señor con la misma cara redonda y ceñuda que la del muchacho, sentado detrás de una mesa de madera –un tanto recargada para su gusto, pero que se veía de buena calidad–, los esperaba muy erguido sobre la silla con una expresión que Camila no supo identificar si era de regocijo por el negocio que iba a hacer esa mañana o si era la que solía tener siempre. El hombre los instó a sentarse y así hicieron.

—Mi hijo me ha explicado que tienen un diamante que desean cambiar.

—Sí, estamos interesados en cambiarlo.

—¿Me permite verlo?

El hombre extendió la mano y Jerome se lo entregó. Sacó una lupa más grande que la que había usado su hijo, lo colocó en un tapete similar al que estaba en la tienda y se puso a observarlo con detenimiento.

Camila miró a Jerome preocupada; el hombre llevaba bastante tiempo observando el diamante y no hacía ningún gesto que indicara que le interesara. A lo mejor se había equivocado y no resultaba ser un diamante, como Jerome pensaba, y no iban a poder cambiarlo por francos. Tendrían que buscar otra manera de encontrar dinero para comprar los medicamentos.

Jerome, que vio su cara de preocupación, le puso la mano en el muslo para tratar de tranquilizarla. No quería que el hombre se diese cuenta de que estaba nerviosa. Tenía la certeza de que las piedras eran diamantes auténticos y no había motivo alguno para inquietarse.

Su padre, desde que él recordaba, siempre agasajaba a su madre con hermosas joyas en aniversarios, cumpleaños o cuando le

apetecía sorprenderla. Entendía que el mejor regalo que se le podía hacer a una mujer era una joya. Al abandonar Kinshasa de forma precipitada, lo único con lo que contaban era con las joyas de su madre para que su hermana y ellos pudieran salir adelante en Kutu. Al venderlas se hizo todo un experto en piedras preciosas y, cómo no, en diamantes también.

—¿Dónde lo han conseguido? —preguntó el hombre en cuanto dejó la lupa sobre la mesa.

—¿Acaso eso importa? —preguntó Jerome con firmeza.

—No, claro que no. Aquí nunca ha importado la procedencia de la mercancía —dijo el hombre—. De todas formas, está claro que son de las minas de diamantes de Luebo. La calidad es excelente, es de un blanco excepcional y no tiene inclusiones. La pena es que no esté tallado, como recién sacado de la mina.

—Disculpe —lo interrumpió Camila—, creo que se equivoca si insinúa que lo hemos robado. Ha sido una herencia familiar.

—Señorita, perdone…

—Señora —lo interrumpió Jerome—, es mi esposa.

El hombre asintió.

—Señora—rectificó—, perdone si cree que he tratado de insinuar que lo habían robado, ni mucho menos, pero llevo trece años viendo estos diamantes y sé reconocerlos al vuelo. Está claro que son de las minas; pero, como ya le he dicho, no me interesa cuál sea su procedencia. Si usted me dice que es una herencia familiar, así será, no lo pongo en duda.

El hombre no pretendería insinuar que lo habían robado, pero lo estaba haciendo de nuevo. Su actitud la estaba sacando de sus casillas. El diamante era de Jacques y no iba a permitir que ese prestamista insinuara que su hermano lo había robado.

—Este diamante tiene más de catorce años, dudo que sea de las minas —le replicó bastante indignada.

El prestamista, hombre de poca paciencia, sentenció:

—Es imposible que tenga más de catorce años. Este diamante es de la mina de Luebo y la mina se abrió hace trece años, después de que asesinaran a esa familia de misioneros.

Camila se quedó sin saber qué decir, ¿estaba hablando de su familia?

—¿De qué familia está hablando? —preguntó Jerome, que también había relacionado a esa familia de misioneros con la de Camila.

—De la de los dos médicos y sus dos hijos. Cuando los asesinaron, el Gobierno compró los terrenos a la familia que vivía en el extranjero, y un año después comenzaron los trabajos en la mina. Fueron unos asesinatos muy sonados en todo Kasai. Los pobres solo pretendían hacer un bien en el pueblo y aquellos desgraciados acabaron con su vida —les explicó el hombre—. ¿Entiende ahora por qué ese diamante no puede ser de hace más de catorce años? —preguntó el hombre con aire de triunfo. Acababa de rebatirle a la mujer su mentira.

—Sí, lo entiendo —dijo con pesar.

Se sentía triste. Había sido duro descubrir que las montañas donde ella jugaba, donde había sido feliz, donde ella y sus hermanos buscaban sus piedras del tesoro, ahora eran una productiva mina de diamantes que el Gobierno tenía arrendada a alguna prestigiosa empresa extranjera.

—¿Cuánto nos ofrece? —preguntó.

No le apetecía seguir allí.

—Teniendo en cuenta que pesa uno con cincuenta y cinco quilates —dijo después de pesarlo—, que es de un blanco excepcional, pero no está tallado, les ofrezco cuatrocientos dólares.

Cuatrocientos dólares, se dijo Camila asombrada. Había pensado que tendrían que vender tres o cuatro diamantes para conseguir esa cantidad.

—Jerome —le dijo el comandante al prestamista—, usted mismo me ha dicho que la única pega que tiene el diamante es que no está tallado. Sabe que una vez que lo tallen su precio se triplicará. Se lo vendemos por mil dólares.

El prestamista sonrió. El hombre que tenía delante sabía cómo se manejaba el negocio de las gemas.

—Seiscientos.

El comandante negó con la cabeza.

—Novecientos.

—Setecientos cincuenta es mi última palabra.

—Vamos, cariño—dijo levantándose—. No nos interesa.

Camila lo miró sin comprender, era más de lo que habían esperado. ¿Cómo no les iba a interesar? Se levantó y sujetó la mano que Jerome le ofrecía, no muy convencida de lo que hacían.

—Está bien, ochocientos cincuenta dólares —dijo el hombre.

Jerome le guiñó el ojo, se giró, le soltó la mano y se la extendió al hombre.

—Ochocientos cincuenta. —Los dos hombres estrecharon sus manos con un fuerte apretón—. Me gustaría que la mitad me la diese en francos y la otra mitad, en dólares.

—Como usted quiera, señor…

—Joseph. Joseph Lesot —dijo usando su segundo nombre y el apellido de soltera de su madre.

Salieron de allí con cuatrocientos veinticinco dólares en un bolsillo y ciento ochenta y cinco mil setecientos veinticinco francos congoleses en el otro.

—¿Cómo sabías que pagaría casi el doble?

Él se rio.

—¿Acaso no sabes reconocer un farol cuando lo tienes delante?

Ella se rio.

—¿Habrías perdido setecientos el dinero solo porque creías que el hombre se estaba echando un farol? —Él asintió—. Eres un temerario —dijo riendo.

—Solo lo soy si creo que merece la pena. Y creo que Declan, André y no verte triste merecen la pena. —Ella le sonrió agradecida por esas palabras—. Ya verás cómo todo va a salir bien —le dijo para animarla.

Deseaba que fuera así y no equivocarse.

Zcharie Lutongo observaba el vaivén de las gentes en el mercado sentado en una de las terrazas del lujoso hotel donde se estaba hospedando y trataba de tomar una decisión. No sabía si volver de nuevo a Kinshasa con el rabo entre las piernas –sería la segunda vez

que lo haría y, de nuevo, por culpa del comandante Ngona– o si volver sobre sus pasos e intentar buscar de nuevo el rastro de aquel maldito camión. Hacía varios días que les había perdido el rastro y, después de mucho preguntar, nadie los había visto. Entendía que estarían lejos de allí.

Estaba rabioso consigo mismo por haberlos perdido, pero más con el comandante. Le molestaba que el hombre fuera más astuto que él, aunque no dejaba de admirarlo por eso. Rara vez encontraba un hombre que le llegase a la altura de los zapatos, y el comandante estaba claro que era un digno rival y por segunda vez se lo demostraba. Estaría muy gustoso de cumplir la orden del general Dengo tal y como se la había dado. Le procuraría una muerte lenta y dolorosa, no sin antes notificárselo cara a cara. Sintió placer al pensarlo. Sin pretenderlo, la misión se acababa de convertir en algo personal. Trataría de buscarlos.

Pagó el café, que a pesar de ser de un hotel lujoso le sabía agua–chirri, y se levantó mientras observaba a un vendedor que trataba de encasquetarle a una mujer blanca un sombrero bastante feo para su gusto. Sonrió. No podía ser que tuviera tanta suerte, aquella mujer era la ahijada del embajador e iba acompañada ni más ni menos que por el comandante de la guerrilla Jerome Ngona. Estaba claro que, si existía un Dios, ese día estaba de su parte.

Camila, después de deshacerse de aquel pesado vendedor, estaba bastante desanimada. Era la segunda farmacia a la que entraban y tampoco les habían dado los medicamentos. Odió, en ese momento, todo lo que implicaba hacer las cosas bien. Pocos días atrás, ella era igual de estricta que esos farmacéuticos que le decían que sin receta médica no podían entregarle ningún tipo de medicación. Pensaba que Dios se estaba vengando de ella por haber sido así. Ella entendía por qué se los estaban negando –temían que los vendieran en el mercado negro–, pero en realidad los necesitaban. Habían tratado de explicárselo a los hombres que los atendieron, pero ninguno entró en razón y les pidieron que se marchasen de allí.

—Si en esta farmacia nos los vuelven a negar, tendremos que buscar otra manera de encontrarlos —le advirtió Jerome tocando el arma que tenía bajo la camisa mientras abría la puerta de la farmacia del mercado.

Camila entendió a la perfección a que se refería él con eso de «buscar otra manera de encontrar los medicamentos».

—Haremos lo que tengamos que hacer. No pienso quedarme de brazos cruzados esperando a que estos se decidan a darnos unos medicamentos que necesitamos con urgencia —dijo con determinación, aunque un poco asustada.

En su vida había hecho nada ilegal; pero, si ahora tenía que hacerlo, lo haría.

—Buenos días —le dijo uno de los dos hombres que estaban atendiendo en la farmacia—. ¿Qué desean?

—Veníamos en busca de esto.

Camila le tendió el listado que había hecho en la tienda de empeño mientras esperaban a que le entregaran el dinero. Era bastante extenso.

—¿Las recetas? —preguntó el hombre bajo, gordo y con gafas.

Camila y Jerome se miraron entre sí.

—No tenemos recetas —explicó ella—. Pagaremos lo que sea. Mi padre está grave y necesito la medicación.

El hombre miró de reojo a su compañero, que en ese momento estaba atendiendo a una chica joven.

—Lo siento, no puedo dárselas sin recetas, pero… —Tomó un lápiz y un papel que estaba encima del mostrador y anotó algo—. Es la dirección de un médico que, sin ningún problema, verá a su padre y les hará la receta —dijo entregándole la nota.

El hombre dobló la lista que Camila le había entregado y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Camila, al principio, no entendió nada. ¿Cómo se iba a quedar con su lista? Pero en cuanto vio la cara de Jerome, que había tomado la nota que le había entregado el hombre, comprendió enseguida que los iba a ayudar.

—Gracias. Somos nuevos en la ciudad y no sabíamos de ningún médico que pudiese ver a mi suegro. Volveremos esta tarde con las

recetas.

—Hasta esta tarde —dijo despidiéndose de ellos.

—¿Qué dice la nota? —preguntó con curiosidad en cuanto estuvieron en la calle.

—A las dos menos cuarto en la parte trasera de la farmacia con ciento cincuenta dólares y veintiún mil ochocientos cincuenta francos. —Le mostró la nota—. Nos quedan dos horas y media. ¿Te apetece hacer algo en lo que esperamos? — No le estaba prestando atención—. Camila. —No lo escuchaba—. Camila.

Solo estaba pendiente del hombre que tenía delante a unos metros. No podía ser que existiese en realidad, se dijo. Durante años la habían convencido de que aquel ser con el rostro deforme que asesinó a sus padres era fruto de su imaginación, pero era imposible que el hombre que tenía ante sus ojos fuera irreal. En ese preciso instante le estaba haciendo señas para que se separase de Jerome y le estaba mostrando el arma con la que iba a dispararles.

—Corre.

Jerome tiró de ella al ver que Zcharie Lutongo estaba a unos pasos de distancia. Camila reaccionó y se echó a correr con él. Tenían que huir de ese hombre o, si no, también los mataría, como había hecho con su familia.

10

Corrían agarrados de la mano por las estrechas calles del centro de la ciudad. Iban lo más rápido que sus cuerpos respondían, sabiendo que Lutongo les seguía los pasos. Jerome, que corría más rápido que Camila, entendió que la única oportunidad que tendrían para despistarlo –ya que el hombre era bastante rápido– era metiéndose entre la multitud. Giró hacia la izquierda en la siguiente calle, avanzaron unos metros, giró hacia la derecha y corrieron hasta el final de la calle. Al llegar a la esquina volvió a girar hacia la izquierda y, por fin, entrevió entre los cubos de basura el bullicio del mercado. Su sentido de la orientación no le había fallado. Se adentraron en medio de aquel gentío.

Camila apenas podía ver más allá de Jerome; había tal cantidad de gente en el mercado que se sentía bastante desorientada, no sabía dónde se encontraba. Miró para atrás y no vio a su perseguidor, pero oía cómo la gente se quejaba por detrás de ellos, porque algo o alguien los estaba empujando. Aumentó la carrera sin ser consciente de que un vendedor de plátanos que venía por su derecha se atravesaría entre ellos y haría que sus manos se separasen. Perdió de vista a Jerome. Le entró el pánico, no sabía hacia dónde ir. Miró hacia atrás, sabiendo que aquel hombre estaba a solo unos metros. Cuando fue a correr hacia delante, porque aquella era la única opción que se le ocurrió, una mano fuerte tiró de ella, la empujó hacia el suelo y la arrastró por debajo de la tela que cubría una mesa que vendía pescado.

—Esperaremos a que pase y volveremos sobre nuestros pasos —le susurró una voz que reconoció.

Ella asintió aliviada al saber que era él; había temido que fuera aquel desgraciado.

Unas botas bastante caras, que Jerome reconoció como las que usaban los altos cargos de la F. A. Z., pasaron delante de ellos.

Esperó unos segundos, se asomó con sigilo por debajo de la tela y lo vio perderse en la multitud. Agarró la mano de Camila y salieron de debajo de la mesa en dirección contraria a la que habían estado corriendo. Se desviaron en la primera calle que encontraron y tomaron resuello.

—¿Estás bien? —Ella asintió mientras tomaba aire—. Tenemos que alejarnos de aquí, no tardará en darse cuenta de que hemos dado la vuelta.

La volvió a tomar de la mano y se alejaron del mercado en busca de una de las avenidas principales de la ciudad, donde pudiesen encontrar un sitio para esconderse. Al girar hacia la derecha, en la siguiente calle, encontraron una furgoneta en marcha sin nadie en su interior y sin alguien por los alrededores que pareciese ser su dueño. Era su vía de escape.

—Sube —le ordenó.

—¿La vamos a robar? —preguntó asustada.

—La voy a tomar prestada igual que tomé prestado tu camión —le dijo con una sonrisa maliciosa mientras la introducía dentro de la furgoneta sin su permiso.

Se sentó en el sillón del conductor, cerró la puerta, pisó el embrague, metió la primera –no sin escuchar un ruido rasposo al hacerlo– y arrancó.

—¡Hijos de puta! —escucharon decir a lo lejos.

Camila se giró y vio que un joven corría detrás de ellos. Se quedó atrás en cuanto tomaron el desvío en la siguiente calle y se metieron en medio de una de las principales arterias de la ciudad.

—Pobre chico —dijo apenada. Lo sentía por él, pero había sido por una causa mayor—. Después se la devolveremos, ¿verdad?

Jerome sonrió, ¿cómo podía tener esos momentos de ingenuidad? Sin lugar a duda, que los tuviera le encantaba. Le hacía sentir que el mundo no estaba tan echado a perder como él pensaba.

—Claro que se la devolveremos —dijo riendo—. En cuanto podamos buscamos su dirección y se la llevamos en persona.

—¿Te estás burlando de mí?

Él se echó a reír. Estaba claro que se estaba burlando de ella. Se sintió fastidiada. Abrió la guantera y buscó entre los papeles que allí

había algún indicio de la dirección del muchacho. No había nada, solo direcciones anotadas de distintos clientes.

—Creo que se acaba de quedar sin furgoneta.

—Camila, no te pongas así. Cuando la abandonemos, la policía dará con el dueño. Verás que la recupera.

Ella lo miró no muy convencida de que eso sucediera.

—Por lo menos, se la devolveremos intacta, no ha hecho falta que le hicieras un puente.

—Y menos mal porque, si así fuera, estaríamos todavía corriendo. No tengo ni idea de mecánica. En esas clases me quedé dormido, así pasó lo que pasó con el otro camión.

Ella se rio.

—Por fin sé de algo que no sabes hacer —dijo victoriosa.

—Por lo que veo te hace gracia que no sepa hacerlo, ¿acaso tú sí sabes? —preguntó contrariado.

—Sí —dijo con firmeza. Su respuesta lo sorprendió—. A mi abuelo le encantaban los automóviles, y las motos. Me enseñó todo sobre mecánica. Puede que no sepa disparar un fusil, o que me pierda en alguna zona de la selva que desconozco, pero te aseguro que, si me hubieses preguntado qué le pasaba a tu camión antes de secuestrarnos, te lo habría podido decir.

Aquello fue un mazazo para él. Ella todavía estaba enfadada porque la había secuestrado. ¿Cuándo entendería que fue un plan que solo salió mal?

Camila pensó en su familia. Al haber nombrado a su abuelo, se acordó de nuevo del hombre del mercado.

—Jerome, ¿sabes cómo se llama el hombre que nos perseguía?

—Es el comandante Lutongo.

Aquellas palabras la dejaron muda. El mismo hombre que los perseguía era el asesino de su familia. Era una pesadilla. Se echó a llorar.

Jerome la miró sin comprender su llanto, pero verla así hizo que en su corazón desapareciese el enojo y se transformó en un sentimiento de amor y cariño. Su ángel se había asustado, y no era para menos.

—Tranquila, Camila, ya pasó, lo hemos dejado atrás.

Ella tomó aire y habló.

—Ese es el rostro deforme del hombre que asesinó a mi familia.

—¿Cómo? —preguntó sin entender—. Pero a los asesinos de tu familia ya los capturaron y los ejecutaron.

—Yo también lo pensaba, pero recuerdo a la perfección esa horrible cara. Jerome, los que fueron ejecutados no fueron los que asesinaron a mi familia, fue él. Todos consiguieron que pensase que aquel hombre no existía, que era fruto de mi imaginación, pero no. Existe, lo he visto hoy con mis propios ojos, y tú también lo viste, porque, si no, no hubiésemos salido corriendo como lo hicimos.

—¿Estás segura, Camila?

Ella asintió.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida, como también estoy segurísima de que aquella noche llegaron dos todoterrenos a mi casa. Ya no me cabe ninguna duda. —Tragó con dificultad—. Lucréce tenía razón, aquellos no eran más que unos pobres desgraciados a los que les cargaron el muerto, y nunca mejor dicho, de la muerte de mi familia. —Tomó aire—. Lo que ahora no sé es por qué los mataron. Antes por lo menos sabía que había sido por un estúpido robo; por lo menos había una razón, aunque fuese estúpida. Pero ahora, ¿cuál es la razón de la muerte de mi familia? —preguntó en alto para sí, sin comprender quién podía querer hacerle daño a sus padres y hermanos.

—El único que la sabe es el comandante Lutongo. Habrá que preguntárselo cuando volvamos a verlo —dijo con la esperanza de no encontrárselo nunca.

Camila, solo de pensar en que volvería a ver a ese hombre, sintió un escalofrío de miedo por todo su cuerpo. Se quedaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Camila no podía evitar pensar en su familia, en los hombres que habían muerto sin ser los verdaderos asesinos, en el verdadero asesino, en ella misma. En cuánto había tenido que pasar solo porque a aquel hombre se le ocurrió dispararles. Lo odiaba, lo odiaba de la misma manera que había odiado a los supuestos asesinos de su familia.

Pidió perdón a Dios por haber odiado a personas que no se lo merecían. Pidió perdón por no ser capaz de perdonar. Jamás perdonaría al hombre que le había arrebatado lo que más quería y que ahora quería arrebatárselo de nuevo. Miró a Jerome. No, no dejaría que le volviese a quitar lo que más quería.

Jerome no podía evitar pensar en lo que Camila le había dicho. Lutongo no se iba a trasladar desde Kinshasa hasta Luebo porque sí. Alguien lo debió enviar hasta allí con orden de matar a su familia por alguna razón importante. Pero ¿quién y por qué? Algo en su interior le decía que los asesinatos y la mina de diamantes estaban relacionados. Era mucha casualidad que las minas comenzasen su funcionamiento tras los asesinatos.

En ese momento se oyó un ladrido en el vehículo, Camila se puso de rodillas sobre el sillón y miró a través de la ventanilla que daba a la parte trasera de la furgoneta.

—Es un precioso cachorro de pastor alemán —dijo sonriendo al verlo. Abrió la ventanilla—. Ven aquí, guapo.

El perro se subió sobre sus patas traseras.

—Camila, no —dijo al ver que estaba metiendo al animal en el interior de la cabina—. Esto es muy pequeño para llevar al perro también. Además, debe estar lleno de pulgas y garrapatas. ¿No ves lo sucio que está? —Ella no le hizo caso y lo sentó sobre sus rodillas —. Tú y los perros —dijo riendo, era algo típico en ella. Le gustaban demasiado los animales.

—¿Me vas a decir que no es una monada?

Agarró al animal y se lo puso delante de la cara. Él se apartó y lo miró mejor. Tenía razón, era un cachorro muy bonito.

—El pobre está herido, su dueño no lo debe tratar bien —dijo al ver que tenía varias heridas en el lomo y en las patas—. Parece que me importa menos que tu amo se quede sin furgoneta. Tú te vienes con nosotros.

—A no, no puede ir con nosotros en el camión.

—¿Cómo que no? ¿No ves que, si se lo devolvemos a su dueño, seguirá haciéndole daño? —dijo mirándolo con carita de pena.

Jerome entornó los ojos; no podía negarse a esa linda expresión que tenía su cara en ese momento. Por lo menos, el animal la había

sacado del silencio ensordecedor en el que se había sumido. Suspiró un tanto fastidiado por no ser capaz de decirle que no. Por querer volver a intentarlo con ella.

—Está bien, pero antes de meterlo en el camión habrá que desinfectarlo bien. Lo que me faltaba ahora sería que los hombres se llenasen de pulgas por culpa suya.

Entusiasmada zarandeó al animal y este se orinó encima de ella. Jerome se empezó a reír a carcajadas.

—Yo no le veo la gracia —dijo molesta al ver que no se paraba de reír.

—Pues yo sí se la veo —dijo riendo aún más.

Ella trataba de hacerse la enfadada, pero no podía. Su risa era tan contagiosa que no pudo evitar echarse a reír también.

—¿Y ahora qué hago toda orinada? —se preguntó asqueada por el olor que desprendía.

—Creo recordar que me pediste un baño con agua caliente y jabón hace unos días. —Ella asintió complacida porque él se acordase de su petición—. Pues aquí lo tienes —dijo parando el vehículo. Miró a través de la ventanilla y vio que había estacionado delante de un bonito hotel de cuatro estrellas que no tenía más que tres pisos de altura—. En algún sitio nos tenemos que esconder hasta que sea la hora de reunirnos con nuestro farmacéutico, ¿no? —Ella asintió—. Además, así te das un baño como el que me pediste.

11

Jerome se bajó de la furgoneta con rapidez y, antes de que lo imitara, le abrió la puerta con caballerosidad, delante de la puerta del hotel.

—Gracias. —Le sorprendieron gratamente sus modales—. Tendré que estar más a menudo contigo en sitios de categoría para que te comportes como un caballero —dijo bromeando.

—Siempre procuro comportarme como un caballero. Y contigo más. Quiero hablar de lo que pasó ayer por la mañana en el río.

—No hay nada que hablar, ya está todo hablado. —No quería que le volviese a recordar que ella había sido un error.

—Camila —la agarró del brazo—, por favor, me gustaría aclararlo.

Camila miró hacia el hotel que estaba delante. Pedirían habitaciones separadas, no tenía ganas de volver a sentir su rechazo.

—Me quedó claro, Jerome —dijo con calma—. Tranquilo, pediremos habitaciones separadas.

—No creo que sea buena idea. Deberíamos estar juntos por si tenemos que salir con rapidez del hotel —dijo con total convencimiento.

—Habitaciones separadas —sentenció.

—Lo que usted quiera, señorita Oramas.

Parecía que no era el momento adecuado para hablar con ella.

Entraron al vestíbulo del hotel después de entregarle las llaves de la furgoneta al botones para que la aparcara. Jerome, en cuanto llegó al mostrador, pidió al recepcionista dos habitaciones individuales que estuvieran cerca la una de la otra. No las había. Solo les quedaba una habitación tipo *suite* en la primera planta. Oír aquello animó a Jerome; por lo menos, no todo estaba perdido. Tendrían el tiempo y el espacio para hablar.

Camila, al escuchar que solo quedaba una habitación libre, creyó morirse. ¿Cómo iba a aguantar en una habitación encerrada con él? No podría; conociéndose como se conocía, no podría. Tendría que sacar toda su fuerza para evitar acercarse a él.

Estaba deseando que todo eso terminase, estar en Saint Germain, tranquila, sin él, recuperando su corazón roto. Con él a su lado ¿cómo podía siquiera empezar a recomponerlo?

—Por favor —dijo Jerome antes de subir a la habitación—, me gustaría que nos llevasen, de la tienda del hotel, una camiseta y un pantalón largo de la talla pequeña y una camisa de manga larga y un pantalón largo de talla grande. Si tienen ropa interior de las mismas tallas, también. Las pagaremos en cuanto la camarera nos la suba.

—Sí, señor, ¿desean algún color en especial para la ropa? —preguntó el recepcionista después de tomar nota de lo que le había pedido.

—Sí —dijo Camila—, me gustaría que la camiseta fuera blanca y el pantalón, *beige*.

—¿Y la ropa interior? —Camila se sintió incómoda con la pregunta al estar Jerome a su lado.

—Blanca —dijo casi en un susurro.

—¿Y usted, señor?

—Los mismos colores que la señora. Así iremos a juego —dijo sonriendo.

El recepcionista se rio. Camila no entendía a qué venía la risa del hombre, para ella no tenía ninguna gracia el comentario.

La habitación, para ser un hotel de cuatro estrellas, no era muy grande, aunque le pareció acogedora. La cama y el pequeño salón estaban en el único cuarto que había, aunque se notaba que los muebles y la limpieza eran de calidad. El baño tampoco era muy amplio, pero era lo bastante grande como para que cupieran dos personas. Como lo último que pretendía era coincidir con Jerome en el baño, en cuanto entró con el cachorro, cerró la puerta y pasó la llave. Primero lavaría al animal y después se bañaría ella. Jerome que esperase, seguía enfadada y no le apetecía ser amable con él.

Alemán, que así había decidido llamar al cachorro, jugueteaba con la alfombra de la bañera en lo que ella disfrutaba de un agradable baño de agua caliente con jabón perfumado con lavanda. Había sido una grata sorpresa encontrar en las botellitas que regalaba el hotel con los enseres de aseo ese olor que le resultaba tan familiar y que en estos días en la selva había echado tanto de menos. Había echado la mitad de la botellita en el agua, la otra mitad se la había dejado a Jerome. Tampoco había que ser mala persona solo porque él no la quisiese como a ella le gustaría.

Al pensar en él se dio cuenta de que llevaba bastante tiempo metida en el agua e imaginaba que él también querría darse un baño. Salió de la bañera, quitó el tapón para que el agua bajase, se secó el pelo con una de las toallas, se puso uno de los albornoces blancos que colgaban detrás de la puerta y salió de allí con Alemán en brazo. Se encontró a Jerome tumbado en el sofá con la televisión encendida y durmiendo. Lo observó con atención durante unos minutos sabiendo que él no lo sabría y suspiró al pensar que nunca sería para ella.

—Jerome —lo despertó con suavidad—, si quieres, puedes entrar al baño.

—Me he quedado transpuesto —dijo sorprendido de que así fuera.

Debería haberse quedado despierto para vigilar si alguien venía.

La miró de arriba abajo mientras se desperezaba. Le parecía muy *sexy* con su melena rubia y húmeda sobre su delicado rostro, el albornoz que dejaba entrever más que la ropa que solía llevar, sobre todo, sus delgadas, pero contorneadas piernas –que hasta ese momento no había tenido el placer de ver tan de cerca– y el aroma tan delicioso que emanaba de su piel evocaron en él recuerdos de Saint Germain que parecían muy lejanos. Cómo la deseaba. La amaba.

—Necesito hablar contigo.

Camila, que sabía de qué quería hablar y se negaba a tener esa conversación de nuevo, le puso a Alemán sobre las piernas y le dijo:

—¿A que ahora parece otro cachorro?

Se alejó de él y se sentó en la cama.

—Sí —dijo mirando al perro con desgana. Tenía que decirle que la amaba y ella no lo dejaba. Se levantó apartando al animal hacia un lado—. Aún no han traído la ropa; por favor, llama abajo para que se den prisa. En hora y cuarto tenemos que salir de aquí y lo último sería llegar tarde a la farmacia por no tener ropa.

Llamó a la recepción tal y como le había pedido Jerome. En eso sí que tenía razón, lo último sería llegar tarde por no tener ropa que ponerse. En cuanto confirmó que en breve se la subirían se tumbó en la mullida cama a descansar su agotado cuerpo. Durante días había estado durmiendo sobre el duro suelo de la selva y la noche anterior apenas había dormido velando a Declan, que… Cayó en los dulces brazos de Morfeo.

Jerome, que estaba terminando de echarse el desodorante que venía de muestra en el hotel, escuchó que golpeaban la puerta al otro lado de la habitación. Esperó a que Camila abriera, pero no oyó ningún ruido de ella al caminar ni al abrir. Volvió a escuchar golpes en la puerta. ¿Por qué no se levantaba a abrir?

Le entró pánico al pensar en Lutongo. Se puso el albornoz mientras salía rápido del baño con su arma en la mano y la vio dormida. Sonrió aliviado. Estaba tan cansada que no oía la puerta. Miró por la minilla y comprobó que la que estaba al otro lado era la camarera con la ropa; aun así, abrió con precaución. La mujer le entregó la ropa y le pagó. Se marchó igual de rápido que había llegado.

Cerró la puerta con cuidado de no despertarla. Agarró su ropa, se metió en el baño de nuevo –esa vez acompañado del cachorro para que con sus juegos no la despertara– y se vistió. Volvió a salir. Todavía quedaba una hora para marcharse, la dejaría dormir un rato. Se sentó a su lado en la cama y se puso a observarla; era tan hermosa.

Se movió y, al girar su cara hacia donde él estaba, un mechón de pelo cayó sobre su rostro. Se lo apartó con suavidad, quería verla mejor. Sin ser consciente de lo que hacía, se acercó a su largo y esbelto cuello y se lo besó. Su piel era tan suave y olía tan bien. Ella se volvió a mover mientras ronroneaba de placer. Jerome sonrió, le había gustado en sus sueños que le besase el cuello. Volvió a

besárselo mientras aguantaba las ganas de desanudar el lazo el albornoz. Recordaba la hermosa visión de su cuerpo desnudo. La deseaba tanto. Era preciosa.

Camila despertó envuelta en agradables y placenteras sensaciones que recorrían todo su cuerpo. Al abrir los ojos descubrió que Jerome la miraba de la misma forma en que lo había hecho las últimas veces en la selva. Como cuando ardía en fiebre en la misión. Ahora sabía que no tenía fiebre. Lo que había era deseo en sus ojos, deseo por ella, el mismo deseo que sentía ella por él.

Se desanudó el lazo del albornoz y quedó desnuda ante él. Lo deseaba y quería que la hiciese suya. Daba igual si la amaba o no, ahora lo único que corría por su cuerpo eran deseo y pasión; más adelante se encargaría de recomponer su corazón. El comandante le acarició su rostro después de observar su desnudez y sus jugosos y embriagadores labios cubrieron los suyos mientras expertas y acertadas caricias sobre sus pechos y caderas la hacían perder la razón entre toda aquella vorágine de sentimientos encontrados. Anhelaba tanto aquellos besos y su tacto.

Jerome, rodeado por las tiernas y apasionadas caricias de Camila, se despojó, lo más rápido que su desenfreno lo dejó, de las botas, los pantalones y ropa interior en dos puntapiés. Volvió de nuevo a su lado. La había dejado sola unos segundos que le habían parecido interminables.

—¿Y la camisa? —preguntó desabrochando el segundo botón al ver que no se la quitaba.

Quería observarlo y acariciarlo igual que había hecho en Saint Germain tantas veces mientras lo aseaba.

—La camisa no.

Se alejó de ella. No quería que viese su cuerpo lleno de aquellas horribles cicatrices.

—Pero ¿por qué no?

Se aproximó a él con movimientos sugerentes y sensuales que ella no sabía de dónde los había sacado, y comenzó a colmarlo de caricias por debajo de la camisa.

Jerome cerró los ojos al notar la suave piel de ella sobre sus rugosas cicatrices. Era tan delicado y tan tierno que le dolió saber

que ella lo rechazaría en cuanto las viese.

—No quiero que las veas, ni que las toques —dijo levantándose de la cama.

Ella comprendió que temía su reacción al verlas.

—Jerome, he visto tus heridas y las he curado. —Se incorporó de la cama, se puso de puntillas y lo beso—. A mí no me importa el aspecto de tus cicatrices.

Le desabrochó el tercer botón y se encontró de frente con la medalla de Saint Germain que ella había creído perdida. Él la había tenido todo ese tiempo. Él también había pensado en ella. Sonrió mientras besaba su pecho. No tenía ninguna duda, se iba a entregar a él. Lo amaba. Aunque fuese un error.

—No me importa lo bello que pueda haber sido tu torso antes de conocerte.

Soltó el siguiente botón mientras le acariciaba su fuerte musculatura.

—Solo me importa saber que eres tú el hombre al que me voy a entregar por primera vez —dijo sonrojándose tras desabrocharle el quinto.

—¿Nunca has estado con alguien? —preguntó sorprendido.

—No. —No se atrevía a mirarlo a la cara. Él tomó su rostro entre sus manos, quería verla mejor. Él iba a ser el primer hombre en su vida—. Deberás tener cuidado.

Sonrió avergonzada mientras le desabotonaba el sexto botón. Él asintió con una sonrisa.

—Estas cicatrices… —las acarició con mucho cariño tras desabrocharle el último botón y sentarse en la cama— hablan del hombre que eres. —Le besó con dulzura el costado izquierdo—. Eres generoso. —Le besó su musculoso abdomen—. Amas a tu familia. —Le besó el costado derecho—. Lo das todo por los tuyos. —Le quitó la camisa y besó su brazo quemado—. Me da igual el aspecto de tu cuerpo. —Lo acarició con su mejilla—. Lo único que me importa de ti es tu alma, Jerome. —Le puso su mano sobre su pecho—. Lo demás me da igual.

Se arrodilló ante ella derrotado por todo lo que acababa de escuchar. Nunca nadie le había dicho algo tan hermoso.

—Tú me amas, ¿verdad?

Ella cerró los ojos, ¿cómo no amarlo?

—¿Lo pones en duda?

Le acababa de abrir su corazón, pero no le importó, necesitaba hacerlo.

Jerome sonrió y la besó.

—Camila, he deseado tanto escuchar estas palabras de ti… —La volvió a besar.

—¿Tú también me amas? —preguntó sin creerlo.

—Claro. —Le acarició su angelical rostro—. Te lo dije en Saint Germain cuando me lo preguntaste y te lo digo ahora.

Lo miró sorprendida.

—¿Te acuerdas de lo de Saint Germain?

Jerome no comprendió la pregunta.

—¿Por qué no me iba a acordar?

Camila puso su mano sobre la boca. Él se acordaba de todo, se había alejado de él temiendo que no lo hiciese y… lo había estropeado todo.

—Porque estabas ardiendo en fiebre. No era la primera vez que intentabas algo cuando estabas en ese estado y después no te acordabas.

«Ahora lo entiendo todo», se dijo Jerome.

—Soy una estúpida —se reprochó—. Si no me hubiese precipitado al pensar en que no te acordarías, no habría sufrido tanto por no saber nada de ti durante todo este tiempo, sin saber si te volvería a ver alguna vez. —Sentía las lágrimas agolparse sobre sus ojos por la impotencia que sentía al descubrirlo—. Jerome, te amo desde la primera vez que tus hermosos ojos azules se posaron en los míos.

La envolvió en un cálido abrazo y la tumbó con suavidad sobre la cama.

—No llores. —Le secó con mucha ternura las lágrimas que corrían por una de sus mejillas—. Ya estamos juntos. —La besó en uno de sus almendrados y rasgados ojos—. Yo también te quiero desde la primera vez que te vi. —Ella sonrió—. Pensé que eras mi ángel de la guarda. —La besó en el otro ojo—. Y lo mejor de todo es que no me

equivoqué. —Se fundieron en un tierno beso—. Sin ti no solo habría muerto mi cuerpo. —Le acarició uno de sus sinuosos pechos—. También lo habría hecho mi alma. —Su mano descendió hacia su cadera—. Gracias a ti aprendí de nuevo que el ser humano puede ser bueno. —Su lengua jugueteó con los botones prominentes que sobresalían de sus turgencias—. Aprendí que no todo el mundo es egoísta. —Besó su vientre plano y perfecto—. Aprendí a volver a amar. —Acarició la cara interna de sus estilizados muslos—. Eres mi ángel, Camila. Te amo.

Ella, fervorosa por todas las palabras de amor y provocativos tocamientos, abrió sus piernas invitándolo a entrar. Necesitaba sentirlo dentro, necesitaba sentir que eran uno.

Jerome, mientras le rozaba con movimientos circulares y habilidosos la pequeña prominencia que sobresalía de entre su selva rubia, se colocó encima de ella y se dejó invitar teniendo mucho cuidado en no lastimarla.

Camila, mientras amortiguaba el grito de dolor en el pecho de él, arqueó su espalda al notar penetrar sus entrañas una y otra vez. Las embestidas, a medida que iban sumiéndose en un lento compás de idas y venidas, fueron transformándose en suaves sacudidas que aliviaban la penetración y la volvían cada vez más placentera. Ávida por hacerle sentir lo que tanto deseaban los dos desde hacía tanto tiempo, comenzó a mover sus caderas al ritmo de las suyas, anhelando que se introdujese más en lo más hondo su ser. La respiración de Jerome, cada vez más acelerada, sonaba enardecida en sus oídos y hacía que sus jadeos apenas fueran perceptibles para ella, pero sí excitantes para él. Era tan abrasador estar entre sus brazos que toda ella ardía en apasionado placer reprimido.

Sin saber lo que su cuerpo experimentaba, una oleada de intenso desenfreno se apoderó de ella y provocó que aumentase el ritmo retorciéndose bajo su cuerpo, sedienta de él. Necesitaba más. Un grito desgarrador salió de su garganta al recibir gustosas descargas de gozo que invadían todo su ser. Jamás imaginó que algo tan doloroso en un principio pudiese ser tan embriagador y excitante como lo que acababa de sentir.

Siendo consciente de que todavía seguía dentro de ella, lo envolvió con sus piernas y lo apretó más contra sí a la vez que le proporcionaba ansiosas acometidas. Un atronador gemido acompañado de profundos embates cubrió el silencio de la habitación e hizo que Alemán comenzase a ladrar de nuevo, asustado, ante tanta exaltación. Su cuerpo, sudoroso y jadeante, cayó sobre el de ella, relajado y extenuado. Se apartó para no lastimarla con su peso y la atrajo hacia él para dejar que descansase su menudo cuerpo sobre su pecho.

—Te quiero, Camila. —Se besaron—. No quiero perderte de nuevo. Me niego a separarme de ti. —Se volvieron a besar—. Yo también lo pasé bastante mal cuando te marchaste, imaginé que jamás volvería a verte. Ahora que sé que eres mía, no pienso dejarte ir.

Ella se rio.

—Pero qué posesivo te me has vuelto —dijo riendo.

—Con respecto a ti, sí. No te me vas a escapar. —Ella se apartó de él bromeando, pero él no le dio tiempo a que se levantase de la cama—. ¿Adónde crees que vas? —La atrajo hacia él—. Eres mi prisionera y no te podrás ir hasta que yo diga. —Se fundieron en un apasionado beso—. Veo que ahora no te importa que diga que eres mi prisionera.

—Tú lo has dicho, soy tuya, enteramente tuya. Pero tú también eres mío. Así que los dos somos prisioneros del otro.

—Con una carcelera tan guapa como tú no tengo ningún problema en estar prisionero —dijo apartando un mechón de pelo de su cara. Ella lo miró sorprendida.

—¿Guapa dices? ¿Pero tú me has visto bien?

Él se alejó un poco de ella, se apoyó sobre su brazo izquierdo y con una mirada libidinosa la observó de arriba abajo mientras se recreaba la vista.

—Claro que te he visto bien —dijo riendo—. Eres hermosa.

La atrajo hacia él de nuevo.

—Pero si soy poquita cosa, me confunden con una niña. ¿Cómo vas a decir que soy hermosa?

Él se sorprendió de que ella no se diera cuenta de la belleza que emanaba todo su ser.

—La primera vez que fui consciente de ti en el camión es cierto que pensé que eras una chiquilla, pero tu firmeza, tu seguridad acerca de lo que hacías, tus movimientos certeros, tu determinación hicieron que esa chiquilla se desvaneciese a los pocos minutos de haberte visto. Y supe que tenía ante mí a una mujer que sabía muy bien lo que tenía entre manos. No, Camila, a simple vista te podrán confundir con una niña, pero enseguida uno se da cuenta de que tiene ante sí a una mujer. Además, una mujer muy hermosa.

—Gracias —dijo ruborizada.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan las zaireñas de piel blanca y cabello rubio a las que, cuando le dices lo bellas que son, se le encienden las mejillas?

—Espero que ese tipo de zaireñas no abunden mucho. Si no, me voy a poner celosa.

—Eres la única zaireña que conozco así. Eres mi zaireña. Como tú, no hay otra. Solo tú haces que mi cuerpo reaccione como nunca había reaccionado con una mujer.

Lo besó con ansia al escuchar palabras tan carnales. Deseaba estar de nuevo entre sus brazos.

—Zaireña —dijo riendo—, deja que me recupere, no tengo dieciocho años —dijo con voz ronca.

—Creo que esto —tocó su abultada masculinidad— no opina lo mismo que tú. *Zaireño* mío —dijo en español.

La hizo girar para dejarla de nuevo debajo de él.

—Tienes razón. —Le subió los brazos por encima de la cabeza mientras separaba sus piernas con las suyas—. Creo que es hora de hacerle caso al muchacho —dijo rozándose contra ella—, hasta ahora solo le hemos hecho caso a la razón y mira cómo nos ha ido. —La besó—. ¿Qué quiere decir *zaireño*?

Ella se rio.

—Es zaireño en español.

Lo besó.

—Umm, me gusta cómo suena. *Zaireña.*

No esperó a más y la penetró notando la viscosidad de su sangre mezclada con su semen dentro de ella. De repente, cayó en la cuenta.

—Camila, ¿has tomado algún tipo de precaución? —preguntó aun sabiendo la respuesta mientras la embestía una y otra vez.

Ella negó con la cabeza sorprendida de su inconsciencia, pero a la vez deseosa de que siguiese con aquellos envites con los que la estaba volviendo loca. Apretó sus manos contra el colchón al notar como su duro miembro llegaba esa vez a lo más hondo de su ser, lo que le proporcionaba un dolor indescriptible que también era, a su vez, placentero. Era todo tan nuevo y tan excitante que no pudo reprimir el grito que salió de su garganta. Dios, pensó. Había sido ella la que había gritado. No sabía que supiese gritar así. Otro grito y otro…

Jerome sonrió con una sonrisa perversa al escucharla jadear como lo estaba haciendo. La sensación de peligro la había excitado igual o más que a él.

—¿Cómo quieres que se llame? —le preguntó con la voz temblorosa del esfuerzo que estaba haciendo, pero del que no era consciente.

Camila emitió otro gemido de placer mientras se agarraba a sus duras nalgas y lo apretaba más contra sí. Estaba desesperada. Necesitaba notarlo más adentro.

—Me da igual —dijo con la voz entrecortada ante la siguiente sacudida de él.

Sabiendo lo que ella estaba buscando, la agarró de la cintura, la elevó para dejar su pelvis más abierta todavía y la penetró con brusquedad, más allá de donde nunca había llegado, repitiendo las acometidas sobre ella una y otra vez.

Sí, por Dios, sí, eso era lo que necesitaba. Movió sus caderas desesperada en busca de lo que él le estaba ofreciendo. Se iba a desintegrar de un momento a otro.

—Jerome —gritó al notar cómo deliciosas contracciones empezaban a hacer presencia en su excitado cuerpo—.Sigue, sí, Dios mío. Jerome, sigue.

Él, que estaba a punto de volcarse en ella y que hacía rato estaba aguantando para no dejarla a medias, al escucharla nombrar a Dios en vano y blasfemar de aquella manera, cedió el control a su lujuria y gritó su nombre mientras llegaban ambos a la cúspide del placer al mismo tiempo.

Se tiró extasiado sobre la cama con los brazos debajo de la cabeza. Había sido demasiado rápido, pero muy intenso. Esa vez no habían hecho el amor, habían disfrutado del sexo en toda su expresión.

—No me has dicho como quieres que se llame —dijo riendo.

Ella le sonrió y se volvió a colocar sobre su pecho mientras su respiración iba volviendo a la normalidad.

—Me gustaría que se llamase como alguno de sus abuelos o de sus tíos. ¿Qué te parece Samuel o Jacques? —Se quedó pensativa—. No creo que a la primera nos embaracemos —dijo para quitarle hierro al asunto. Sin embargo, las estadísticas estaban allí y era probable.

—¿Te desagradaría tener un pequeño Samuel conmigo?

—No, ¿cómo me va a desagradar? —Le acarició el pecho jugando con los pocos rizos que tenía en él—. Jerome, no sé si te habrás dado cuenta, pero soy bastante católica, apostólica y romana. Tengo veinticuatro años y hasta hace una hora todavía era virgen a pesar de que en España la libertad sexual está a la orden del día. Me encantaría tener un hijo contigo, pero no me gustaría tenerlo fuera del matrimonio.

—Pues casémonos. —La idea la encontró desprevenida, pero no le desagradó en absoluto—. Puede que ya estés embarazada.

Ella se rio.

—Déjate de bromas.

—¿No te apetecería casarte conmigo?

—Bueno… sí me apetecería, pero…

«¿Por qué no?», se dijo Jerome.

—Cásate conmigo —dijo interrumpiéndola—. No es broma, te lo digo en serio. —Ella lo miró sorprendida—. No lo digo porque puedas estar embarazada. Camila, yo te quiero, tú me quieres. Nos

queremos. No tengo nada más que ofrecerte salvo mi amor, soy enteramente tuyo. Casémonos.

Un cúmulo de emociones y sentimientos la abrumaban. Por un lado, sabía que estarían separados durante meses y no se verían, pero sería así estuviesen casados o no. Sin embargo, todo era tan precipitado, ¿o tal vez no? En España sí lo sería, pero allí, en Zaire, no lo era. Todo era diferente. Las parejas se casaban sin apenas conocerse y sin quererse, y ellos se conocían bastante bien y se querían.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí —sonrió—. Nunca he hablado más en serio que ahora. —A Camila cada vez le gustaba más la idea—. No sé cuánto tiempo durará este conflicto en nuestro destartalado país, pero tengo claro que lo que viva lo quiero vivir a tu lado. Quiero que tú seas mi familia. —Lo dijo con el corazón en la mano—. Quiero volver a casa y encontrarte allí.

Sabía que era una locura, pero le daba igual. Ella lo amaba y él la amaba, y los dos querían formar una familia. ¿Acaso esa no era la base del matrimonio cristiano?

—Sí. —Jerome sonrió—. Me casaré contigo.

Se fusionaron en un ardiente beso y abrazo. Sus cuerpos volvieron a responder a las estimulantes caricias que se prodigaban el uno al otro. Alemán comenzó a ladrar.

—*Zaireña* mía —dijo con la voz entrecortada por la excitación que despertaba el cuerpo de su futura esposa—. Nuestro cachorro nos está avisando de que tenemos que irnos, se nos ha hecho tarde y creo que hemos venido para cumplir una misión —Jugueteó con el lóbulo de su oreja—. Aparte de para disfrutar de nuestros cuerpos.

Ella resopló fastidiada. Sabía que tenía razón. Pero porque llegasen un poquito tarde… Tomo su masculino rostro y lo besó con ansia. Jerome la besó con la misma ansia que ella le estaba demostrando, olvidándose por completo que en unos minutos deberían estar en la farmacia recogiendo lo que habían pedido. Dios, se dijo. La deseaba. La deseaba con toda su alma y todavía era demasiado pronto para separase de su exquisito cuerpo.

12

—Disculpe la tardanza —le dijo Jerome al hombre con gafas que apareció en la puerta trasera de la farmacia.

—No se preocupe, mi jefe hace poco se acaba de marchar y no los hubiera podido atender antes. ¿Han traído el dinero? —preguntó sin andarse por las ramas.

—Sí, lo hemos traído.

Jerome sacó el dinero del bolsillo del pantalón. El hombre, nada más ver el fajo de billetes, abrió la puerta y los dejó pasar.

—También necesito dos inhaladores de ventolín, a mi mujer se le olvidó anotarlo.

Camila sonrió ante esas palabras; en cuanto saliesen de allí irían a la primera iglesia que estuviese abierta y se casarían.

—Serán cuatro mil trescientos francos más —dijo sujetándose mejor las gafas que le quedaban sueltas.

—No hay problema —contestó ella—. Por cierto, ¿qué tiene, miopía o hipermetropía? —El hombre la miró sin comprender—. Ve mal de lejos o de cerca.

—De lejos. —Se volvió a colocar las gafas.

—¿Cuánto tiene de falta de vista?

—Dos en cada ojo —contestó desconfiado.

Camila sonrió. Declan tenía dos y medio en cada ojo, y Nocólas había visto muy bien con las gafas del sacerdote, entendía que por media dioptría que le faltara siempre era mejor que seguir sin ver bien.

—¿Cuánto me pide por las gafas? —preguntó sin andarse por derroteros.

Jerome comprendió enseguida su intención. Por eso la quería, por lo generosa que era sin esperar nada a cambio.

—Otros cincuenta dólares.

Camila sabía que era mucho, pero también sabía que Nocólas tenía menos posibilidades de comprarse unas gafas que aquel hombre. El sargento no aceptaría su dinero.

—Nos las llevamos —dijo con determinación.

—Ya ha oído a mi mujer. En cuanto nos entregue la mercancía, le daremos el dinero.

El hombre se dirigió al pequeño cuarto que había cerca de donde estaban y sacó tres bolsas. Camila revisó el material que había dentro y comprobó que estaba todo. Se sintió tan aliviada al ver que el hombre había cumplido con su parte del trato que tuvo el impulso de besar al hombre en la mejilla y así lo hizo.

—Gracias, muchas gracias. Gracias a usted mi padre se pondrá bien. Se lo agradeceré toda la vida.

El hombre jamás habría esperado una actitud tan efusiva de la muchacha, estaba claro que necesitaban esa medicación. Los remordimientos por mantenerse callado empezaron a hacer mella en él.

Metieron la mercancía, incluida las gafas y los inhaladores, dentro de las mochilas, le pagaron y cuando fueron a salir el hombre los interrumpió diciendo:

—Esperen. —Los dos lo miraron sin comprender—. A los pocos minutos de marcharse vino un comandante de la F. A. Z. y preguntó por ustedes. Mi jefe me obligó a decirle lo que habían venido buscando. No sé qué es lo que han hecho, pero tengo claro que este tipo de medicación no es para venderla en el mercado negro, conseguirían poco con ella. Se los digo para que se anden con cuidado. Cuando mi jefe se marchó al mediodía lo vi rondando por aquí. Creo que no se creyó lo que le dije.

A Camila le empezó a temblar todo el cuerpo a la vez que el aire comenzaba a faltar en sus pulmones, solo de imaginarse que aquel hombre los perseguía y la separaba de Jerome.

—Cariño, ya está. —Sacó el inhalador de su bolsillo y se lo entregó—. No quiero que te pongas así por ese malnacido. Inspira. —Inhaló el Ventolín—. Eso es, ahora respira con calma. Verás cómo ese desgraciado no nos va a hacer nada. No se lo permitiré. —La

besó en la frente. En ese momento tocaron la puerta por donde habían entrado.—¿Espera a alguien?—preguntó con desconfianza.

—No, a nadie —dijo mirando hacia la puerta—. Será mejor que salgan por la puerta principal, la llave está en la cerradura.

El mancebo, en cuanto vio que salieron por la entrada principal de la farmacia, abrió la puerta trasera y, para su sorpresa, el que estaba allí era el comandante de la F. A. Z. que esa misma mañana había preguntado por aquella pareja.

—¿Dónde están? —preguntó empujando la puerta con tal fuerza que tiró al hombre al suelo.

—No sé de qué me habla —dijo mientras se levantaba.

—No haga el tonto, los he visto entrar. O me dice dónde están o lo mato —lo amenazó.

Podía ser que el hombre, al no tener las gafas, no viese bien, pero reconoció enseguida la silueta de un arma que le apuntaba.

—Salieron por la puerta principal. —La voz le temblaba, no estaba dispuesto a morir y menos por unos desconocidos.

Zcharie saltó el mostrador con una agilidad inusual en un hombre de cincuenta y cinco años, abrió la puerta y se asomó por ella. La calle estaba desierta, solo una Ford azul, mal aparcada, interrumpía el paso de los viandantes. Maldita sea, los había vuelto a perder. Se metió de nuevo en la farmacia.

—Es Lutongo —le dijo Camila al reconocer al hombre que se había asomado la puerta, a través de la ventanilla trasera de la furgoneta.

Jerome se subió a la cabina por la puerta del copiloto, agachado para no ser visto.

—Súbete de la misma manera que lo hice yo —le ordenó.

Un estruendo que Jerome entendió como la detonación de un disparo se oyó en la solitaria calle. Tiró de Camila hacia el interior de la cabina haciendo que se golpease el hombro con el salpicadero. En ese momento le dio igual, tenían que salir a toda prisa de allí. Metió primera y salió lo más rápido que la pesada furgoneta le permitió.

El chirriar de unas ruedas captó la atención del comandante, corrió las cortinas de la ventana y vio salir a la furgoneta que había estado aparcada al final de la calle a toda velocidad. Memorizó el

número de la matrícula. Soltó la cortina mientras se agachaba. Agarró el bolígrafo que estaba prendido a la bata del cuerpo sin vida que yacía en el suelo y se lo anotó en el reverso de la mano. Levantó el teléfono, marcó y esperó a que contestaran al otro lado.

—Al habla el comandante Zcharie Lutongo de la ciudad de Kinshasa, avisen a todas las unidades de que el conductor de una furgoneta azul matrícula KR 504 LJ acaba de cometer un asesinato en la farmacia del mercado y va con una rehén extranjera. Es bastante peligroso. Avísenme en cuanto tengan conocimiento de su paradero.

Camila rezaba por el hombre que sabía que acababa de morir asesinado, mientras se frotaba el hombro dolorido por el golpe que hacía unos segundos había recibido. Pensó que, si ellos no hubieran ido allí a buscar las medicinas, el mancebo, del que no sabía su nombre, estaría vivo todavía. Durante unos instantes se sintió culpable, pero después la culpa se convirtió en rabia. Rabia porque ese asesino la estaba haciendo sentir culpable de algo que ella no había hecho. Ella no lo había apuntado con el arma, ella no había apretado el gatillo, ella no lo había matado. Había sido él. Él lo había matado solo porque se había interpuesto en su camino. Lo odió con todas sus fuerzas.

—Siento lo del golpe —le dijo al ver que seguía frotándose el hombro—, pero al escuchar el disparo…

Ella puso su mano sobre su muslo y se lo acarició para tranquilizarlo.

—No te preocupes, solo es un golpe. Verás cómo enseguida se calma. —Se acercó a él y lo besó—. Además, tenemos calmantes suficientes como para matar a un rinoceronte. —Él se rio al escuchar el comentario.

Unos kilómetros más adelante vio en un lateral de la carretera un grupo de personas sentadas en el suelo arenoso de la vía, pendientes de que llegara el autobús. Tomó una decisión, abandonaría el vehículo unas calles más abajo y tomarían el

siguiente trasporte, los llevase hasta donde los llevase; le daba igual, la cuestión era despistarlo. No se fiaba ni un pelo de Lutongo.

Cubrieron la furgoneta con una lona que había en su parte trasera y se dirigieron a la parada de autobús con las dos mochilas cargadas hasta arriba y con Alemán amarrado con una cuerda que había encontrado tirada en la basura. El autobús todavía no había llegado. Se sentaron en la arena en espera del vehículo mientras Camila trataba de distraerse con su nuevo cachorro, haciéndole todo tipo de juegos, y Jerome vigilaba expectante cualquier movimiento de los alrededores que pudiera ser sospechoso, aunque en ocasiones se deleitaba observando a Camila jugar con Alemán. Todavía no se podía creer que en unas horas se convertiría en su mujer.

—¿Qué miras? —le preguntó con coquetería cuando se dio cuenta de que la estaba observando.

—A ti. Me gusta mirarte —dijo tomándole la mano.

—A mí también me gusta mirarte.

Le besó la mano y, humedeciéndosela con su juguetona lengua, le evocó de nuevo las sensaciones que hacía menos de una hora había descubierto a su lado. Se acercó a sus labios y lo besó, despertando de nuevo en él, las ansias por ella.

Oyó un carraspeo a su lado.

—Estamos en un sitio público y estas muestras de cariño no están bien vista en gente como nosotros —le susurró al oído—. Deberíamos llamar la atención lo menos posible.

—Lo sé.

Entendía a la perfección por qué lo decía. Desde que habían llegado a la ciudad notaba cómo la gente los miraba y susurraba cuando los veían pasar. Era extraño, sobre todo, en las zonas rurales y del interior, ver a una pareja de distinta raza junta. Le molestaba que cuchichearan sobre ellos a sus espaldas. Si no los conocían, ¿con qué derecho se creían? Era consciente de que así sería a partir de ese momento y tenía que empezar a acostumbrarse.

—¿Sabes una cosa?—dijo con una sonrisa pícara—. No puedo evitar ponerte las manos encima. ¿Por qué no pasamos de esos comentarios y de esas malas caras?

Se humedeció el labio inferior en un acto típico femenino de seducción.

—Yo tampoco puedo apartar las manos de ti —dijo con la voz entrecortada por el deseo que ella acababa de despertar en él con ese simple gesto en los labios—. Pero, tal y como están las cosas, hay que intentarlo y pasar desapercibidos.

Se puso de pie y comenzó a pasear de un lado a otro tratando de volver a centrarse en lo que debía estar centrado. Tenía que estar expectante a cualquier movimiento extraño que hubiese por la zona… Aunque, de vez en cuando, se sorprendía a sí mismo observándola con ganas de saciar las ansias de saber más acerca de cómo podían darse placer un hombre y una mujer.

Sonrió al ver que lo miraba.

—¿No se supone que debías estar vigilando? —dijo divertida.

Esa vez, y sin que sirviera de precedente, Camila había conseguido sacarle los colores. Ella, consciente de haberlo hecho, se rio de buena gana.

Camila se sorprendió al comprobar que el autobús no era tal y como se lo había imaginado. Había creído que sería un viejo autobús descatalogado en Europa –que en Zaire sería lo más puntero y moderno que se podía encontrar– y, en su lugar, se encontró un estropeado camión, remendado por todos lados, que solía usarse para la carga y descarga de mercancías pesadas como tierra, ladrillos, basura… y no como transporte de personas que, como no estuvieran muy despiertas, podían acabar bajo sus ruedas. Se subió una de las últimas a la parte trasera gracias a la ayuda de uno de los viajeros y al impulso que Jerome le dio en sus, ahora, «estupendas nalgas», según el criterio de su futuro marido.

El camión comenzó a caminar, aunque la gente todavía estuviese de pie pendiente de encontrar un hueco donde sentarse y aunque la pequeña puerta aún no estuviese cerrada. Jerome y el mismo viajero que la ayudó a subir elevaron la puerta y pusieron los ganchos para evitar que se soltase. Como apenas quedaba sitio para sentarse los dos entre toda aquella gente, Jerome decidió sentarse en el oxidado suelo, y llevarla a ella en su regazo, junto con Alemán.

—Esta postura tendremos que ponerla en práctica en cuanto podamos —le susurró al oído mientras su cuerpo se encendía por tenerla encima. Camila se sonrojó, violentada por esas palabras tan sugerentes. ¿Cómo podía decirle eso entre tanta gente? Jerome se rio al ver su cara enrojecer—. ¿Me vas a decir que no te apetece? —le volvió a su susurrar, con lo que consiguió que todo su cuerpo se estremeciera de placer al notar su suave aliento sobre su cuello. Su hinchado miembro se colocó entre sus nalgas y no pudo evitar asentir a la pregunta de él al imaginarse lo que podrían hacer en esa postura.

—A mí también me apetece —dijo haciendo un ligero movimiento de caderas imperceptible para los demás, pero bastante perceptible para sus nalgas y para su recién estrenado cobijo femenino. Se apartó el pelo de la cara, tenía mucho calor.

—Por favor, no lo vuelvas a hacer —le suplicó con disimulo.

Temía que alguien se diese cuenta de lo que estaba sucediendo entre ellos.

Jerome, en un acto típico masculino, no hizo caso a las suplicas de ella y volvió a subir sus caderas haciendo que un pequeño grito saliese de su garganta al volver a notar el duro miembro que su futuro marido tenía esperando para ella.

El hombre que estaba enfrente la miró extrañado.

—Alemán, no vuelvas a hacerlo, me has lastimado con tus pezuñas —reprendió al animal tratando de disimular.

—¿Y qué te ha hecho ese encantador animal? —preguntó conteniendo la risa—. Si apenas tiene pezuñas y lo último que pretende es lastimarte.

Repitió el insinuante movimiento de caderas e hizo que Camila se moviera en busca de una posición mejor que lo alejase de él, pero lo único que consiguió fue friccionar aún más sus cuerpos y provocar otro excitante contoneo de caderas.

—¿Lo ves? Lo ha vuelto a hacer. No estoy segura de que sea tan encantador como dices. ¿Estás seguro de que no pretende lastimarme?

—Señora —dijo el viajero que la había ayudado—, si quiere, llevo yo al animal en brazos.

Camila se puso roja como un tomate.

—No se preocupe —trató de quitarle importancia—. Es usted muy amable, pero en cuanto pare el vehículo mi futuro marido será el que lleve en brazos a esta bestia —dijo mirando a Jerome con cara de pocos amigos por la vergüenza que le estaba haciendo pasar.

—¿Se van a casar? —preguntó el delgado hombre con curiosidad.

—En cuanto encontremos una iglesia y un cura, nos casamos —contestó Jerome orgulloso.

Quería pregonar a los cuatro vientos que Camila iba a ser su mujer.

—En dos paradas encontraran una iglesia y un cura que no tendrá ninguna objeción en casarlos, los matrimonios cristianos en esta región no son muy abundantes. Porque entiendo que son cristianos, ¿no?

—Mi *Zaireña* es cristiana, apostólica y romana. Y yo, que fui criado en una familia cristiana, estoy deseando contraer matrimonio con ella y formar nuestra familia.

Ella le sonrió gustosa de haber escuchado aquellas palabras y lo besó.

—Mi nombre es Patrice Nvezu, párroco de la iglesia de Sainte Anne de Lodja.

Jerome y Camila se miraron sorprendidos, aquello tenía que ser una señal divina para que siguiesen adelante con la boda.

—Yo soy Camila Oramas, trabajo en Saint Hospital, en Lombe. Suelo colaborar en la misión de Saint Germain. ¿A lo mejor conoce a alguno de los sacerdotes que trabajan allí?

El camión paró y se liberó de pasajeros. Camila aprovechó la coyuntura y se sentó al lado de Jerome. Este se levantó y ayudó, junto con el sacerdote, a los nuevos pasajeros a subirse. En cuanto estuvieron todos arriba, se volvieron a sentar y siguieron con la conversación que habían dejado a medias mientras ella le entregaba el perro a él. No era cuestión de que, después de tanta queja, se quedase con el perro en brazos; tenía que hacer creíble su historia.

—¿Saint Germain? ¿Lombe? —El hombre se quedó pensativo—. Eso está al norte de Bandundu, ¿no? —Camila asintió—. Creo haber conocido a un sacerdote en el Sínodo Extraordinario para África que

se celebró ahora mismo hace un año. Era un misionero escocés, Mc algo, McLeod o algo por el estilo.

Camila no pudo evitar sonreír.

—Declan McLeod.

El hombre sonrió.

—Ese mismo, Declan McLeod. Era escocés, pero creo que ahora pertenece más a Zaire que a la propia Escocia. —Camila asintió. El sacerdote tenía razón, Declan pertenecía más a Zaire que a su país natal—. ¿Y por qué no os casa él?

Los dos se miraron, sería bonito que Declan los casase.

—Está enfermo y no sabemos si se recuperará —dijo Camila bastante apenada—. Sería precioso que él nos casase, pero… —Tragó con dificultad, se acababa de emocionar—. Por eso hemos venido a la ciudad. En busca de medicamentos para él.

—Entiendo —dijo el hombre con pesar—. ¿Pero no estáis un poco lejos de Saint Germain?

—Sí —contestó Jerome, antes de que Camila siguiese hablando—. Se está quedando en casa de unos amigos a las afuera de la Lodja. Nos dirigiremos para allá en cuanto nos case.

Jerome entendió que el sacerdote estaba haciendo demasiadas preguntas y no era necesario explicarle tanto. No solo lo hacía para protegerse ellos, sino también para proteger al buen hombre que los iba a casar. Cuanto menos supiera sobre ellos, mejor. Hasta ese momento no habían revelado nada que Lutongo no supiera, excepto que Declan estaba enfermo; pero eso tampoco era importante ni relevante para el buen seguimiento de la misión que le habían encomendado.

Camila comprendió al momento que no debía seguir contándole al sacerdote el motivo de que estuvieran en Lodja. Tenía que hacerse a la idea de que no podía confiar en nadie, salvo en Jerome, para poder salir de todo aquel lío en el que se habían metido. Entonces pensó en el mancebo que Lutongo había asesinado. Tendrían que estar el menos tiempo posible con el cura para evitar que el comandante lo relacionase con ellos. Se sintió fatal de repente. Tomó la mano de su futuro esposo y se aferró a ella buscando fuerzas para no desmoronarse. Rezó por Declan, por André, por el

mancebo, por el padre Patrice, por ellos, por todos los que se estaban viendo envueltos en esa vorágine que ella, sin ser consciente, había levantado al avisar de que Jerome los había secuestrado.

13

Un todoterreno de la Guardia Civil de la ciudad de Kole paró delante del patrulla de la Guardia Civil de Lodja y se apeó de él, el solitario comandante Lutongo. Los dos hombres que lo esperaban se cuadraron ante su superior y, tras recibir una orden suya, lo llevaron a un callejón donde encontraron la furgoneta azul que estaba buscando. Estaba claro, no se había equivocado al sospechar que Ngona y la señorita Oramas iban en ese vehículo. El automóvil estaba abandonado con las llaves todavía puestas en el contacto.

Buscó algún indicio que le pudiera confirmar hacia dónde se dirigían. Caminó varias calles y encontró una parada de autobús. Preguntó a los viandantes y comerciantes de la zona y algunos le confirmaron que una pareja formada por un hombre negro y una mujer blanca habían tomado el autobús que se dirigía hacia el norte de la ciudad. Sonrió con esa mueca tan extraña. Todavía debían estar en la Lodja.

La parroquia de Sainte Anne era bastante pequeña para estar en medio de una ciudad como Lodja. Solo contaba con el edificio de ladrillos, que no sería más grande que la iglesia de Saint Germain. Anexa a este se encontraba la casa parroquial, compuesta por la habitación del sacerdote y un salón donde estaba integrada la cocina que se comunicaba, a través de una puerta, con la iglesia. El amable sacerdote los había invitado a almorzar en lo que esperaban a que la mujer que lo ayudaba en la parroquia llegase con su hijo de hacer unos recados. Ellos serían los testigos del enlace.

—Muchas gracias por el almuerzo —dijo Jerome al terminar la sopa de pollo que les había servido—. Hacía días que no comíamos algo tan sabroso.

—Marivina es una excelente cocinera. —El hombre se levantó y recogió los platos del almuerzo—. No sé qué haría sin ella. ¿No le ha gustado la sopa, Camila? —le preguntó al ver que el plato estaba casi lleno.

—Sí, estaba buenísima. —Ella se levantó y lo ayudó a terminar de recoger—. Es solo que no tengo mucho apetito.

El sacerdote se rio.

—Eso son los nervios de la boda. Cuando uno empieza una nueva vida, es normal que se ponga nervioso. Verá que, en cuanto pase todo, los nervios desaparecerán y se arrepentirá de no haberse terminado la sopa.

Ella sonrió al sacerdote, agradecida por esas palabras de ánimo, pero poco hicieron en ella. La boda era lo que menos le preocupaba. Le preocupaban más Declan y André, el comandante Lutongo, el tiempo que estaban perdiendo mientras esperaban a Marivina…

—No se preocupe, padre, ya lavo yo los platos.

Le quitó el estropajo que tenía en la mano y lo apartó del barreño que tenía para lavar la loza.

—De acuerdo, así voy preparando la documentación. —El sacerdote encendió la radio para escuchar las noticias del mediodía —. Solo necesito vuestros pasaportes —dijo el hombre antes de perderse en el interior de la iglesia.

Camila y Jerome sacaron sus pasaportes y se los dejaron encima de la mesa en la que hacía unos minutos habían almorzado.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado. La había visto muy callada durante el almuerzo—. ¿Te estás arrepiento de lo que vamos a hacer?

—No. —Eso era imposible—. Claro que no.

—¿Entonces? —preguntó mientras secaba el plato que ella había puesto sobre la encimera de barro.

—Todo esto de Lutongo me está superando. No puedo evitar sentirme culpable por todo lo que ha pasado. —Dejó el plato que tenía en la mano de nuevo en el barreño y lo miró—. Si no hubiese avisado a Maurice… nada de esto estaría pasando.

—Si yo no os hubiese tomado como prisioneros, nada habría pasado. No me hagas sentir más culpable de lo que ya me siento —le suplicó.

—No, Jerome. —Lo abrazó por la cintura y se apoyó en su fornido pecho—. Ahora me alegro de que lo hicieras; si no, lo que vamos a hacer ahora jamás habría sucedido.

—Entonces, no te atormentes con eso. —La sujetó por los hombros—. Solo ha sido mala suerte que tu padrino confiara en el general Dengo para liberarte.

—Tienes razón, ha sido mala suerte. —Sonrió al pensar en Vicente —. No sé cómo se tomará que seas mi marido. —Se echó a reír—. Con la vara que le di contigo diciéndole que todo lo que Dengo contaba sobre ti era mentira.

Le gustó verla sonreír otra vez.

—Tendremos que hacer un esfuerzo los dos —dijo fingiendo que le iba a costar mucho—. No creas que me hace mucha gracia que tenga relaciones políticas con ese malnacido.

—En cuanto os conozcáis verás que os lleváis bien. Es un sol de hombre, aunque quiera parecer duro. Debajo de esa coraza que levanta para hacer creer a los demás que no tiene sentimientos, se esconde un corazón que se desvive por los suyos. Es como tú.

Jerome bajó su cabeza y Camila se puso de puntillas rodeando el vigoroso cuello del hombre que amaba. Se besaron con fervorosa y apasionada ansia por estar de nuevo en los brazos del otro mientras Jerome bajaba su musculosa mano por la ligera y bien formada espalda de Camila para detenerse donde esta perdía su nombre para juguetear con sus voluptuosas y apetecibles redondeces. La atrajo más hacia él, con ímpetu contenido.

—Si pudiésemos usar el dormitorio del padre Patrice… —le susurró al oído.

—Jerome —exclamó escandalizada separándose rápido de él por la propuesta indecorosa que le acababa de hacer.

¿Cómo iban a usar el dormitorio del sacerdote, por mucho que les apeteciese a los dos?

—*Zaireña*, ¿me vas a decir que no lo deseas? —Ella se sonrojó. Claro que lo deseaba—. Lo sabía. Lo deseas tanto como yo.

Se volvieron a besar con deseo.

—Jerome, por favor, no me hagas esto —dijo con la voz entrecortada por la excitación. Le estaba besando parte del escote que se entreveía en la camiseta—. Estamos en la casa de Dios.

Se separó de ella de mala gana.

—Está bien. Si eso es lo que quieres —dijo haciéndose el dolido.

—No me hagas sentir mal. —Le acarició su atractiva cara—. No es lo que quiero, claro que deseo que pase, ¿cómo no desearte? Y más cuando me dices en ese tono tan dulce y con tu encantador acento francés *Zaireña.* Me vuelves loca. Pero, Jerome, el padre Patrice puede venir en cualquier momento.

—…c*omandante Ngona, un peligroso guerrillero de la Alianza por la Liberación del Congo, se encuentra en la ciudad habiendo asesinado a un hombre en la farmacia del mercado de la que robó todo tipo de medicación.* —Los dos se miraron con preocupación al escuchar aquello por la radio—*. En su poder lleva a una rehén de origen español llamada Camila Oramas.…*

Jerome se acercó a la radio y la apagó esperando que el sacerdote no hubiese escuchado la noticia. El muy hijo de puta de Lutongo los estaba poniendo en el ojo del huracán. Ahora no se atrevía a hacer *autostop* para que los llevasen, no se podía fiar de nadie. Tendrían que ir caminando si no encontraban un vehículo que poder robar.

—¿Quién ha apagado la radio? —preguntó el sacerdote cuando entró de nuevo a la habitación.

—Lo he hecho yo —contestó Jerome—, a Camila le está doliendo la cabeza.

—Eso son los nervios —dijo el sacerdote.

—Sí. —Forzó la sonrisa y se tocó la cabeza tratando de disimular —. Creo que debe ser eso.

Se giró y volvió a la faena de fregar los platos mientras trataba de tranquilizarse. Escuchar sus nombres por la radio la había vuelto a alterar más que antes.

Unos golpes en la puerta, que sonaron con ímpetu, la asustaron más de lo que ya estaba. Por fortuna, el plato que tenía en la mano cayó en el agua del barreño, si no, se habría roto en mil pedazos.

—Esa debe ser Marivina.

El sacerdote se levantó de la mesa en la que se había sentado a redactar el certificado matrimonial y Jerome se acercó a él, desabrochándose uno de los botones del medio de la camisa. Lo acompañó, rozando su arma con los dedos, hasta la puerta.

Camila, que vio el ligero movimiento de su mano, contuvo la respiración. Sin pretenderlo, sus músculos se habían tensado y estaba dispuesta a realizar cualquier movimiento brusco que le indicase Jerome.

De nuevo sonaron esos impetuosos golpes en la puerta y su corazón se aceleró. Agarró el cuchillo que estaba en la encimera y se encomendó a Dios.

Una mujer de rostro amable, vestida con llamativos colores, sonrió al ver al sacerdote en cuanto le abrió la puerta. Detrás de ella, un chico de no más de quince años venía cargando con una cesta en la cabeza y bolsas en la mano. Parecía agotado de cargar con la compra del sacerdote. Camila soltó el cuchillo y el aire contenido en sus pulmones. Su corazón se comenzó a calmar. Jerome dejó su arma a buen recaudo para ayudar al muchacho a descargar la compra.

—Jerome, ¿aceptas a Camila como tu legítima esposa, para amarla y respetarla, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo mientras la miraba con una sonrisa que dejaba ver todo el amor sincero que sentía por ella.

Se quitó la medalla que llevaba prendida al cuello y la colgó en el cuello de ella.

—Y tú, Camila, ¿aceptas a Jerome como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo mientras le brindaba una sonrisa que iluminaba su rostro.

Ajustó en su dedo anular derecho, con un poco de dificultad, el anillo de oro que había pertenecido a su hermano y que había llevado colgado al cuello desde que lo encontró.

—Yo, por la autoridad y el privilegio que me concede Dios, y las leyes del Estado de Zaire, os declaro marido y mujer en la presencia de Dios y de las personas presentes —dijo mirando a Marivina y Amédée—, que sirven como representantes de la sociedad en la que vivimos y como testigos de este solemne y trascendental acto. Muchas felicidades. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Puedes besar a Camila, Jerome.

Los dos se besaron siendo conscientes de que sus almas y sus corazones estarían unidos para siempre. Camila hacía años que no era tan feliz. Acababa de formar su propia familia con el único hombre al que había amado.

—Te quiero —le susurró al oído.

—Yo también te quiero, *Zaireña* mía.

No pudo evitar sonreír al ver el rostro de la que ahora era su mujer, azorado solo porque la había llamado así. Sabía que le acababa de despertar de nuevo las ganas por él. Su sonrisa se intensificó.

Sin saberlo, a partir de ese momento, Camila sería para siempre su *Zaireña*.

Los cinco –el padre Patrice, los dos testigos y ellos– firmaron los documentos que el sacerdote había preparado y Jerome se quedó con una copia que certificaba que estaban unidos en el santo sacramento del matrimonio.

—Ahora eres mía, mía de verdad—le dijo en cuanto guardó el documento en el bolsillo lateral de su pantalón—. Y yo soy tuyo, enteramente tuyo.

—Me gusta que lo tengas claro —dijo riendo mientras metía la mano en el bolsillo lateral de Jerome.

—Estamos en la iglesia —la reprendió divertido, como si se hubiese escandalizado al ver la mano de su esposa dentro de su pantalón.

Ella se sonrojó por lo que él pensaba que estaba haciendo y sacó la mano para mostrarle la bolsita de diamantes que él llevaba

guardada allí.

—Voy a pagarle sus honorarios —se excusó.

Jerome no pudo evitar reírse al ver lo violenta que se había puesto por la broma que le había gastado, mientras se acercaban al padre Patrice, que estaba ultimando los detalles de los documentos.

—Gracias, muchas gracias por todo —dijo Jerome.

Camila tomó la mano del sacerdote y dejó sobre ella un pequeño diamante. Él miró la piedra que tenía en su mano sin comprender.

—Es nuestro agradecimiento por todo lo que ha hecho por nosotros. —El hombre expuso la gema a la luz y comprendió que aquello tenía un incalculable valor—. No piense que es robado, es un regalo que me hizo mi hermano y que ahora le hago yo a usted por lo bien que se ha portado con nosotros.

—Gracias a vosotros por hacerme volver a creer que es posible un mundo mejor. Con vuestro amor interracial me demostráis que todavía es posible tener una esperanza de que el odio y la xenofobia no vencerán al amor.

Se despidieron del hombre con un afectuoso abrazo.

—Padre Patrice —le gritó Jerome desde la puerta de la pequeña iglesia—, no crea ni una sola palabra de lo que oiga de nosotros.

El sacerdote se quedó contemplando cómo se alejaban las siluetas del nuevo matrimonio sin comprender lo que le había dicho Jerome. Se encogió de hombros y guardó el diamante en el bolsillo de su camisa agradecido por la generosidad de la pareja. «Rezaré por vosotros y por el padre Declan McLeod», se dijo el sacerdote mientras salía de la solitaria iglesia y encendía la radio de su casa, que sería la única compañía que tendría hasta que esa tarde llegasen sus feligreses a la misa de las seis.

—Señora Ngona, ¿qué le apetece hacer? —preguntó abrazando los hombros de la que se había convertido en su mujer.

—Tengo claro lo que me apetecería hacerte —dijo abrazándose a su cintura, con un descaro inusual en ella. Jerome se rio al ver lo que el matrimonio le había hecho a su esposa, a quien él creía

cándida—. Pero también tengo claro que debemos salir cuanto antes de aquí. ¿Qué tienes pensado hacer? —le preguntó mientras dejaban atrás la parroquia de Sainte Anne con Alemán sujeto a su mano por una cuerda. Estaba convencida de que él tenía un plan.

—Subiremos en el primer autobús que vaya al norte de la ciudad y de allí iremos caminando hasta el campamento, será largo, pero no podemos arriesgarnos a hacer *autostop*. —La miró esperando a ver lo que decía, recordaba cómo se había puesto al robar la furgoneta y esperaba que saliese de ella lo de robar otro vehículo. Tomó las gafas de sol que colgaban de su camisa y se las puso, no quería que los reconociesen. Viendo que ella no decía nada continuó—. Deberíamos conseguir unos gorros, unas linternas y provisiones, ¿estarás con ánimo para caminar por la selva en medio de la noche?

—¿Por la selva en lugar de por la carretera? —preguntó asustada. Recibió un «ajá» de él como respuesta—. ¿Y por la noche? —Volvió a recibir la misma respuesta—. ¿Y si robáramos un automóvil? —Él se rio, era la respuesta que esperaba—. No me mires así, ya robado uno… no tengo problema en robar otro.

La atrajo hacia él y la besó.

—Esa era mi segunda opción, la primera era robar un vehículo. En cuanto tengamos oportunidad, nos llevamos uno. Sabes que tendrás que hacer tú el puente, ¿no?

Ella asintió pensativa. ¿Por qué no se lo había dicho antes?, se preguntó molesta. Estaba cansada de tanto juego, de tanto suponer en lugar de preguntar con claridad o afirmar lo que quería hacer en realidad.

—¿Por qué no me lo has dicho desde el principio?

—¿Qué? ¿Lo del automóvil? —Ella asintió—. Porque sé cómo te pusiste cuando robamos el otro y quería que la idea te surgiese a ti.

Genial, empezaban bien.

—Jerome, si queremos que esto funcione tenemos que empezar a ser sinceros el uno con el otro. Dejar de manipularnos. No podemos estar poniéndonos a prueba a cada momento. Aunque sepas que algo me pueda molestar, dímelo. Prometo que yo haré lo mismo contigo. No hagas que me tenga que volver loca intentando saber si lo que dijiste iba con segundas intenciones o no. Llevo volviéndome

loca contigo todo este tiempo porque mis inseguridades con los hombres y mi físico, mi miedo a tu rechazo, me impedían ver qué era lo que en realidad sentías por mí. No quiero que nuestro matrimonio sea igual.

—Vaya, acabamos de salir de la iglesia y ya recibo mi primera bronca —dijo bromeando.

—Jerome, creo que nuestro matrimonio es algo muy serio como para que te lo tomes a broma.

La paró en medio de la calle.

—Camila, me tomo nuestro matrimonio muy en serio. Y sí, tienes razón, hasta ahora hemos estado jugando los dos al gato y al ratón, y tal vez por eso todavía sigo manteniendo ese juego. Gracias por hacérmelo ver. Tendrás que ayudarme a que esta forma de comportarme contigo desaparezca. Como has hecho ahora. La desconfianza que se despertó en mí hacia ti cuando supe que eras una mujer libre y que no eras monja hizo mella en mí estos meses. No entendía por qué no pudiste decírmelo, por qué querías protegerte de mí cuando yo solo quería amarte. —Ella fue hablar, pero él continúo—: Ahora lo sé. Sé que temías mi rechazo. Te aseguro que quiero que esto funcione y te prometo que seré siempre honesto y sincero contigo. —Ella sonrió complacida al escuchar unas palabras tan sinceras—. Espero que tú también seas honesta y sincera conmigo.

—Te lo prometo. Yo también necesitaré que me lo hagas ver cuando empiece a las andadas.

La besó y siguieron la marcha igual de abrazados que al principio. Ajenos a las miradas curiosas que sabían que despertaban en los viandantes.

Agachada debajo del salpicadero del Land Rover verde, mientras Jerome vigilaba en la calle que nadie viniese, Camila desmontaba el panel de control que sabía que estaba debajo del volante. Al tirar de él, numerosos cables aparecieron colgando como si de pequeñas serpentinas se tratasen; no pudo evitar pensar en Declan y en André. Arrancó los que venían del encendido del todoterreno y los

unió entre sí. Un ruido rasposo de arranque se oyó en la silenciosa calle, pero no llegó a tener éxito. Los unió con mejor precisión y el vehículo arrancó tras saltar chispas de los cables de cobre.

—Estás hecha toda una delincuente —dijo Jerome divertido asomando su cabeza por la ventanilla.

—Lo sé, me he dejado pervertir por ti. —Lo besó tras levantarse del sucio suelo—. Cuando Declan se recupere y me confiese, verás qué penitencia me va a poner. —Se sentó en el lado del copiloto, permitiendo así que Jerome se sentase en el del conductor—. Por hacer el amor fuera del matrimonio, un rosario; por robar dos vehículos, veinte padrenuestros; por robar un perro, cinco padrenuestros; por mentir sin parar a todos los que nos hemos encontrado, diez avemarías…

—¿Tan estricto es? —preguntó mientras salían con el vehículo hacia una calle más transitada.

Ella se rio.

—Estaba bromeando —dijo riendo al ver su atractiva cara sorprendida—. Además, solo te puedes confesar de aquello de lo que te arrepientas, y hoy no me arrepiento de nada de lo que he hecho.

Se aproximó y le besó el cuello.

—No te me puedes acercar tanto, voy conduciendo y no quiero tener ningún accidente —dijo mirándola de arriba abajo.

Cuánto la deseaba y amaba. Atrajo su cara a la de él y la besó. Un bocinazo sonó delante de ellos. Jerome tuvo que girar el volante con brusquedad al verse frente a uno de los camiones que se dirigían al centro de la ciudad; se había metido en su carril embelesado con el delicioso cuerpo de su mujer.

—Te prometo que no me voy a acercar más a ti —le dijo con la voz temblorosa alejándose de él, todavía asustada por haber creído que el camión los iba a arrollar.

—Sí, creo que será lo mejor. —La miró y le sonrió—. ¿Estás bien? —le preguntó tocándole el muslo.

—Jerome, mira a la carretera —le dijo con una sonrisa—. Aunque la mano la puedes dejar aquí —dijo con coquetería. Se la tomó y entrelazaron sus dedos.

Apartó el vehículo en el arcén de la carretera de tierra; quedaban un par de kilómetros para llegar al campamento. En cuanto llegasen tendrían que seguir interpretando el papel de comandante y monja, por poco que le gustase la idea. La alzó como si de un peso pluma se tratase y la sentó a horcajadas sobre sus rodillas. Quería disfrutar de ella una última vez antes de empezar con su farsa. Sabía que ahora más que nunca tenía que protegerla. Si se enteraban de que ella era su esposa, la F. A. Z. y la Guardia Civil la podrían usar como moneda de cambio para que se entregase. Camila lo sabía y había estado de acuerdo con él. Conociendo a sus hombres como los conocía, en una noche de borrachera se lo podrían soltar a la primera de cambio a cualquiera que vieran.

Se envolvieron en apasionados besos, abrazos, caricias. Sus ropas cedieron a la avidez con la que se deseaban y se amaban. Varias acometidas sobre el cuerpo de ella, varios movimientos de caderas rítmicos y efusivos sobre el cuerpo de él, marcas de dedos en sus voluptuosas nalgas, uñas clavadas en su fuerte espalda… Mientras, eran conscientes de que estaban consumando la unión de su matrimonio. Todo eso y mucho más dio paso al clímax que tanto ansiaban desde la última vez que habían yacido juntos en aquel precioso hotel de la ciudad de Lodja.

—Te amo, *Zaireña.*

La abrazó con fuerza al notar que seguía temblando entre sus brazos. Ella se dejó acurrucar entre su pecho desnudo y sus fuertes y musculosas extremidades. Era tan delicioso estar así, envuelta en un halo de intimidad y complicidad, que su cuerpo se colmó de felicidad.

—Tenemos que seguir. —La besó en el hombro—. Dios mío —exclamó al ver la sombra verde que se estaba dibujando en él—. Te tiene que doler. Lo siento, no quise hacerte daño.

Se acercó a sus deliciosos labios y lo besó.

—Lo sé. Sé que no querías hacerme daño.

Camila se fue vistiendo sentada aún encima de él, no quería perder esa sensación tan acogedora y tan nueva para ella como era la felicidad prolongada durante largo tiempo.

—Soy feliz, Jerome. —Él sonrió al escuchar esas bellas palabras—. ¿No crees que es un poco extraño sentirse así con todo lo que está pasando?

—Sí, es extraño, pero yo también lo soy, a pesar de todo. —Agarró su cara con las manos y la besó con ternura una y otra vez hasta que Alemán los interrumpió con sus ladridos; se había despertado—. Debemos partir ya —dijo desganado.

—¡Camila, niña! ¡Ya estáis aquí! —exclamó Lucréce con alegría al verla llegar al campamento. Había temido por ella—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Habéis conseguido todo lo que fuisteis a buscar?

Ella asintió sabiendo que había conseguido más de lo que jamás imaginó en ese viaje.

—¿Cómo están Declan y André? —preguntó preocupada.

La cara de Lucréce no le gustó en absoluto.

—Ese reptil debía tener no solo veneno en sus dientes. La fiebre de Declan no ha remitido y su pierna está peor. Y a André la fiebre le va y le viene, y su pierna no está tan mal, pero aun así los dos están graves.

—Espero que con lo que hemos traído podamos hacer algo, si no…

Cerró los ojos tratando de no pensar en eso. Se arrodilló en medio de los dos hombres, cargó dos jeringuillas con los antibióticos y le administró una a cada uno en sus respectivos glúteos. Rezó para que no fuera tarde. Sacó los analgésicos, los antiinflamatorios y los antipiréticos y obligó a ambos hombres beberse uno de cada cosa. Con Declan se entretuvo más, le costaba bastante tragar, pero consiguió que se los tomara todos.

—Ahora solo falta esperar y rezar.

Lucréce asintió mientras fijaba su vista en el medallón de Saint Germain que llevaba colgado al cuello. Recordó que le había dicho que lo había extraviado. Lo tomó entre sus manos y confirmó que era el medallón perdido. El nombre de Chantal y el de Camila estaban gravados por detrás con letras grandes. Le extrañó no ver junto a él el anillo de Jacques.

—Veo que has recuperado el medallón de tu madre.

—Sí —sonrió—, lo tenía Jerome.

Camila refrescó con agua los paños que habían estado en la frente de los dos hombres hacía unos segundos y se los volvió a poner sobre ella. Lucréce le tomó la cara por la barbilla y la miró escudriñando su rostro. Algo había cambiado en ella.

—Te has entregado a él, ¿verdad? —dijo más como una afirmación que como una pregunta. Ella sonrió mientras asentía—. ¿Y el anillo de Jacques? —Se sorprendió de que se hubiera dado cuenta de que no lo llevaba—. El anillo lo tiene él —afirmó sonriendo al ver su cara de sorpresa.

Camila asintió tras agarrar las manos de la mujer que la había criado desde pequeña, se acercó a ella y le susurró al oído algo que solo ellas dos compartieron. De la garganta de Lucréce salió una pequeña exclamación de sorpresa, abrazó con fuerzas a su pequeña mientras corrían lágrimas de alegría por su mejilla. Aunque estuviese casada, Camila siempre seguiría siendo su pequeña.

Era la cuarta vez que el padre Patrice escuchaba la misma noticia en la radio. Sentado en la mesa del comedor decidía qué hacer mientras observaba el diamante que tenía en la mano. Ahora entendía las palabras de Jerome cuando se despidió: «No crea ni una palabra de lo que oiga de nosotros».

Estaba claro que las noticias estaban equivocadas, Camila no era ninguna rehén del comandante, se había casado sin impedimentos con él. Se la veía muy enamorada. Y también sabía que las medicinas de todo tipo que decía la radio que habían robado no eran sino antibióticos, analgésicos, antiinflamatorios y material de cura, no era nada de lo que se sugería. Pero también decía que el comandante había asesinado a un hombre, eso eran palabras mayores. Las palabras de Jerome volvieron a resonar en su cabeza. Si la mayor parte de la noticia era falsa, a lo mejor también lo sería lo del asesinato del hombre, se dijo.

14

Cuartel central de la Guardia Civil de Lodja.

Noche del 17 de marzo de 1996.

Abrió la puerta del despacho que le habían asignado y dejó salir al noveno testigo que decía que los había visto al sur de la ciudad. No tenía ni idea de nada. Le había enseñado una fotografía de uno de los guardias civiles del cuartel que también tenía la tez mulata como el comandante Ngona y lo había señalado como el hombre que buscaban. En su lugar permitió que pasase el siguiente testigo, del que sospechaba que tampoco conseguiría nada. Lo invitó a sentarse en la silla que había delante de su escritorio. Le enseñó la foto del guardia civil para quitárselo lo antes posible de encima.

—Este no es el hombre —dijo el testigo. Le enseñó otra fotografía que tampoco era del comandante—. Tampoco. Perdone, señor, ¿pero tiene usted alguna idea de cómo son en realidad Camila y Jerome?

El comandante miró con atención al hombre que tenía delante. Los había llamado por su nombre de pila con una familiaridad que parecía que en realidad supiera algo. Sacó del cajón otra fotografía y se la enseñó.

—Sí, ese es Jerome.

Zcharie se hizo hacia delante en su silla y sonrió con una mueca desagradable para la vista del padre Patrice. Solo la zona izquierda de la boca se había curvado, la otra ni se movió.

—¿Cuándo los vio? —preguntó con ansia.

—Ayer, al mediodía coincidimos en el autobús que va al norte de la ciudad.

—¿Algo más?

—Sí, estuvimos hablando y charlando y los invité a mi casa a almorzar. Me parecían una pareja muy agradable que necesitaba

ayuda; un amigo de ella, al que conocí una vez, está herido de gravedad. —Ahora entendía cuál era el motivo de que estuviesen en aquella farmacia, necesitaban los medicamentos con urgencia—. Y como también tenían intención de casarse y yo soy sacerdote…

—¿Casarse? —lo interrumpió con brusquedad. El hombre asintió. Eso era toda una sorpresa—. ¿Los casó?

—Sí, los casé y, en cuanto lo hice, se marcharon.

Se echó a reír al imaginarse al estirado y gilipollas embajador de España poniendo el grito en el cielo porque su ahijada se hubiese casado, nada más y nada menos, que con el comandante Ngona, persona *non grata* en los círculos de la alta sociedad zaireña con los que se codeaba.

—¿Dijeron algo de interés? ¿Dónde iban? ¿Qué iban a ser? Cualquier cosa…

—Lo único que me dijeron fue que el herido estaba en casa de unos amigos aquí en Lodja

Zcharie sabía que aquello era agua de borrajas, no había ningún amigo.

—¿Nada más? —preguntó irritado. Aquello y nada era lo mismo.

—No, nada más.

—Gracias por avisarnos, ha sido muy amable —dijo levantándose de la silla al tiempo que hacía un ademán para que el sacerdote se fuera.

—¡Ah! —dijo antes de salir—. Nombraron varias veces el territorio de Rutshuru una de las veces que los dejé a solas, ahora que recuerdo, ¿no sé si eso será de interés?

Cerró la puerta tras de sí.

Sí, era interesante… y mucho. Sonrió con esa gesto tan extraño que se dibuja en su rostro cada vez que lo hacía.

15

Provincia de Maniema.

19 de marzo de 1996.

El ánimo de los hombres de la parte trasera del camión estaba bastante minado tras casi cuarenta y ocho horas de camino incesante, solo interrumpido cada tres horas, durante cinco minutos, para ir al lavabo y comer. A Jerome no le pareció extraño que eso sucediese, sobre todo, porque a través de las gruesas paredes del camión era difícil ver campo abierto, ventaja con la que jugaban los tres que iban en la cabina, que también estaban exhaustos antes tantas horas de camión. Renaud, Valerién y él se iban turnando en la conducción con turnos partidos de tres horas. Mientras uno descansaba, otro vigilaba y el otro conducía. Aun así, el cansancio se notaba en sus rostros. Jerome había decidido nada más llegar de Lodja desmontar el campamento y proseguir la marcha. Lutongo estaba demasiado cerca y quería recuperar el tiempo perdido y más.

Las malas caras, las malas contestaciones, las quejas de todos los soldados por no poder descansar bien en el camión, las quejas por la mala comida… podían haber hecho mella en el ánimo de Camila, pero nada más allá de la realidad. A medida que pasaban las horas, se iba animando al ver la mejoría que estaban experimentando tanto Declan como André.

La fiebre de André hacía dieciséis horas que había desaparecido, solo en ocasiones había tenido ligeras décimas que apenas sobrepasaban los treinta y siete grados centígrados y que bajaban de inmediato en cuanto administraba paños fríos en su frente y axilas. Había comenzado a hablar animadamente e incluso había gastado una broma al ver al sargento Nocólas con las gafas. Según él, eran de culo botella, lo que había provocado la risa entre los hombres. La pierna seguía inflamada, pero el enrojecimiento de

alrededor de la mordedura estaba cediendo. Eso era bueno, muy bueno.

Con Declan todo era más lento, pero también había mejoría. La temperatura había bajado dos grados en cuestión de veinte horas desde la administración de la medicación, y en las últimas cuatro horas había bajado medio grado más hasta quedar en una temperatura constante de treinta y ocho grados y medio. Camila esperaba que, a medida que fuesen pasando los días, la temperatura fuese bajando al igual que la inflamación de la pierna, que seguía igual. En ella no había notado ninguna mejoría, cosa que le preocupaba bastante.

—¡Por fin! —dijeron algunos hombres al ver que el camión se había detenido.

Jerome había avisado de que en la siguiente parada montarían el campamento.

Los hombres descendieron con premura con las mochilas, esterillas y armas, y bajaron a Declan entre cuatro, con cuidado de no moverlo mucho por temor a empeorarle la pierna. André se apeó del camión por su propio pie con un poco de ayuda de Nocólas y de Étienne. Estaban ansiosos por montar el campamento y descansar.

—Hermana —dijo Jerome con el tono más neutral que pudo.

Los brazos extendidos de su marido la esperaban abajo para apearla del camión. Camila se abrazó a su cuello rodeándolo con sus delgados brazos y se dejó ayudar sin ningún tipo de problema.

—Gracias, comandante —dijo de la forma más formal que le salió. Se separó de él con ganas de volverlo a tocar. Desde que habían llegado al campamento hacía dos tardes, apenas habían hablado, salvo para hablar del estado de los dos heridos—. Se habrá fijado que André y Declan han mejorado desde la última vez que hablamos.

—Sí, eso son muy buenas noticias.

No la miraba a la cara, temía que se le notase lo que sentía por ella.

—¿Cómo se ha portado Alemán? —preguntó al ver al perro juguetear por la carretera.

Había ido todo el trayecto con él en la cabina.

—Se está portando como un campeón. Aunque a Renaud lo está sacando un poco de quicio.

Camila se rio al imaginarse la cara de hastío del soldado al estar al lado del perro.

Jerome miró hacia los lados para comprobar si alguien los podía oír. Al verlos a todos muy centrados en sus tareas asignadas siguió con lo que iba a decir.

—Estoy deseando tenerte de nuevo en la cabina. Apenas hemos hablado y solo te he podido tocar las veces que te he ayudado a bajar del camión. —Con disimulo, le rozó el brazo, con lo que hizo que los cuerpos de los dos prendiesen llama—. Me gustaría verte esta noche cuando todos duerman.

Ella asintió. Deseosa de que ese momento llegase, aceleró sus pasos para alejarse de él todo lo posible. Quería que la volviese a rozar como lo había hecho, quería abrazarlo, quería besarlo, quería acariciarlo como la última vez en el Land Rover que habían abandonado en medio de la selva. Quería que la hiciese vibrar y enloquecer como él solo sabía. Quería que la tomara allí mismo, que le hiciera el amor una y otra vez hasta que su cuerpo dolorido de tanta pasión no resistiera más, hasta que sus labios hinchados de tantos besos le dolieran, hasta que su piel enrojeciera por el roce con la barba de tres días… Pero no podía… Todavía no… Aún era temprano. «Esta noche», pensó… Sería esa noche después de dos días de larga espera.

Jerome siguió la marcha observando cómo su mujer contoneaba sus caderas en medio de la selva y se dirigía con Alemán hasta donde estaban Declan y André. «Hasta esta noche». Estaba deseando que el sol se pusiese y hacerle… Dios… Solo de imaginarse lo que le haría en unas horas su cuerpo reaccionó y lo dejó en una situación bastante comprometida. Si alguno de sus hombres se hubiese dado cuenta del estado en el que se encontraba el proveedor de placer de su mujer… Sí, tenía claro que a él le proporcionaba placer…, pero a ella… Nunca había estado con una mujer que disfrutase tanto y de la que recibiese tanto. Siempre lo dejaba exhausto y con ganas de más.

En cuanto comenzó a escuchar el rítmico sonido de la respiración de Renaud y de Valerién, que dormían a su lado, los ronquidos de Pierre y de Étienne, y cesaron los murmullos del grupo de los heridos, esperó unos minutos más y se levantó con la manta bajo el brazo y linterna en mano, procurando hacer el menor ruido posible, en busca de Camila. Antes de llegar a donde se suponía que dormía, vio una pequeña silueta acercarse a él en medio de la oscuridad. La sonrisa que se dibujó en su rostro al verla, Camila no la pudo distinguir ante tanta penumbra, al igual que él no pudo ver la de ella, pero los dos sabían que esas sonrisas estaban ahí. La tomó de la mano después de besarse con timidez y se alejaron del campamento como la pareja de recién casados que eran, anhelantes de estar entre los brazos del otro durante largas horas. En cuanto estuvieron seguros de que nadie vería los haces de luz de las linternas, las encendieron y se adentraron en la boscosa jungla hacia un pequeño llano que había cerca del río. Jerome había inspeccionado el terreno antes de que anocheciese.

La selva acogió con una naturalidad inusual en ella sus besos; sus caricias; sus gemidos; sus miradas cómplices; sus movimientos sensuales y sugerentes en alguna ocasión, arrebatadores y febriles en otra; las palabras de amor con las que se colmaban, que los hacían enloquecer de pasión y deseo. La naturaleza aceptaba el amor que sentían el uno por el otro como un fruto nacido entre toda aquella inmensa belleza salvaje. Parecía como si el corazón de las tinieblas diera una tregua a los dos enamorados para que disfrutasen de esa noche de pasión, de amor y de ternura sin ser molestados.

—Te he echado de menos —dijo abrazándola. Descansó su cabeza sobre el pecho de él—. En la cabina, cuando iba durmiendo, soñaba contigo; cuando estaba vigilando no vigilaba, imaginaba que haríamos lo que acabamos de hacer; cuando estaba conduciendo iba despistado pensando en ti. Está claro que no soy el mejor ejemplo para seguir como comandante. —Se echaron a reír—. Me vuelves loco.

—Me encanta volverte loco y volverme loca pensando en ti. Yo también te he echado de menos. Podrías algún día venirte a la parte

trasera; aunque no podamos tocarnos, nos veríamos y hablaríamos —le sugirió.

—Sabes que no puedo. Con Lutongo buscándonos no me puedo despistar… aunque me hayas tenido despistado. —Jerome notó cómo el cuerpo de su mujer se tensaba al escuchar el nombre del comandante—. Verás que no nos alcanza —dijo para tranquilizarla—. Hemos estado dos días sin apenas parar y es difícil que nos siga el ritmo y que encuentre nuestro rastro… —Decidió cambiar de tema, ese no era el momento del comandante—. ¿Cómo están los heridos? —Había escuchado buenas noticias antes de acostarse, pero no de primera mano, como lo eran si venían de ella.

—André está bastante restablecido de la fiebre, aunque la pierna sigue… más o menos. Y a Declan la fiebre le ha bajado a treinta y ocho — dijo con un tono de voz que Jerome reconoció alegre.

—Quieres mucho a Declan, ¿verdad?

—Puede que la vida me arrebatase a mi padre, pero te aseguro que me compensó con tres hombres estupendos que no lo podían haber hecho mejor. Mi abuelo era el típico abuelo, me mimaba, me daba todos los caprichos, todo lo que quería lo tenía. Gracias a Dios, estaba el contrapunto de mi abuela, que entendía que no podía ser tan permisivo, si no, a saber en qué tipo de mujer me habría convertido —dijo riendo—. Después me dio a Vicente, un hombre recto, de mirada serena y poco dado a permitirme salirme con la mía cuando cree que estoy equivocada. Sé que considera que lo hace por mi bien, siempre me ha cuidado mucho. Ahora, a mi edad, me permite salirme con la mía…, pero porque no le queda otra. —Rio a carcajadas—. Y, por último, aunque no por eso menos importante, está Declan, con el que me volví a encontrar ocho años después de la muerte de mi familia, pero con el que me carteaba a menudo. Él ha sido, junto con mi abuela y Alicia, el que evitó que me perdiera en toda la locura en la que se volvió mi vida cuando abandoné Zaire. Me ayudó a recuperar la esperanza, a recuperar mi fe en las personas y en Dios, a recuperar mi seguridad y las fuerzas para seguir viviendo. Tuve mis malos momentos y hubo veces que quise tirarlo todo por la borda —le explicó—. Yo quiero y adoro a Declan; para mí, es un trocito del padre que perdí.

—Si no fuese porque es sacerdote, me pondría celoso… Porque ¿es sacerdote, verdad? —Los dos se echaron a reír por la broma—. ¿Y de tu padre recuerdas algo?

—Poco, muy poco. Solo pequeñas cosas puntuales, igual que de mi madre. Recuerdo que estaban siempre trabajando en su despacho o en el dispensario. Recuerdo verlo cocinar en alguna ocasión. Lucréce, la pobre, se ponía de los nervios porque decía que cómo iba a entrar un hombre en la cocina. —Se rio al pensar lo machista que resultaba ese comentario—. Me acuerdo de verlo fumar en pipa en el sillón de su dormitorio y el olor dulzón y penetrante que desprendía cuando la había terminado. Mi abuelo también fumaba en pipa, pero no olía como él. Imagino que sería por el tipo de tabaco que usaban. Recuerdo su risa contagiosa, hacía un ruidito como si fuese un cerdito.

Se rio al recordarlo y lo imitó. Los dos prorrumpieron en carcajadas por la mala imitación que hizo.

—Recuerdo acompañarlo de excursión por la selva… Eso sí, siempre iba primero con el marido de Lucréce, Jean, para inspeccionar el terreno y confirmar que era seguro, y después nos llevaba a nosotros… Son recuerdos sueltos… Por eso no te puedo decir cómo era en realidad mi padre, solo pinceladas. Lo buen médico que era, lo que se preocupaba por los demás, lo que quería a mi madre, lo metódico que era en todo lo que hacía… Todo eso lo sé porque me lo han contado, no porque lo recuerde. Así que la idea que tengo de él entiendo que está distorsionada. Lo único que sé con certeza, igual que de mi madre, es que me querían, que siempre me sentí muy querida y amada.

Se giró, apoyó los codos sobre la manta que tenían debajo y lo miró.

—Y tus padres ¿cómo eran? —preguntó con curiosidad.

Jerome miró las voluptuosidades tan apetecibles que le estaba mostrando su mujer sin ser consciente que con su postura lo estaba volviendo a excitar. Era tan deseable. Apartó la vista. Después tendrían tiempo de seguir con eso.

—Mis padres eran muy diferentes. Eran la noche y el día, agua y aceite. Eran todo lo opuesto que podían ser, pero aun así se querían

—dijo sin poder creérselo—. Incluso ahora no entiendo lo que mi madre veía en mi padre, porque tengo claro lo que mi padre veía en ella. Era guapa, inteligente, divertida, cariñosa, siempre estaba pendiente de mí y de mis hermanos… Tenía la salud delicada a causa de su asma, transmitía cierta fragilidad —dijo con pesar al recordarlo—. Era muy blanca de piel; no tanto como tú, pero sí era bastante blanca y su cabello era castaño y ondulado. Sus ojos eran azules, como los míos. —Sonrió—. Recuerdo que con nueve años empecé a dudar si era mi verdadera madre. No entendía por qué ella tenía ese color de piel y ese tipo de pelo, y yo lo tenía diferente; todas las madres de mis amigos tenían la misma piel y el pelo parecidos a ellos… Llegué a pensar que nos habían adoptado a todos. Mis hermanos y yo salimos con el mismo color de piel —le explicó—. Mi madre estuvo durante días buscando fotos viejas de cuando estaba embarazada y de cuando nacimos para enseñármelas y que yo terminase de creer que en realidad éramos hijos naturales de ella y no adoptados. Al final, lo consiguió. —Camila sonrió al imaginarse a Jerome con nueve años—. Le gustaba pintar, era una artista. Su arte te solía dejar sin aliento y sabía llevarse a mi padre a su terreno, cosa que yo agradecía porque era un trasto cuando pequeño.

—Me lo puedo imaginar, debías ser igual de perverso que ahora.

Volvió a mirar sus pechos y no aguantó más. La atrajo hacia él por sus caderas y la besó. Ella se dejó besar y acariciar por sus sabrosos labios y habilidosas manos.

—Veo que te gusta que sea perverso.

Ella se mordió el labio inferior y asintió con una mirada lujuriosa que lo volvió más loco todavía. Camila subió con lentitud su mano por la cara interna de su muslo, acto que terminó por encender sus ya excitados cuerpos. Se encontró con el órgano masculino de su marido preparado para introducirse dentro de ella.

—Tú también eres perversa.

La montó encima de él y sin esperar a nada la penetró.

—No sé cómo he podido vivir todos estos meses sin ti —le susurró al oído aún jadeante por el esfuerzo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, *Zaireña*.

La abrazó dejándola tumbada encima de él. Camila se sintió arropada por esa sensación de intimidad tan maravillosa que era estar en los brazos del hombre que amaba.

—¿Estás cómoda?

—Sí, ¿y tú? ¿Peso mucho? —Jerome no pudo evitar reírse mientras negaba con la cabeza. ¿Cómo podía preguntarle eso con lo delgada que era? —Vale —dijo riendo al entender que era una pregunta absurda—. Sigue hablándome de tu madre —le pidió al recordar que se habían quedado a medias y tenía mucha curiosidad por saber todo sobre él y su familia.

—Poco más te puedo contar, yo solo tenía un año más que tú cuando murió. —Le apartó un mechón de cabello de su dulce rostro. Le habría gustado que hubiese más luz para poder deleitarse con ella—. Lo que sí sé es que, cuando murió, mi padre, que ya de por sí era un hombre serio, estricto, autoritario, de carácter fuerte… se volvió más inaccesible para mí. Me envió a Francia aunque yo quería volver. Hasta ese momento mi madre había evitado que me enviase, pero sin preguntármelo un día me llevó al aeropuerto y me dijo «Nos veremos en vacaciones cuando vuelvas». Y a París me fui. Durante un tiempo lo odié por eso, por separarme de mi hermana y amigos, pero ahora entiendo por qué lo hizo. Quería darme lo mejor y lo consiguió. —Movió la cabeza hacia los lados al recordar cómo se sintió al estar lejos de los suyos—. Ya te lo he dicho, sigo sin entender lo que mi madre veía en él.

Camila sonrió.

—Tu madre veía en él lo mismo que yo veo en ti.

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender

—Jerome, has descrito a tu padre y así es cómo te ven tus hombres y las personas que en realidad no te conocen. —La miró con atención—. Tu seguridad en ti mismo puede parecer arrogancia, tu manera tajante de decir las cosas puede hacerte parecer serio y autoritario; pero solo las dices así porque llevas diez años dando órdenes a diestro y siniestro. Cuando se te conoce, se ve que eres

flexible para las cosas que tienes que serlo. La coraza que levantas ante los demás te hace parecer distante y frío, pero solo la levantas para que no te hagan daño, porque has sufrido mucho. En cuanto la atraviesas te das cuenta de que lo único que hay ahí debajo —le tocó su pecho— es una persona que está deseando darlo todo al que tiene al lado. Y bueno, lo de mal carácter creo que eso no se puede arreglar, lo mires por donde lo mires —dijo bromeando y consiguió que se riera. Se había puesto muy serio—. Hasta lo de enviarte a Francia sin permiso, tú lo has repetido. No dejaste que Hubert se fuera contigo y lo dejaste en Saint Germain, aun sabiendo que quería con todas sus fuerzas estar a tu lado.

—Vaya, creo que te has casado con mi padre —dijo riendo. Ella también se rio. De repente, volvió a ponerse serio—. Si mis hombres me ven así, eso significa que no me conocen en absoluto. Yo nunca me habría definido de esa manera: frío, distante, serio autoritario, arrogante… Por lo tanto, a mi padre no lo conocía en absoluto.

La apartó hacia un lado y se quedó sentado tapando la desnudez de su cuerpo con una de las mantas.

—No, Jerome, yo no quería decir eso —dijo arrodillándose ante él al ver que había metido la pata—. Yo no pretendía decir eso.

Él le sonrió.

—Sé que solo querías hacerme ver lo que mi madre sentía por mi padre. —Le tomó la mano—. Y te lo agradezco. Hasta ahora no lo había entendido. Pero también me hace entender lo poco que conocía a mi padre. Te prometo que hice todo lo posible por acercarme a él- Todo lo que hacía, lo hacía para recibir su aprobación. Quería que estuviese orgulloso de mí, igual que lo estaba de Aurélien y Samuel, pero siempre me daba la sensación de que para él no era suficiente… Está claro que levantó más barreras todavía al morir mi madre y no me dejó entrar en su vida. Hasta que te conocí yo estaba igual que él, sin permitir la entrada a nadie. Es una pena que mi padre no me dejara conocerlo y que hasta ahora pensase lo que pensaba de él. Gracias a ti, he podido saber cómo era en realidad. —Le besó la mano. Miró a través de los árboles y entrevió que la luz de un nuevo día estaba comenzando a salir en el horizonte—. Debemos irnos.

—¿No estás enfadado?

Él negó con la cabeza.

—Si lo estuviera, lo sabrías, *Zaireña*. Prometimos ser honestos y sinceros el uno con el otro.

Le acarició el pelo con cariño.

—Jerome, ¿me vas a llamar *Zaireña* siempre?

—Si no te gusta, no.

Ella le sonrió.

—Me encanta que lo hagas. Me siento especial cuando lo haces. Y nunca me he sentido tan especial en mi vida como cuando estoy contigo.

Se despidieron con un largo beso sabiendo que sería el último hasta esa noche.

—Te amo —se dijeron.

16

Tras cinco intensas jornadas de camión, de las que Declan McLeod no fue consciente, por fin, esa mañana despertó. Por primera vez desde que lo había mordido la víbora, no tenía fiebre, aunque sí bastante dolor en su inflamada pierna derecha. Aquello era un regalo del Señor. Camila se abalanzó sobre él para colmarlo de besos y sonrisas al encontrarse con semejante sorpresa. Lucréce lloró emocionada al ver al sacerdote restablecido. Aunque sabía que tarde o temprano la fiebre volvería a aparecer, tal y como había sucedido con el teniente, por lo menos su temperatura por fin se había normalizado.

—Tenemos tantas cosas que contarte —le dijo con sonada alegría.

—Parece que son buenas noticias.

Camila miró a Jerome, que estaba ayudando a recoger el campamento, y asintió. Declan se incorporó de su esterilla con cierta dificultad ayudado por las dos mujeres, pues aún estaba muy débil, y se quedó sentado. Tenía el cuerpo dolorido de estar tanto tiempo tumbado sobre el suelo duro del camión y de la selva.

—Pero ahora no te lo puedo decir —dijo al notar que, al ver que el sacerdote estaba mejor, algunos hombres se estaban acercando, entre los que se encontraba su marido.

Declan no pudo evitar sentir curiosidad ante las palabras de Camila. Miró a Lucréce y esta arqueó las cejas e hizo una mueca con la boca que hizo que interpretara aquellos gestos como que la noticia era bastante interesante.

—Veo que ya ha vuelto al mundo de los vivos —dijo André, que desde dos días antes había intentado volver a sus actividades diarias, pero que aún, por la debilidad que su cuerpo tenía, debía descansar con más frecuencia de la que le gustaría—. Me alegra verlo bien. Hemos estado jodidos por culpa de esa serpiente.

—Cierto —dijo Jerome—. La próxima vez que venga a la selva, se pone unas botas altas y nos evita el susto que hemos pasado todos por usted.

—Lo tendré en cuenta, pero, por favor, avíseme unos días antes a través de la radio que me va a robar el camión y que nos va a hacer prisioneros. Estaré preparado para lo que sea.

Todavía mantenía su sentido del humor, pensó Camila mientras se reía con los demás hombres.

—*Touché*, me lo tengo bien merecido. —Sabía que el sacerdote tenía razón—. Para la próxima, traigo yo las botas. ¿Qué número calza, padre? —Las risas volvieron a acompañar al grupo—. Ahora que está mejor me gustaría comentarle cuáles son mis planes, ya lo he hablado con la hermana Camila y con Lucréce. Tal y cómo se encuentra, todavía es demasiado pronto para dejarlos a los tres solos en cualquiera de las ciudades de Maniema. Así que irán con nosotros hasta Rutshuru.

No tenía ninguna intención de dejar a Camila en cualquier ciudad por muy bien que se encontrase Declan. No se sentiría tranquilo sabiendo que los tres iban a volver solos a Saint Germain atravesando el país de punta a punta. Tenía que buscar una manera de que volvieran a Bandundu sabiendo que llegarían bien. Ya se le ocurriría algo.

—¿Y tú estás de acuerdo? —le preguntó a Camila.

Sabía a la perfección que ella había querido que los dejase en las ciudades cercanas por donde habían pasado.

—Sí, además, yo me siento más tranquila así. —Lo decía, sobre todo, por el comandante Lutongo y sabía que Jerome los protegería.

—Bueno, no me hace mucha gracia meterme de lleno en el conflicto bélico, pero entiendo que solo serán unos días hasta que me restablezca del todo, ¿no? —preguntó con recelo.

—Sí, cuando esté recuperado del todo, volverán a casa. —Aún no sabía cómo, pero lo omitió—. Entonces, ¿está de acuerdo?

—No me queda otra. Ellas dos —dijo refiriéndose a Camila y a Lucréce— ya han decidido por mí —dijo sonriendo.

—Hombre, yo creí que tanto revuelo era porque se había muerto —dijo Renaud decepcionado en cuanto se acercó al grupo—. Venía

dispuesto a darle el pésame a la hermana Camila — dijo de tal manera que provocó que las tripas de Camila se revolvieran al imaginarse con qué intenciones venía a darle el pésame.

Jerome sintió asco.

—Soldado, vuelva al camión y termine con lo que estaba haciendo —dijo tajante.

—Sí, mi comandante.

El hombre se alejó del grupo.

—Como ya el teniente y el padre Declan se encuentran mejor, creo que la hermana Camila y André podrían pasarse a la cabina.

Jerome estaba deseando volver a tenerla con él. Como André ya sabía que ella era su mujer, no importaba que los dos demostrasen lo que sentían por el otro delante de él.

—Creo que todavía es demasiado pronto. —Camila también deseaba estar con él, pero no podía ser—. Declan hace solo unas horas que se ha recuperado, puede que la fiebre vuelva a subir. ¿Recuerda lo que le pasó a usted? La fiebre duró más días.

Jerome afirmó con la cabeza; la entendía, pero se había contrariado. Había imaginado tenerla otra vez a su lado hablando, riendo, charlando, tocándose… y se había ido todo al traste. Se levantó dando órdenes a todos para terminar de desmontar el campamento y proseguir la marcha, y se alejó.

Camila supo que se había molestado. Pero esperaba que lo entendiese. Declan aún estaba delicado.

—Parece que hay borrascas en el paraíso —comentó Lucréce, que también se había dado cuenta de lo mal que había llevado su negativa.

—Pues yo no veo esas borrascas —dijo Declan después de estar unos segundos observando el cielo.

Las dos mujeres se rieron a carcajadas ante su respuesta. El sacerdote no comprendió nada.

—Camila, debes decírselo antes de que os interrumpan de nuevo —le sugirió Lucréce.

Tomó aire y lo soltó despacio. No sabía cómo se tomaría el sacerdote la noticia, aunque imaginaba que se alegraría por ella. Decidió no andarse por las ramas e ir al grano.

—El pasado día diecisiete me casé con el comandante. —Sonrió—. Soy la señora Ngona.

No podía evitar sonreír, le gustaba cómo sonaba eso de ser la señora Ngona.

Declan parpadeó dos veces y movió la cabeza hacia los lados otras tantas al creer que había escuchado mal. Pero al ver la cara de Camila y de Lucréce, expectantes a su reacción, supo que iba en serio.

—Pero ¿cómo has podido cometer semejante estupidez? —dijo sin poder creérselo aún. La sonrisa de Camila se desdibujó de su rostro —. ¿No ves qué clase de hombre es? —Señaló al grupo de hombres que estaban ultimando los preparativos para salir—. Es un hombre de la guerra que no la va a dejar por ti. —A lo mejor era ella la que se quedaba con él, pensó—: ¿Te quedarás con él en Rutshuru? —preguntó con miedo.

—No, vuelvo con vosotros.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Esperar en Saint Germain hasta que lleguen noticias suyas? ¿A saber si estará vivo o muerto? —Todo lo que estaba escuchando le estaba doliendo tanto—. Si está vivo, ¿qué harás? ¿Esperar a la siguiente noticia suya? Y si está muerto, ¿crees que lo podrás superar? Te va a hacer una desgraciada toda tu vida. Te va a hacer sufrir más de lo que has sufrido ya. Creí que serías más inteligente y dejarías ese sentimiento a un lado y pensarías un poco más en ti misma.

Las lágrimas corrían por sus mejillas ante las palabras tan duras que había escuchado. Sabía que a todo eso y más era a lo que se exponía al casarse con él, pero entendía que merecía la pena. Nunca había sido tan feliz. Jamás había creído que la felicidad pudiera ser para ella, pero desde que él se la mostró, creía en ella. ¿Qué sabía Declan? Sí, lo pasaría mal y sufriría, pero estaba acostumbrada a eso; era lo que le había tocado vivir casi toda su vida. Tomó aire, sacó toda fuerza de donde pudo y le dijo con firmeza:

—Me da pena que no lo aceptes. Esperaba algo de comprensión por tu parte, esperaba que entendieses que nos amamos. Jerome es lo mejor que me ha pasado en mi vida. Si me va a hacer sufrir, es problema mío; asumí esa responsabilidad al casarme. Ya me

encargaré de llevarlo como he llevado todo durante los últimos catorce años. Pero no te atrevas a decir que he cometido una estupidez. Lo que sentimos el uno por el otro no es estúpido.

Se levantó de su lado con lágrimas en sus mejillas y se alejó de él. Lucréce fue detrás de ella, pero Camila no quiso que la acompañase, necesitaba estar con Jerome. Secó sus ojos para que no se notase tanto que había llorado y fue a buscarlo.

—Eres un insensible. —Lucréce aún estaba tratando de asimilar las palabras que le había dicho a Camila—. ¿Quién te crees que eres para decirle eso y de la manera que lo has hecho? ¿Su padre? Te recuerdo que no lo eres y ni siquiera él tendría derecho a decirle lo que le has dicho.

—Es lo que pienso —dijo para defenderse—. No tengo nada en contra él, pero la va a hacer sufrir y ella merece estar bien.

—No lo entiendes. Ella con él está bien; aquí y ahora, está feliz. No te adelantes a los acontecimientos. Además, ella te lo ha dicho, si sufre es asunto suyo, de nadie más. Y tú, que tanto dices que la quieres, tendrás que estar ahí para apoyarla, no para machacarla como acabas de hacer ahora. ¿Te crees que ella no ha pensado en las consecuencias de su acto? Claro que sí, llevamos cinco días hablando sobre eso, pero se quieren. ¿No lo entiendes? ¿No entiendes lo que es el amor? —Lo miró a los ojos.

—Sí, lo entiendo a la perfección. Sé lo que es el amor, Lucréce.

—Entonces ¿por qué se lo has dicho? ¿Qué pasa? Cuando tocan tu viejo corazón te olvidas. ¿No será que el que no quiere sufrir cuando la veas echarlo de menos eres tú, y te da igual que sea a costa de su felicidad? ¿Acaso eso no es egoísta y va en contra de lo que tanto dices que predicas? —Se levantó—. Te pongo como penitencia que hagas un examen de conciencia y que medites sobre lo que hemos hablado.

Lucréce se marchó de su lado. No le apetecía quedarse con él. La había defraudado. Movió la cabeza hacia los lados. Al fin y al cabo, por muy sacerdote que fuera, seguía siendo un hombre con sus miedos y debilidades, como todos.

Renaud enfurecido había vuelto a sus tareas mientras el resto de los soldados se habían quedado hablando y charlando con el cura y el comandante. Miró hacia donde había estado el grupo y vio que el sacerdote se había quedado solo. La mujer negra, de la que nunca se acordaba el nombre, se acababa de levantar de su lado y se dirigía a terminar de recoger sus cosas. Buscó a la monja que tantos deseos le despertaba y la vio dirigirse al camión. Seguro que iba en busca del comandante, pensó. Tenía la sensación de que algo se cocía entre ellos. No era normal que cada vez que se acercaba a ella, su superior estuviese siempre cerca o dándole alguna orden que lo alejase. Tenía que tratar de averiguar qué era lo que se traían entre manos.

Jerome la vio venir decidida hacia donde estaban desde la parte trasera del camión. Todavía estaba contrariado porque había preferido quedarse con Declan antes que con él. Le dio la espalda para evitar discutir delante de los hombres, ya por la noche lo hablarían en la intimidad que les daría la selva.

Atravesó el grupo de soldados, se acercó al camión y habló.

—Comandante, ¿puedo hablar con usted?

Jerome, que estaba terminando de hacer el recuento de las armas, no se giró para contestarle.

—Hermana, no creo que ahora sea el mejor momento.

Siguió haciendo el recuento.

—Por favor.

Jerome dejó lo que estaba haciendo, más que una petición le había parecido una súplica. Se giró y se agachó delante de ella viendo sus ojos enrojecidos. Comprendió que algo había pasado. Se bajó de un salto del camión y se alejó con ella del grupo de hombres.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado—. ¿Le ha sucedido algo a Declan?

—No, necesito estar contigo. —Contuvo las lágrimas, no quería llorar—. Declan y yo hemos tenido una discusión bastante fuerte.

La tomó del brazo y la llevó cerca del río, donde la noche anterior habían estado juntos.

—¿Qué ha sucedido?

Lo miró y cerró los ojos al saber que le dolería lo que le iba a contar, pero debía saberlo.

—He hablado con él sobre lo nuestro y no lo acepta —dijo con profunda tristeza.

Jerome la envolvió con sus brazos y la estrechó contra sí. Sus palabras habían sido demoledoras. No imaginó que el sacerdote se fuese a oponer a su matrimonio.

—No importa. —La besó en el cabello—. No importa —se dijo a sí mismo.

Estaba acostumbrado a sentirse rechazado en cuanto la gente se enteraba de que era Jerome Ngona, comandante de la guerrilla rebelde. Podía entender que el padrino de Camila, que no lo conocía de nada y que lo único que sabía de él era lo que sabía por el general Dengo, lo rechazase, con eso había contado… Pero que Declan, que sabía quién era y que, cuando supo su verdadera identidad, no lo rechazó, no aceptase su matrimonio… no lo entendía. ¿Qué tenía él de malo?

—Sí importa, Jerome. Es Declan.

—No, *Zaireña.* —La miró a los ojos—. Tienes que evitar que te importe, ahora solo importamos tú y yo. —La sujetó por los hombros —. No importa, no nos debe importar. Nos tenemos el uno al otro y con eso es suficiente. Los demás que piensen y opinen lo que quieran. —Ella asintió. Tenía razón, solo importaban ellos—. Nos queremos y es lo que nos debe importar. Te quiero y no estoy dispuesto a perderte porque alguien no esté conforme con nuestro matrimonio.

—No me vas a perder.

Se besaron siendo conscientes que a partir de ese momento serían su mutuo apoyo, se tenían el uno al otro.

—Qué tierno —oyeron decir con sarcasmo.

Dejaron de besarse y, al mirar hacia donde había provenido la voz, descubrieron que el comandante Zcharie Lutongo estaba a unos metros de ellos apuntándolos con una pistola. Detrás de él había dos

hombres más, con uniformes de la Guardia Civil, que los apuntaban con su AK–47. Camila notó todo su cuerpo estremecerse de pánico.

—Sorpresa.

Se rio al ver la cara de desconcierto de los dos. Jerome bajó su mano derecha, con la que estaba sujetando a Camila, en busca de su pistola.

—Ni se atreva, comandante. O la mato —dijo sin pestañear al ver un ligero movimiento en él—. Las manos donde yo las vea.

Levantó las manos y se adelantó unos pasos, con lo que impidió que las armas tuvieran a tiro a Camila.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Quién me iba a decir que secuestrador y secuestrada se iban a casar?

Ambos comprendieron que el padre Patrice había ido a hablar con él.

—A eso se le llama síndrome de Estocolmo. Tendré que probarlo. Puede ser interesante, ¿no creen?—les preguntó a los dos hombres que lo acompañaban—. Cuando Dengo y su padrino se enteren van a poner el grito en el cielo. ¿Cómo van a seguir manteniendo su estupenda relación política si la ahijada del embajador es la viuda del peor enemigo de Dengo? Será divertido estar allí cuando se lo diga a los dos, señora Ngona.

Camila comprendió enseguida que iba a matar a Jerome y a ella se la llevaría con él.

—Agárrela —le ordenó al soldado que estaba más cerca de ella.

—Ni se atreva.

Jerome se interpuso entre ella y el guardia civil. El hombre levantó su fusil y le dio con la culata en la mejilla. Lo dejó de rodillas en el suelo.

—¡Jerome! —exclamó con terror arrodillándose a su lado.

—No, no, no, no, comandante Ngona, las cosas no las puede hacer así. —Hizo un gesto con la cabeza y el guardia civil, que le había golpeado en la cara, lo desarmó y lo levantó del suelo mientras le sujetaba las manos en la espalda y a ella el otro soldado la agarró con brusquedad del brazo y la separó de su marido—. Si no, mis hombres van a acabar con usted antes que yo y no puede ser. Le tengo preparada una muerte lenta y dolorosa, pero segura de

parte del general Dengo y… ¿para qué nos vamos a engañar? De mi parte también, por todas las molestias que me ha ocasionado. Un disparo certero en el abdomen y se irá desangrado muy despacio mientras yo averiguo con su querida esposa si es cierto eso del síndrome de Estocolmo.

—Hijo de puta —dijo con rabia levantándose del suelo—. ¡No la toques!

—Le prometo que no pienso hacerle nada que usted no le haría. Ya lo verá.

Lutongo bajó el arma y apuntó a su abdomen.

Camila creyó estar reviviendo la muerte de su familia: el mismo asesino de rostro deforme, la misma arma, la misma postura para disparar, un hombre al que quería delante del arma y ella de pie, sin hacer nada. Apretó con toda sus fuerzas las partes más sensibles del guardia civil; era lo único que tenía a mano para zafarse de él. El hombre la soltó tras emitir un fuerte grito de dolor y ella corrió para evitar que disparase a Jerome. A ella la quería viva; si se interponía en su camino, no dispararía.

—¡Noooo! —gritó Jerome desesperado al ver que se había interpuesto entre el disparo que salió del arma del comandante y él.

El cuerpo inerte de Camila se desplomó ante sus pies. Se arrodilló junto a ella, asustado, y la zarandeó.

—*Zaireña, Zaireña* —dijo con el corazón en un puño—. Camila, cariño.

Comprobó que no respiraba ni tenía pulso, sus ojos se llenaron de lágrimas. La bala había impactado en su pecho. Estaba muerta.

—La has matado —dijo sin poder creérselo.

La tomó entre sus brazos y la abrazó.

—La has matado.

Acarició el dulce rostro angelical que ya no le volvería a sonreír.

—Has matado lo único bueno que me ha pasado en la vida —dijo en un susurro apenas perceptible, pero que Lutongo escuchó a la perfección.

—Esas cosas pasan a veces, gajes del oficio. Pero no se preocupe, en unas horas se reunirá con ella.

Pero Jerome ya no escuchaba, solo podía estar pendiente de ella. La besó mientras lágrimas de dolor caían sobre las mejillas de ella. Miró a Lutongo desafiante. Sabía que lo iba a matar, pero no le importaba. Sin ella ¿qué sentido tendría su existencia ahora? Sin ella ¿para qué vivir? Ella lo había llenado de esperanza y de ilusión por llevar una vida nueva. Una nueva vida a su lado, con una familia propia, una familia a la que volver cuando todo eso acabase… Pero ahora, sin ella, le había arrebatado todo. Le había arrebatado lo que jamás pensó que un hombre como él se mereciera, le había arrebatado la felicidad. Le había arrebatado a su *Zaireña*, a su ángel de la guarda, a su esposa. Le había arrebatado a la persona que más había amado en su vida. Quería morir, morir con ella. Vivir sin ella no merecía la pena. Le acarició su rostro. «Eres estúpido», pensó. No sabía cómo había tenido el atrevimiento de ser feliz a su lado. Solo por haberlo intentado o siquiera insinuado se la habían quitado de las manos.

—¿A qué esperas? —preguntó derrotado—. Dispara.

Lutongo apuntó a su vientre y quitó el seguro del arma, pero antes de que apretara el gatillo una voz que Jerome reconoció como la de André dijo:

—Ni te atrevas. Tira el arma —le ordenó—. Y diles a tus hombres que tiren las suyas también o te mato. —Apuntaba directo a su cabeza.

—Creo que juegas en desventaja —contestó Lutongo con sequedad—. Si me matas, mis hombres te matarán.

—Sí, pero para entonces tú ya estarás muerto.

André quitó el seguro de su pistola.

—Tira el arma.

El comandante de la F. A. Z. puso de nuevo el seguro a su arma y la tiró cerca de sus pies. André la alejó con un puntapié.

—Levanta los brazos y diles a tus hombres que tiren también sus armas. —Esperó a que diera la orden—. ¡Que tiren sus armas! —le gritó al ver que no decía nada—. Es la última vez que te lo repito.

—Tirad vuestras armas —les ordenó levantando los brazos a ambos lados.

—Así está mejor. Sargento, recoja las armas de los hombres —le dijo a Nocólas en cuanto las tiraron.

André vio un movimiento rápido a través del rabillo del ojo que le quedaba sano. Jerome apuntó a la cabeza de Lutongo. El disparo esparció sus sesos por sus caras, por sus ropas, por la maleza, el agua del río…

—Matadlos —dijo sin emoción alguna, mientras corrían lágrimas de dolor por sus mejillas—. Tirad sus cuerpos al río. Las alimañas nos lo agradecerán. Buscaremos un buen lugar para enterrar a mi esposa.

17

Volvió junto al cuerpo sin vida de su mujer y la abrazó llorando mientras dos disparos sonaban en medio de la selva.

—Jerome, ya está, déjala —dijo André con el corazón en un puño.

—Era mi *Zaireña*, André. —No podía dejar de abrazarla ni de llorar por ella—. Era lo único bueno que me ha pasado en la vida.

Los hombres, que habían acudido con rapidez al oír el disparo, estaban sin saber qué hacer ni qué decir ante el estado en el que se encontraba su comandante. Estaba destrozado por la muerte de la que ahora sabían que era su esposa. Ninguno de ellos entendía nada.

André lo obligó a separarse de ella, pudiendo observar cómo había manchado de sangre y de sesos de Lutongo la camisa blanca de ella. Se la empezó a limpiar con ahínco mientras las lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas, no podía permitir que la sangre de Camila se mezclara con la de su asesino. Cayó en la cuenta de que no había ni rastro de sangre de ella en su camisa, Camila no había sangrado. Tiró de la camisa y, rompiendo todos sus botones, dejó su pecho al descubierto. Su sorpresa fue mayúscula: la bala se había incrustado en la medalla de Saint Germain que llevaba colgada al cuello, había quedado clavada sobre su piel

La bala no la había matado. La había matado su impacto, que provocó que su corazón se parase ante la potencia del disparo. La tumbó en el suelo e hizo lo que le había visto hacer a ella la tarde del alud en Saint Germain. Presionó con sus manos su pecho cinco veces y le insufló aire en la boca tapándole la nariz; repitió la maniobra dos veces más. Tenía que vivir.

—Deja que descanse en paz —dijo André tocándole la espalda.

No hizo caso y repitió la maniobra tres veces más. Ella no podía morir.

—Sargento, ayúdeme a apartar al comandante del cuerpo de su mujer.

Una bocanada de aire entró en sus pulmones y la tomó con bastante premura. Sentía que le costaba respirar. Se incorporó con brusquedad en busca de ese soplo de vida.

Jerome la abrazó mientras lloraba y reía a la vez, no sabía que las dos cosas se pudieran hacer a la vez. Estaba viva. Dios se había apiadado de él y la había devuelto a la vida. La colmó de besos por todo su rostro.

Todos miraban la escena sin poder creerse lo que había pasado; hacía unos segundos Camila estaba muerta y ahora estaba viva. Algunos lo tomaron como brujería; otros, como un milagro y otros más racionales, como avance de la ciencia.

—Jerome, estás vivo —dijo sorprendida al recordar que Lutongo le había disparado.

Lo besó y lo abrazó, no lo había matado.

—Sí, gracias a ti estoy vivo —dijo sonriendo. Ella le secó las lágrimas, no entendía por qué lloraba—. Eres mi ángel de la guarda, ¿lo sabías? —dijo riendo. La besó con mucha ternura—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Le daba gracias a Dios porque no le había pasado nada a su marido. Se movió para incorporarse y un dolor intenso en el pecho le impidió levantarse. Se tocó y miró su pecho. Vio la medalla de su madre deformada por la bala que debía haber sido para Jerome. Ahora empezaba a comprender lo que había pasado. Su marido tapó su desnudez y le dijo levantándola en brazos:

—Tranquila. Ahora me toca a mí cuidarte.

Jerome recordaría este día como el día que su mujer volvió nacer.

18

Provincia de Maniema.

26 de marzo de 1996.

Sabiendo que nadie los perseguía y que en unos días se adentrarían en territorio hostil, Jerome decidió que daría permiso a sus hombres para una buena noche de juerga en la pequeña ciudad de Kima. Sabía que, desde que salieron de Kivu del Norte, habían estado sin una mujer, sin beber, sin bailar, sin jugar… En definitiva, sin divertirse. Y teniendo claro que, apenas llegasen a Rutshuru, el general, sin tregua alguna, los pondría de nuevo a vigilar carreteras, a hacer algún tipo de incursión en alguna ciudad o poblado de los alrededores, o a alguna otra misión como la que estaba llegando a su fin, poco iban a poder pasarlo bien. Ese era el momento. Sus soldados lo necesitaban y él, también. Había habido mucha tensión en estos veintiséis días y había que desquitarse. Pensó en Camila, en la pequeña habitación que alquilaría para pasar la noche con ella en alguna pensión de la ciudad.

En ese instante, ella se encontraba en la parte trasera del camión cuidando de Declan; su fiebre seguía yendo y viniendo, y su pierna parecía que iba mejorando. Él no había aceptado que, nada más encontrarse mejor del impacto en el pecho, se fuera a cuidarlo después de que el sacerdote no hubiera aprobado su matrimonio. Habían tenido una acalorada discusión en la cabina del camión, durante la cual André, el pobre, no supo dónde meterse para tratar de pasar desapercibido. No entendía cómo ella podía olvidarse tan rápido de las cosas, pero después de mucho rumiar durante el trayecto, tuvo que reconocer para sí mismo que esa era una de las razones que lo habían enamorado de ella: su bondad y su humanidad. Y por culpa de Lutongo casi la pierde. Suspiró.

Por unos breves minutos había dejado de existir, había dejado de ser su Camila para convertirse en un cuerpo sin vida y él conoció un tipo de dolor que creyó insoportable. Había querido que Lutongo le disparase; no le había importado morir, no quería vivir sin ella. Lo que había ocurrido el día anterior en la orilla del río Luifu había hecho que se diese cuenta de que, sin Camila, su vida no tenía sentido. Debía protegerla alejándola lo antes posible de Kivu del Norte, debía alejarla del conflicto en el que se estaba viendo inmersa la provincia.

—Pasaremos la noche en Kima. —Un revuelo se formó entre los hombres—. Pueden hacer lo que quieran hasta las doce del mediodía, que nos veremos aquí. —Aplausos y vítores rompieron el silencio en el que se habían quedado para seguir escuchando lo que decía—. Deben tener en cuenta que alguien se tiene que quedar vigilando el camión. —Baslie, que era al que le tocaba por esa noche quedarse de guardia, resopló fastidiado—. Pero, para evitar que unos disfrutemos de la noche y otro no, lo repartiremos. Todos disfrutaremos y todos vigilaremos el camión.

—Eso es injusto —dijo Étienne.

—Soldado —lo interpeló Jerome—, es lo más justo. Llevamos muchos días sin divertirnos y todos tenemos derecho a hacerlo. Se hará una repartición entre todos: soldados y oficiales, en turnos de dos horas. Los turnos se harán por el orden alfabético de los nombres. El turno de ocho a diez de la noche, que empieza ya, lo iniciará André y el de diez a doce del mediodía lo terminará Valerién.

Disolvió la reunión después de explicarles a todos cuáles serían sus turnos y dejarles claro que a nadie se le podía soltar la lengua sobre el motivo de su estancia en Kima.

—¿Y qué tienes pensado hacer durante esta noche? —preguntó Camila con coquetería cuando tuvieron un momento de soledad.

—Tengo pensado hacerte tantas cosas —le susurró al oído— que solo nombrarlas sería pecado.

—Humm, me encanta la idea —le susurró mientras acariciaba su fornida espalda—. Pero… —sabía que se iba a molestar, pero tenía que preguntárselo—. ¿Has pensado qué hacer con Declan y con Lucréce?

—Lo dejaría tirado en medio de la ciudad —dijo con brusquedad separándose de ella.

Todo el ardor que había despertado en él, solo con nombrar al cura, había desaparecido.

—No digas eso ni en broma. Sabes lo que hizo por ti. Él no te dejó tirado cuando podía haberlo hecho.

Él asintió suspirando con tedio. Le dolía el rechazo del sacerdote.

Comprendía a la perfección los sentimientos de su marido, pero no podía permitir que tratase así a Declan, no se lo merecía después de lo que había hecho por él.

—A dos calles de aquí hay una pensión, reservaré dos habitaciones. Una para ti y para mí, y otra para Lucréce y Declan. Podrán descansar. Y nosotros podremos… porque podremos, ¿verdad? No te irás con él a cuidarlo, ¿no?

Ella se rio de buena gana.

—Jamás se me ocurriría —dijo acercándose de nuevo a él con coquetería. Jerome lo ponía en duda—. No pienso dejar a mi esposo solo en esta ciudad cuando mis pacientes han mejorado tanto. No, no, no. ¿Me ves cara de loca? —Se rozó con disimulo contra él.

Le dio igual estar delante de sus hombres. La besó con pasión deseando tenerla ya entre sus brazos, en la habitación de la pensión. Solo ella provocaba en él ese frenesí de pasión.

Los viejos muelles de la desvencijada cama chirriaban al mismo ritmo que los dos cuerpos sudorosos y desnudos de Camila y Jerome se unían en uno solo por segunda vez en lo que iba de noche. Deseosos de seguir colmando al otro, en cada minuto, en cada segundo, de momentos de placer que quedasen grabados en su piel, hasta la próxima vez que volvieran a yacer juntos, no fueron conscientes de que sus apasionados encuentros, a través de los finos tabiques, estaban siendo escuchados por la habitación contigua.

—Ya sé lo que vamos a hacer en cuanto lleguemos a Katele —dijo con pesar mientras la atraía a su pecho.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Me vas a llevar a otra pensión a repetir lo de esta noche? —preguntó mientras acariciaba su torso desnudo.

—No sería mala idea —dijo con nostalgia.

Camila notó que su marido no había seguido el juego de seducción con el que solían pasárselo tan bien.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó mientras se sentaba en la cama y lo miraba con atención.

Jerome se acomodó mejor. Tumbado como estaba se sentía incómodo para decirle lo que le iba a decir.

—En cuanto lleguemos Rutshuru, pediré permiso para llevaros a la ciudad de Goma, y allí… —Tomó aire—. Los tres os iréis en el primer vuelo con destino a Kinshasa que salga del aeropuerto. Tenéis que alejaros de la provincia. —Ella se fue a quejar, pero Jerome le puso la mano en la boca para impedírselo—. Sé que esto deberíamos sentarnos y hablarlo con detenimiento, pero después de lo que pasó con Lutongo, no estoy dispuesto a perderte de nuevo. Cuando estabas muerta entre mis brazos, supe que mi alma no iba a soportar tu pérdida y le supliqué que me matase también. —Acarició la costra de la herida que aún tenía en el pecho.

Camila tragó con dificultad y le tomó la mano. No se imaginaba a Jerome suplicando y menos algo así, pero entendía a la perfección lo que sintió, porque ella sintió lo mismo cuando oyó la detonación y creyó que le había dado a él.

—En Kivu del Norte, las cosas están feas, muy feas. La radio no para de avisar de matanzas en pueblos, poblados, aldeas; de combates entre nosotros, la Alianza, y los Interahamwe, los May May… —Le tomó el rostro con las manos—. *N*o quiero que nada os suceda, en especial a ti, por muy egoísta que suene. Me niego. Sé que no sabría soportar tu pérdida.

—¿Y tú crees que yo podré soportar la tuya? —preguntó con pesar—. No. —Se tumbó sobre su pecho—. Yo tampoco podré soportarla. ¿Por qué no dejas todo esto y te vienes conmigo?

Conocía la respuesta.

—No, *Zaireña*, tengo que cumplir una promesa. La que me hice a mí mismo cuando descubrí que habían asesinado a mi padre y hermanos, y la que le hice Jules antes de morir. Derrocar al gobierno de Mobutu y acabar con Dengo. Cuando todo eso acabe, iré a donde tú estés. Regresaré a casa contigo.

—¿La Alianza te dejará marchar así por las buenas? —preguntó preocupada.

—Espero que sí. El general Kabila sabe cuál es el motivo por el que lo estoy apoyando y también sabe que, cuando todo acabe, me marcharé. No creo que me ponga ningún impedimento. Los dos habremos conseguido nuestro objetivo: derrocar a Mobutu; aunque por motivos diferentes. Él quiere el poder.

—¿Y si no consigues acabar con el general Dengo? ¿Volverás conmigo?

Él sonrió.

—Si derrocamos el gobierno, te aseguro que lo primero que hará Kabila será eliminar a los hombres que han apoyado el régimen durante todo este tiempo. Dengo caería.

—Jerome, prométeme una cosa. —La escuchó con atención—. Tienes que procurar mantenerte vivo a cualquier precio. ¿Me oyes? Si tienes que matar para que no te maten, mata. Si tienes que hacer lo que sea para que no te maten, hazlo. Quiero que vuelvas a mi lado y me da igual a costa de lo que sea. No quiero perderte. He perdido a muchas personas a las que he querido y no quiero que tú formes parte de esa lista.

La abrazó con fuerza contra su pecho. Conocía su naturaleza antibelicista y sabía que hasta antes de casarse estaba en contra de todo lo que le había pedido que hiciera. Ahora que eran marido y mujer, le había pedido que hiciera todo eso que iba en contra de sus valores y creencias para no perderlo. No tenía ninguna duda, ella lo amaba igual que él la amaba a ella.

—Haré lo que sea para mantenerme vivo —le prometió aun sabiendo que no todo dependía de él.

Camila despertó al notar que el otro lado de la cama se había quedado vacío, buscó a Jerome por la habitación y lo vio terminando de vestirse. Miró su reloj y comprobó que eran las dos menos cuarto de la mañana, de dos a cuatro comenzaba su turno. Se levantó aún somnolienta, pues apenas había dormido, y comenzó a vestirse.

—¿Se puede saber a dónde vas? —le preguntó acercándose a ella al ver que había comenzado a tapar su desnudez con la camiseta de tiros.

—Vamos a hacer la guardia en el camión, ¿no?—Bostezó.

Él se rio, gratamente sorprendido, al ver que ella lo quería acompañar.

—Estás agotada. Te dieron un tiro que hizo que tu corazón se parase, has estado cuidando de Declan y André y llevas días sin apenas dormir. —La sentó en la cama, le quitó la camiseta y la tumbó. Ella se dejó hacer, estaba tan cansada—. Necesitas descansar.

—Tú también estás cansado —dijo a modo de queja incorporándose de nuevo. Él la volvió a acostar.

—No tanto como tú. —La cubrió con la sábana—. Vendré en cuanto acabe mi turno y me acurrucaré a tu lado.

—Me encanta esa idea. —Se le cerraron los ojos—. Te estaré esperando, no tardes…

Se quedó dormida.

Jerome la besó y se quedó unos instantes observando cómo dormía. Le acarició una de sus mejillas con su mano derecha fijándose en su anillo de casado. No pudo evitar sonreír. Se le acababa de ocurrir una idea.

La luz naranja parpadeante de la calle entraba por las ventanas de la pensión. Camila se giró en la cama y el resplandor intermitente la despertó. Buscó a Jerome en la cama y se encontró sola. Recordó que su marido había ido a cumplir con su turno de guardia en el camión. Miró el reloj para ver a qué hora llegaría y se sorprendió al ver que eran las seis menos cuarto de la mañana. Hacía rato que había terminado su turno.

—Jerome. —Se levantó del ruidoso colchón—. Jerome.

Encendió la luz. Solo estaban Alemán y ella en la habitación. Fue al baño a ver si se encontraba allí, pero estaba vacío. Se preocupó. Él le había dicho que en cuanto acabase su turno volvería a su lado. Se vistió a toda prisa. Dejó al cachorro de pastor alemán dormido en

el cuarto y bajó los dos pisos por las escaleras que la llevaban hasta la vieja recepción, en donde se encontraba la recepcionista medio dormida en el mostrador.

—Perdone, siento molestarla, pero ¿ha visto a un señor alto, mestizo, de ojos azules salir o entrar de la pensión?

—¿El tío bueno que vino contigo? —preguntó la mujer, aún medio dormida.

—Sí, a mi marido —le dijo para que supiese que estaban casados. Era la primera vez que se daba cuenta del efecto que Jerome podía provocar en las mujeres. Era el mismo efecto que provocó en ella cuando lo vio por primera vez. Una punzada de celos se instaló en su interior por un momento, aunque la desechó. Al fin y al cabo, ella era su mujer y él la había elegido al igual que ella lo había elegido a él.

—Salió a eso de las dos de la mañana, pero no ha regresado.

Se volvió a tumbar sobre el mostrador y dejó a Camila aún más preocupada y sin entender a qué había venido aquella punzada de celos tan repentina. Nunca se había considerado celosa, ¿o acaso sí lo era? Desechó de nuevo esos pensamientos y pensó en ir a buscarlo, pero ¿a dónde? No conocía la ciudad…, aunque sí sabía dónde había estado de dos a cuatro. Salió de la pensión y se adentró en la oscura calle, solo iluminada a ratos por la estropeada farola que alumbraba la entrada de la pensión. Mirando hacia los lados por temor a que alguien la siguiese, se dirigió al camión en donde sabía que el sargento Nocólas estaba todavía.

—Hermana… Señora Ngona —rectificó—. ¿Se puede saber qué hace aquí sola? —preguntó el hombre sorprendido cuando la vio subirse al camión.

—Camila, sargento; usted puede llamarme Camila. —Se sentó a su lado—. Jerome no ha vuelto a la pensión y me dijo que en cuanto acabase su turno volvería a la habitación. Estoy preocupada.

—No se preocupe por él, Jerome sabe cuidarse —dijo para tranquilizarla.

—A lo mejor le ha pasado algo grave y nosotros estamos aquí, sin hacer nada. Por eso he venido a hablar con usted, es el único que sabrá con certeza dónde estaba.

Nocólas observó el rostro de la que ahora era la mujer de su amigo y comandante. La mujer estaba angustiada, ¿quién era él para seguir manteniendo esa angustia en ella?

—Jerome me dijo que iba a echar un vistazo en el local donde estaban los hombres, se habrá entretenido.

—Ah —suspiró aliviada—. Si usted va a ir a ese local después, me gustaría acompañarlo.

Ahora que estaba despejada, no le importaría bailar un poco y menos con Jerome; la idea le agradaba.

—Eeeeh… —No sabía qué contestar—. No, no voy a ir para allá, creo que iré a descansar.

—Bueno, pues dígame dónde es y ya lo busco yo.

—Pero está loca, ¿cómo va a ir sola por estas calles? —le espetó, justo cuando tocaron el cristal de la puerta del copiloto. Era Pierre, que venía al cambio de turno.

—Señora Ngona —dijo el soldado sorprendido de verla allí sola con Nocólas—, ¿su esposo sabe que está aquí? —preguntó mirando a su superior con cara de no entender nada.

El sargento y ella se miraron incómodos ante la situación violenta que se acababa de crear.

—Sí, Pierre, lo sabe —contestó Nocólas para intentar salvar las apariencias—. La voy a llevar con él ahora mismo. —Se bajó del camión y con galantería le tendió la mano—. Señora Ngona, vamos en busca del comandante.

Se apoyó en su mano y se bajó de un salto del camión.

—Pobre Pierre —dijo Camila riendo mientras se alejaban del vehículo—, debe estar pensando de todo.

Nocólas se rio.

—Si él supiera… —Los dos se volvieron a reír, sus carcajadas se oían por la silenciosa calle—. Camila, no creo que sea buena idea que vaya al local donde están los hombres —dijo poniéndose más serio de lo normal.

—¿Y eso por qué?—preguntó extrañada.

—No creo que les haga gracia si aparece por ahí —dijo sin saberse explicar bien.

Camila empezó a comprender lo que el sargento le quería decir.

—¿Qué es? ¿Un local de alterne? —preguntó temiendo que la respuesta fuera afirmativa.

Al ver al hombre asentir, los ligeros celos que habían aparecido en ella hacía un rato con la recepcionista despertaron de golpe. Era increíble que Jerome prefiriese estar con una cualquiera antes que con ella.

—Sargento —dijo furiosa—, lléveme a ese local.

—Sí, señora —contestó de inmediato al escuchar el tono con el que le había hablado. Se sentía un auténtico traidor.

Camila y Nocólas bajaron las oscuras escaleras que llevaban hacia la sala del local donde los hombres estaban celebrando su noche libre. Al llegar, se encontró con chicas que hacían *striptease* sobre una barra, a varios hombres y mujeres que entraban y salían por una cortina a través de la cual imaginó que accederían a los dormitorios. Algunos hombres bailaban al ritmo de la música con señoritas que apenas vestían algo de ropa. Si la ciudad parecía desierta, era porque gran parte de sus hombres estaban allí, se dijo al ver que en aquella sala podía haber más de una veintena. Aparte de los que estarían en las habitaciones.

Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con Jerome. Estaba sentado en una mesa jugando a lo que supuso sería una partida de póker con cinco hombres más y acompañado por una de esas mujeres, de pie a su lado, que lo estaba manoseando de arriba abajo. A él parecía que no le importaba en absoluto lo que le estaba haciendo. Sintió arcadas y ganas de llorar. Salió corriendo de allí. No tenía valor de enfrentarse a él en ese momento.

Nocólas fue detrás de ella, temiendo que le sucediese algo en aquellas calles solitarias. No debería haberla llevado allí, se decía una y otra vez. Ni tampoco Jerome debería haber estado en ese maldito local.

—Sargento, no se preocupe por mí —dijo tratando de mantener la compostura mientras evitaba echarse a llorar delante de él—. Gracias por acompañarme. Que descanse.

Se metió en su cuarto, cerró la puerta y abrazó a Alemán, que aún dormía en la misma postura que tenía cuando lo había dejado hacía una hora; mientras, escuchó las voces de André y de Nocólas,

que hablaban en el pasillo. Dejó de oírlos en cuanto cerraron la puerta de su dormitorio. Lloró como hacía tiempo que no lloraba.

Jerome, contento por la suerte de esa noche, abrió la puerta del cuarto con cuidado para no despertarla y se sorprendió al verla con su camiseta y sus braguitas, sentada en la cama mirando a la nada con Alemán en brazos. Camila ni se inmutó cuando le dio los buenos días. Se acercó para besarla, pero está lo empujó con una fuerza inusual en ella y lo apartó de su lado.

—Apestas a perfume barato y a alcohol —le dijo con rabia.

—Bueno… sí, es cierto, he estado bebiendo un poco —se excusó.

Puso su mano sobre su boca y soltó el aire para comprobar su aliento, no olía tanto. Solo se había bebido una copa. Olió su ropa y no, no olía a perfume. Volvió a acercarse a ella y para su sorpresa recibió un bofetón en el mismo sitio donde había recibido el golpe del guardia civil. Le dolió horrores.

—*Zaireña*, ¿a qué viene eso? —preguntó sin comprender poniéndose la mano sobre su dolorida cara.

—Me dijiste que en cuanto terminases tu turno volverías conmigo —le gritó— y no has vuelto hasta ahora, que son… —miró el reloj—… las diez de la mañana. ¿Te parece lógico?

—Te lo puedo explicar…

—¿Qué me vas a explicar? —Se puso de rodillas en la cama después de apartar a Alemán a un lado—. ¿Qué estuviste en un local de alterne?—le reprochó. Jerome no entendía cómo se había enterado—. ¿Qué preferiste pasar la noche con una puta antes que conmigo? ¿Eso es lo que me vas a explicar?

—Eso no es así… —dijo tratando de controlar su voz, Camila lo había puesto nervioso. Eso no era lo que había pasado.

—Jerome, por favor. Te vi. Estuve en ese local y vi que te sobabas con ella. Si hasta su perfume lo llevas en la ropa. ¿Creías que tu dulce mujercita no se enteraría de esto nunca? Pues me he enterado. Y si te crees que estoy dispuesta a aguantar esto con solo diez días de matrimonio, estás equivocado. —De repente se sintió con pocos ánimos para seguir la discusión; había estado toda la

noche esperando a que él viniese y había aparecido tres horas después de verlo en los brazos de aquella mujer; imaginaba a la perfección lo que debía haber pasado con ella. Se sentía traicionada y decepcionada—. Ha sido un error —dijo derrotada—. No debí casarme contigo. Declan tenía razón. Debí pensar mejor las consecuencias.

Escuchar esas palabras de su boca dolió como nunca creyó que le dolerían.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, en cuanto podamos nos divorciamos y anulamos el matrimonio —sentenció.

Se giró sobre sus talones y salió de la habitación dando un portazo.

Camila se echó a llorar al escuchar sus pasos alejarse de ella. Jerome no había negado nada de lo que ella le había dicho y, en su lugar, le acababa de pedir el divorcio y la anulación. Tomó a Alemán de nuevo en sus brazos y lo acarició pensando para sí que, si eso era lo que él quería, se lo daría; no le iba a impedir que lo hiciera. Al fin y al cabo, él había estado con otra a los pocos días de matrimonio. Si teniéndola a ella tan cerca había hecho eso, ¿qué no haría estando separados por más de mil kilómetros de distancia? «No —se dijo—, no puedes fiarte de él».

19

Jerome no podía dejar de pensar en que Camila no había confiado en él cuando le dijo que las cosas no habían sido como ella creía. Si ahora que estaban juntos no confiaba, ¿cómo iba a confiar en él estando a tantos kilómetros de distancia? «No, si ella no confía en ti, no puedes seguir con ella —se dijo—. Y si encima piensa que casarse ha sido un error, dándole la razón al sacerdote, menos todavía», se volvió a decir mientras bajaba las escaleras a toda prisa, queriéndose alejar de ella lo máximo posible.

—¿Se puede saber a dónde va? —le preguntó Declan desde lo alto de la escalera.

—No es asunto suyo.

—La felicidad de Camila es asunto mío —dijo con total aspereza.

—¿En serio? ¿Me lo está diciendo en serio? —No podía creer lo que el sacerdote le estaba diciendo. ¿Acaso no había puesto el grito en el cielo al enterarse de que se habían casado y que ambos eran felices?—. Ya tiene lo que quería.

Siguió bajando las escaleras

—Jerome, espere. —Se paró en el siguiente rellano tomando aire para calmarse—. No me haga bajar las escaleras tan rápido, con la pierna como la tengo no puedo.

—¿Qué quiere? —preguntó con brusquedad.

—Ya que me lo pregunta así, no me andaré por las ramas. Quiero que vuelva a esa habitación y le explique a Camila lo que ha pasado en realidad. —Jerome lo miró sin comprender, ¿qué sabía el cura de lo que habían hablado?—. No sé si se habrá dado cuenta de que las paredes de este sitio son de papel. Y después de lo que llevo escuchando toda la noche, pongo en duda que haya pasado lo que ella dice que ha pasado. ¿Verdad que se equivoca? —preguntó deseando recibir un sí como respuesta.

Jerome lo miró con atención y no contestó.

—¿Qué más le da si es cierto o no? —Ese era su momento para hablar cara a cara con Declan—. Ya tiene lo que quería, que no estuviésemos juntos. ¿Por qué le preocupa tanto si, según usted, yo no soy bueno para ella?

El hombre tragó con dificultad al escuchar aquellas palabras, estaba claro que Camila había hablado con él.

—Yo no tengo nada en contra suya, Jerome. Me parece un hombre bueno, justo, honesto, que cuando ama lo entrega todo por esa persona, como hizo con Hubert, o como ha hecho con mi niña… —Vaya no esperaba esas palabras tan amables de él—. Lo único que tengo en contra suyo… es a lo que se dedica. —Ahí estaba el pero, se dijo—. No de si mata o no, yo no entro en eso, que ya se encargará Dios de juzgarlo cuando le toque su turno. Sino al hecho de que, por ser un hombre de guerra, va a estar alejada de ella, durante semanas, meses, incluso años… si esto no se resuelve. Ella lo va a pasar mal, muy mal…

—¿Y yo no lo voy a pasar mal? —lo interrumpió—. ¿Acaso no voy a ser yo el que va a estar en el campo de batalla viendo a la muerte de frente, sin saber si la última vez que la vi fue la última o habrá una siguiente vez? Creo que sí, que tanto ella como yo lo vamos a pasar mal. Pero lo vamos a superar porque lo nuestro merece la pena, aunque no lo crea. Estos días han sido los mejores que he vivido en mi vida. Y eso, cuando uno vive el día a día como lo vivo yo, porque no sé lo que me espera a la vuelta de la esquina, hace que la vida y estar con ella merezca la pena. Nosotros merecemos la pena.

—Pues ¿a qué espera? Suba y dígaselo. No pueden tirar su matrimonio por la borda por una confusión. Por qué ha sido un malentendido, ¿no? —preguntó con recelo.

Jerome sonrió ante la insistencia del sacerdote por saber si había sido un malentendido o no.

—Por supuesto que ha sido un malentendido.

—Bien, pues espero que acepte este consejo. Después de muchos años de sacerdocio en los que he acompañado a parejas católicas en los vaivenes de la vida, la base de un buen matrimonio no es ni el amor, ni el sexo, ni la diversión… La base es una buena

comunicación. Es la voluntad real de querer comprender al otro… aunque duela. Con eso, si le añadimos todo lo demás, hay muchas posibilidades de estar en un matrimonio duradero y bien avenido. Hablen. Dialoguen sobre lo que en realidad sienten, sobre lo que quieren y necesitan el uno del otro. Dejen de suponer lo que el otro quiere. Pregúntense qué desean de verdad. Comuníquense.

Declan se apartó de las escaleras para que pudiera subir sin entorpecerle el camino, dejándole vía libre. Lo pensó antes de subir, pero volvió sobre sus pasos. Sus propias palabras le habían dado qué pensar. Estar con ella merecía la pena. Abrió la puerta de la habitación sin tocar y se encontró con Camila llorando, con el cachorro en los brazos, sin ser consciente de que él había entrado en el cuarto. Ella también estaba llevando todo esto bastante mal.

—Toc, toc —dijo al ver que no se había dado cuenta de que estaba al lado de ella.

Camila se sobresaltó al verlo allí, creía que se había marchado para siempre de su vida.

—¿Qué haces aquí? —Se secó las lágrimas de los ojos—. ¿No deberías estar pidiendo el divorcio? —le preguntó sin contemplación alguna.

—Antes de hacer nada, deberíamos hablar las cosas con calma —dijo con serenidad—. Este es uno de esos momentos en los que tenemos que pararnos y hablar con calma y sinceridad. Los dos somos muy impulsivos y eso no nos va a ayudar en nada a solucionar este malentendido.

—¿Qué malentendido? Yo te vi.

Él afirmó.

—Sí, no te voy a negar que me vieras. Estuve allí, pero me gustaría explicarte para lo que fui. Primero, no pasé la noche con ninguna mujer. Desde que te conocí en Saint Germain, no he estado con nadie salvo contigo. Si no eras tú, no me valía. —A Camila le sorprendió semejante confesión—. Segundo, sí, me viste con una mujer, pero ella solo estaba intentando ganarse unos cuartos… Te aseguro que no consiguió nada de mí. En serio, ¿cómo puedo irme con otra si te tengo entera para mí? —Ella notó cómo su corazón roto comenzaba a recomponerse—. Y tercero, fui allí para ver si te

conseguía esto. —Le entregó un pequeño estuche redondo de color azul, con una cinta dorada alrededor—. Ábrelo.

Camila lo abrió y se sorprendió al ver una alianza de oro blanco en su interior.

—Jugando al póker era la única manera que tenía de conseguir dinero para comprártela; sabía que allí habría alguien que quisiese apostarse su sueldo en alguna partida.

La sostuvo entre sus delgados dedos y leyó la inscripción que ponía en su interior: «Jerome y Camila 25.09.95». Se emocionó al leerlo, era la fecha en la que se habían conocido.

—Si llegué tarde es porque la tienda no abría hasta las nueve, y aproveché para seguir jugando y ganar el dinero para los pasajes de vuelta a Kinshasa.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste anoche antes de marcharte?

Si lo hubiese hecho, no habría ido a buscarlo imaginándose cosas que no sucedieron

—Si no te lo dije fue porque, entonces, no sería una sorpresa. —Tomó el anillo de sus pequeños dedos, tomó su mano derecha y se lo colocó en el dedo anular. Le iba perfecto—. Te quiero. —La besó —. Y quiero que cada vez que lo veas pienses en mí, como yo pienso en ti cada vez que veo el que me entregaste el día de nuestra boda. —La besó—. No quiero que lo nuestro se acabe, y menos por un malentendido.

—Lo siento. —Lo besó—. Yo también te quiero. —Lo besó—. Me volví loca al imaginarte entre los brazos de otra. —Lo besó—. Me puse celosa.

—¿Así que eres celosa?

Se besaron mientras apartaba con suavidad a Alemán de sus rodillas.

—No, pero… parece que contigo sí. Y no me gusta. Me siento insegura.

—¿Insegura?

—Sí, estuvimos juntos en Saint Germain, en nuestro cuarto, en nuestra burbuja, allí solo estábamos tú y yo. Aquí estamos fuera y es peligroso, temo perderte. —Se besaron mientras se fueron acomodando en la cama—. Estoy cansada de perder.

—No me vas a perder. Estoy aquí, contigo, por ti y para ti. Te amo. —Le quitó la camiseta de tirantes para observar la desnudez tan familiar que ansiaba tanto. Con su húmeda lengua fue saboreando las delicias de esas curvas tan insinuantes que caracterizaban el estupendo cuerpo de su mujer—. Quiero que confíes en mí —dijo con voz ronca.

—Confío en ti, pero me cuesta confiar en lo que hay a nuestro alrededor.

Desabrochaba la camisa y dejaba que él siguiese con esas caricias que la volvían tan loca.

—Recuerda, solo tú y yo. Lo importante es eso. Nosotros —dijo con la respiración cada vez más acelerada—. Lo de alrededor no importa.

Le desabrochó y bajó los pantalones con premura para que su dura virilidad quedara entre sus delgados, pero formados muslos, mientras Jerome arrancaba de un tirón su braguita, sin hacer mucho esfuerzo. Giró sobre sí mismo, con ella entre sus brazos. Ocupando el lugar que su esposa había dejado vacío en la cama quedó debajo de las caderas de ella. La sujetó de su estrecha cintura, la alzó con ligereza y, colocándola sobre su excitado miembro, la hizo deslizarse despacio hasta que los dos quedaron convertidos en uno solo.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que ella temblaba aún entre sus brazos.

Camila asintió abrazándose aún más a él.

—Nunca he estado mejor que abrazada a ti. —Lo besó en el cuello—. Me encanta mi anillo —dijo mientras lo observaba—. Deberíamos grabar el tuyo también.

Jerome se quitó su alianza, la giró y ella pudo leer: «Camila y Jerome 25.09.1995».

—¡Lo has grabado también!—exclamó sorprendida—. He sido una estúpida —dijo con pesar—. No sé cómo he podido dudar de ti.

—Si alguna vez dudas de mí o de algo que haya hecho, pregúntame, hablemos, no supongas. Así es como ocurren nuestros

malos entendidos, por suponer cosas que no son. Pero gracias a Declan y a estas finas paredes, lo hemos podido arreglar.

—¿Declan? ¿Qué tiene que ver en todo esto? —preguntó extrañada—. ¿Y las paredes?

—Declan me hizo ver lo importante que eres para mí y que un malentendido no debía terminar con nuestro matrimonio. Debemos luchar por nosotros, y confiar el uno en el otro. —La abrazó con fuerza mientras ella asentía, tenía razón—. Y las paredes… lamento decirte que son demasiado finas y que se escucha todo —dijo con una sonrisa pícara.

Camila se puso colorada como un tomate.

—¿Me estás diciendo que todo lo que hemos hecho durante la noche…?

No se atrevió a seguir con la frase.

—Sí, *Zaireña,* todo, absolutamente todo —dijo riendo.

—¡Qué vergüenza!

—Por lo menos, les dimos una tregua de ocho horas para que descansasen.

Camila se unió a su risa, aunque no por eso dejó de sentirse avergonzada.

—No me voy a atrever a mirarlos a la cara.

—¿Y por qué no? ¿Acaso no se supone que somos un matrimonio de recién casados? Si ahora que estamos en plena luna de miel no disfrutamos, ¿qué haremos cuando llevemos veinte años juntos?

—Espero que lo mismo que ahora —dijo riendo.

Él también se rio.

—Con sinceridad, yo también lo espero.

—Aunque las malas lenguas dicen que a esa edad ya no se funciona igual —dijo conteniendo la risa y tocando la zona más sensible de la masculinidad de su marido.

—Eso habrá que verlo. —La giró para dejarla atrapada bajo su cuerpo—. Ahora te voy a demostrar lo que es funcionar como Dios manda.

Rozó con sus labios el lóbulo la oreja de ella.

—Me encantan las demostraciones—dijo acariciando sus cabellos negros—. Pero procura no hacer mucho ruido.

Se rio de buena gana.

—*Zaireña* —le susurró al oído—, eso más bien te lo debes aplicar tú, yo suelo ser silencioso.

La miró con atención. No pudo evitar reírse de nuevo al ver los colores que a su encantadora esposa se le posaron en sus mejillas. Lo estaba esperando.

—Te has portado como una campeona—dijo riendo aún agotado por la actividad frenética en la que se habían envuelto—. Aunque al final… has perdido los papeles.

—Vete a la porra, Jerome Ngona. —Le tiró la almohada a la cara —. No he hecho nada de ruido. —Se movió en la cama haciendo chirriar todos los muelles oxidados—. El culpable de todo es este maldito colchón.

Volvió a moverse haciéndolo de nuevo chirriar.

—Les vas a hacer creer que hemos empezado de nuevo…

—Ya te gustaría a ti que lo pensasen —dijo riendo.

—Ahí te doy la razón, pero… ¡estoy agotado de tanta actividad! —gritó riendo—. ¡No puedo más! ¡Me tiene exhausto!

—Jerome, por favor. —Su cara volvió a ponerse encarnada al tiempo que lo acompañaba en las risas—. Ahora sí que no me voy a atrever a mirarlos a la cara.

Los dos reían a carcajadas.

Camila fue consciente de que, por pocos días, iban a estar así de bien. En breve se separarían. Las risas de ella cesaron al imaginarse la tristeza de ese horrible momento.

—¿Cuántos días crees que tardaremos en llegar a Rutshuru? —preguntó deseando que fueran muchos días para tardar lo máximo posible en separarse, aunque sabía que más bien quedaban pocos.

Las risas de él se apagaron en cuanto escuchó la pregunta de ella. Tarde o temprano tenían que hablar de eso, y ese era tan buen momento como cualquier otro.

—Tres días a más tardar.

—Tres días —repitió con tristeza. Había creído que serían más—. ¿Y cuánto crees que tardaremos en encontrar pasajes para los tres? —Aunque no le gustara, necesitaba saber cuántos días les quedaban juntos.

—En cuanto lleguemos al campamento en Rutshuru y entreguemos las armas, iremos a Katele. —Quería apartarla lo máximo posible del campamento base por miedo a un ataque—. Descansaremos esa noche y de allí partiremos hacia Goma e iremos directos al aeropuerto. Será un día más. A lo sumo dos.

—Espero que tardemos dos días en conseguirlo. —Jerome sonrió, había parecido una niña pequeña caprichosa y enfadada porque no obtenía lo que quería. Camila miró la hora y vio que les quedaba menos de una hora para ducharse y dirigirse al camión, suspiró fastidiada—. Tenemos que irnos levantando o llegaremos tarde.

—Lo sé, ¿por qué no te vas duchando en lo que echo una cabezada? Necesito descansar algo. Aunque sea veinte minutos.

Se levantó de su lado después de besarlo, tomó su ropa y sus enseres de aseo. Cuando se dirigía al baño cayó del pantalón que llevaba en la mano la bolsita con diamantes.

—Jerome, ¿por qué no me pediste los diamantes para cambiarlos por dinero? —preguntó en cuanto la recogió—. Así podrías haber descansado toda la noche.

—Esos diamantes son tuyos, ¿cómo te los voy a pedir?

Ella, que se había metido en el baño, volvió sobre sus pasos tras dejar sus cosas sobre el lavamanos y preguntó extrañada:

—¿Acaso no somos un matrimonio? —Él asintió sin comprender a qué venía esa pregunta—. Pues lo mío es tuyo y lo tuyo es mío, lo dijo el padre Patrice. ¿Por qué no me lo ibas a pedir? ¿No me digas que eres de los que piensan que el hombre es el que tiene que llevar el dinero a casa?

—Claro, se supone que soy el cabeza de familia.

Ella se rio por la mentalidad primitiva de su marido mientras se sentaba a su lado.

—Para tu desgracia machista, te has casado con una mujer independiente, europea y rica. No te va a quedar más remedio que asumir que mi dinero es tanto tuyo como mío.

—No te creas tan rica porque tengas unos cuantos diamantes; eso, en cuanto te descuides, desaparecerá —le dijo bromeando.

—Bueno, vale. Los diamantes, con varios pedidos de medicamentos y material para Saint Hospital, desaparecerán. Pero me refiero también a las propiedades de mi familia en Dijon, en España, a las inversiones inmobiliarias, a las acciones de bolsa… A todo eso. Tendrás que hacerte a la idea.

Jerome se rio.

—Yo también tengo unas propiedades al sur de Francia, en Saint-Tropez. Te van a encantar —comentó bromeando.

—No lo sabía —dijo sorprendida—. ¿Desde cuándo las tienes? —preguntó con curiosidad. Él se volvió a reír.

—Buff, no lo sé, tendré que hablar con mi asesor financiero para que me diga con exactitud cuándo las adquirió mi familia.

—¿También tienes asesor financiero? —Era toda una sorpresa—. Yo tengo a Vicente como asesor. —Se levantó de su lado—. Para mí también todo eso de los números en un engorro. —Se metió en el baño y dejó la puerta abierta para seguir hablando—. Deberíamos poner en contacto a tu asesor con mi padrino para que unifiquen criterios y no nos tengamos que volver locos con las cuentas.

Jerome se levantó de un salto de la cama y se dirigió al baño. ¿Había creído que estaba hablando en serio o eran cosas suyas?

—¿Estás hablando en serio?

Ella lo miró por el espejo que colgaba de pared del baño, recreando su vista en la estupenda desnudez de su marido.

—Claro. ¿No crees que sería lo mejor? Además, con un asesor creo que tendríamos de sobra. ¿El tuyo es bueno? —Lo miró con detenimiento mientras le sonreía—. A veces pienso que estoy abusando de Vicente.

—No me refería a eso, me refería a si me estás hablando en serio sobre las propiedades que tienes en Dijon, en España…, las acciones de bolsa… —Ella, que en ese momento se iba a meter en la ducha, se acercó a donde él estaba y le dijo:

—Por supuesto, ¿por qué no iba a hablar en serio?

Jerome se sentó en la vasija tratando de asumir lo que le acababa de decir. Aquello no era bueno, nada bueno. La tomó entre sus

brazos y la sentó en sus rodillas.

—Estaba bromeando. Te lo dije en su momento cuando te pedí que te casaras conmigo: no tengo nada que ofrecerte salvo mi amor por ti. —Ella sonrió gustosa por las palabras de su marido y lo besó —. Lo único que tengo son las propiedades de mis padres y no las puedo reclamar porque están bajo el dominio del Gobierno desde que me convertí en un desertor y enemigo del régimen. Lo que te he dicho hace un momento lo dije porque creí que estabas bromeando. No tengo nada. Solo mi amor.

—Pero si sabías que había comprado el camión de la misión, los medicamentos del hospital y también la radio —dijo rodeando su cuello con su brazo.

—Sí, lo sé, pero creí que lo habías conseguido a través de una O. N. G., o de tu padrino, que es embajador y, por lo tanto, tiene bastante dinero. No que fueras tú la que financiaba todo eso.

—Por lo que veo, que sea más rica que el embajador te molesta —dijo un tanto irritada.

—¿Más rica? —preguntó sin ser consciente de hacerlo hasta que ella asintió con un «ajá»—. No, no me molesta. No niego que no me haya sorprendido la noticia…, pero… lo que sí ha hecho es preocuparme.

—¿Por qué?

—La gente de la Alianza, para la que «trabajo», siempre está buscando quién financie sus armas, sus soldados, sus combates, sus camiones… Todo lo que puedan y más. Si se enteran de que me he casado con una ricachona, me van a «exigir» que financie su movimiento liberal y me niego a eso.

—Pero ¿acaso no es también tu causa? Si tú lo necesitas, es tuyo, tómalo.

—No. No es mi causa. Todavía no lo entiendes, ¿verdad? La Alianza es el medio para conseguir mi objetivo, ellos no son mi causa ni mucho menos. Odio lo que hacen y cómo lo hacen. Pero es el medio que tengo para conseguir lo que quiero. Y si me tengo que vender al mejor postor para conseguirlo –en este caso, ellos—, lo hago, aunque sepa que de aquí voy directo al infierno. Para que tú lo entiendas, es como si fuese un mercenario. Ellos se venden al que

mejor les paga. Pues yo me vendo al que creo que puede conseguir derrocar al Gobierno. Si no fuese así, te aseguro que no estaría apoyando a la Alianza, sino al que tuviera más opciones de hacerlo. Los May May o los Interahamwe.

—Ahora lo entiendo. —Acarició el rostro golpeado de su esposo—. Aun así, me gustaría que tomases los diamantes y los guardaras. Si no quieres usarlos, no lo uses, estás en toda tu libertad. Pero si sucediese algo y los necesitaras, como nos pasó hace diez días, úsalos —le rogó—. Me quedo más tranquila sabiendo que los tienes tú por si surge cualquier emergencia. —Él asintió no muy convencido —. Bueno, rectifico —dijo con una sonrisa coqueta—. No cualquier emergencia. Las amatorias no me valen. Esas solo conmigo.

Él se rio de buena gana.

—Por supuesto. —Se besaron—. Esas siempre contigo.

La alzó y la subió a su hombro como si de un saco de plumeas se tratase, le dio una torta en una de sus nalgas, se metió en la ducha con ella y abrió el estropeado grifo mientras ella zarandeaba sus delgadas piernas de arriba abajo a modo de queja. Un grito de Camila, al notar el agua fría de la ducha en su espalda, lo hizo reír.

—No te preocupes. Yo te voy a hacer entrar en calor.

La dejó en el suelo y la atrajo a sus labios. Prefería estar con ella que echarse una cabezada en la cama.

20

Territorio Rutshuru, provincia de Kivu del Norte.

29 de marzo de 1996.

Tras dejar las armas en el campamento base, un pequeño grupo de seis personas se dirigían caminando hasta las afueras de la ciudad de Katele, para dejar a André y a Nocólas en casa de la madre del sargento. El general Kabila, tras el excelente trabajo realizado con el trasporte de las armas, les había dado cinco días libres a todos los hombres que habían participado en la misión.

—No seáis tontos —dijo Nocólas—. Estáis muertos de sueño como nosotros. En esta modesta casa se puede hacer un hueco para que podáis descansar.

—Sí, Jerome —dijo Brigitte, su madre, que parecía casi una anciana a pesar de tener solo cincuenta y un años—. Os quedáis todos aquí. Además, tu mujer no parece tener buena cara, está muy pálida. ¿Te encuentras bien, muchacha?

—Sí, gracias, es solo mi color habitual de piel. —Se rio—. Aunque es cierto que estoy cansada.

—Pues no se diga más, os quedáis aquí y punto.

—No, Brigitte, te lo agradezco, pero cuanto antes lleguemos a Katele, mejor. Quiero que mañana o pasado a más tardar tomen el primer vuelo a Kinshasa. No nos podemos retrasar.

Quería sacarlos cuanto antes de Kivu.

—Está bien, pero, por lo menos, os quedaréis a comer. Me da la sensación de que tu mujer y sus amigos están tan muertos de hambre como mi hijo —dijo mirando a Nocólas, que se estaba comiendo un trozo de pan a escondidas.

Todos se rieron al ver la cara de circunstancia del hombre al darse cuenta de que lo habían pillado con las manos en la masa.

—Sí, tengo hambre, ¿y qué? ¿Me vais a decir que vosotros no la tenéis?

—Por supuesto —dijo André—. Pero no estaría mal que nos invitaras en lugar de acaparar toda la pieza para ti. —Se abalanzó sobre él y le robó la hogaza de pan—. La tengo —dijo poniéndose de pie.

—Devuélvemela. —Nocólas corría detrás de André por el pequeño salón—. Tenía la intención de repartirla.

—No te lo crees ni tú. Nos conocemos. ¿O no? —le dijo a Brigitte y a Jerome. Viendo que Nocólas lo iba a alcanzar, tiró la pieza de pan—. Jerome, atrápala.

La agarró al vuelo y se levantó del cojín en el que estaba sentado en el suelo al ver que el sargento se dirigía hacia él con cara de pocos amigos.

Brigitte suspiró y entornó los ojos mientras los tres corrían por el salón. Camila, Declan y Lucréce se miraban entre sí atónitos, sin saber si reír o reír. Tres hombres como castillos, de quienes cualquiera habría tratado de huir debido a su aspecto amenazador hasta hacía unas horas, corrían por la casa como si fuesen niños pequeños que se peleaban por un juguete.

—Donde los veis siempre están así. No entiendo cómo se soportan. —Se levantó de la baja silla—. Señores, con la comida no se juega.

Nocólas y Jerome, al escuchar la voz tan seria de Brigitte, pararon en seco. André, que venía corriendo a gran velocidad y no esperaba esa reacción, acabó chocándose con los dos, lo que hizo que la hogaza de pan, que en ese momento la tenía Jerome, saliese por los aires mientras los tres caían al suelo por el impacto recibido, como si de una imagen a cámara lenta se tratase. Antes de que la hogaza de pan cayese al piso, Declan, que era quien estaba más cerca, la sujetó al vuelo con un movimiento torpe.

Todos reían.

—¡Esos reflejos! —gritó André desde el suelo muerto de risa al ver que había conseguido atraparla.

—¿Alguno se ha hecho daño? —preguntó Camila riendo al ver que seguían en el suelo, apiñados cual montón de paja, sin levantarse,

carcajeándose.

—Sí, yo —dijo Jerome riendo.

Se arrodilló junto a ellos.

—¿Dónde te has hecho daño? —preguntó preocupada.

—Aquí —dijo señalando la mejilla derecha.

—Déjame ver.

Jerome movió la cabeza y la besó, con lo que consiguió que se pusiese roja como un tomate. Los tres se empezaron a reír de nuevo al ver su reacción.

—Tú eres un avispado —dijo Nocólas, todavía riendo.

—Sí —dijo ella avergonzada de que la besase delante de todos —, eres un avispado.

Se levantó del suelo sonriendo.

—Tal vez lo sea, pero ya no me duele la mejilla —dijo enarcando una de sus cejas.

Camila volvió a notar cómo le subían los colores y su marido estalló en risa.

Tres horas después de degustar el exquisito almuerzo que había preparado Brigitte, alquilaron dos habitaciones en una pensión de mala muerte en el centro de Katele, donde se pasaron día y medio durmiendo de lo cansados que estaban los cuatro tras ajetreado viaje. Jerome solo dejaba de dormir cuando su cuerpo, anhelante de ella, se despertaba o cuando, por el contrario, era ella la que necesitaba de él y lo despertaba con suaves caricias y besos. Después, de nuevo los dos volvían a caer en los deliciosos brazos de Morfeo, que los envolvían cuando terminaban de yacer juntos. Solo, de vez en cuando, Camila se levantaba para darle de comer y beber a Alemán y sacarlo a pasear. Ellos, con lo agotados que estaban, ni apetito tenían.

Al final del segundo día, cuando aún dormía arropada por los cálidos brazos de su marido, un fuerte estruendo los despertó bruscamente. Semejante ruido provocó que Jerome sacase su pistola de debajo de su almohada y apuntase a la oscuridad de la habitación, en la que se encontraban inmersos. Tal reacción generó

en Camila una sensación de terror espantosa. Se volvió a escuchar el estruendo, que hizo temblar los cristales y las paredes del viejo edificio. Esa vez, se oyó más cerca.

—Vístete y recoge tus cosas —dijo mientras la sacaba de la cama —. Es un bombardeo.

Camila, una vez vestida, agarró a Alemán para llevarlo con ellos, pero Jerome la obligó a dejarlo allí. No podían estar pendientes de él con lo que se estaba librando fuera.

Salieron de la habitación en busca de Declan y Lucréce con sus cosas bajo el brazo y con su fusil bien sujeto al hombro. Se encontraron en el pasillo un ajetreo de personas que entraban y salían de las habitaciones sin saber bien qué hacer y a dónde ir.

—¡Tres calles más abajo hay un refugio antiaéreo! —gritó Jerome en medio del pasillo después de la siguiente detonación.

Esta vez algunos cristales se habían roto por la fuerte explosión.

En ese momento, Camila comprendió por qué Jerome había decidido reservar en esa cutre pensión, en lugar de la que estaba cinco calles más arriba, que solo era unos francos más cara, pero que estaba muchísimo mejor. Esta estaba más cerca del refugio.

Los cuatro, junto con los once clientes que habían decidido seguirlos hacia el refugio, salieron a toda prisa de la pensión. En la calle corría gente a diestro y siniestro huyendo del macabro encuentro que se escuchaba a lo lejos: disparos, voces, gritos… Era horrible.

Jerome la obligó a adelantarse con Lucréce. Le dio su pistola y claras instrucciones a las dos de dónde iban a encontrar el refugio. Con Declan con la pierna como la tenía, se iban a retrasar demasiado, y había que salvar al mayor número de personas. Camila dudó en seguir sus órdenes, pero él le dijo:

—*Zaireña*, nos veremos allí. Te lo prometo. —La besó—. Recuerda lo que te he enseñado estos días en la selva y ponlo en práctica.

La volvió a besar.

Después de lo ocurrido con Lutongo, Jerome había estado adiestrándola en técnicas de rastreo, supervivencia, defensa personal y uso de las armas. Ese era el momento de poner lo poco que sabía en práctica. Tragó con dificultad, tomó fuerzas de donde

no las tenía y tras despedirse de los dos, se alejó a toda velocidad de los hombres más importantes de su vida al tiempo que la adrenalina corría por sus venas. Ella tenía el mando. Estaba aterrorizada.

En la siguiente calle se detuvo y obligó a los demás a imitarla. Había un cruce. Observó con detenimiento todas las vías de entradas y de salida en busca de algún tipo de peligro. Al ver que estaban libres y que ya casi nadie andaba por ellas, avanzó corriendo, ella sola, hacia la siguiente esquina y, cuando comprobó que allí tampoco había peligro, obligó, uno a uno, a atravesar la calle lo más rápido que pudiera. La misma operación la repitió dos veces más en cada cruce. Cuando tocó girar a la derecha, se sintió perdida. Jerome le había dicho que el refugio lo vería desde allí, pero solo veía un descampado. Giró a la izquierda y encontró un grupo de casas, ninguna parecía un refugio. No sabía qué hacer.

Si él les había dicho que era a la derecha, sería a la derecha. Se adelantó junto con Lucréce doscientos pasos y en ese momento una explosión varias calles más atrás iluminó el descampado. Pensó en Jerome y en Declan, aquello había sonado a poca distancia de ellos. Lucréce le apretó con fuerza la mano para darle ánimo y le dijo:

—Camila, con la explosión he podido ver una pequeña construcción no muy alta, a pocos metros de aquí. No te preocupes por ellos, están bien.

Oyó ruido detrás de ella y eso la hizo de nuevo consciente de que con ellas venían once personas más. Respiró hondo, dejó a un lado los malos pensamientos que la agobiaban y se centró en lo que tenía entre manos: llegar al refugio. Pidió a Lucréce que la llevase hasta la construcción que había visto y se sorprendió al ver que era una construcción minúscula, a cuatro palmos elevada sobre el suelo y que en la parte superior tenía una trampilla que cubría la entrada. Intentó levantarla, pero no pudo. Estaba cerrada. Tocó varias veces sobre la plancha de metal y al poco se oyó un ruido de un cerrojo que se abría. La puerta se elevó un poco y dejó ver la tenue luz que había dentro a través de la rendija. Se encontró de frente con el cañón de un fusil que la apuntaba al rostro.

—Necesitamos entrar —le pidió al que portaba el arma—. Somos quince personas. El combate se está acercando.

La puerta se abrió hacia arriba. Ella, en lo que Lucréce entraba al refugio, fue a avisar al resto para que se dirigiesen a la pequeña construcción. En ese momento se produjo otra explosión que provocó que todos los que estaban esperándola para ver qué hacer comenzasen a chillar y a correr hacia ella.

—¡Aquí, está aquí! —gritó lo más alto que pudo para que siguiesen su voz. Apenas se veía nada en la oscuridad de la noche.

Todos, incluida ella misma, corrieron hacia la construcción, temerosos de que la siguiente explosión les diese de lleno; estaban demasiado cerca. Antes de que pudiese darse cuenta, al acercarse al refugio, la trampilla se abrió y todos fueron entrando con bastante torpeza y atropello.

—Dijiste que eran quince —dijo el chico que les había abierto la trampilla y que se llamaba Ruben.

—Faltan dos por llegar.

Algunos murmullos entre los que ya estaban en el refugio, que serían unas cien personas, y los que habían venido con ella la desanimaron. Todos daban por sentado que no llegarían nunca.

Camila y Lucréce se sentaron cerca de las escaleras que daban a la entrada del refugio, querían ser las primeras en verlos llegar. Ella estaba convencida de que aparecerían. Jerome se lo había prometido, aunque también sabía que esa promesa no solo dependía de él. Las dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se sujetaron las manos mirándose con preocupación. A pocos metros de donde estaban se estaba librando un combate que cada vez parecía más sangriento. Los disparos, las explosiones, los gritos, el silencio que quedaba después de todo lo anterior sonaban demasiado cerca. Era horrible y saber que Declan y Jerome estaban allí fuera lo hacía peor todavía, casi insoportable. Lucréce se quitó el rosario que llevaba siempre colgado al cuello y las dos comenzaron a rezar en silencio para evitar hacer ruido y que los detectasen.

El llanto de uno de los niños, que estaba sentado cerca de ellas, rompió la quietud que en ese momento se escuchaba fuera.

—Alguien quiere mandar a callar a ese niño. Nos va a descubrir como siga llorando así —gritó uno de los hombres.

—Quiere callarse usted también —dijo otro.

Se oyeron a otros mandando a callar; estaba claro que el ambiente estaba demasiado tenso.

Camila se levantó, sabiendo que tenía buena mano con los niños, al ver que el padre del niño no conseguía que dejase de llorar. Cuando llegó a su lado comprobó la razón por la que el hombre no había podido hacer nada para tranquilizar a su hijo: estaba muerto. Tenía un disparo en el hombro izquierdo y se había desangrado. El niño, de dos o tres años, había comenzado a llorar al ver que su padre no se movía. Su llanto era descorazonador.

Tomó al niño de los brazos de su padre con el corazón en un puño, lo abrazó y lo llevó consigo hasta donde estaba Lucréce. El cuerpo sin vida del hombre cayó a un lado en cuanto le quitó al niño de los brazos, lo que provocó entre los que estaban alrededor la misma consternación que había sentido ella al descubrir que había fallecido. Lucréce, al ver lo que pasaba, tomó al niño en brazos y dio la espalda al cuerpo sin vida, mientras lo acunaba como había hecho tantas veces con sus hijos y nietos, para calmarle el llanto.

—Cariño, papá está durmiendo —dijo tratando de parecer sincera. El niño la miraba de tal manera que le dio la sensación de que no entendía el francés. Probó a hablar en inglés—. *Cariño, papá está durmiendo. Tienes que dejarlo descansar.* —El niño pareció entenderla, pero aun así la miraba con cara de pocos amigos mientras seguía llorando—. *¿Cómo te llamas?* —le dijo con la mejor sonrisa que le salió en ese momento—. *Yo me llamo Camila y ella, Lucréce.*

—*Yo, Agrippine*—dijo una de las mujeres que estaban sentadas cerca de ellas—. *Y esta es mi hija Marianne. Tiene tres años, ¿tú cuántos años tienes?*

Camila se sorprendió al escucharla hablar en inglés, pensó que debía ser ruandesa.

El niño la miró asustado.

—*Papá. Quiero ir con papá y con mamá* —dijo tratando de soltarse. Estaba claro que era ruandés.

—*Papá está durmiendo, cielo*. —El niño se giró y vio a su padre tumbado en el suelo. Sonrió—. *Yo también tengo sueño.*

—*¿Y por qué no dejas que papá descanse y tú duermes aquí nosotras y con Marianne? Es tarde y es hora de acostarse*

Volvió a mirar a su padre y la miró a ella.

—*Quiero ir con papá.*

Volvió a ponerse a llorar.

Lucréce se levantó con el niño en brazos y se sentó al lado del cuerpo sin vida del hombre, con lo que consiguió que dejase de llorar.

—*¿Cómo se llama tu papá?*

—*René Isuka, igual que yo.*

—*René, qué nombre más bonito* —dijo con una sonrisa triste—. *Donde yo vivo hay un niño que se llama como tú. Pero es más grande que tú, ahora tiene nueve años. ¿Tú cuántos años tienes?*

Levantó la mano enseñándole tres dedos.

—*¡Qué grande eres! Ya eres casi un hombrecito.*

El niño se rio.

—*Mi padre dice lo mismo.*

Ambas mujeres sonrieron con tristeza.

—*René* —dijo tocando al fallecido—, *para que usted descanse mejor, su hijo René va a dormir conmigo. ¿Le parece bien?*

Uno de los hombres que estaba sentado al lado del fallecido gruñó a modo de contestación. Ella le hizo un gesto de asentimiento como agradecimiento, había esperado que alguien entrase en el juego con el que ella intentaba tranquilizar al niño.

—*Creo que ha dicho que sí*. —Lucréce lo giró y lo apoyó sobre su brazo izquierdo para que no viese el cuerpo sin vida de su padre—. *Ya es hora de dormir, René*.

El niño se puso el pulgar en la boca, apoyó la cara sobre su pecho y de inmediato se quedó dormido, ajeno al combate que había comenzado de nuevo a librarse fuera.

Camila se enganchó al brazo que le quedaba libre a su amiga. Las dos estaban igual de asustadas, había pasado más de media hora

desde que habían entrado al refugio y no había noticias de ninguno de los dos hombres. Siguieron rezando el rosario por donde lo habían dejado. Esa vez Camila incluyó en su plegaria a René Isuka.

Un ruido metálico sobre la trampilla sonó en el interior del refugio. Los nervios de todos se pusieron a flor de piel al temer que fueran soldados que venían a matarlos o a hacerlos prisioneros.

—Tal vez sean ellos.

Ella asintió deseando que así fuera. Se agarraron con más fuerza de la mano rezando para que fueran ellos.

Ruben agarró su fusil y abrió la trampilla con mucho cuidado.

—Necesitamos entrar —se escuchó la voz de Jerome desde fuera.

—Es mi marido —le dijo al joven con ansia y alegría al saber que por fin habían llegado.

Ruben abrió la trampilla y los dejó entrar. Con ellos entraron seis personas más. Declan y Jerome bajaron los últimos, lo más rápido que la malherida pierna del sacerdote les permitía. Dio gracias a Dios por que hubieran llegado con vida.

—¿Estáis heridos? —preguntó al ver las ropas de los dos hombres ensangrentadas.

Ellos se miraron sabedores de lo ocurrido y negaron con la cabeza. Estaba claro que no había sido nada fácil llegar al refugio, pensó después de observar sus rostros con atención. Habían vivido en primera persona lo que sucedía fuera, quizá más de lo que en realidad les contarían alguna vez.

—Estamos bien, no te preocupes. —Se agachó junto a ella con cuidado para no despertar al niño que estaba en brazos de Lucréce, la agarró por el cuello y la besó con anhelo—. Sabía que lo harías bien —le susurró—. Al fin y al cabo, has tenido un buen maestro —dijo mientras le guiñaba un ojo. Ella sonrió ante su modestia y lo besó con el mismo anhelo que él la había besado. Por un momento creyó que no lo volvería a ver—. ¿Y este niño?

—Su padre ha muerto. —Señaló el cuerpo de René Isuka—. No paraba de llorar.

Sacó de su mochila una camisa y cubrió la mitad superior del cuerpo del hombre. Hincó una rodilla en el suelo y con la otra doblada, cerró los ojos rezando por el pobre hombre que acababa de

morir. Desde que su esposa le hiciera descubrir de nuevo a Dios hacía ya cinco meses, siempre que podía hacía el mismo ritual para despedir el cuerpo del fallecido y que su alma descansara en paz.

Camila comprendió que estaba rezando por el alma del hombre que yacía sin vida en el suelo. No pudo evitar conmoverse ante aquel gesto. Era imposible no amarlo como lo amaba.

Incorporándose, Jerome se alejó del fallecido y se sentó enfrente de ella, tomando con sus manos las manos entrelazadas de Lucréce y de su esposa. Observó a las dos mujeres con detenimiento. Ambas habían sacado el valor suficiente para llegar al refugio a pesar de lo asustadas que estaban y que seguían estando. Apretó con fuerza las manos de las dos mujeres dando gracias a Dios por que estuvieran sanas y salvas. Y porque Dios lo hubiera bendecido con una mujer como Camila.

Tras enterrar a René Isuka a unos cuatrocientos metros de donde estaba el refugio, se adentraron en las calles de la ciudad, todavía semidesiertas, donde se podían oler los cadáveres antes de verlos. El hedor a descomposición y a putrefacción de la muerte. Avanzando unos pasos más, se encontraron, esparcidos por el suelo, restos, vísceras y cuerpos de lo que hasta hace unas horas habían sido personas vivas. A medida que caminaban, se obligaba a apartar la vista de la desagradable barbarie que se extendía ante sus ojos. Se suponía que ella debía estar acostumbrada a la muerte…, pero no a ese tipo de muerte. Si a uno le faltaba un brazo, al otro le faltaban dos; si uno estaba dividido en dos, el otro lo estaba en mil pedazos; si uno tenía dos balas en la cabeza, el otro tenía cinco… Era horrible, no entendía cómo Jerome podía estar acostumbrado a eso. Lo miró y le dio la sensación de que aquello no iba con él, solo iba pendiente de que René, al que llevaba en brazos, no se despertara. Se sintió impresionada por su frialdad y entereza.

Lucréce, asqueada por todo lo que estaban viendo, vomitó al lado de un automóvil calcinado. Ella, que la fue a ayudar, también vomitó. Llevaba rato tratando de controlar las arcadas que le estaba

provocando semejante masacre y el olor de la bilis de su amiga la hizo vomitar también.

Su primer impulso fue dirigirse a la pensión para ver si Alemán se encontraba allí. Se sorprendió al ver que la pensión era uno de los pocos edificios de la zona que no estaba en ruinas. A pesar de tener un boquete en la fachada, aún se mantenía en pie. Miró el inmenso agujero que se veía en él y sintió un escalofrío por todo su cuerpo. No estaba segura de si el proyectil había impactado en la habitación en la que ellos habían estado durmiendo hacía unas horas o en las que estaban encima de esa. Prefirió no pensar en eso e ir en busca de Alemán; todos habían salvado la vida y eso era lo que importaba.

Lo encontraron metido debajo de una de las camas que había tenido la suerte de mantenerse en pie en la zona frontal del edificio, estaba asustado. Nada más verlos, ladró y saltó como un loco alrededor de ellos, lo que provocó que René se despertara. El niño lloró y pataleó todo lo que pudo y más al ver que su padre no estaba con él. Ninguno pudo tranquilizarlo en la siguiente hora. Camila creyó que se le partía el alma al verlo así, entendía a la perfección cómo debía sentirse el niño. Ella había actuado de la misma manera cuando su familia falleció.

—¿Hay algún sitio donde podamos llevarlo para que su familia lo reclame? —le preguntó Declan a Jerome.

—Sí, creo que lo mejor será llevarlo al campo de refugiados ruandeses que hay aquí en Katele. Hay ayuda humanitaria. Ellos sabrán qué hacer. Además, si el niño es ruandés, es el mejor sitio para llevarlo.

—¿Y no me lo podría quedar?—preguntó Lucréce.

—¡Cómo! —exclamó Jerome, atónito ante la pregunta.

—No es lo correcto, Lucréce —le dijo Camila—, tal vez tenga familia, tal vez su madre, a la que el niño ha nombrado varias veces, lo esté buscando desesperada igual que a su padre. No sería justo privarlos de él sin saber a ciencia exacta si lo están buscando o no.

Miró a Declan con preocupación.

—A este niño ya no le queda familia. Ya no le queda nadie —afirmó Lucréce—. Solo me tiene a mí. Y si yo no lo reclamo y lo

dejamos allí, en cuando tenga siete u ocho años lo convertirán en un niño soldado. Eso sí que es injusto para él.

—Pero ¿cómo está tan segura de eso? Puede quedarle algún familiar.

—Comandante, no me pregunte cómo lo sé. Nunca he sabido cómo sé estas cosas, pero estoy segura de que es así —dijo mirando al cielo—. En estos momentos, su única esperanza de familia soy yo.

—De acuerdo. Aun así, habrá que llevarlo al campamento; creo que tienen unos protocolos para estas situaciones. Habrá que preguntar.

Tomó al niño de entre los brazos de Jerome, lo puso en el suelo y se adelantó hablando con él el escaso inglés que conocía, mientras jugaba con Alemán.

Camila se acercó a su marido, que miraba a Lucréce sin entender nada, y se agarró a su brazo.

—Hace casi dos años Lucréce perdió a uno de sus nietos por una simple gripe, el niño no la rebasó. Se llamaba Marcel, tenía la misma edad que René cuando falleció, tres añitos.

—Comprendo. —Suspiró hastiado. Ahora entendía a la mujer—. Todos tenemos miserias propias y hemos pasado por lo nuestro. —Pasó su brazo por encima de sus hombros, necesitaba tenerla abrazada después de todo lo que había vivido esa noche—. Yo por lo menos te tengo a ti, que me haces las mías más llevaderas. —Se agachó y la besó—. Te quiero.

Se abrazó más a él y caminaron en silencio siendo conscientes de que se tenían el uno al otro para salir adelante de los avatares de la vida.

21

En cuanto amaneció, Jerome buscó un automóvil con el que poder llevarlos hasta el campo de refugiados y de allí partir a Goma. Justo, lo que había temido –que se viesen envueltos en medio de la guerra– había sucedido

—Debí llevaros al aeropuerto en cuanto llegamos —se reprochó—. No debimos parar a descansar, pero estaba tan cansado…

—No tienes por qué culparte por esto, tú no has tenido la culpa.

—Además —le dijo Lucréce—, nosotros también queríamos y necesitábamos descansar.

—Sí —contestó Declan—. Por lo menos volveremos descansados a Kinshasa. —Le guiñó un ojo tratando de animarlo.

Camila se sintió agradecida con los dos por haber intentado que el sentido de culpabilidad que había surgido en Jerome fuera menos duro para él. Aunque, conociéndolo como lo estaba empezando a conocer, sabía que de poco había valido. Sujetando su mano entrelazó sus dedos con los de él y le dio un apretón. Quería que supiese que lo amaba y que bajo ningún concepto había tenido la culpa de lo sucedido hacía unas horas. Él la miró y le sonrió con pena. Camila sabía que seguía sintiéndose culpable.

Asomada a la ventanilla del pequeño Citroën con el que se dirigían al campo de refugiados, Camila se quedó espantada al ver que, bajo la atenta mirada del volcán Nyiragongo, miles y miles de pequeñas chozas, todas unidas entre sí sin orden alguno, ocupaban las colinas, los campos de cultivo, la maleza… Ocupaban todo lo que había a su alrededor como si de un extenso hormiguero desmadejado se tratase. Las chozas, o casas, o como se le pudiese llamar a esos frágiles y destartalados habitáculos, estaban hechas con plásticos, cartones, lonas, papel… Como si hubiesen sido construidas con lo primero que encontraron a mano. Era devastador lo que se exponía ante sus ojos.

—Dios mío. ¿Esto qué es? —preguntó sin ser consciente de haber hablado en voz alta.

—Es el campo de refugiados de Katele —contestó Jerome.

—¿Qué? —exclamó Lucréce, igual de impresionada que ella—. ¿Cómo vamos a dejar a René ahí?

Le acababa de quitar las palabras de la boca. Camila había oído hablar de él en las noticias, pero jamás se imaginó que el campo de refugiados albergara a tal cantidad de gente y fuera tan descorazonador.

—¿Cuántas personas pueden estar viviendo ahí confinadas?

—Hasta hace unos meses cerca de seiscientas mil. Aunque, tal y como están las cosas, lo más probable es que ahora haya la mitad. Muchos, con todos estos conflictos, están huyendo de aquí —les explicó—. El campo es como una inmensa ciudad. Las zonas se dividen en barrios con los nombres de las antiguas provincias en las que vivían. Los que vivían en la provincia de Kibungo ahora viven en el barrio de Kibungo, los que vivían en Umutara ahora viven en el barrio de Umutara y así, hasta doce barrios. Cada uno tiene sus «dirigentes» y cada cual se gobierna como mejor puede para hacer llegar a su gente la comida y el sustento necesario para sobrevivir. Sé que no es el mejor sitio para dejar a René —le dijo a Lucréce mirándola por el espejo retrovisor—, pero el ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados) podrá hacerse cargo de él.

La mujer asintió no muy convencida mientras jugaba con el niño.

Un hervidero de personas que iban y venían sin orden ni armonía alguna atestaban la calzada por la que caminaban. Habían tenido que dejar el automóvil a las afueras del campo de refugiados porque, si apenas se podía caminar por allí, circular con el Citroën era imposible. Guiados por Jerome, se internaron en la destartalada pseudociudad a través de las estrechas y sucias callejuelas que formaban el sinfín de chozas. Giraban hacia la izquierda, después hacia la derecha, seguían recto, volvían a girar… Se encontraron con todo tipo de gente. Un zapatero remendaba unos zapatos casi inservibles; un herrero trataba de unir los trozos de un cuchillo partido; alguien orinaba en una esquina; otro se limpiaba

excremento de sus pies desnudos; dos se pegaban a tortas; niños que corrían de un lado a otro pero que, en cuanto veían que era blanca, se paraban a pedirle dinero; una fila de hombres cargaba con sacos de harina, cereales, granos… Y, en medio, gente sin orden aparente que iba y venía topándose con ellos y sin prestarles la más mínima atención. Era devastador estar allí dentro y observar y oler la miseria y la necesidad que estaban pasando. Camila no entendía cómo algunos países y hasta los mismos zaireños miraban hacia otro lado con todo lo que estaba sucediendo en el país. Era descorazonador.

En la siguiente callejuela del barrio de Kigali Rural giraron a la izquierda y se toparon con una gran caseta de lona con las siglas ACNUR colocadas sobre un cartel de cartón. A Camila le resultó muy similar a la que habían llevado a Saint Germain cuando ocurrió el alud.

—No se preocupen —les dijo la chica que los estaba atendiendo —. Si su madre está viva, sabrá dónde venir a buscarlo.

—¿Y si no? —preguntó Lucréce, sabiendo que nadie lo haría.

—Se quedará con nosotros hasta que alguien quiera adoptarlo o acogerlo.

—O hasta que se escape —dijo con contundencia.

—Señora, le aseguro que hacemos todo lo que podemos, tenemos casi siete mil niños huérfanos en toda la región. Ojalá hubiera más gente como usted que quisiese adoptar. —Tragó con dificultad—. Tomaré todos sus datos y, si en seis meses nadie lo reclama, René será adoptado por usted.

—Lo mejor será que des los datos de la embajada en Kinshasa, así llegarán antes las cartas —le sugirió Camila.

Lucréce la miró y le sonrió mientras asentía con la cabeza. Era una buena idea.

—Jerome, ¿usted podría hacerle algunas visitas al niño cuando esté por la provincia?

—Por supuesto, me comprometo a llevar un seguimiento de René —le prometió.

—Gracias. Eres un buen hombre.

Salieron de la sede de ACNUR después de despedirse de René, no sin lágrimas en los ojos de Lucréce, y volvieron por las mismas callejuelas por las que habían transitado con anterioridad. A Camila le llamaba la atención lo bien que Jerome conocía todo el entresijo de barrios y callejuelas del campo de refugiados.

—Has venido muchas veces aquí, ¿verdad?

—Sí, forma parte de mi trabajo.

Ella lo miró extrañada.

—¿Qué trabajo puedes desempeñar aquí?

—Nunca se sabe el tipo de misión a la que me pueden mandar. Cuanto mejor conozca el terreno por el que me muevo, más probabilidades tenemos de sobrevivir mis hombres y yo.

—¿Crees que te puedan mandar a alguna misión aquí?

—Claro. Muchos de los que ves son enemigos nuestros. Son bahutus. En cualquier momento me pueden enviar aquí.

Se puso tensa al imaginar una masacre como la que había vivido el día anterior en la ciudad entre todas aquellas destartaladas callejuelas. Aquello era como una ratonera estrecha y sin apenas salidas. Esos pobres refugiados tendrían pocas opciones de sobrevivir si a la Alianza se le ocurría atacar.

—Jerome, solo son civiles que han huido del exterminio que asolaba su país. No tienen armas ni nada con qué defenderse ¿Cómo vais a matarlos? —Comenzó a angustiarse solo de pensarlo.

—Son el enemigo de la Alianza. Si me ordenan matarlos, lo haré.

Se sintió horrorizada por lo acababa de escuchar.

—¿Los asesinarías?—preguntó incrédula.

—Sí, lo haría.

Ella se alejó de él de forma inconsciente. Estaba empezando a dudar de todo; de si en realidad había sido buena idea casarse con un hombre de la guerra como era él.

—Tú misma me lo pediste —dijo excusándose mientras se aproximaba a ella—. Me dijiste que, si tenía que matar para sobrevivir, matase.

—Sí…, sí, te lo dije, pero no pensé que las cosas fuesen así. No son más que personas inocentes. No los puedes matar.

Lo miró con detenimiento. Él no dudaría en matarlos, su cara se lo decía. Igual que no dudó en matar a Lutongo, igual que no dudó en ordenar que matasen a los guardias civiles y que los tiraran al río. Dio un paso atrás; no podía estar cerca de él, necesitaba aclarar sus ideas.

—Eso… eso te convierte en un asesino. —Tragó con dificultada alejándose aún más de él—. Eres un asesino.

—*Zaireña…*

Se acercó de nuevo a ella. Camila se volvió a apartar, no podía dejar de pensar que era capaz de matar a toda aquella gente inocente sin ningún tipo de contemplación. Se sentía bastante confundida.

A Jerome no le estaba gustando nada el cariz que estaba tomando aquella conversación. Era la segunda vez que se alejaba de él.

—Sabías cuando te casaste conmigo qué es lo que hago. Jamás te lo he ocultado. Soy un hombre de la guerra. No estoy orgulloso de eso, pero forma parte de mí en estos momentos.

Camila cerró los ojos por unos instantes tratando de organizar sus ideas y los volvió abrir.

—Tienes razón, lo sabía cuando me casé contigo. Pero es muy distinto saberlo en la distancia de Saint Germain o de la selva, que saberlo en el mismo sitio donde tal vez tú junto con todos los hombres de la Alianza podáis asesinar a toda esa gente. Son inocentes, ¿qué culpa pueden tener?

—Son el enemigo. Si yo no los mato, ellos me matarán.

—Abandona todo esto —le suplicó—. No es tu causa. Déjalo y vente conmigo, vuelve con tu familia, con Louise, con Hubert, con Julié.

¿Cómo le podía estar pidiendo eso? Ella sabía que tenía una promesa por cumplir. Camila esperó a que dijera algo, pero no dijo nada. Sabía que tenía perdida la batalla.

—No puedo con esto, Jerome. Me… Me… Me siento incapaz de estar a tu lado viendo todo lo que acabo de ver y sabiendo todo lo que puedes llegar a hacer —dijo con un nudo en la garganta, apenas le salían las palabras.

La miraba con estupor sin poder terminar de creer lo que le estaba diciendo. Era lo que había temido al traerla con él a Kivu del Norte. Que viese en realidad la clase de hombre que era: un hombre que no se detendría ante nada para conseguir su objetivo, un soldado que mataría a personas inocentes si era necesario. Siendo consciente de que, si no hacía algo, la perdería, la alejó del pequeño grupo que formaban los cuatro y la llevó detrás de una de las pocas tiendas que quedaban en las afueras del campo de refugiados.

—*Zaireña*, no me hagas esto, por favor —le rogó mientras la agarraba por los hombros—. Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida. No puedes apartarme de ti. Por esto, no. Por esta parte de mí, no. Sigo siendo yo. El hombre que te ama y al que amas, nada ha cambiado. —Le acarició su dulce rostro—. No, mi ángel, no me eches de tu vida. Dios ya me castigará por mis pecados; no lo hagas tú también, por favor.

—No puedo, Jerome. —Se soltó de él—. Es una monstruosidad. ¿Cómo olvidar que serías capaz de asesinar a gente inocente si es que no lo has hecho ya?

—Ya lo he hecho y lo sabes. —Ella asintió, claro que lo sabía—. ¿Cómo me vas a dejar solo por haber hecho lo que me has pedido que hiciera? Me pediste que fuera honesto contigo y lo he sido. Me preguntaste y te contesté con sinceridad. Nunca te he escondido lo que soy y lo que hago. Desde Saint Germain lo sabías. Me aceptaste en matrimonio sabiéndolo. Eres mi esposa para lo bueno y lo malo. Y esto es lo malo de mí. Soy un soldado, un hombre de la guerra. He sido entrenado para esto. No me alejes de ti. No me apartes de tu vida.

—No puedo.

Se giró sobre sus talones y se alejó de él con el corazón en un puño. Aceptar esa realidad de él le estaba doliendo demasiado. Ni sus creencias, ni sus valores, ni su manera de ver la vida se lo permitían. Se sentía en conflicto por todo lo que sentía por él y por su necesidad de ayudar a las personas.

La vio alejarse sin poderse creer lo que acababa de pasar. La había perdido. La acababa de perder. Ella no podía soportar ese lado

oscuro de él. Ese lado del que él mismo se avergonzaba y del que apenas hablaba. Ella lo había descubierto y se había horrorizado.

Sí, era un asesino, aunque fuese un soldado, aunque fuese un hombre de la guerra. Daba igual en nombre de quién o de qué se hiciera. Una persona que mata a otra por el motivo que fuera es una asesina. No tenía otro nombre por mucho que él dijese que lo hacía en defensa propia, que lo hacía en honor a su país, que lo hacía por una promesa… Ella tenía razón, era un asesino, pero no podía perderla, ni por ese motivo ni por cualquier otro.

Desesperado fue tras ella, la agarró del brazo y la atrajo hacia él. Tomó su rostro con sus manos y la besó con mucha suavidad y ternura. No quería que lo dejase, la amaba. Sabía que no soportaría que lo abandonase, no soportaría no verla más, no soportaría vivir sin ella, no soportaría no ver más ese dulce rostro, no soportaría no verla sonreír… Prefería dejarlo todo a que ella lo dejase; prefería faltar a su promesa a estar sin ella; prefería morir a tener una vida sin ella, sin su esposa, sin su *Zaireña*, sin la mujer a la que amaba como nunca imaginó que amaría. La abrazó con fuerza. No quería dejarla marchar.

Camila recibió sus cálidos labios con sorpresa. Quiso separarse de ellos, pero no pudo, no tuvo fuerzas para hacerlo. Se dejó llevar por esos tiernos besos… Dios, estaba perdida… Quería olvidarse de él para siempre, pero su corazón no se lo permitía.

¿Cómo olvidarse de su piel, de lo que le hacía sentir cuando lo tocaba? ¿Cómo olvidar de su alma, que se había enamorado de él la primera vez que lo vio? ¿Cómo borrarlo de su vida si lo necesitaba tanto como la luz necesita a la sombra, como la sed necesita al agua, como el mal necesita al bien…? ¿Cómo apartarlo de su vida si lo amaba con todo su ser?

Dios, sí, lo amaba. Lo amaba como nunca creyó que amaría. Se odió a sí misma por amar a un hombre como él, pero no podía evitarlo… Ella era solo una mujer. Una mujer cuya debilidad era el hombre que en ese momento la estaba besando y abrazando. Una mujer cuya debilidad era amarlo demasiado y anteponer eso a sus valores, principios y creencias.

—Te odio —dijo con lágrimas en los ojos, separándose de él y golpeándolo en el pecho—. Te odio.

—No, tú no me odias. —Sujetó sus manos contra su pecho—. Tú me amas.

—No, te odio. Te odio porque no puedo dejar de amarte a pesar de los horrores que sé que puedes llegar a cometer. Y me odio a mí misma por no poder dejar de quererte.

La abrazó con fuerza cerrando sus vidriosos ojos azules. Ella había vuelto de nuevo a él. Ella no lo dejaría. Seguiría deleitándose con su hermoso rostro, con su hermosa sonrisa. Seguiría siendo su esposa. Seguiría siendo su *Zaireña*. Le dio gracias a Dios. Creyó que la perdía para siempre.

Camila hundió su cara en el pecho de su marido dejándose abrazar por sus cálidos brazos. Ella también iría al infierno por ser débil y ser incapaz de no amarlo.

No fue consciente de las lágrimas de dolor que corrían por las mejillas de él al saber que había estado a punto de perderla.

Sentada en el incómodo sillón de madera no se podía creer que en menos de una hora se separarían hasta que Dios quisiese. Podrían pasar semanas, meses, años, o para siempre. Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos.

Jerome, abrazado a ella y sentado a su lado, en el aeropuerto, la apretó con más fuerza al ver que iba a comenzar a llorar. Para él todos esos días también habían pasado demasiado rápido. La separación sabía que iba a resultar dura, pero estaba siendo más dolorosa de lo que había pensado en un principio.

Escuchó a través de los altavoces una voz que avisaba que los pasajeros con destino a Kinshasa del vuelo JK501 fueran acercándose a la puerta D4 para embarcar y notó que Camila comenzaba a llorar y un amargo nudo se colocaba en la boca de su estómago. Sin pedirle permiso, la obligó a levantarse y la llevó a uno de los baños más cercanos. Quería despedirse de ella a solas, sin miradas extrañas que los observasen, sin murmullos a sus espaldas porque, siendo de distinta raza, se besaban. Sin tener a Declan ni a

Lucréce cerca. Quería pasar los últimos minutos a solas con ella, antes de que se marchase. Dios sabría cuándo volvería a verla.

—Te prometo que nos volveremos a ver. —Ella asintió mirándolo con sus ojos avellana rojos de tanto llorar—. No soporto verte así, aunque sea por mí.

Se secó las lágrimas, no quería que Jerome se sintiese peor. Él sonrió con esa sonrisa que tanto le gustaba y la hizo sonreír también.

—Así estás más guapa.

—Hazme el amor por última vez.

Se acercó a él poniéndose de puntillas y lo besó con deseo sabiendo que podía ser la última vez que se vieran, se tocaran, se sintieran…

Escuchar esas palabras suplicantes y notar los besos y caricias tiernas y pasionales con las que ella lo estaba pretendiendo avivó sus instintos primarios y la subió a sus caderas sin apenas hacer esfuerzo. Abrió con premura la puerta de uno de los cinco aseos que había en el inmenso baño y, tras cerrarla, pasó el cerrojo.

Camila lloraba entre sus brazos mientras acariciaba y observaba su cuerpo queriendo grabar en su retina, en su piel, en su cuerpo, cada una de las marcas, lunares, músculos, cicatrices, besos… del hermoso hombre que tenía delante.

Jerome secaba sus lágrimas con besos y caricias tratando de recordar a su dulce esposa siempre así: entre sus brazos. Su suave tacto, su delicioso olor a lavanda, el sabroso aliento de su boca cuando lo besaba…

22

Kinshasa, 8 de abril de 1996.

—Buenos días —dijo Alicia con una sonrisa cuando vio que abría los ojos—. ¿Has descansado bien? —Ella asintió, aunque no era cierto—. Me alegro, ¿sabes que llevas una semana metida en esta habitación?

Volvió a asentir. Había visto el amanecer y el anochecer seis veces desde su cama, pero no le apetecía levantarse, ni ver a nadie, ni hablar con nadie, ni siquiera comer. Solo quería pensar en Jerome.

—Nos tienes a todos preocupados.

—Lo siento.

Alicia se levantó del sillón que había colocado al lado de la cama y tiró del cordel que colgaba junto al cabecero.

—Te subirán el desayuno. —Se sentó de nuevo en el sillón.

—¿Cómo está Declan? —preguntó al acordarse de él.

—Desde luego está mejor que tú. Ha llamado varias veces desde el vicerrectorado preguntando por ti. ¿Por qué no te levantas, te das un buen baño, te despejas, desayunas bien y vas a saludar a Berthe, a Lucréce y, sobre todo, a tu padrino, que está que se sube por las paredes? Se alegrará al saber que ya estás mejor. Y después llamas a Declan… si quieres.

Se animó al pensar en que las dos hermanas estarían juntas después de tanto tiempo, pero saber que eso implicaría tener que ver a Vicente la desanimó. Aún no se sentía con fuerzas para recibir otra desaprobación por su matrimonio.

—Mejor no. Quiero seguir durmiendo.

Se dio la vuelta en la cama y le dio la espalda.

Alicia tomó aire y lo soltó con lentitud para tranquilizarse. Estaba muy preocupada por Camila. El secuestro la había afectado demasiado y necesitaba sacarla del estado de inactividad en el que se encontraba. Aquella forma de estar ella la conocía muy bien y, si

la dejaba continuar así más tiempo, sabía que se la llevaría a una oscuridad en la que ella aún se sumergía de vez en cuando. No iba a consentir que su ahijada pasase por eso. Con ella en la familia ya era más que suficiente. Se levantó del sillón, tiró de las sábanas de algodón con energía y la destapó.

—¡Te vas a levantar, te vas a duchar, te vas a vestir y vas a salir de este maldito cuarto! ¡Esta noche, si quieres dormir, dormirás, pero ahora harás lo que yo te diga!

Camila la miró con atención, nunca la había visto así de enfadada. En ese momento, Lucréce y Berthe entraron en el dormitorio con una bandeja de comida cada una.

—Perfecto, entre las tres levantaremos a esta majadera.

—No hará falta tanto despliegue humano para levantarme —dijo al ver que las tres venían dispuestas a ello—. Ya me levanto yo sola.

Se incorporó en la cama notando cómo todo le empezaba a dar vueltas. Se volvió a tumbar sabiendo que llevaba demasiado tiempo acostada y que debería haberse levantado más despacio. Las náuseas se alojaron en su estómago. Se levantó con rapidez para ir al baño y le dio tiempo a vomitar en la vasija.

—¿Estás bien? —preguntó Alicia.

—Sí, es solo que llevaba mucho tiempo acostada y me he mareado.

Alicia descolgó el teléfono.

—Voy a llamar al doctor Grant, has llegado más delgada que la última vez que estuviste aquí y me da que debes estar anémica.

—Sí, será lo mejor —dijo Lucréce—. Y dígale también que traiga un test de esos para confirmar que está embarazada. Porque todo parece indicar que viene un bebé de camino.

Camila se empezó a reír con cierta histeria. ¿Cómo no se había dado cuenta? Era la cuarta vez que vomitaba en menos de diez días y la menstruación no le había bajado. Tenía retraso de una semana.

Alicia la miraba estupefacta desde el *bidet* en el que se había tenido que sentar para no caer redonda al suelo. Mientras, se abanicaba con el rollo de papel higiénico.

—¿Te han violado? —preguntó angustiada.

—No. —Le mostró el anillo—. Me he casado con un hombre maravilloso.

—¿Qué?

Empezó a abanicarse con más insistencia. Camila se empezó a reír a carcajadas. Era muy simpático ver a la mujer del embajador de España abanicarse con un rollo de papel higiénico.

—Ahora soy yo la que necesita tumbarse.

Entre las tres mujeres ayudaron a Alicia a tumbarse en la cama en la que Camila había estado autocompadeciéndose. Pensaba que solo estar con Jerome la sacaría de la tristeza en la que se había sumido, pero saber que estaba embarazada –porque, si Lucréce lo decía, así sería– había sido una grata sorpresa y la había animado bastante.

—Así que ese joven mestizo, tan guapo, que conocí en la misión es tu marido y el padre del bebé. —Ella asintió—. Vaya, veremos cómo se lo toma Vicente. Porque a mí, por lo poco que lo traté, me pareció un chico agradable.

—Creo saber cómo se lo va a tomar, no tiene buenas referencias de él.

—Cielo, no te preocupes por eso, que en cuanto se entere de que va a ser abuelo… Bueno, tú ya me entiendes, se le va a olvidar todo. Ya me encargaré de que sea así —dijo sonriendo—. Termina de vestirte y ve a verlo, no le digas nada todavía. Intentaré suavizar el golpe y buscaremos el momento de decírselo. Si te pregunta a qué vino el doctor Grant, dile que solo era para una revisión de rutina. Hay que pensar en algo para suavizar el golpe —dijo pensativa—. Por cierto, deberías plantearte quedarte en Kinshasa con nosotros hasta que el embarazo llegue a término. Aquí hay excelentes médicos que te lo pueden llevar sin problemas. Además, no sé si en tu estado sería conveniente que volvieras a Saint Germain y a tu trabajo en el hospital.

—No sé —dijo no muy convencida—. Lo tendré que pensar.

Alicia salió de la habitación y la dejó sola. Se desvistió y se miró al espejo desnuda con las manos sobre su vientre. Sonrió al imaginarse con tripa. ¡Qué sentimientos tan maravillosos y tan nuevos se estaban despertando en ella! Quería ver a su bebé ya, saber a quién se parecería, quería abrazarlo, quería acurrucarlo entre sus brazos,

quería amamantarlo, quería verlo gatear, caminar, hablar… Quería decirle que era fruto del amor que se profesaban sus padres… Pensó en Jerome, en cuánto se alegraría cuando supiese la noticia. Sus ojos se llenaron de lágrimas al sentir que la tristeza volvía a hacerse presente. Él no estaría a su lado durante el embarazo… Se echó a llorar con desconsuelo.

El embajador, mientras se cambiaba la ropa con la que había estado trabajando todo el día por una más cómoda, escuchaba con atención las palabras de su esposa. Aquello era toda una noticia, Camila estaba enamorada.

—Cariño, tú no le digas que yo te lo he dicho. Se supone que es algo entre nosotras, cuando se sienta preparada te lo dirá. Tú has como si no supieras nada.

—¿Y quién es?

—Es el que los sacó de todo el embrollo del secuestro. —Y también el que los metió, pensó, pero omitió decirlo—. Por lo visto, es militar. Es comandante. Es de una buena familia de Kinshasa. Con exactitud, no me ha dicho de qué familia es. —Claro que lo sabía, pero no se lo iba a decir; por el momento, no—. Pero tiene que ser importante porque estudió desde niño en París. En la universidad de Borgoña, creo que ingeniería agrícola o agrónoma o algo así, y después entró en la F. A. Z. —Prefirió no decir que desde hacía casi diez años ya no trabajaba para ellos.

—Vaya, es todo un ejemplar. Imagino que será de raza negra —dijo siendo consciente del país en el que estaban.

—No. Por lo que sé su padre era negro y su madre, blanca. Es mestizo. Y ¿para qué te voy a engañar? Es bastante atractivo.

—¿Pero tú lo conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí. Lo conocí en Saint Germain cuando fui a buscar a Camila para llevarla con Constance. Por lo visto se conocen desde allí y, claro, ahora, con todos estos días que han pasado juntos… te puedes imaginar. Lo que sentían el uno por el otro se reavivó. —Le dio un beso a su marido—. Nos vemos en el comedor, no tardes mucho. Por cierto —dijo, casi se le olvidaba—, tu ahijada ha invitado

a Declan a cenar y ha accedido, te lo digo para que no sorprenda su visita.

Vicente escuchó cerrarse la puerta y se quedó pensando cuándo había sido la última vez que Declan y él se habían visto. Recordó que había sido cuando los abuelos de Camila vinieron a buscarla a Kinshasa para llevársela para España. Hacía mucho tiempo de eso… Demasiado, pensó. Se sintió triste y deprimido de repente. ¿Cómo habían podido llegar a esa situación?, se preguntó consciente de que conocía muy bien la respuesta.

—No sabéis la alegría que me dio saber que os habían liberado de vuestros secuestradores. El general Dengo actuó más rápido de lo que yo pensaba.

Dejó los cubiertos sobre el plato.

—¿El general Dengo? —preguntó Camila dejando la copa de agua en la mesa. Escuchar ese nombre le puso los pelos de punta.

—Sí, gracias a él os liberaron. Bueno, al comandante que os envió —dijo siendo consciente que tal vez estaba dejando ver que sabía demasiado sobre lo que Camila sentía por ese hombre.

Camila notó que todo su cuerpo se ponía en tensión.

—Vicente, creo que estás confundido. Gracias al comandante que nos envió, estuve muerta durante unos minutos.

—¿Cómo? —No entendía nada—. ¿Qué es eso de estuviste muerta?

—El hombre que nos envió el general —contestó Declan bastante indignado dando un golpe en la mesa— le disparó y casi la mata, pero gracias a la intervención divina y a que Jerome tuvo la claridad de mente suficiente para saber qué hacer, no murió.

—Cuando me enteré de que había estado muerta durante unos minutos, creí que me daba algo —dijo Lucréce tomando la mano de Camila con mucho cariño.

Camila sacó la medalla deformada que llevaba colgada al cuello. Entendía que su madre la había protegido y no pensaba quitársela nunca. Y se las enseñó. Alicia y Vicente quedaron horrorizados al ver

todavía la bala incrustada en ella. Los dos metales se habían fundido el uno con el otro.

—¡Por Dios! —exclamó Alicia santiguándose—. Pero ¿quién fue ese desgraciado?

Estaba a punto de perder los nervios. Casi matan a su niña.

—Creo que les sonará el nombre del comandante Zcharie Lutongo. Él, por lo visto, sabía de vosotros.

Vicente asintió.

—Sí, sé quién es —contestó con sequedad—. ¿Y dices que intentó matarte?

—En realidad, a mí no. A Jerome. Pero me interpuse en medio y me disparó a mí.

—¿Y Lutongo?

—Murió.

Alicia se puso la mano sobre su boca al escuchar tan tremenda noticia mientras Vicente suspiraba aliviado y decía:

—Gracias a Dios. Ese hombre era peligroso.

—Sí —dijo Declan—. Era muy peligroso.

Vicente había coincidido con él en varias ocasiones, parecía que no tenía alma.

—¿Recordáis que os decía que el asesino de mi familia tenía el rostro deforme? —Los dos asintieron mirándola con atención—. Pues era cierto. Lutongo fue el que los asesinó. No los cuatro hombres a los que inculparon de la muerte de mis padres.

—¿Estás segura, Camila? —preguntó Alicia todavía en *shock* por lo que acababa de escuchar.

—Segurísima. Lo recuerdo a la perfección. Lo recuerdo todo de aquella noche.

—¿Dijo algo que nos pudiese sacar de dudas de quién o quiénes estuvieron involucrados en sus asesinatos y la razón? —preguntó Vicente. Necesitaba saberlo.

—No, no dijo nada. Cuando me recuperé ya estaba muerto. Aunque Jerome cree que la causa de los asesinatos pueda estar relacionada con las minas de diamantes que ahora se alzan en las montañas que eran propiedad de mi familia.

—Vaya. Tal vez no sea tan descabellada la idea. ¿No os parece?

—No —dijo Declan—. No parece descabellada. Lo que está claro es que tampoco de ese general Dengo hay que fiarse, fíjese a qué tipo de hombre viene a enviar para sacarnos del secuestro. Nada más y nada menos que al asesino de los Oramas.

—Cierto.

Vicente tragó con dificultad al pensar en lo que Lutongo podría haberle hecho a su ahijada.

—No puedes fiarte de Dengo. Cuenta lo que le interesa —dijo Camila, aprovechando el tirón—. Fíjate en lo que te ha contado sobre el comandante Ngona. Te aseguro que es falso.

—Camila, no empieces con eso. La otra vez discutimos por lo mismo y por eso no voy a discutir otra vez. —Ella asintió entristecida sabiendo que poco se podría hacer con respecto a esto—. Dejemos a Jerome Ngona en paz y comamos tran… quilos.

En ese momento fue consciente de que en lo que iba de conversación se había nombrado varias veces el nombre de Jerome. Cerró los ojos al empezar a atar cabos y darse cuenta de que Jerome Ngona era el comandante del que Camila se había enamorado. Por eso ella insistía tanto en ese tema y por eso su mujer se había adelantado a hablar con él sobre los sentimientos de Camila hacia ese hombre.

—Vaya —dijo riendo sin poder creer aún la verdad—. Así que el comandante del que te has enamorado es él, ¿no?

Ella asintió sorprendida de lo suspicaz que había sido.

—Camila, mira que hay hombres en este mundo para que te enamores y vas y te tienes que enamorar del comandante Ngona, que tiene una lista de delitos contra el gobierno de Mobutu más grande que muchos de los que están encarcelados.

—Muchos de esos delitos son falsos —dijo defendiendo a su marido—. Los asesinatos del poblado y de las misioneras en la provincia Oriental no lo cometieron Jerome y sus hombres como el Gobierno dice. —Trató de tranquilizarse, estaba hablando más alto de lo habitual y sabía que gritando no iba a conseguir más que crispar los nervios de Vicente—. Era imposible que fuesen ellos. Declan y yo lo recogimos moribundo cinco días después de los asesinatos cerca de Kutu, es imposible que en esos días pudiese

recorrer esa distancia, herido como estaba y en automóvil. Además, toda su unidad estaba de permiso esos días. Cuando estuvimos en Lodja, lo acusaron de haber matado a un pobre mancebo de una farmacia de la ciudad. No fue él, cuando salimos de allí, el hombre seguía vivo. Varios minutos después escuchamos un disparo. Fue Lutongo el que lo asesinó. No digo que Jerome sea un santo. No lo es. —Lo sabía demasiado bien—. Pero también tengo claro que el gobierno de Mobutu dice lo que le interesa y cuando le interesa para conseguir sus fines. —Se quedaron todos en silencio, sin decir nada —. Vicente —dijo Camila en el tono más suave que pudo—, Jerome y yo nos queremos, nos hemos casado y estamos esperando un hijo.

—¿Cómo dices?—apenas podía articular palabra. Declan, que estaba degustando la tarta que hacía unos instantes Berthe les había servido a todos, casi se atraganta al escuchar que estaba esperando un hijo. Vicente se levantó de la silla dejando a medias el postre y comenzó a pasear por el comedor de arriba abajo—. Necesito pensar —dijo ante tal aluvión de noticias—. Esto podría tener importantes consecuencias políticas.

Camila pensó en las palabras de Jerome. Él tenía razón, solo importaban ellos dos y ahora el hijo que esperaban, los demás daban igual. Molesta, se levantó arrastrando la silla y dijo:

—Vicente, poco tienes que pensar. Jerome es mi marido y estoy esperando un hijo de él. Si lo aceptas, bien; y, si no, tienes un problema —dijo lo más serena que los nervios le permitieron—. Estoy cansada de estar dando explicaciones de mi vida a todos y que las decisiones que tome sean cuestionadas como han sido cuestionadas hasta ahora. En unos meses cumpliré veinticinco años, soy una mujer adulta y estoy harta de que se me trate como la pobre niña Camila. Esto es lo que hay, os guste a todos o no —dijo mirando a cada uno de los que estaban sentados en la mesa. Dejó de mirar a Declan, se giró hacia su madrina y le dijo—: No pienso quedarme en Kinshasa hasta que nazca el bebé. Jerome, en cuanto pueda, irá a Saint Germain y quiero estar allí para cuando llegue. Además, me encanta mi trabajo en el hospital; allí hay buenos médicos y enfermeros que me pueden llevar el embarazo sin problema alguno. Si las mujeres zaireñas pueden trabajar duramente

en el campo estando en estado, yo también puedo. ¿Acaso no soy zaireña? Buenas noches.

Se dirigió a la salida del comedor con la cabeza bien alta y a gusto por haber podido desahogarse como lo había hecho.

—Y por cierto —le dijo a Declan desde la puerta—, tengo entendido que el doctor Grant te ha visto esta mañana y que, para la próxima semana, cree que estarás recuperado del todo, ¿no?

—Sí, así es.

—Pues prepara todo lo que tengas que preparar en el obispado, porque en una semana nos vamos.

Desapareció tras la puerta.

Todos en la sala se quedaron mirándose los unos a los otros sin saber qué hacer, ni qué decir. Aquello los había sorprendido a todos. La única que dijo algo, después de sonreír, fue Lucréce.

—Parece que ya se convirtió en la mujer que le tocaba ser. ¿No creéis? —Se metió un trozo de tarta en la boca—. Umm, esto está buenísimo —le dijo a Alicia que estaba todavía mirando la puerta por la que Camila había salido.

—Sí. —Miró a la mujer—. Está muy bueno.

Vicente Salazar miraba el teléfono de su despacho mientras tamborileaba con sus dedos sobre el escritorio. El maldito teléfono seguía sin sonar. Se levantó, abrió el armario donde tenía guardado el coñac y se sirvió una copa. El ardor del alcohol quemó su garganta lo justo para sentirse satisfecho con el trago. Lo necesitaba. Tocaron la puerta y Alicia entró sin que diera permiso alguno. Lo iba a buscar para que fuese a almorzar.

—Estoy esperando una llamada urgente —le contestó con brusquedad.

Con la misma discreción que había entrado, su mujer salió sin apenas hacer ruido.

Volvió a mirar el teléfono y sonó. Se le antojó que, si lo hubiese mirado unos segundos antes, antes habría sonado. Descolgó y habló.

—Quería darle las gracias de nuevo por la celeridad que puso en todo el tema del secuestro de mi ahijada.

—De nada. Ya se lo dije en su momento, ha sido un placer.

—General, tengo una duda, ¿sabía usted que el comandante Ngona era el que había secuestrado a Camila? —Necesitaba sacarle información.

—Tenía mis sospechas y por eso envié a mi mejor hombre.

—Lo sé, envió al comandante Lutongo.

Oyó carraspear a Dengo.

—Sí, Salazar, lo envié a él. ¿Tiene algún problema con eso?

—¿Sabía que Camila lo reconoció como el asesino de su familia? Sí, general, lo reconoció. Ya ve la de cosas que puede guardar uno desde niño en su memoria. Por fortuna para todos, el comandante Lutongo sirvió como pasto para las alimañas del río.

—Vaya —dijo más como decepción que con pesar.

—Es una pena que antes de morir no pudiese decir quién estaba detrás del asesinato de los Oramas y el porqué, ¿no cree? —Obtuvo un silencio como respuesta—. Aun así, no lo he llamado para esto. ¿Sabe con exactitud dónde se encuentra ahora el comandante Ngona?

—No. ¿La señorita Oramas o alguno de los que iban con ella no sabrán algo?

—No, no lo saben. Ojalá lo supieran. Me gustaría tenerlo frente a frente por lo que le hizo a mi ahijada y matarlo con lentitud —dijo con toda intención, quería llevárselo a su terreno—. Me da la sensación de que usted y yo tenemos ahora mismo un enemigo en común.

—Sí, eso parece.

Vicente notó que el hombre estaba sonriendo al otro lado.

—A mí me secuestró a mi ahijada durante veintiún días. Y a usted, ¿qué le hizo ese desgraciado malnacido para que lo odie tanto como lo odio yo?

—Su único pecado es ser el hijo de quién era. Digamos que el general Aurélien Ngona y yo no nos llevábamos bien. Aunque tengo que reconocer que, gracias a su trágico accidente de tráfico, estoy donde estoy. —Se rio—. Si al final tengo que estar agradecido y

todo. —Se volvió a reír. Vicente rio con él—. Si se entera de algo sobre el comandante, no dude en ponerse en contacto conmigo. Yo haré lo mismo, Salazar.

—Buenos días, general.

—Buenos días, señor embajador.

Camila tenía razón. Ese hombre haría lo que fuera por conseguir la cabeza del comandante Ngona. Debía evitar a toda costa que se enterase de que su ahijada se había casado con su mayor enemigo. Había decidido dar su voto de confianza al matrimonio. Aunque sin lugar a duda lo que más lo entusiasmaba era la idea de que en unos meses un bebé llenaría la casa de alegría.

23

Kutu, provincia de Bandundu.

20 de julio de 1996.

Salió corriendo del dormitorio que Louise le había preparado a Lucréce y a ella para la ocasión, esquivó el sofá rojo del salón –alguien lo había cambiado de lugar– y corrió hacia la parte trasera de la casa después de cerrar de un portazo la puerta de la entrada. Menos mal que no era de cristal, pensó mientras corría. Todos la estaban esperando para continuar.

—Lo siento. Creí que los llevaba conmigo —dijo tomando resuello mientras miraba a Julié—. No entiendo cómo se me pueden haber quedado atrás. —La niña, al ver que la miraba con detenimiento, desvió su mirada.

Sospechaba que había sido ella la que los había escondido.

Albert le sonrió y extendió la mano. Camila depositó los anillos en ella y dejó que Declan siguiese con la ceremonia.

—Albert, ¿aceptas a Louise como tu legítima esposa, para amarla y respetarla, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo sonriendo.

Tomó la mano derecha de Louise y ajustó en su dedo anular la alianza que Camila le acababa de entregar.

—Louise, ¿aceptas a Albert como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo con la voz temblorosa.

Introdujo la alianza a través de su dedo anular derecho.

—Yo, por la autoridad y el privilegio que me concede Dios, y las leyes del Estado de Zaire, os declaro marido y mujer en la presencia de Dios y de las personas presentes, que sirven como representantes de la sociedad en la que vivimos y como testigos de este solemne y trascendental acto. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Podéis besaros.

Se dieron un tímido beso mientras los presentes aplaudían y felicitaban al nuevo matrimonio.

Camila no pudo evitar pensar en lo diferente que había sido su boda.

Louise llevaba un sencillo, pero bonito vestido blanco, se había recogido en un moño trenzado su melena rizada y sus ojos azules resaltaban más de lo habitual gracias a las pinturas con las que Lucréce la había maquillado. Estaba guapísima. Sonrió al ver que su cuñada la miraba.

Las dos se abrazaron y se besaron en la mejilla.

—Muchas felicidades, Louise —dijo secándole las lágrimas de alegría que corrían por sus mejillas—. No llores, te vas a estropear el maquillaje.

—No puedo evitarlo. —Comenzó a llorar con desconsuelo.

Camila se alejó con ella hacia la casa, tratando de que nadie viese el estado en el que se encontraba. Sospechaba que el llanto no era de alegría como había creído en un principio.

Entraron en el dormitorio en el que llevaba durmiendo dos días y cerrando la puerta dejó que se desahogara sentada en la cama, sin ningún tipo de interrupción. Se sentó a su lado y le tomó la mano.

—¿Qué sucede? —le preguntó al verla más tranquila—. ¿No estás contenta por haberte casado?

Louise asintió y se tiró de espaldas en la cama. Camila la imitó y el bebé le presionó la vejiga, así que se giró para apoyar la cabeza sobre su brazo izquierdo. Así estaba más cómoda y podía ver mejor a la que hacía unos meses se había convertido en una gran amiga.

—Todo es tan extraño. —Se secó las lágrimas—. Cuando me casé con el padre de Julié, todo era distinto. Absolutamente todo. Fue una boda a lo grande, en una gran iglesia, con un cura a lo grande. Me casó el obispo de Kinshasa, quien, por cierto, era bastante

gordo. —Las dos se rieron—. El banquete fue a lo grande, había cerca de quinientos invitados. Amigos de mi marido, entre los que se encontraba Albert, amigos míos, de mis hermanos… Sin lugar a duda, lo que más había eran amigos de mi padre. ¿Sabías que el presidente Mobutu Sese Seko fue uno de los testigos en mi casamiento? —Camila se quedó sorprendida ante tal revelación—. Sí, Camila, fue testigo de mi boda —dijo al ver la cara atónita que se le había quedado a su cuñada—. Todos los altos cargos del gobierno estuvieron allí. Todos, no faltaba ni uno. Hasta el general Leo Dengo, en ese momento coronel, estuvo en la celebración.

Sonrió con tristeza.

—Pero a pesar de lo grandiosa que fue, porque no te voy a decir que no lo fue, eché de menos a una persona: a mi madre. —Camila tragó con dificultad, entendía a la perfección a lo que se refería—. Hubiese preferido algo más sencillo si eso hubiera significado que ella estuviera allí, pero no era posible —dijo con tristeza—. Hoy, que me he vuelto a casar, no he podido evitar recordar aquel día y pensar en que ojalá no me hubiese tenido que casar otra vez. No te confundas —dijo mirándola con atención—, amo a Albert con locura. Jamás creí que podría amar de nuevo después de la pérdida de Jules; pero, Camila, si la vida ha hecho que me vuelva a casar, ha sido a raíz de perder a toda mi familia. Ni mis padres, ni ninguno de mis hermanos han estado aquí para ver nuestra unión. La única familia, sangre de mi sangre, que ha estado conmigo en este día tan especial ha sido mi hija Julié y el hijo que estás esperando. Ni siquiera mi hermano Jerome ha podido estar conmigo. Ni siquiera lo sabe. ¿Cómo puedo hacer de este día un día feliz si no puedo evitar pensar que mi familia o está muerta o está lejos?

Se echó a llorar de nuevo.

—No lo sé, Louise —dijo con pesar—, no sé cómo lo puedes hacer. Ojalá pudiera hacer algo que te hiciese sentir mejor. Pero lo único que sé es que tienes a un hombre estupendo que te ama y que está a tu lado. Al que le puedes decir que lo quieres cada vez que te apetezca, con el que te puedes enfadar y después reconciliar siempre que quieras, con el que puedes compartir tu cama todas las

noches, con el que puedes hablar después de pasar un día malo o, al contrario, tras haber tenido un día estupendo, al que le puedes decir, nada más enterarte, que estás esperando un hijo suyo… —Se le quebró la voz.

—Oh, Camila. ¿Cómo he podido ser tan egoísta? Lo siento. No debí haberte dicho nada.

Louise entendía a la perfección lo que estaba pasando su cuñada, ella se había visto en la misma situación que Camila hacía años, embarazada y sin saber nada de su marido… Hasta que se enteró de que lo habían asesinado. Se volvió a sentir mal.

—Has hecho bien en decírmelo. La familia está para eso, ¿no? Verás que tarde o temprano recibiremos noticias de tu hermano —dijo tratando de parecer animada. Se incorporó y tiró de ella—. Tenemos que arreglarte el desastre que has hecho con el maquillaje si no quieres que Declan se enfade porque sales fea en las fotografías. —Louise sonrió—. Además, tienes que recibir a tu marido bien guapa para la noche de bodas.

—Camila, que nosotros ya nos hemos estrenado.

—¿Me vas a decir que no tiene morbo hacerlo por primera vez con un hombre casado? —Las dos se rieron—. Aunque sea el tuyo, tienes que pensar que será la primera vez que lo hagáis de casados.

Tomó las pinturas de maquillaje que Lucréce había dejado en la habitación y comenzó a arreglarle la máscara de pestañas que había manchado su bonito rostro.

—Sabes que la primera vez que Albert y yo estuvimos juntos fue cuando sucedió el incendió de los Kasongo.

—No, no lo sabía.

—Pues sí —dijo con una mezcla de felicidad y pena a la vez—. Llevaba años amando a Albert en silencio, nunca le había dicho nada porque entendía que él siempre me vería como la mujer de su mejor amigo. Pero cuando sucedió lo del incendio y Hubert y Jerome se marcharon, me quedé destrozada. Camila, esa misma noche no hizo falta que fuera a buscarlo para que pasara la noche conmigo, él vino sin que lo llamara —dijo aún sorprendida de que lo hiciese—. Estuvimos toda la noche en silencio, sin decirnos nada, pero sabía con toda certeza que podía contar con él para lo que quisiera. Te

prometo que no pretendía nada más cuando me senté a su lado en el sofá, solo quería tener a alguien a mi lado que me dijese que todo iba a salir bien. Pero una cosa llevó a la otra y… y, gracias a Dios, de lo malo siempre se puede sacar algo bueno. ¿No lo crees? —Ella asintió consciente de que, si no hubiese sucedido el incendio, Jerome y ella jamás se habrían conocido—. Por lo visto, él también me quería desde hacía tiempo, pero creía que yo todavía lloraba a mi marido y que solo lo veía como un buen amigo. —Sonrió—. Es curioso lo que los malentendidos pueden llegar a hacer sufrir a la gente. Los dos nos queríamos desde hacía años y por tontos… —Se interrumpió al oír que tocaban la puerta.

Albert apareció detrás de ella sin haberle dado permiso a entrar.

—Estás aquí —dijo aliviado—. Todos me estaban preguntando por ti y me estaba empezando a preocupar. —Miró con atención a su mujer—. Lou, ¿qué ocurre? —preguntó acercándose a ella al verle los ojos enrojecidos—. ¿Estás bien?

—Oh, Albert.

Se levantó y lo abrazó mientras se echaba a llorar.

Camila salió con sigilo de la habitación y dejó a la pareja a solas. Entendía que necesitaban algo de intimidad.

Se dirigió a la parte trasera de la casa y ayudó a Lucréce y a Julié a terminar de colocar la comida que habían estado preparando esa misma mañana para la celebración. Entre tanto, a un lado de la mesa que habían instalado para el banquete, dos de los invitados hacían sonar sus tantanes con entusiasmo, celebrando la unión de la pareja.

—Señorita Julié —dijo acercándose a ella—, puedo hablar un momentito con usted.

La niña la miró con cara de pocos amigos, pero antes de que pudiera salir corriendo, Camila la agarró del brazo, sin apretárselo mucho, y la condujo por el sendero que llevaba hasta la zona de cultivo.

—Yo no he hecho nada —dijo a la defensiva haciendo que sus bonitos ojos azules relucieran aún más en su redonda cara.

—¿Yo he dicho que hayas hecho algo? —le preguntó con una sonrisa—. Solo quería hablar contigo para ver si sabías algo de lo

que había pasado con los anillos. —La niña desvió la cara hacia el lado opuesto a donde ella estaba—. Es que creí que los había metido en mi bolsito y debe ser que me equivoqué y los guardé en el cajón del ropero. —La miró con atención y siguió hablando—. Ya sabes que a veces soy un poco despistada y, como tú estabas conmigo cuando creí que los había guardado en mi bolso, a lo mejor sabías qué fue lo que hice con ellos. La verdad, aún no recuerdo cómo llegaron allí.

—Yo tampoco lo recuerdo.

—Parece que las dos somos igual de despistadas, ¿no crees? —Julié asintió. Estaba claro que por ahí no iba a conseguir nada, tenía que intentarlo por otro lado—. ¿Sabes que es lo bueno de que Albert y tu madre se hayan casado? Que ahora podrás pasar más tiempo con él. —Sabía cuánto quería Julié a Albert.

—Me da igual, preferiría que se quedara en su casa.

—¿Por qué? Yo creía que te gustaba estar con él. Y que te gustaba que tu madre y él saliesen.

—Y me gusta. Pero… —dudó en hablar.

—Pero ¿qué? A lo mejor, si me lo dices, podemos arreglarlo.

—No puedes, ahora que están casados van a tener otros hijos, como tú y el tío, y se van a olvidar de mí. ¿Crees que se puede arreglar? Yo creo que no.

Así que había sido por eso por lo que había escondido los anillos. Sin anillos entendía que no habría boda. Camila sintió una gran ternura por la pequeña.

—Julié, tú quieres a Hubert, ¿verdad?

—Claro —dijo como si no hacerlo fuera imposible.

—Y también quieres a mamá y a Albert, ¿no? —Ella asintió—. Y a tu tío Jerome, y a Faustin, y a Serpiente II… ¿Verdad?

—Y a ti también y al primito que llevas ahí —dijo señalando la pequeña curva que se empezaba a insinuar en su vientre. Camila sonrió y le dio un beso en su pequeña cabecita.

—Yo también te quiero, cielo. Y si tú tienes hueco en tu corazón para todos nosotros, ¿no crees que tu madre y Albert también puedan hacer un hueco en su corazón para el hermanito que venga sin dejar de quererte a ti también y a todos los demás? —La niña la

miró sorprendida—. ¿Acaso has dejado de querer a tu madre porque me quieras a mí también?

—No.

—Yo tampoco he dejado de querer menos a tu tío porque haya aprendido a quererte a ti y al hijo que estoy esperando. ¿No crees que a lo mejor te has preocupado sin necesidad?

—A lo mejor. —Parecía estar pensando.

—¡Camila! —gritó Hubert desde el otro lado del sendero—. Mi madrina necesita que la ayudes. Está en el dormitorio de Jerome; bueno, en el tuyo. Por lo visto, el maquillaje se le ha estropeado —dijo como si no se pudiese creer que estuviera hablando sobre eso —. Julié, Adéle está tratando de meter a Serpiente II en la cazuela —dijo para mortificarla—, será mejor que vayas.

Antes de terminar la frase, Julié corría por el camino de tierra en dirección a los corrales mientras Hubert se reía a carcajadas.

—Eres un bicho —le reprochó Camila.

—No más que ella, ¿sabes lo que me ha hecho? Como sabía que Anne venía a la boda, me escondió las pocas fotografías que tengo de ella. No tengo ni idea de dónde me las ha metido.

—Están en el cajón de mi ropero. —Las había visto allí cuando buscaba los anillos. Hubert la miró con interés—. Mejor no preguntes.

—Deja que la agarre.

Se echó a correr.

—¡Hubert! Solo es una niña —le gritó, pero ni caso le había hecho. Seguía corriendo por el sendero en busca de Julié.

Entró a la casa y se dirigió a su dormitorio. No pudo evitar reír al ver el estado del peinado de Louise.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó muerta de risa—. Parece que un huracán ha arrasado el dormitorio —dijo sin poder parar de reírse.

—Camila, vete al carajo. Necesito ayuda urgente. No puedo salir con estas pintas. —Se miraba al espejo y no podía creerse el estado tan lamentable en el que estaba su peinado y su maquillaje.

—Poder, poder, lo que se dice poder, sí puedes salir. Otra cosa es que nadie se dé cuenta de lo que ha pasado en el dormitorio —dijo riendo—. Voy a buscar apoyo logístico, yo sola no soy suficiente para manejar este estropicio.

Las dos se reían a carcajadas. Camila no pudo evitar pensar en Jerome, Louise se reía igual que él. Salió de la habitación y se apoyó en la puerta. Respiró varias veces con lentitud tratando de tranquilizarse y, cuando lo consiguió, fue a buscar a Lucréce para que la ayudase con el peinado y el maquillaje de su cuñada.

Camila se había levantado temprano para terminar de recoger los restos de la fiesta que se había prolongado hasta bien entrada la madrugada. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Había estado bastante animada y divertida. Por unas horas consiguió no pensar en Jerome y eso era bueno, muy bueno. Solo lo conseguía cuando estaba en el trabajo.

Durante las primeras semanas, cuando el trabajo terminaba, la preocupación y la angustia por saber qué sería de su marido la embargaban de tal manera que la boca del estómago la tenía hecha un ovillo. Apenas podía dormir y, cuando lo hacía, se despertaba con pesadillas. Esas semanas fueron horribles. Pero después de tener una charla con Louise, todo cambió. Fue el mejor consejo que recibió en aquellos días: «Mantente ocupada».

Los meses siguientes trató de tener su cabeza empleada en otras cosas que no fueran Jerome. Trataba de ayudar a Sole en la escuela, a Declan en los cultivos de café, trataba de ser ella la que siempre cocinase, bajaba a Saint Hospital a echar un cabo, aunque no hiciera falta, trataba de hacer de todo para estar ocupada. Había logrado, con el paso del tiempo, que se convirtiese en una rutina y así consiguió solo pensar en Jerome en la intimidad de su dormitorio.

Esa vez se había permitido el lujo de comprar un *discman* portátil en Kinshasa y se había llevado sus cd de los Beatles, de los Rollings y de Frank Sinatra para escucharlos antes de acostarse. Procuraba echar de menos a su marido en la soledad de su cuarto, donde nadie se diese cuenta de lo mucho que lo extrañaba y de la

preocupación que sentía por él día y noche. En especial, Declan, cuya opinión sobre su matrimonio tenía muy clara. No le iba a dar el gusto de escuchar de él un «Te lo dije». Para ella estar casada con Jerome seguía mereciendo la pena a pesar de todo.

Los ladridos de Tierra y de Alemán la sacaron de sus pensamientos; dejó la escoba a un lado y se asomó a la puerta. Vio que los dos perros salían corriendo hacia el camino sin parar de ladrar. Fue detrás de ellos a ver qué sucedía y descubrió que alguien venía a lo lejos.

—Buenos días —le dijo al desconocido en cuanto lo tuvo a su altura.

—Buenos días —la saludó con un ademán de cabeza—. ¿La señora Tshisekedi se encuentra en casa?

Camila recordó que ese era el antiguo apellido de casada de Louise.

—¿Quién lo pregunta? —preguntó con recelo.

—Mi nombre es Olivier Mende, soy amigo de su hermano.

—¿Conoce usted a Jerome? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, lo conozco.

—Sígame —invitó al hombre a caminar a su lado—. ¿Y de qué lo conoce?

—Hace años me salvo la vida. —Camila no pudo evitar sonreír al sentirse orgullosa de su marido—. Discúlpeme, pero usted es…

—Perdone, qué despiste. Soy Camila Oramas.

—¿Usted es la esposa del comandante?

Camila al escuchar aquello creyó que el corazón se le iba a salir desbocado por la boca. La única manera de que supiera que estaba casado era habiendo estado con él en Kivu del Norte.

—Sí, soy yo.

El hombre le sonrió. Metió su mano derecha en el bolsillo y sacó varios sobres.

—Hace unas dos semanas me entregó esto para que se los trajese cuando se enteró que me venía para acá. —Camila no podía dejar de mirar los sobres—. Creí que tendría que ir hasta Lombe para hacérselo llegar—. Le dio el sobre que ponía con letra clara y bonita «Camila».

—¿Está vivo? ¿Está bien? ¿Lo han herido? ¿Le ha pasado algo en estos meses? —preguntó nerviosa.

Era la primera vez que tenía noticias de él en todo ese tiempo.

—Hasta que me marché estaba en perfecto estado.

Sus ojos se humedecieron mientras estrechaba la carta contra su pecho. Jerome estaba bien, gracias a Dios.

Dejando al hombre solo en mitad del camino, entró a la casa corriendo y los despertó a todos. Le dio igual sacar a Louise de la cama junto con su recién estrenado marido, pero había cartas de Jerome para todos. Era una gran noticia.

> Hola, Zaireña mía:
>
> ¿Cómo estás? Es lo primero que te pregunto porque, si yo no dejo de echarte de menos, me puedo imaginar cómo lo debes estar pasando tú sin saber nada de mí, que estoy metido de lleno en todo este conflicto. Te quiero.
>
> Las cosas por aquí están tranquilas dentro del caos que puede llegar a ser esto. Me encantaría poder decirte que todo sigue igual y que no ha habido ningún cambio importante, pero no es así. Hace unos meses tuvimos que trasladar el campamento a otro territorio. Nos atacaron y tuvimos que salir de Rutshuru a toda prisa. Gracias a Dios, todos los que conoces están sanos y salvos.
>
> A raíz de eso me cambiaron de unidad. Ya no soy el comandante de la unidad Delta sur como antes, sino el de la unidad Delta norte. André ha ocupado mi cargo en la sur, y a mí, por falta de un comandante en el norte (ya te podrás imaginar el porqué) y ser el más veterano de los comandantes, me han trasladado allí. La diferencia más significativa es que ya no estoy con todos mis hombres, solo se les dio el traslado a cinco hombres de mi antigua unidad. Pierre y Baslie son los únicos que conoces que vinieron conmigo.

Lo único bueno que tiene el cambio, por tratar de encontrar una parte positiva, es que sigo compartiendo campamento con mi antigua unidad, y a André y a Nocólas, cuando coincidimos, los puedo ver. En lo que al conflicto se refiere, poco a poco estamos ganando fuerza y parece que cada vez queda menos para conseguir lo que pretendemos. La guerra va a estallar en cualquier momento y eso hace difícil que nos den permiso para ir a casa. Siento darte esta mala noticia. Te quiero, te lo digo por si no lo sabías.

Estos meses, cada vez que he podido, he ido al campo de refugiados de Katele para ver qué tal está René. Parece que Lucréce tendrá nuevo miembro en su familia dentro de unos meses. Nadie lo ha reclamado todavía y dudo que lo hagan ya, pero hay que seguir con el procedimiento, tal y como lo marca el ACNUR. Con sinceridad, me alegro de que nadie lo haya reclamado, sé que con ella estará mejor que con su familia. Aquí todo es miseria y desesperanza. Le he enseñado algunas palabras en francés y en lingala para que se vaya acostumbrando a escucharlos. Está claro que el fuerte de Lucréce no es el inglés por mucho que le hayas enseñado. No sé por qué me da la sensación de que la culpa es más de la maestra que de la alumna. Será cuestión de valorarlo, ¿no crees?

Quiero que sepas que me estoy riendo en este momento de ti. Aunque imagino que ya lo sabías, pero por si había alguna duda… Te estoy imaginando enfadada al leer estas líneas y poniéndote más guapa todavía. ¿Te he dicho que te pones muy guapa cuando te enfadas? Tu piel se tiñe de un color rosado muy bonito. Te quiero, te lo repito por si no te quedaba claro.

¿Qué tal las cosas por ahí? Espero que bien o mejor de lo que imagino. ¿Tus padrinos ya saben que estamos casados o

no te has atrevido a decírselo? Conociéndote como te conozco, sé que se lo habrás dicho y que habrás puesto el grito en el cielo cuando dijeron: «¡Te has vuelto loca!». Me puedo imaginar su cara de sorpresa al saberlo. Me dan pena porque no van a conseguir separarnos. ¿Verdad que no lo conseguirán? ¿Ni ellos, ni nadie, ni nada? (Por la cuenta que me trae, espero que la respuesta sea afirmativa).

Y con Declan, ¿qué tal va todo? Espero que vuestra relación haya mejorado y no siga tan tensa como estaba en los últimos días que estuvimos en la selva. En el fondo, aunque no acepte lo nuestro, es un buen hombre y te quiere. Que conste que me ha costado escribirlo, pero aquí, si no estoy en alguna misión, tengo bastante tiempo para pensar y he pensado mucho sobre él. Aunque más en ti, ¿o qué pensabas? Entre un sacerdote entrado en la sesentena algo cuadriculado de mente y con gafas, y una zaireña de casi veinticinco, con un estupendo cuerpo, con una carita que parece la de un ángel y que me hace sentir vivo cuando estoy a su lado, creo que no hay duda alguna sobre en quién he pensado más, ¿no crees? No sé si te lo he dicho, pero por si no lo he hecho, te quiero.

¿Qué tal en Saint Germain? Imagino que ya habréis vuelto a la normalidad, aunque eso no quita que los de Lombe y ustedes mismos sigan teniendo presente lo del alud. ¿Sabes que, cuando nos pienso juntos, nos imagino en nuestra habitación de Saint Germain? (porque ya no es solo tuya, es de los dos) Nos imagino allí, leyendo, hablando, jugando a las cartas –sobre todo al *streap*póker (ahora no creo que tengas problema en jugarlo conmigo)–. Me imagino riendo contigo por alguna bobería que alguno de los dos haya dicho; me imagino haciéndote el amor en alguna de las dos camas (aunque no me importaría unirlas y hacerlo en las dos

a la vez para estar más cómodos y tener más espacio, tú ya me entiendes); te imagino entre mis brazos, abrazándonos, tocándonos, acariciándonos, mirándonos, haciéndonos sentir como las únicas personas del mundo. Te echo de menos, no sabes cuánto. Estoy deseando tenerte de nuevo junto a mí. Te quiero. Te lo vuelvo a decir por si en algún párrafo de la carta no te ha quedado claro.

¿Qué tal tus medicinas? Te prometo que todavía me despierto con pesadillas por culpa de ellas; me lo pusiste difícil, aunque procuro tomármelo con humor. Bromas aparte, espero que algunas aún sirviesen para los enfermos de allí. ¿Qué tal en el hospital? ¿Qué tal la vuelta a Kinshasa cuando nos despedimos? ¿Se te curó el morado que te hice en el hombro sin querer? Y tu pequeña marca del disparo en el pecho ¿sigue ahí o ha desaparecido? ¿Alemán está bien? ¿Has visto a mi otra familia? (porque ahora tú eres mi familia).

Hay tantas cosas que me gustaría saber, pero de las que sé que no voy a poder obtener respuesta alguna hasta que no esté de nuevo contigo. Para mi desgracia, Olivier no va a volver a Kivu del Norte. Se marcha para no volver y no me extraña que lo haga. Así que seguiré sin noticias tuyas. Ojalá el tiempo pasase tan rápido que no nos diésemos cuenta de que estamos separados, pero creo que eso es demasiado pedir.

Te quiere, Jerome.

Katele, 5 de julio de 1996.

P. D.: Dales recuerdos a todos de mi parte.

P. D. 2: André, Nocólas y algunos hombres me envían recuerdos para ti, para Declan y para Lucréce.

P. D.3: Por cierto, ¿qué le diste a Pierre que no para de hablar de ti en todo el día? Te lo digo, como vuelva a nombrarte en las próximas horas lo mando de nuevo a la unidad sur. (Ya me gustaría poder enviarlo, lo está pasando mal. El cambio no le ha sentado bien, como a todos. Teníamos un buen equipo a pesar de todo, quitando a algún que otro indeseable).

P. D. 4: (La última posdata, pero no por ello la menos importante). Te amo. No me olvides, yo no me olvido de ti.

Camila apoyó la carta sobre su pecho y lloró. Lloró como hacía tiempo que no lloraba. Desde hacía unos meses se había propuesto no volver a llorar para evitar que su bebé percibiera la angustia que sentía por estar separada de su padre. Pero, al recibir la carta, no había podido aguantar más. Quería contarle tantas cosas a Jerome…

Quería decirle que el morado del hombro curó y que la marca del pecho no se había ido y dudaba que se fuese alguna vez. Quería decirle que la mayoría de los medicamentos que se dejaron en el estropeado camión se encontraron en buen estado y que no se preocupase por eso. Quería decirle que el camión lo arreglaron y se estaba utilizando como transporte para el material del hospital. Quería decirle que en el hospital todo iba bien, que el trabajo era su vía de escape para no pensar tanto en él. Quería decirle que no se preocupase por lo del cambio de unidad –lo había notado bastante preocupado por eso–; que todo saldría bien; que los cambios siempre costaban al principio, pero que después las cosas irían saliendo adelante.

Quería contarle que sus padrinos, al principio, habían recibido la noticia de su matrimonio con reticencias, pero que, gracias a Dios, ya lo aceptaban y estaban deseando conocerlo. Quería decirle que Alemán estaba muy bien; eso sí, cada vez más grande y más travieso. Quería darle las gracias por preocuparse por René y estar pendiente de él; conociendo como conocía a Lucréce, esta también se lo agradecería toda la vida. Quería decirle que Declan y ella hacía

meses se habían arreglado, aunque procuraba no hablar de él con el sacerdote.

Quería decirle que sí había visto a su familia. Que Louise y ella eran muy buenas amigas y que su hermana se acababa de casar con Albert y a los dos se les veía muy felices. Quería decirle que Hubert ya no estaba enfadado con él y que ya no era aquel muchacho que conoció en medio de ninguna parte, asustado por lo que le acababa de pasar a su padrino. Hubert se había convertido en todo un hombre; a veces tenía cosas de aquel muchacho asustado, pero cada vez quedaba menos de él. Quería contarle lo que había hecho Julié con los anillos de la boda para que su madre y Albert no se casaran y por qué había hecho tal cosa…

Quería decirle, lo más importante de todo y lo que la hacía más feliz, que gracias al amor que se tenían estaban esperando un bebé y que aún no sabían si era niño o niña. Quería decirle lo feliz que se sintió cuando se enteró de la noticia. Quería hablarle de las dudas que tenía sobre si sería una buena madre o no. Quería contarle sus anhelos sobre cómo sería; a quién se parecería; si sacaría los ojos de él o los de ella o, a lo mejor, los de ninguno de los dos; si sería tranquilo o, por el contrario, un terremoto; si gatearía primero y después andaría, o sería como fue él, que empezó a caminar sin intentar gatear alguna vez. Quería hablarle del nombre que había pensado si era niño: Samuel. Y del que había pensado si era niña: Catherine. Quería hablarle de su miedo a si el niño nacería sano o no, a si el parto iría bien o no… Había visto tantas cosas a lo largo de su carrera profesional que se sentía asustada ante la llegada del bebé, aunque también estaba emocionada y feliz. Era todo tan extraño y tan nuevo para ella.

Quería decirle que ella también lo amaba y que ni se le pasara por la cabeza que se iba a olvidar de él. Quería apaciguar sus dudas y explicarle que nada ni nadie los separaría y menos ahora que eran una familia de tres. Quería decirle que ella también lo echaba de menos, que estaba deseando abrazarlo, besarlo, acariciarlo. Que estaba deseando que le hiciera el amor y ella hacérselo a él. Quería decirle que al recibir la carta se había dado cuenta de que necesitaba verlo ya, que lo necesitaba a su lado, que necesitaba

sentirlo, que necesitaba verlo reír y escuchar su risa, que necesitaba escuchar su respiración profunda cuando dormía, que necesitaba ver el pequeño lunar que tenía detrás de la oreja, que necesitaba aspirar ese aroma tan dulce que desprendía, que necesitaba escuchar de su boca que la amaba, que necesitaba escuchar en sus oídos cómo la llamaba *Zaireña* con ese acento francés que la hacía derretirse por dentro.

Quería decirle que siempre estaba en sus pensamientos y que tenía que mantenerse ocupada para sacarlo de allí porque, si no, la tristeza y el dolor por no tenerlo a su lado eran tan grandes que creía que su corazón no lo resistiría y desfallecería. Quería decirle «te amo»; quería decírselo una y otra vez, y otra y otra… Pero quería decírselo a él, en persona, cara a cara. Quería tomar su mano y llevarla a su vientre y que él notara cómo su bebé se movía en su interior. Quería que él calmase sus miedos susurrándole al oído que todo irá bien. Quería que él estuviera con ella, allí, en ese momento, en ese instante…

Quería tenerlo con ella y decirle tantas cosas… El llanto se intensificó tanto al saber que eso no podía ser así, que era imposible, que él no estaba allí ni estaría en mucho tiempo, que Declan, al escucharla llorar con desespero, desde el salón, entró en su habitación, la abrazó y no dijo nada, ni le reprochó nada.

24

Kinshasa, 16 de agosto de 1996.

Camila, vestida con un traje azul petróleo de seda de palabra de honor –no muy largo para no parecer más baja de lo que era–, con su melena ondulada color trigo recogida en un moño italiano alto y con la fabulosa copia del diamante Flor del Zaire colgado en su cuello, estaba radiante a los ojos de su madrina. El embarazo le sentaba de maravilla, pensó cuando la vio bajarse del Mercedes que los había llevado hasta la embajada francesa.

Esta noche se celebraba una fiesta en honor al cumpleaños de la mujer del embajador de Francia y a Vicente y a ella les había parecido una buena idea llevar a Camila para que se distrajese. Llevaba mucho tiempo metida en Saint Germain sin parar de trabajar y entendían que ese día era un buen momento para hacerla volver de nuevo a la vida social de la capital y que se divirtiese un rato.

La fiesta estaba resultando más animada de lo que esperaba. Camila había ido casi obligada por sus padrinos –para que saliese y se distrajese en lo que esperaban a que el pedido de material médico del hospital fuese desbloqueado en el aeropuerto– y parecía que lo que pretendían estaba dando sus frutos. Miró a su madrina y la vio con cara de aburrida, le dio lástima. Alicia había pensado que la fiesta sería más entretenida: música, baile y alguna que otra actuación, pero no estaba resultando así. Lo único de lo que se hablaba en cualquiera de los grupos que estaban en la sala era de la situación política en la que se encontraba el país.

Todo parecía indicar que la F. A. Z. estaba perdiendo fuerza en Kivu del Norte debido a la desastrosa situación económica en la que se encontraba. Hacía meses que no se pagaba a los soldados y estos estaban recurriendo al pillaje y a aliarse con el primero que le pagara o le diese algo de comida o de sustento, como si de

mercenarios se tratase, con lo que quedaban pocos hombres que lo apoyasen. La forma de gobernar de Mobutu Sese Seko, en donde la corrupción estaba a la orden del día y se enriquecía a todo su séquito o a todo el que estuviera a su alrededor mientras dejaba de lado al pueblo, se estaba volviendo en su contra, pensó Camila. Su propio ejército lo estaba abandonando por la miseria por la que los estaba haciendo pasar. ¿Cómo iban a defender un Gobierno que no los apoyaba y en el que hacía tiempo que no creían?

Por lo que se decía, Uganda y Ruanda estaban apoyando a la A. F. D. L. (Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo–Zaire) y algunos oficiales de las F. A. Z., ante la pasividad de los antiguos aliados del presidente mariscal Mobutu (EE. UU., Francia…), se habían aliado con ellos. Para Camila, escuchar todo aquello eran buenas noticias. Parecía que el general Kabila estaba consiguiendo lo que tanto anhelaba Jerome y que el gobierno de Mobutu se iba debilitando por momentos. Cada vez quedaba menos para que Jerome y ella volviesen a estar juntos.

—Estoy tan disgustada con todo esto —le dijo una de las mujeres a Alicia y a ella—. No entiendo cómo los oficiales de F. A. Z. abandonan al gobierno que tanto les ha dado. —Camila decidió morderse la lengua y no opinar, más que por ella misma, por la mirada inquisitiva que le acababa de echar su madrina—. Ahora, por culpa de ellos, todo el regimiento de mi marido, desde el general hasta el último soldado, va a ser trasladado a Makelele en Kivu del Sur a principios de septiembre para cubrir los huecos que esos desagradecidos han dejado.

—Bueno, Hortense —dijo Alicia—, piensa que por lo menos tu marido ayudará a que todo esto se resuelva lo antes posible. Cuánto más hombres tenga allí la F. A. Z. con mayor rapidez se acabará con la Alianza.

—Aunque tampoco se sabe si eso servirá de algo —comentó Camila. Alicia la miró de tal manera que supo que la había molestado.

—Es lo que yo le pregunto a Simon, si en realidad merece la pena ir hasta allí o entregarle el país a la Alianza. Pero, claro, si no va para allá, lo pueden acusar de desertor y de traición. Imagínate, Alicia,

para mí es un conflicto de intereses. Por un lado, quiero que mi marido se quede y que no esté todos estos meses separado de su familia y, por otro lado, con todo lo que ha hecho el régimen por él, ¿cómo no va a ir a Kivu del Sur para que, al final, lo tachen de traidor? Lo que más me preocupa, sin lugar a duda, es que mi hija Hortense está esperando un bebé también —dijo mirando la curva que se dibujaba en el vientre de Camila— y mi yerno, que va con mi marido para Makelele, no pueda estar con ella cuando dé a luz. Van a estar varios meses allá. ¿Cómo vamos a soportar las dos la distancia? Y mi hija, embarazada como está, ¿cómo va a sobrellevar la lejanía de su marido?

—La distancia se aprende a soportar, lo importante ante una situación así es mantenerse ocupada. Y pensar en estar lo mejor posible para ese bebe que viene en camino —dijo entendiendo a la perfección lo que iban a pasar ambas mujeres.

—Camila ahora mismo cumple los seis meses a finales de mes, aún no sabemos si es niño o niña, el bandido no se deja ver bien —dijo Alicia tratando de excusar sus palabras—. Lo que es una pena es que su marido en todo este tiempo no haya estado con ella, está trabajando fuera de la provincia. ¿De cuánto tiempo está tu hija?

Hortense sonrió.

—De cuatro meses —contestó con alegría contenida—. Y sabemos que es un niño. El doctor Agassi, en la ecografía que le hizo hace dos semanas, nos lo dijo.

—A Camila también le está llevando el embarazo.

—¿A que es un médico estupendo? —le preguntó a Camila.

—Sí, es estupendo.

Observó que su padrino se dirigía hacia la terraza, se disculpó ante las dos mujeres y fue tras él.

—¿Me invitas a una copa? —le preguntó cuando lo encontró sentado en uno de los bancos del jardín. Vicente se rio y la instó a sentarse con él—. ¿Estás cansado? —Él asintió—. ¿Por qué no nos vamos a casa? La conversación con Hortense Bakala me ha agotado.

—¿Y qué te ha dicho para que te agote? Creí que te lo estabas pasando bien.

—Y así era hasta que empezó a decir que a todo el regimiento de su marido y su yerno lo iban a llevar hasta las provincias del este en septiembre y que no sabe cómo van a soportar su hija, que está embarazada, y ella la distancia.

—Comprendo —dijo con pesar. En ese momento vio que se acercaba el general Dengo hacia donde ellos estaban—. Camila, por favor, compórtate, por allí viene el general Dengo.

—¿Cómo? —preguntó desviando la vista hacia donde estaba mirando Vicente—. Me tenías que haber dicho que estaría aquí esta noche. Si lo hubiera sabido, no habría venido. —Su padrino, que intuyó que iba a levantarse, la sujetó con fuerza de la cintura—. Estoy harta de encontrármelo en la embajada como para también encontrármelo aquí.

—Piensa que en septiembre se irá a las provincias del sur y no lo volverás a ver en meses. —Camila lo miró sin comprender—. Es el general del regimiento del marido de la señora Bakala.

—Eso no me vale como excusa. Tenías que habérmelo dicho.

—No sabía que vendría. —Vicente sonrió con una de sus mejores sonrisas—. General. —Se levantó y los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos.

—Embajador. Señorita Oramas. —Tendió su mano. Camila se levantó, contuvo la respiración y apretó la mano del hombre que había asesinado a su suegro y a sus cuñados. Se sintió sucia por hacerlo—. Está usted muy guapa. —Vaya —dijo mirando a su cuello con sorpresa—, veo que el diamante Flor del Zaire le sienta muy bien.

—Gracias, general. —Tocó el colgante que colgaba de su cuello—. Pero, como bien sabe, no es el original.

—¿A no? —dijo mirando a Vicente—. De ese diamante es complicado tener una réplica porque muy pocas personas lo conocen. ¿Veo que no lo sabía? —preguntó al ver la cara de sorpresa de Camila.

—No, no lo sabía.

—Sí, fue uno de los primeros diamantes encontrados en las montañas de Luebo después de que se convirtiesen en las minas de

Luebo. Su propietario puso como condición que la existencia del diamante se mantuviese en secreto.

—De las montañas de Luebo —dijo sorprendida—. ¿Tú sabías eso, Vicente?

—Algo había oído, aunque parece que el general sabe más que yo sobre ese tema.

—Ahora que la miró bien, señorita Oramas, debería omitir lo de señorita y llamarla señora —dijo cambiando de tema mientras miraba el vientre abultado de Camila—. Vicente, no me había comentado que su ahijada se había casado.

—No hace falta estar casada para tener un hijo, general —contestó Camila.

El hombre sonrió.

—Tiene razón, se me había olvidado de que, a pesar de ser zaireña, usted se crio en Europa. Vaya, por fin el embajador francés se ha dado cuenta de que estamos en una fiesta y acaba de pedirle a la orquesta que toque música alegre. Me gustaría hablar con usted y pedirle mis disculpas por haber enviado a un hombre como Lutongo en su busca durante el secuestro. Lo último que me imaginé fue que se tratara del asesino de su familia. ¿Me acepta este baile?

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero estaba aquí sentada con mi padrino porque estoy bastante cansada. El embarazo a veces hace que esté más cansada de lo habitual. Le agradezco sus disculpas por haber enviado a ese hombre. Usted cómo iba a saberlo, ¿no? —preguntó con sarcasmo.

—Sí, cómo iba a saber yo. Por cierto, el comandante Ngona, ¿qué tal se portó con ustedes durante el secuestro? Aún no entiendo cómo los dejó marchar sin rescate alguno o sin asesinarlos.

—Yo tampoco lo entiendo, general, pero fue lo que hizo. Parece que no es tan perverso como todos piensan, o como se les hace creer.

—Debe ser eso, o no. No se sabe. Buenas noches —dijo haciendo una inclinación de cabeza.

Vicente y ella le desearon buenas noches y lo vieron dirigirse de nuevo a la fiesta.

—Me voy para casa. Creo que por esta noche he tenido suficiente.

—Avisaré a Jean Paul para que nos alcance el automóvil hasta la entrada —dijo levantándose—. Espérame aquí, voy a buscar a Alicia.

Camila se quedó sentada en el banco dándole vueltas a lo que le acababa de decir el general mientras tocaba el colgante que tenía al cuello.

El diamante Flor del Zaire era de las montañas que habían pertenecido a su familia, se dijo sin poder creerlo. Cada vez tenía menos dudas sobre cuál era la razón por la que habían asesinado a su familia y cada vez tenía menos dudas de que el Gobierno estaba detrás de eso. Si no, ¿cómo podía saber Dengo que el propietario del diamante había puesto como condición que no se dijera nada sobre su existencia antes de convertirse las montañas en minas?

—General. —Vicente lo interceptó antes de entrar a la sala de fiestas—. ¿Se puede saber a qué ha venido todo eso?

—¿No lo sabe? Las últimas veces que nos hemos visto se le ha olvidado mencionar que su ahijada es la mujer del comandante Ngona. —El hombre se rio al ver la cara desencajada del embajador —. Creía que no me iba a enterar. —Se volvió a reír—. Imagínese mi sorpresa cuando desde el obispado de Kasai Oriental me envían el certificado de matrimonio del comandante y descubro que su mujer no es otra que Camila Oramas. Por lo menos, el comandante Lutongo, antes de morir, hizo algo bien, pedirles que me lo enviaran. Ya ve. No se puede jugar conmigo. Procure no decirle nada a su ahijada o a Ngona sobre esto. Si no, aténgase a las consecuencias.

Dengo se giró sobre sus talones y se alejó de él. Hecho un manojo de nervios, se adentró en la sala de fiesta, buscó a Alicia y avisó a Jean Paul para que trajese su automóvil. Estaba deseando marcharse de allí.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Camila tras llegar a casa—. Te veo nervioso.

Vicente se asomó a la ventana y vio el automóvil negro que estaba aparcado frente a la embajada. Los había estado siguiendo desde que salieron de la fiesta. «Tengo que decírselo», pensó mientras se giraba para encontrarse de frente con el delicado rostro de su ahijada, que lo miraba con preocupación. Si le decía que

Dengo sabía que era la esposa de Jerome Ngona, tal vez la podría perder para siempre y, con ella, al bebé que esperaba.

—¿Estás bien? —Se acercó a él al ver que se había puesto pálido.

—Sí, Camila. Estoy bien —dijo con una sonrisa forzada—. Siéntate. Tenemos que hablar. Dengo sabe que eres la mujer de Jerome Ngona.

25

Kivu del Norte.

25 de septiembre de 1996.

Salieron de casa de Brigitte, avanzando con el Land Rover alquilado, por el mismo camino que habían usado la última vez que habían estado allí. A Camila todo aquello le resultaba tan familiar que parecía que no hubiese pasado tanto tiempo, por muy eterno que le hubiese parecido desde Saint Germain. Hacía ya seis meses de eso. Lucréce la miró y le sonrió.

—Parece mentira que seis meses pasasen tan rápido —dijo como si le hubiese leído el pensamiento.

Ella asintió y siguieron la marcha en silencio.

Lucréce pensaba en el niño que dentro de unos días sería suyo. Él había sido la razón de que los tres, Marcel, Camila y ella, fueran a Katele. Todos habían puesto el grito en el cielo cuando dijeron que irían a Kivu del Norte con todo lo que estaba sucediendo en la provincia, pero a las dos le dio igual. Ella iba a por su nuevo hijo y Camila, a ver a su marido. Aún no entendía cómo su niña podía llevar tan bien la distancia, aunque sospechaba que eso era solo la fachada. Como se solía decir, «la procesión va por dentro».

Camila pensaba en que era la segunda vez que iban a ver a Brigitte y no había noticia alguna de ninguno de los tres hombres a los que ella había ido a buscar. Ni Nocólas, ni André, ni Jerome habían aparecido por allí en las últimas semanas. Era desesperanzador. El 1 de octubre, el ACNUR le entregaría René a Lucréce y se tendrían que volver a Kinshasa, y ella aún no había visto a Jerome, aunque su amiga le había vaticinado que en ese viaje sí se reencontrarían. Estaba desmoralizada. Notó una patada en su vientre y se animó sin saber por qué. Algo le decía que lo acabaría viendo.

Al sureste del territorio de Beni se libraba una batalla más en la zona. La unidad delta norte avanzaba sobre la espesura de la selva y conseguía que el enemigo tuviera que ir retrocediendo a medida que pasaban las horas. Las balas, a esas alturas del combate, silbaban allá donde cualquiera escuchaba. Era imposible saber a ciencia cierta si eran ellos los que los tenían rodeados o eran los May May los que los tenían rodeados a ellos. Aunque, tal y como habían ido las cosas, creía que al enemigo le quedaba poco para rendirse. Se acercó agazapado a uno de los tenientes que tenía a su cargo y le ordenó:

—Vaya cuatrocientos metros al este con veinte de sus hombres y bordee la zona. Una vez allí, con diez de esos hombres, diríjanse al norte, al otro extremo del combate. Trataremos de rodearlos. Acabo de enviar otro grupo al oeste. Nosotros os cubriremos en lo que llegáis. Quiero contacto por radio cada cinco minutos. ¿Me ha oído bien? Cada cinco minutos. Es una orden. Si no hay contacto en ese tiempo, daré por sentado que estáis muertos y dejaré de cubriros.

Por no mantener el contacto por radio, tal y como había les había ordenado en la última misión, estuvieron a punto de fracasar. Entendió que los habían matado y durante unos minutos estuvieron disparándose los unos a los otros siendo del mismo bando. Jerome aún no entendía cómo habían conseguido salir de aquello con tan pocas bajas, y menos aún que sus hombres no le hicieran caso. En la unidad delta sur nunca había tenido esos problemas de autoridad.

—Sí, señor —dijo el joven sabiendo que la amenaza iba en serio.

Jerome hizo una señal a los seis hombres que llevaban los lanzagranadas para que se acercasen a donde estaba. Desde el tronco caído con el que se protegía estaban bien cubiertos. Contó hasta cinco y los seis dispararon al mismo tiempo. Distintas explosiones se escucharon a unos trescientos metros. Se hizo un silencio desesperante durante unos largos segundos y volvieron a sonar disparos, pero esa vez con menor intensidad. Sonrió, los habían alcanzado.

—Equipo alfa avanzando —escuchó por radio.

«Perfecto», pensó.

Ordenó que cargasen los lanzagranadas de nuevo y que disparasen. Esa vez, en lugar de esperar a que volvieran a sonar los

disparos, ordenó al resto de la unidad avanzar hasta que empezaron a disparar otra vez.

—Equipo beta avanzando.

Pierre y Jerome se miraron al escuchar aquello. Le habían hecho caso. Ya era un logro, pensó.

Repitió el proceso dos veces más.

—Equipo beta en posición a quinientos metros de delta.

—Los lanzagranadas, que avancen doscientos metros al norte y que disparen —les ordenó por radio—. Equipo alfa, ¿dónde estáis? —Había enviado antes al alfa que al beta y era el beta el que se había posicionado antes—. Equipo alfa, contestad. —No había respuesta—. Pierre, ve con dos hombres a inspeccionar el terreno de alfa.

El cabo, al que hacía un mes había ascendido al ver el estado tan lamentable en el que se encontraba su nueva unidad, se alejó de él con dos solados más hacia donde había enviado al equipo alfa.

Se oyeron tres explosiones desde el otro lado. Era beta, que disparaba las granadas. Habían sonado demasiado cerca. Debía retrasar más a los lanzagranadas. Hizo una señal y volvieron a avanzar. Los disparos comenzaron a sonar en la otra dirección.

—Beta, avanzad doscientos metros al norte a los lanzagranadas y disparad. Después, volved a avanzar trescientos metros al norte. Estamos demasiado cerca unos de otros.

—Afirmativo, Delta.

—Preparaos —les ordenó a los soldados que cargaban los lanzagranadas—. En cuanto Beta dispare, esperaremos cinco segundos y disparamos nosotros.

—Equipo Alfa eliminado —escuchó decir a Pierre al otro lado.

Mierda, se dijo, acababa de perder a varios de sus hombres y el enemigo estaba huyendo por el hueco que Alfa había dejado. Se oyeron los disparos de los lanzagranadas de Beta.

—No disparéis —les dijo a los hombres que estaban expectantes a que diera la orden. Era una pérdida de munición—. Nos desplazamos hacia el oeste. Beta —dijo por radio—, desplácese todo lo que pueda al este. Cuando haya avanzado quinientos metros, vuelva a disparar las granadas.

—Afirmativo, Delta.

Durante la siguiente hora siguieron avanzando en busca de lo que quedaba de la unidad May May y disparando contra ellos, pero muchos habían conseguido escapar a través del hueco que había dejado el equipo alfa.

Tras un balance de la situación, habían sufrido trece bajas, ocho heridos graves y ocho leves. Los otros treinta tenían algún que otro rasguño o contusión, pero nada grave. Eran muchas bajas, pensó. Ordenó a dos soldados que contasen el número de bajas de los May May mientras los demás enterraban los cuerpos de los fallecidos para evitar la propagación de enfermedades por la zona.

—Comandante, les hemos ocasionado treinta y nueve bajas —dijo uno de los soldados que había hecho el recuento.

Gritos de euforia y vítores sonaron entre los hombres al saberse vencedores del combate. Jerome fue incapaz de unirse a sus gritos, seguía creyendo que ellos habían tenido muchas bajas.

—¿Mirasteis en el poblado si había algún superviviente?

—No, señor.

Seguido de un grupo de diez hombres, se acercó al poblado que habían atacado los May May. De las veinte chozas que había, solo cuatro estaban sin quemar; las demás estaban calcinadas y de alguna todavía salía alguna que otra llama. Diez civiles salieron, al verlos llegar, de una de las chozas que todavía se mantenía en pie. Otros cinco salieron de otra. Y seis y ocho de las otras dos. Sí había supervivientes, pensó mientras sonreía. Por lo menos habían llegado a tiempo para que no todo el poblado pereciera a manos de los May May. Los quejidos de una mujer herida en el abdomen, en una pierna, en un costado y violada llamaron su atención. Había pensado que estaba muerta.

—Tengo sed —dijo la mujer con torpeza—. Agua.

Jerome, sabiendo que poco podía hacer por ella salvo darle lo que pedía, tapó su desnudez y se acercó al río con una cacerola que había encontrado tirada en medio de aquella matanza.

—¡Comandante, cuidado! —gritó Pierre.

Oyó un disparo a su espalda y notó al momento un fuerte dolor quemante en su cuerpo. Cayó al suelo antes de poder identificar dónde le habían dado.

26

Mientras volvían por una de las calles principales de la ciudad a la pensión, Lucréce estaba igual de parlanchina que las últimas veces que habían ido al campo de refugiados a ver a René. Sabía que en dos días se lo darían con toda seguridad. No había ni rastro de su familia y el niño, cada vez que los veía llegar, se ponía tan contento al verlos que se orinaba encima. A Camila se le partía el alma. ¿Cómo debía estarlo pasando el pobre René y cualquiera de los cerca de setecientos niños huérfanos que estaban acogidos en la sede de ACNUR sin nadie de su familia a su lado? No era suficiente lo que estaban haciendo, eso estaba claro.

—Señora Ngona —dijo una voz a su espalda.

Camila se giró y se encontró frente a frente con Nocólas y con André. No pudo evitar sonreír de alegría y abrazarse a los dos hombres. Por fin alguien que sabía algo de Jerome.

—Madre mía, ¿y esta barriga? —dijo André mirándola de arriba abajo sin poder creer lo que estaba viendo.

—Sorpresa.

—¿Pero de cuánto estás? —preguntó Nocólas sin tampoco poder creerlo.

—De siete meses ahora mismo —dijo orgullosa.

—Vaya sorpresa se va a llevar Jerome cuando te vea —dijo André —. Aunque más bien será doble —dijo riendo.

—¿Está vivo? —preguntó con temor.

—Claro que está vivo, tiene más vidas que un gato —dijo Nocólas.

—Por lo menos, eso es lo que sabíamos de él antes de que se fuera a Beni. —André quiso ser más precavido, nunca se sabía.

—¿No está en el campamento base?

—No. Partieron hace tres semanas para allá —le explicó Nocólas.

—¿Y cuándo vendrá?

—No lo sabemos, tal vez ya haya llegado o tal vez hasta dentro de una semana no vuelva. Lo máximo que solemos estar fuera son cuatro semanas. Pero no te preocupes, verás que una semana pasa rápido.

Camila creyó que el mundo se le caía a los pies.

—Nos marchamos pasado mañana —dijo Marcel.

No iba a poder verlo. No, se dijo con determinación. Había esperado mucho estar con él y no iba a estar tan cerca de conseguirlo para después marcharse.

—Vosotros os vais en dos días. Yo me quedo aquí hasta que vea a mi marido. —Vio la cara de horror que había puesto Lucréce—. No hay marcha atrás. Llevamos muchos meses sin vernos y necesito decirle que estoy esperando un hijo suyo. Lo siento, Lucréce, sé que te prometí que volvería contigo, pero necesito ver a Jerome.

—Camila, no es buena idea —dijo André.

—Si ella quiere quedarse y verlo, así se hará —dijo Nocólas con determinación—. ¿Tienes algún problema con eso? —André negó con la cabeza—. Ya me parecía a mí. No te preocupes, Camila, ya buscaremos alguna solución a esto. —Se quedó sorprendida. Había pensado que los pantalones en aquella relación los llevaba André, pero estaba claro que estaba equivocada. André la miró y le sonrió y, tras pedir disculpas, se alejó de ellos—. Deben haberle entrado ganas de orinar —dijo divertido, aunque más bien, pensó Camila, trataba de excusarlo ante ellos porque creía que se había molestado por lo que le había dicho.

El coronel Mwenze, de la unidad delta, paseaba fuera de la caseta de campaña del campamento base de la Alianza, de un lado a otro bastante nervioso. Le habían avisado de que la unidad delta norte acababa de llegar, pero todavía no había podido hablar con el comandante Ngona para ver qué era lo que había sucedido para que se retrasasen tanto. Se suponía que la incursión en Beni duraría solo tres semanas y había durado una semana más. Lo vio venir a lo lejos acompañado de uno de sus hombres, ¿venía con una ligera cojera o eran cosas suyas? Cuando lo tuvo cerca comprobó que sí que venía

cojeando, el pantalón lo tenía roto y manchado de sangre. Lo habían herido, pero no de gravedad. El hombre llegó a su altura y se cuadró ante él.

—Comandante Ngona, déjese de tanto protocolo y al grano. ¿Cómo fue la misión?

—Lo conseguimos, señor, conseguimos derrotar a las unidades Interahamwe de la zona.

El coronel no pudo evitar sonreír.

—¿Se puede saber por qué han tardado tanto? Deberían haber llegado la semana pasada.

—Cuando volvíamos encontramos varios poblados de la zona arrasados. Los supervivientes nos avisaron de que una unidad May May andaba por los alrededores. Acabamos con cuarenta soldados de esa unidad. Entendemos que los debilitamos bastante, porque no volvieron a suceder ataques en los poblados de los alrededores.

—Perfecto, cuarenta menos. ¿Y nosotros, cuántas bajas hemos tenido?

—En total, dieciséis.

—Bueno, tampoco son tantas. —Jerome trató de contenerse, ¿cómo se atrevía a decir eso?—. ¿Los hombres cómo están?

—Bien, señor; algo apesadumbrados por las bajas, pero con la moral alta. Hemos conseguido llevar la misión a buen puerto.

—Dígales que tienen tres días libres. Puede retirarse. Por cierto, vaya al hospital. Tiene visita y de paso que le curen esa herida. Buenas tardes, comandante.

—Coronel.

Se volvió a cuadrar, pero su superior ya le estaba dando la espalda cuando lo hizo. Salió de la tienda, se puso sus gafas de sol y dijo en alto para sí:

—Será capullo.

—Un poco sí lo es —dijo una voz que le resultaba bastante familiar y que hacía tiempo que no escuchaba.

Se giró sobre sus talones y la vio de pie a su lado, tan hermosa y tan angelical como siempre, como si de un espejismo se tratase.

Camila observaba a su marido con una sonrisa que iluminaba su rostro. Estaba tal y como lo recordaba. Estaba guapísimo vestido de

uniforme, nunca lo había visto así. Por fin estaban juntos.

Jerome se levantó las gafas para estar seguro de que era ella. Al verla sonreír como lo estaba haciendo, supo que no era ninguna alucinación.

—*¡Zaireña!* —Se acercó a ella con rapidez, olvidándose por completo del dolor que aún sentía en la pierna, y se fundieron los dos en un fuerte abrazo—. Estás aquí —dijo como si no lo pudiese creer.

Ella asintió sonriendo.

—Sí, estamos aquí.

Tomó su cara con sus manos para poder verla mejor, todavía no creía que la tuviera de nuevo con él. Se besaban una y otra vez mientras se sonreían y se miraban, aún asombrados de que estuviesen juntos.

—¡Santo Dios! —exclamó al ver que su vientre no estaba tan plano como la última vez que se habían visto—. ¡Estás embarazada!

Ahora entendía por qué ella había dicho «estamos aquí».

—Sí, Jerome, diste en la diana a la primera —dijo riendo.

Él puso su mano sobre la ligera curvatura, sin poder creer que estuvieran juntos y que estuvieran esperando un hijo, y notó un pequeño movimiento en su interior.

—Te ha dado una patada —dijo riendo.

Ella también se rio.

—Creo que está tan contenta como yo de escuchar a su padre.

Lo besó.

—¿Es una niña? —Ella asintió—. Así que tendremos a una pequeña Ngona que correteará por Saint Germain o por Kutu.

—Espero que no sea tan pequeña como su madre —dijo con una sonrisa.

—Sabes que me encantan las mujeres menudas y ligeras como tú. —La abrazó elevándola del suelo—. Aunque ahora no estás tan ligera —dijo riendo.

—Jerome, vete al cuerno —dijo haciéndose la molesta mientras se reía. Se sentía tan feliz—. Te he echado tanto de menos —dijo acariciando el atractivo rostro mestizo de su marido.

—Yo también te he echado de menos.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —preguntó preocupada al ver que cojeaba.

—Nada, un rasguño. Una bala que me rozó el músculo del muslo.

Se agachó como pudo, separó las tiras rotas del pantalón y comprobó que solo había sido un rasguño. Se sintió aliviada. Creía que él solo se lo había dicho para evitar preocuparla. Más tarde irían al hospital y se la curaría.

Se alejaron del campamento base abrazados por la cintura y se adentraron en la selva mientras se contaban todas las novedades que había habido en sus vidas en los meses que no se habían visto. Había tanto que contar…

Atravesaron la boscosa arboleda que los rodeaba y llegaron a un claro. Una pequeña cascada de no más de cinco metros de altura volcaba su agua en un estrecho tramo del río y lo hacía parecer más un minúsculo lago que uno de los afluentes más importantes del río Zaire.

—Es precioso.

—Lo sé. —Observó el paisaje—. En este rincón de la selva se puede respirar paz y tranquilidad. Nada interrumpe el paso del agua. Ni los animales, ni el hombre, ni los disparos, ni yo cuando me baño… He venido muchas veces aquí a pensar en nosotros. —Se giró y la observó con atención—. Cuando estoy aquí pienso en la primera vez que te vi. —La besó—. En nuestros días en Saint Germain. —La volvió a besar—. En nuestros días en la selva. —La atrajo hacia él queriéndola sentir más cerca—. En qué haremos cuando todo esto acabe. —Camila se volvió a dejar besar—. En cómo estaremos dentro de veinte años…

No aguantó más. Necesitaba de él. Se abrazó a su cuello mientras lo besaba con fervor. Su respuesta fue recibida con el mismo entusiasmo que el de ella. Hacía tanto que se necesitaban… Se tumbaron en el lecho arenoso de la orilla del singular río despojándose de sus ropas, con ímpetu contenido, mientras se besaban y acariciaban, como si durante toda una vida lo hubiesen estado esperando.

Jerome, jadeante, se separó del cuerpo anhelante de su esposa para observarla por primera vez en todo el apogeo de su

maternidad. No pudo evitar sonreír. Era tan bonita. Acarició su tripita, que a pesar de tener siete meses era pequeña, y la besó con ternura donde más se pronunciaba su curvatura.

—Tus caderas se han ensanchado.

Las rozó con sus dedos e hizo que Camila se estremeciese ante las placenteras sensaciones que las manos de su marido le trasmitían.

—Tus pechos han crecido.

Acercó su boca a uno de ellos y jugó con su pezón hasta hacer que se endurecieran y que una pequeña gotita blanca saliese de él. Sonrió al verla, se acercó a ella y lamió el exquisito manjar que el cuerpo de su esposa le brindaba. Era increíble. Todo era tan nuevo para él.

—Me han cambiado a mi mujer —dijo con voz ronca mientras reía.

Ella también se rio.

—Ven a mí y disfruta de la madre de tu hija ahora que podemos.

Tomó la angulosa cara de su marido, la acercó a sus labios y lo besó mientras separaba sus muslos para recibirlo. Era tan maravilloso volver a estar juntos.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada al ver que dejaba de tocarla y se apartaba de ella.

—Te va a parecer una tontería —dijo nervioso—, pero… ¿y si te hago daño a ti o a la niña cuando…? ¿Ya sabes? No me atrevo.

Ella sonrió, era la primera vez que su marido no se atrevía a algo con ella. Una oleada de ternura hacia él la invadió. Se levantó y lo sujetó de la mano.

—Ven.

Lo guio hasta el agua.

—Aquí será más fácil.

Se adentraron en el río hasta que sus cuerpos quedaron cubiertos por las tibias aguas del Luhoho. El cálido líquido que los arropaba, sus besos, sus caricias, sus sonrisas, sus abrazos los hicieron sentir las únicas personas vivas del mundo capaz de amarse como los dos se amaban en ese momento.

—Te amo, Jerome.

—Yo también te amo.

La besó en la frente y siguió dentro de ella sintiendo cómo su hija se movía en el vientre de su esposa. Era maravilloso poder estar así. Los tres en ese momento eran uno solo.

Se dirigieron a la antigua tienda de su unidad agarrados de la mano y con los dedos entrelazados, imaginaba que se encontrarían a André y Nocólas. Jerome quería darles las gracias por lo que habían hecho por los dos. Ellos habían convencido al coronel Mwenze para que Camila se quedase trabajando en el hospital en lo que esperaba a que su unidad volviese de la misión de Beni.

No era habitual que las mujeres de los soldados o de los oficiales estuvieran en el campamento a menos que hiciese falta, ya que entendían que distraían bastante a los hombres. Y razón no les faltaba. Pero en su caso, gracias a la profesión de su esposa habían conseguido que se quedase en el campamento y evitado así que se quedase sola en Katele, ya que Lucréce y Marcel habían partido a primeros de mes con René.

La Alianza estaba desesperada por encontrar gente que pudiese atender a los heridos y enfermos de los hospitales y Camila había caído como agua bendita en plena sequía. La había dejado quedarse solo porque la necesitaba. Más que un favor a ella, era ella la que le estaba haciendo un favor al campamento por quedarse allí.

Estaba claro que André y Nocólas no eran tontos y sabían de la necesidad de sanitarios en los hospitales, por lo que habían aprovechado esa circunstancia para que ella pudiera quedarse. Se los agradecería toda la vida. Aunque, ahora que lo pensaba bien, no entendía por qué no la habían dejado en Katele en casa de Brigitte. Estaba a solo cinco horas de camino en automóvil y con las carreteras controladas por la Alianza no iba a tener ningún problema para llegar hasta allí. Le resultaba extraño. Era más peligroso traerla al campamento por si lo atacaban que dejarla con la madre de Nocólas.

—El día que fuimos a buscar a Camila a la pensión donde se alojaban —comenzó a explicarles André a la sombra del árbol

debajo del cual se habían sentado—, dio la casualidad de que al girar para seguir hacia la pensión los vi de lejos, desde la otra punta de la calle. Nos acercamos y a Nocólas, antes de llegar a su altura, le resultó extraño el comportamiento de un joven que iba detrás de ellos y me lo comentó. Estuvimos hablando, un rato en la calle parados y otro caminando, y me percaté de que el joven de comportamiento extraño nos seguía y hacía todo lo que hacíamos. Si nos parábamos, él se paraba; si caminábamos, él caminaba. Ya me conoces, Jerome. —Él asintió—. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, así que me excusé con ellos y fui a hablar con el muchacho a ver cuál era la razón de que los estuviese siguiendo.

—¿Eso fue cuando me dijiste que se iba a orinar? —le preguntó Camila a Nocólas.

—Sí, imaginaba a lo que iba André, pero no quería preocuparos a ninguno de los tres.

—Hablé con el joven —prosiguió André— y me explicó que el general Dengo lo había enviado a vigilar a la señora Ngona.

—¿Cómo? —preguntó Camila atónita mirando a su marido. Notó que los músculos de la cara de Jerome se tensaban. No pudo evitar sentirse preocupada—. Pero si los habíamos despistado.

—¿Cómo que los habíamos despistado? ¿De qué estás hablando?

—El general Dengo descubrió que soy tu mujer y me ha tenido vigilada en todo momento. Cuando vinimos hicimos todo lo posible por despistarlos, pero parece que no fue suficiente.

—¿Que Dengo sabe que eres mi esposa? —Jerome no dejaba de pasear de un lado a otro, sin apenas ser consciente del dolor de su pierna, mientras Camila le contaba lo ocurrido en la embajada de Francia—. ¿Y de mi hermana y Hubert sabe algo?

—No lo sé, he estado evitando el ir a visitarlos. En lugar de eso, ellos han estado viniendo a la misión.

—Tranquilo —le dijo André—, el soldado que estaba siguiendo a Camila nos dijo que llevaban desde mediados de agosto vigilándola. La había seguido a todos lados en Saint Germain, en Ipeke, en Kutu, en Kinshasa y, al final, hasta Katele. No saben que la granja de Kutu es de tu hermana. A ella hace tiempo que la dieron por desaparecida.

Jerome pensó cuánto lo conocía André. Parecía que le había leído el pensamiento sobre lo de Louise.

—Por eso no la llevamos a casa de mi madre —continuó Nocólas —. Si tú hubieses ido para allá, el resto de los hombres de Dengo, por lo visto son dos más, te habrían capturado. Saben que estás por la zona. Consiguieron sonsacarle a la chica que colabora en ACNUR la razón por la que venían Lucréce, Marcel y ella a ver a René y también se encontraron con tu nombre en las visitas que le hacías al niño.

La cabeza de Jerome trabajaba a marchas forzadas para saber qué hacer. Tenía que encontrar alguna manera de arreglar todo eso, pero estando Camila de por medio era imposible ser objetivo y mantenerse frío.

—Te quedarás en el campamento conmigo, trabajando en el hospital. No pienso arriesgarme a que te hagan nada.

Aquellas palabras la tomaron por sorpresa.

—Creo que eso deberíamos hablarlo primero antes de tomar cualquier decisión. ¿No crees?

—Pero ¿cómo me vas a decir eso? —preguntó sin creer que no viese el peligro que todo eso suponía—. ¿No ves a lo que te expones si vuelves a cualquiera de los sitios en los que te han seguido? Te expones a que os secuestren a ti y a la niña, y a que os tomen como moneda de cambio para que me entregue y después a saber lo que harán con vosotras. Os quedáis aquí y no hay más que hablar —sentenció.

—Creo que sí hay que hablar, Jerome. —Le daba igual que los dos hombres estuvieran delante—. Entiendo tu preocupación y sé a lo que me expongo si no me quedo aquí, pero tenemos que barajar todas las opciones. No puedes ordenarme que me quede en el campamento porque tú lo hayas decidido, que deje la vida que he llevado a un lado, que deje a todos los que han estado conmigo durante estos meses que he estado sin ti así porque sí. Hagamos otra cosa: deja esto, vente con nosotras y nos vamos a cualquier parte del país donde Dengo no pueda encontrarnos. Renuncio a estar en Saint Germain y con los míos para estar contigo. O mejor: vamos a España, allí nadie sabe quién eres.

Se quedó en silencio esperando una respuesta, pero no la obtuvo. Jerome miraba el suelo amarillento y André y Nocólas se miraban entre sí sin saber qué hacer o decir.

—¿A que no? ¿A que no te vienes? —preguntó con pena—. Y yo sí tengo que dejarlo todo solo porque a ti se te ha ocurrido la genial idea de que me tengo que quedar en el campamento. Por lo menos mi idea no entraña peligro. La tuya, sí. En cualquier momento nos pueden atacar, los Interahamwe, los May May o el mismísimo general Dengo con la F. A. Z. que está aquí, a un paso, en Makelele. ¿Cómo puedes ser así de egoísta y pedirme a mí que renuncie a todo y tú no renuncias a nada?

Se levantó y se alejó del grupo. Estaba bastante disgustada.

Jerome la vio marcharse y miró a sus dos amigos. Nocólas le hizo un gesto con la cabeza que no sabía lo que quería decir. Y André le dijo:

—No seas tonto y discúlpate. Sabes que tiene razón.

Jerome se levantó y fue tras ella. Aún le costaba hacerse a la idea de que era su esposa y no un soldado que acataba sus órdenes sin ningún tipo de objeción. Esa era una de las razones por las que se había enamorado de ella. Tenía las cosas muy claras y luchaba siempre por lo que creía más justo o mejor.

—Lo siento —le dijo cuando llegó a su altura—. No quería tratarte así, ni decirte las cosas de esa manera. —Ella se detuvo y lo miró con atención—. Me puse nervioso al pensar en que ese hombre os hiciese algo. Tienes toda la razón al decir que soy un egoísta; no valoré que para ti estar en Saint Germain y con los tuyos es igual de importante que esto para mí. Y que estar aquí podía suponer renunciar a mucho para ti. Lo siento. —Tomó su barbilla—. ¿Qué te parece si, hasta que encontremos una solución a todo esto, te quedas conmigo en el campamento? Te prometo que, si la única opción que encontramos para que no os suceda nada a ti y a la niña es que yo me vaya con vosotras a cualquier parte del país o del extranjero, así lo haré. Me iré con vosotras.

—¿Lo harías? —preguntó sorprendida.

—Claro que lo haría. —Desde que se había enterado de que iba a ser padre las prioridades en él habían cambiado de repente. No

quería dejar a su hija sin padre como le ocurrió a él—. Por vosotras haría lo que fuera.

Ella sonrió, ¿cómo no amarlo como lo amaba? Él renunciaría a todo por ellas.

—No va a hacer falta que hagas eso. —Se acercó a él y lo besó—. Si no hay más opción, nos quedamos contigo. Saber que serías capaz de dejar todo esto por nosotras ha hecho que sepa que yo también lo dejaría todo por ti. —Ella sonrió—. Tú me amas, ¿verdad?

—¿Lo pones en duda? —Se unieron en un cálido beso—. Igual que tengo claro que tú a mí también me amas.

—Lo veo muy seguro, comandante Ngona —dijo con coquetería mientras jugueteaba con uno de los botones de su camisa.

—No cualquier mujer se viene a una zona que está en guerra a ver a su marido y menos estando embarazada como estás.

—Ahí me has pillado. —Los dos se rieron—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de las discusiones? —Desabrochó el segundo botón de la camisa—. Las reconciliaciones.

Jerome se rio de buena gana. La atrajo hacia él y se dejaron llevar por lo que sentían. Estaba de acuerdo con ella. Lo mejor de las discusiones eran las reconciliaciones.

—*Zaireña,* ¿por qué dijiste que Dengo está en Makelele? —le preguntó mientras se vestían.

Le había resultado extraño que hablase sobre eso con tanta seguridad.

—Porque está allí con su regimiento.

—¿Estás segura?

—Sí, eso fue lo que me dijo la mujer de uno de los oficiales que están bajo el mando de Dengo.

Jerome se dirigió con ella a la tienda del coronel Mwenze y le pidió que le relatase al coronel todo lo que le había contado sobre la charla que había mantenido con la señora Hortense en la fiesta de la embajada francesa. De allí, los tres salieron de inmediato hacia la tienda del general Kabila, donde este los atendió con mucho interés. Si era cierto lo que la mujer le había contado a Camila, la Alianza acababa de encontrar la situación exacta donde estaba situado el

regimiento de la F. A. Z. que les estaba impidiendo entrar en Kivu del Sur para avanzar hacia las siguientes provincias. Solo con enviar una unidad de reconocimiento a la zona y confirmarlo tenían para organizar a sus tropas y atacarlos.

—Está bien, comandante; si eso es lo que quiere, así se hará —dijo el general Laurent Kabila—. Al fin y al cabo, ha sido su esposa la que nos ha dado la información —dijo mirando a Camila—. Organice a diez de sus mejores hombres y confírmeme que es cierto que la F. A. Z. está en Makelele. Saldrán mañana al amanecer.

—Si los mejores hombres están en otra unidad, ¿también puedo escogerlos?

Kabila lo miró con atención. Sabía los problemas que estaba teniendo el comandante con su nueva unidad. De esa misión dependía avanzar o esperar a tener otra oportunidad.

—Sí, comandante. Escoja a los hombres que quiera y necesite.

—A sus órdenes, mi general.

A medida que pasaba la semana en el campamento, los días se fueron convirtiendo en una rutina para ella. Se levantaba temprano, casi al alba; si no le había tocado turno por la noche en el hospital, se duchaba en las duchas improvisadas que tenían en el campamento, donde el agua la sacaban del río a través de unas bombas de agua, para después dirigirse al comedor a desayunar. Con independencia de que le tocase turno o no, acudía al hospital de campaña a ayudar a Marius o a Rose, que eran los únicos enfermeros que trabajaban allí. Entre los tres se ayudaban mutuamente en la limpieza de la sala de pacientes, de la sala de curas y en asear a los heridos. Lo cierto era que cuando llegó aquello era un auténtico caos donde la limpieza brillaba por su ausencia y el olor a sangre y a enfermedad reinaba a varios cientos de metros de donde estaba situado el hospital. Marius y Rose hacían lo que podían, ellos dos solos con los pocos medios personales con los que contaban. Materiales había bastantes, pero no daban abasto para todo el hospital. Necesitaban más gente.

En cuanto salía del allí –entre los tres tardaban cerca de tres horas en acondicionar aquello–, se dirigía a la tienda de cocina o a descansar según el turno que le hubiese tocado, y ayudaba a Pierre a preparar la comida de los heridos y de los enfermos, ya que algunos necesitaban dietas especiales para su completa recuperación. Después de almorzar, se dirigía de nuevo al hospital si le tocaba ir y, si no, acompañaba a Pierre en alguna de sus siestas. Jerome lo había dejado con ella para que la cuidase, cosa que le hacía bastante gracia, ya que el muchacho no hacía otra cosa que estar en todo momento detrás de ella como si de un perrito faldero se tratase. Hasta cuando se duchaba lo tenía a su lado, pero este, por lo menos, tenía la decencia de darse la vuelta cuando se metía en una de aquellas duchas.

Viendo que no podía ni un momento despegarse de él y que se quedaba de brazos cruzados de pie en una esquina cuando estaba trabajando, lo había animado a que los ayudase en el hospital y en la cocina. Y el joven, muy entusiasmado, se había puesto manos a la obra. No podía evitar sentir ternura por él, le recordaba tanto a Hubert; no solo por su edad, sino por el entusiasmo que ponía en todo lo que hacía.

Por la tarde, después de la siesta, se dirigía a la caseta donde estaba ubicada la estación de radio y se quedaba acompañando a Thobie por si había alguna noticia de Jerome y de sus hombres. En la última semana no se había sabido nada acerca de ellos. La espera estaba siendo insoportable, peor que en Saint Germain. Por lo menos allí no sabía lo que estaba haciendo con exactitud su marido. En cambio, en el campamento sabía a dónde se había dirigido y cuál era la misión que le habían ordenado. Jerome no solo iba a hacer el reconocimiento de la zona y confirmar, o desmentir, lo que la señora Hortense le había dicho. También iba en busca de Dengo para terminar de una vez con lo que había comenzado once años atrás. Así ella podría volver a Saint Germain y él con los suyos sin ningún tipo de problema.

—Camila —gritó Thobie al séptimo día de haberse marchado Jerome, desde la entrada del hospital de campaña—. Tenemos noticias de tu marido. Han encontrado el regimiento de la F. A. Z.

donde les habías dicho que estaría. El general está hablando ahora mismo con él.

Dejó a medias al herido que estaba curando y salió lo más rápido que su embarazo le permitía de la sala de pacientes.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó interponiéndose entre ella y la salida de la caseta.

—A hablar con él.

Thobie sonrió.

—Camila, está hablando con el general. Contigo no puede hablar. Pero si quieres quedarte más tranquila —le dijo al ver su cara de decepción—, te comento que lo primero que me ha preguntado cuando hemos entrado en conversación ha sido si tú y la niña estabais bien.

—¿Y él está bien?

—Sí, se lo notaba bastante animado.

Varias horas después de la conversación radiofónica con Jerome, el general dispuso que la mitad del campamento estuviese preparado al amanecer para partir hacia Makelele. Atacarían a la F. A. Z. por sorpresa.

Después de varios días de camino en automóvil y andando, pudieron confirmar que la señora Hortense, sin querer pretenderlo, había sido utilizada como informadora de excepción sobre la situación estratégica de la F. A. Z. El regimiento de su marido y de su yerno estaba donde le había dicho a Camila que estaría y con ellos estaba el general Dengo.

Seis días después de haberlos encontrado y tras haber estado estudiando los movimientos del general y de sus hombres, sabiendo que en unas horas llegaría el resto de los hombres de la Alianza para comenzar el ataque, Jerome organizó una emboscada en un tramo de carretera descendente y por el que a ambos lados había gran espesor de vegetación para esconderse. Sabía que por allí pasaría el vehículo del general con solo cinco hombres como escolta, para ir a la ciudad a desahogarse con alguna prostituta.

—General Dengo.

Jerome lo apuntaba con su fusil con una sonrisa de triunfo dibujada en su rostro al ver la cara de sorpresa del hombre que había asesinado a su familia, mientras Renaud lo sacaba a rastras del Land Rover con muy poca delicadeza.

—Ngona, Kahenga —les dijo a los dos hombres cuando los tuvo frente a frente.

—Comandantes Kahenga y Ngona. No lo olvide.

Tras varios días de combate sin hacer mucho despliegue de efectivos personales ni armamentísticos, el regimiento de la F. A. Z., situado al norte de Kivu de Sur, se rindió ante el enemigo. La Alianza pudo adentrarse en la provincia con muy poca resistencia.

La guerra civil acababa de empezar en Zaire.

27

Kinshasa.

7 de noviembre de 1996.

Camila sorprendió a su marido con una cena romántica en el comedor de la embajada española, para ellos dos solos. Quería celebrar su treinta y un cumpleaños y animarlo un poco. Desde que habían llegado a Kinshasa notaba a Jerome bastante alejado de ella. Estaba siempre pensativo, a veces no prestaba atención a lo que se le hablaba, solía estar de mal humor… No entendía qué era lo que pasaba y él tampoco le contaba. Estaba preocupada. Además, cuando no estaba así, se pasaba el resto del día o fuera de la embajada arreglando ciertos asuntos de los que no le hablaba o metido en el despacho de Vicente hablando por teléfono.

Gracias a Dios, dado que ella les había dado la información acerca de dónde estaba el regimiento de la F. A. Z. y que Jerome había llevado a buen puerto la misión que se le había encomendado, el general Kabila le había dado permiso para salir del campamento hasta quince días después de que naciera la pequeña Catherine Chantal Ngona. Había sido toda una sorpresa para ella cuando Jerome se lo contó. Jamás imaginó que el general fuera tan generoso… En ese momento sintió que se lo agradecería toda la vida. Aunque ahora sabía por qué había sido.

Después de aquello, las tropas de la Alianza estaban avanzando por las provincias del país con bastante facilidad, cosa que antes resultaba casi imposible por la presencia de la F. A. Z. Camila sabía que, sin quererlo, había dado la información decisiva para que la guerra estallase en el país. Se sentía abrumada por la magnitud de ese hecho, pero también sabía que la guerra civil tarde o temprano hubiera estallado, con su ayuda o sin ella. Solo había sido cuestión de tiempo que eso sucediese.

Desde su llegada a Kinshasa, hacía diez días, se estaban alojando en casa de sus padrinos, pero a Camila la situación cada vez le gustaba menos. Había entendido que Jerome quería conocer a Vicente y a Alicia y que quería tener tratos con ellos. Pero las cosas no estaban yendo todo lo bien que esperaban. Su marido y sus padrinos parecían que en un principio iban a terminar por llevarse bien…, pero nada más allá de la realidad. A medida que pasaban los días la relación entre ellos era cada vez más tensa y la situación en la embajada estaba resultando demasiado incómoda para ella.

Todo había empezado cuando Jerome le dijo a Vicente que sus asuntos financieros los iba a empezar a llevar él. Lo tomó bastante mal al principio, pero después se resignó, entendió que Jerome era su marido. Más tarde se volvió a complicar cuando les dijeron que no tenían ninguna intención de que el parto fuera en Kinshasa. Tal y como estaba yendo todo, daría a luz en Saint Hospital, con los médicos que le habían estado llevando el embarazo, y no con el doctor Agassi, con quien tanto se habían encaprichado y al que ella solo había ido dos veces al hacerse unas ecografías. Al final, habían puesto el grito en el cielo cuando les confirmaron que comprarían unos terrenos y una casa, cerca de Saint Germain, para que Camila siguiese trabajando en el hospital y en la misión. Allí Jerome, cuando volviera a casa, podría dedicarse a lo que tanto le había gustado de siempre, la ingeniería agrícola.

—Lo único que quieres es alejarla de nosotros —le gritó Vicente —. No te lo voy a permitir.

—¿Es una amenaza? —le preguntó desafiante—. Le recuerdo que el general Dengo ya no está en este mundo. Y tal y como andan las cosas en el país, dudo que cualquiera de sus amigos del Gobierno tenga algún interés en mí.

—Siempre hay otras soluciones.

Se oyó cómo Vicente cerraba la puerta del salón de un portazo.

Después de aquello le había insistido a Jerome que se marchasen de allí. Que tal vez, si ponían algo de distancia, a la larga las cosas se solucionarían, pero no. Jerome quería quedarse en Kinshasa hasta que solucionase las cosas que tenía entre manos. Tras ello, le

había prometido que se marcharían. Aun así, notaba cada vez más que Jerome estaba muy lejos de ella y no sabía qué hacer.

Camila comenzó a vestirse con la elegante ropa que había llevado esa noche mientras lo observaba, aún desnudo, comer el postre que hacía unas horas les había servido Berthe.

—No, no te vistas todavía —le pidió después de tragarse el último trozo de tarta de limón que quedaba en el plato.

—Tengo frío.

—Ven aquí y siéntate en mis rodillas, verás cómo enseguida entras en calor. —Hizo lo que le pidió y se sentó encima de él mientras se ponía el chal sobre los hombros—. Me gusta cómo te queda este colgante cuando estás desnuda. Te hace muy *sexy*. Me encanta vértelo puesto —dijo jugueteando con él y arqueando su ceja izquierda.

Ella sonrió al recordar como él la había mirado cuando se puso delante de él, tal y como Dios la trajo al mundo excepto por la réplica del collar Flor del Zaire, que colgaba de su cuello.

—¿Estás más animado? —le preguntó.

—Sí. Claro.

—Desde que estamos aquí no eres el mismo. —Observaba sus hermosos ojos azules—. Estás serio y distante conmigo. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—No, *Zaireña*, ¿cómo vas a hacer algo que me moleste? —La besó mientras acariciaba la curvatura de su vientre—. Además, si así fuese, sabes que te lo diría.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa, Jerome? Porque algo te sucede conmigo y no me lo puedes negar. Sé que la mala relación con mis padrinos es un asunto delicado, pero nos está afectando a nosotros, sobre todo, a ti. No quiero que eso pase. He apostado fuerte por nuestra familia.

—No va a pasar, ya lo verás.

—Vámonos a Saint Germain o a Kutu, donde vuelvas a ser mi Jerome.

Él sonrió.

—Siempre seré tu Jerome, que no se te olvide. —La besó—. Estoy esperando un documento y a unas personas. En cuanto lleguen, nos iremos.

—¿Y qué documento es ese y qué personas? —preguntó acomodándose mejor entre sus piernas.

—No hagas eso. —Se rio al notar la dureza del miembro de su marido entre sus nalgas. Era lo que había pretendido al moverse así —. Eres mala. —La tomó en brazos y la llevó hasta el salón—. Os quiero. No sabes cuánto —dijo tumbándola en el sofá—. Todo lo que estoy haciendo lo hago por vosotras.

Ella sonrió al escuchar tan bellas palabras y atrajo sus labios hacia los suyos. Deseaba seguir con lo que habían empezado. Hacía días que no lo sentía tan cerca de ella como esa noche. «Ojalá mañana no vuelva a ser el hombre distante en el que se ha convertido», se dijo mientras se dejaba llevar por el camino de la pasión y del deseo.

Para Camila fue una agradable sorpresa ver a Declan en la embajada esa mañana. Sabía que vendría a Kinshasa, pero no esperaba que fuera a verla. Había creído que haría como siempre; que la llamaría y quedarían en el obispado o en el vicerrectorado o en algún sitio de los alrededores. Nada más verse, los dos se fundieron en un fuerte abrazo. No se veían desde hacía casi dos meses y era fantástico volver a verlo después de tanto tiempo. Lo invitó a desayunar y estuvieron charlando de los planes que tenían Jerome y ella de volver en unos días a Bandundu. Quedaron en que volverían los tres juntos.

Gracias a Dios, Declan hacía unos meses había comenzado a ver a Jerome de otra manera. Su cambio había coincidido con la boda de Louise y Albert. Imaginaba que estar en contacto con la que ahora era su nueva familia le había hecho ver a su marido de otra manera. A pesar de eso, le habría gustado contarle lo mal que estaban llevando Vicente y Alicia los cambios que los dos le habían propuesto, pero no lo hizo. Sabía que, entre ellos, la relación no era buena y no quería poner más sal sobre la llaga.

—¡Eso es mentira! ¡No eres más que un mentiroso! —oyeron gritar a Vicente en medio del pasillo.

Camila, sobresaltada, se levantó como un resorte y fue hacia donde se escuchaban los gritos seguida de Declan.

Para su sorpresa se encontró con Jerome sentado en el despacho de Vicente mientras este le gritaba sin parar sobre cosas que Camila no entendía. Jerome estaba impasible ante lo que sucedía.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—Tu marido se ha vuelto loco. Me está acusando de estupideces. —Miró a Declan y se quedó sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí?

—Jerome me pidió que viniese y eso he hecho —dijo mirando a Jerome, que en ese momento le estaba dando la espalda.

—Declan —dijo mientras se giraba y lo miraba con una sonrisa—, imaginaba que llegarías hoy, pero no tan pronto.

Se levantó, le extendió la mano y los dos se dieron un fuerte apretón y un abrazo.

—Me dijiste que era algo urgente y aquí estoy. Por lo que veo, la reunión ha comenzado.

Vicente se sentó en su silla sin decir nada mientras Camila los miraba a los tres sin entender qué era lo que sucedía.

—¿Y Lucréce? ¿No vino? —preguntó Jerome.

—No, no quería dejar a René solo.

—Entiendo, ya le contaremos cuando la veamos… Sería interesante llamar a Alicia —le dijo a Vicente. Antes de que este hiciera nada para avisar a su mujer, Alicia entraba con rapidez al despacho tras escuchar el escándalo que se había formado—. Ya estamos todos.

28

Makelele, finales de octubre de 1996.

El general Dengo, sentado en una vieja silla que habían robado de un poblado y atado de pies y manos, no podía creer que, después de todo, su vida fuese a terminar en manos del hijo de su mayor enemigo. Siempre había sido el cazador, el que capturaba a la presa y la eliminaba sin ningún tipo de miramiento; pero esa vez las tornas habían girado y había dejado de ser el cazador para ser el cazado.

Sabía, después de haber evaluado la situación, que estando todos los hombres que lo acompañaban esa noche muertos, poco podía hacer. Su regimiento estaba al tanto de que iba a estar fuera toda la noche y hasta el día siguiente no se darían cuenta de que algo había pasado. Entonces, ya sería tarde. Lo único que le quedaba, si algo se podía hacer, era arrepentirse de todos sus pecados, pero no podía. Por ilógico que pareciese, nunca había sentido remordimientos por lo que había hecho ni por cómo lo había hecho; así que en ese momento, a poco de morir, le parecía una estupidez arrepentirse de la vida que había llevado. Se sentía orgulloso de haber llegado a general, aunque hubiese sido asesinando o a costa de pisar a otros. Eso, al final, en los libros de historia no aparecería; solo quedaría en ellos que él, un hombre de origen humilde se había convertido en uno de los generales del presidente y mariscal Mobutu Sese Seko. Eso era lo que le importaba.

—Se lo vuelvo a preguntar. —Le golpeó la cara con todas sus fuerzas haciendo que unos cuantos dientes se soltasen de sus mandíbulas—. ¿Por qué asesinó a mi familia?

—Si sigue golpeándome así —dijo después de escupir los dientes que se le habían soltado, de recuperarse del fuerte impacto y de que su vista dejase de estar nublada—, no voy a poder contárselo. —Escupió el último diente que le dificultaba el hablar—. La verdad es

que, ahora que lo pienso, es simpática la razón por la que su padre y yo nos hicimos enemigos. —Se rio dejando ver su boca ensangrentada—. Le va a resultar muy simpático —dijo riendo—. Muy simpático.

Base militar de la F. A. Z. en Kinshasa.

15 de octubre de 1981.

Vicente Salazar Ortiz salía de la planta de despachos de oficiales cuando el coronel Dengo lo mandó llamar a su oficina.

—Señor Salazar, ¡qué sorpresa verlo por aquí! Hacía tiempo que no teníamos una visita suya. —Extendió su mano para saludar al secretario de la embajada española. Ambos hombres se la estrecharon. Vicente le debía mucho al coronel y se sentía muy agradecido con él—. Siéntese —dijo señalando la silla.

—Gracias.

Se sentó y apoyó la carpeta que llevaba encima sobre la mesa del coronel.

—¿Cómo está el embajador? Me tuvo preocupado.

—Por fortuna, está recuperándose. Nos dio un buen susto —comentó preocupado. Aún estaba convaleciente del infarto que había tenido hacía ya dos meses y las funciones del embajador se las habían delegado a él hasta que volviese de Madrid.

—Ese corazón tiene que cuidarse, aunque imagino que los médicos ya se lo habrán dicho.

—Sí, ha tenido los mejores doctores de España.

—Me alegra oír eso. Menos mal que estaba de vacaciones allá. Por supuesto, aquí también tenemos buenos médicos, pero, claro, los medios europeos no son iguales que los nuestros imagino —dijo mientras esperaba alguna respuesta de su acompañante. Ante su silencio siguió con lo que en realidad le interesaba—. Y ahora que está usted de embajador en funciones ¿qué se cuece con nuestros amigos españoles?

—Oh, nada importante, coronel. —Dengo le señaló la carpeta que estaba encima de su mesa—. Es un asunto personal que venía a

consultar con el general. Ya está resuelto. Gracias por su interés. Le aseguro que, si fuese algo relacionado entre España y Zaire, usted ya estaría informado. —El hombre era su interlocutor con el gobierno de Mobotu, así como el general Ngona cuando estese encontraba ausente, algo que solía ocurrir con bastante frecuencia.

—Salazar —dijo la voz del general Ngona desde el otro lado de la puerta del despacho—. Se lo quito un momento, coronel, enseguida vuelve con usted.

Ambos hombres abandonaron su despacho y se dirigieron al del general con la buena suerte de que el secretario de la embajada española se acababa de dejar la carpeta de sus asuntos personales sobre la mesa de su despacho.

Dengo tomó la carpeta, como tomaba todo aquello que le interesaba, le dieran permiso o no, y se sorprendió al leer un documento donde explicaba con todo lujo de detalles que en la misión de Luebo, en sus montañas, se estaban encontrando diamantes de gran diversidad de quilates. Las fotografías que tenía el expediente no tenían desperdicio. Distintas fotos con muchos diamantes de varios tamaños, pero la que más le sorprendió fue la del espectacular collar donde aparecía un diamante de considerable tamaño engarzado con piedras preciosas colgado del cuello de una mujer blanca que estaba en la foto. Imaginó que aquella debía ser la dueña de las tierras de la ONG de Luebo.

—Impresionante —se dijo refiriéndose al colgante y no a la mujer que sonreía en la fotografía.

Makelele.

Finales de octubre de 1996.

—Creo que lo que sucedió esa noche en casa de sus suegros ya lo sabe, ¿no? —le dijo a Jerome, que aún estaba tratando de asimilar lo que le había contado—. El padre de su esposa no quiso vender y, bueno, todos murieron excepto ella. Aunque le prometo que, si hubiera sabido que eran tres chiquillos en lugar de dos, la habría matado. —Dengo se rio. ¡Qué ironía de la vida! Había dejado con vida a la esposa del hombre que ahora lo iba a matar, cuando tan

solo era una niña—. Al final, me tiene que dar las gracias por dejarla viva, comandante. Gracias a mí va a ser papá.

—Váyase a la mierda. —Le propinó otro golpe en el costado izquierdo—. Y me quiere decir qué tiene que ver todo lo de los Oramas con mi familia.

—Su padre, cuando se enteró de lo que había sucedido en Kasai Occidental, ató cabos y supo que el que estaba detrás de los asesinatos había sido yo. Me había visto aquel día hablando con Salazar. Se dio cuenta de que desobedecí una orden suya y que, pasando por encima de él, lo desacredité ante los pocos superiores que tenía. Se percató de que ya no tenía todo el apoyo que años atrás había tenido del Gobierno. Recibió una buena reprimenda. Primero, porque por culpa de él casi pierden más dinero del que hacía tiempo que no tenían en el Gobierno cuando podían llenar las arcas del estado unos añitos más. Y, segundo, porque no supo controlar a alguien que estaba bajo su mando. Digamos que, a partir de ese día, dejamos de ser amigos, si es que se puede decir que lo fuimos alguna vez. Comandante, no le voy a negar que hice lo que estuvo en mi mano para poder llegar a ser quién soy ahora. Cuando me di cuenta de que la única manera de llegar a ser general era deshaciéndome de su padre, lo hice.

—¿Y sus hermanos, que culpan tenían para morir también? —preguntó André bastante afectado.

Por la ambición de ese sujeto había perdido a uno de los mejores hombres que había conocido.

—Los hermanos Ngona también debían morir para alcanzar lo que pretendía. Estaba claro que, antes de elegirme a mí como nuevo sucesor del general, habrían elegido a su hijo, el coronel Aurélien Ngona. Y que, si este fallecía, seguro sería Samuel el que lo sucedería. No tenía ninguna opción a ascender a general si todos vivían. Cuando supe que usted ingresó en la F. A. Z. —le dijo a Jerome—, ya no me importaba. Yo era el general en ese momento. Pero cuando ustedes dos y su cuñado descubrieron lo que había pasado… no podía permitir que se supiera. —Sabiendo cuál sería su suerte, y antes de que la muerte le llegara, quería dar su último toque maestro al comandante—. Ngona, pregúntele a su mujer por

el diamante Flor del Zaire que llevaba hace unos meses en la embajada de Francia. Su esposa iba radiante. Le quedaba igual de espectacular que a su madre cuando estaba viva. Llevaba años desaparecido, pero ya veo que lo han recuperado.

Camila miraba a su marido, a Vicente sin poder creerse todo lo que acababa de oír. Nadie de la sala decía nada. No entendía nada. ¿Que Vicente se había reunido con el general para hablar sobre las minas de diamantes? ¿Que el colgante que había llevado puesto la noche anterior lo había lucido su madre? Su cara de confusión lo decía todo.

—Seguro que Dengo mintió para hacerte daño —le dijo a Jerome—. Para hacernos daño.

—Eso pensé yo, pero esto —abrió la palma de su mano y mostró el diamante Flor del Zaire— es auténtico y llevaba desaparecido quince años.

Le entregó el certificado de autenticidad que tenía en la otra mano y comenzó a leerlo. En él se especificaba que el colgante que sostenía todavía Jerome en la mano era el diamante Flor del Zaire, engarzado con veinte zafiros y del que colgaba una cadena de platino. Su valor ascendía a medio millón de dólares americanos. Su propietario actual no era otra que Chantal Oramas. Su madre. Por lo tanto, la única dueña de aquel colgante que hasta ese momento había estado en manos de su madrina era ella.

Al leer aquello, Camila sintió que su corazón le daba un vuelco y comenzó con una de sus crisis asmáticas. Sacó su inhalador, que estaba en el bolsillo del pantalón, y aun sabiendo que tal vez podría no beneficiar a la niña, inhaló de él. Sabía que esa crisis iba a ser fuerte. Le costaba bastante a respirar.

Jerome se levantó de su silla y se sentó a su lado, imaginaba que eso pasaría. Tomó su mano, sujetó el papel que aún sostenía y se lo entregó a Vicente. Se quedó a su lado, tranquilizándola, esperando a que fuera encontrándose mejor.

—No es lo que parece —dijo por fin Vicente cuando la crisis pasó. Todos habían estado pendientes de ella—. No es lo que parece —repitió mientras miraba a Alicia, que se había quedado pálida.

—¿Y qué es lo que parece? —preguntó Declan furioso—. ¿Acaso no fue eso lo que pasó? ¿Acaso mintió en algo Dengo?

—Sí, fue lo que te dije. Pero no…

—¡Ya está bien! —lo interrumpió el sacerdote—. Llevo cargando con tu culpa quince años, son muchos años llevando la cruz de otro y la mía propia. Muchos años queriendo gritar al mundo lo que había pasado y por fin ahora todo se ha sabido. Y lo puedo contar sin miedo a romper el secreto de confesión.

Camila miraba a Declan estupefacta, él también lo sabía.

Jerome observaba al sacerdote igual de estupefacto que su esposa. Le había pedido que viniese para que supiese la verdad de lo sucedido con la familia de Camila, pero jamás imaginó que él ya lo supiera.

—¡Basta! —gritó Alicia mientras se levantaba del sillón—. ¡Basta ya!

—Alicia —le dijo su marido—. Por favor.

—No, Vicente. Ya está. Son muchos años, ya está —dijo mientras se acercaba a su marido y le acariciaba el rostro—. Todo ha terminado por fin.

29

Aquella mañana estaba en la embajada cuando Berthe me informó que uno de los coroneles de la F. A. Z. quería verme. Me sorprendí porque era extraño que quisiera hablar conmigo. Esa mañana había dado la casualidad de que estaba sola y, ante la petición tan extraña, decidí atenderlo. Cuando llegué al salón, ya estaba allí, de pie mirando por la ventana que daba a las cocheras.

—Coronel Dengo.

Le extendí la mano.

—Señora Salazar, veo que su marido no está —dijo mirando las cocheras vacías de la embajada.

—Sí, ha tenido que desplazarse a otra provincia por unos días.

—Entiendo.

Sospeché que ya lo sabía por su forma de decirlo.

—Imagino que habrá dejado su Renault en casa y venido en bicicleta como hace cuando tenemos buen tiempo.

¿Qué podía saber él sobre mis rutinas en cuanto al transporte?, me pregunté. ¿Me había estado vigilando?

—Así uno hace ejercicio —continuó—. Es una forma inteligente de mantenerse en forma y evitar el aburrido gimnasio. ¿No le parece? —Asentí algo confundida—. Tiene una bicicleta muy bonita con un toque de… ¿cómo dicen los americanos? Ah, sí —dijo recordando—. *Glamour*. Tiene un toque de *glamour*.

—Gracias —dije sin saber muy bien hacia dónde se estaba dirigiendo aquella conversación.

—En realidad, toda usted es puro *glamour*, señora Salazar —dijo mirando los anillos de oro que tenía en dos de mis dedos y el reloj de oro que llevaba puesto ese día—, y le gustan las cosas caras. La calle del presidente mariscal Mobotu no tiene secretos para usted ni para su tarjeta de crédito. —Era la zona de compras más cara de todo Zaire, allí estaban todas las casas de la alta costura de la moda.

Estaba claro que me había estado siguiendo y quería que yo lo supiese—. Entiendo que, para un simple secretario de la embajada, pueda resultar difícil mantener el nivel que usted se merece.

—Coronel, mi marido me da todo aquello que necesito —dije algo molesta a la vez que asustada.

—Entiendo y, sobre todo, ahora que está como embajador en funciones y tiene más posibilidades de ser nombrado embajador de España en el Zaire.

—Bueno, dependerá de si el embajador decide volver al país o no —añadí sabiendo que en breve Vicente sería nombrado embajador, solo faltaba que el actual firmase su dimisión y para ello quedaban unas semanas. Cuestiones burocráticas, me había dicho mi marido.

—Cierto. Y si, al final, decide quedarse en su país… —Sospeché que el coronel ya sabía que esa decisión estaba tomada—. También dependerá de que su presidente, Calvo Sotelo, no se entere de la gran metedura de pata que cometió su marido hace unas semanas con los empresarios españoles y zaireños. Casi tenemos que cerrar algunas de las fábricas. —Suspiró—. Menos mal que allí estaba yo para poder asesorarlo y que no ocurriese una tragedia económica. —Aquello sí que me sorprendió. Vicente me había comentado que uno de los coroneles lo había tenido que ayudar en el último momento. Lo que no sabía era que había sido Dengo—. Así que, señora Salazar, si quiere que su marido sea proclamado embajador de España en Zaire, necesito que me ayude.

Y también estaba claro que, si no lo ayudaba, mi marido no sería proclamado embajador de España. Iba conociendo cada vez mejor los entresijos de la política de este país. Me estaba chantajeando.

—¿Y en qué lo puedo ayudar, coronel? Solo soy la mujer del secretario de la embajada.

—Cierto, no es más que una mujer de un secretario de una embajada, pero también es cierto que es la mejor amiga de Chantal Oramas. Dueña de las montañas de Luebo. Montañas que quiero para mi presidente.

Yo, que hasta este momento estaba de pie, me tuve que sentar; estaba mareada. Me acababa de dar cuenta que ese repugnante

hombre sabía de la existencia de diamantes en las montañas de Luebo.

Yo sabía por Vicente que el general Ngona y él tuvieron una reunión unos días antes y que Cayetano se negó a venderlas, no quiso cambiar la ubicación de la misión. Estaba en un sitio estratégico y a la población le venía muy bien su localización para ser atendidos sin recorrer grandes distancias. Sabía por Chantal que a ella no le importaba venderlas; al fin y al cabo, era la dueña, la que había puesto el dinero de su herencia y era la que tenía más visión sobre las cuestiones económicas. Pero tal y como estaban las leyes españolas, su marido era el que tenía la última palabra. Si él no firmaba, al estar en bienes gananciales, no podía vender nada.

—Pero ¿cómo puedo ayudarlo yo? Si ellos no quieren vender…

—El señor Oramas no quiere vender, pero su esposa no tiene ningún problema. —Aquel hombre lo sabía todo—. Usted hará todo lo posible para que vendan. Su esposo Vicente parece que no entiende la importancia de esta transacción y tampoco le importa mucho si al final tengo que hablar con su presidente para explicarle lo ocurrido con los empresarios. Pero sospecho que usted, señora Salazar, entiende muy bien lo que esto puede implicar para su vida. ¿A cuánto asciende su deuda con Chanel, Givenchy…? ¿Sabe su marido que ya ha hecho planes con el sueldo que aún no tiene y que su tarjeta tiene números rojos de casi siete dígitos? Creo que lo último que desea es que su marido no sea nombrado embajador de España y verse con una deuda tan considerable.

Quería desaparecer de allí, de aquella sala, de aquel lugar. Si al final a Vicente no lo nombraban embajador, no sabía cómo iba a pagar todo lo que había comprado. Solo me había adelantado unas semanas antes de su investidura para comprar lo que entendía que necesitaba como mujer del embajador de España en Zaire: vestidos de cóctel, de noche, algún traje para ir a desayunar o tomar el té con la mujer de algún oficial de la F. A. Z., alguna que otra joya como las que lucía en esos momentos en mis manos. Me sentía estúpida y culpable, ¿cómo había podido vender la piel del oso antes de cazarlo? Solo me había adelantado unas semanas. Sentí miedo

ante la posibilidad de que, por mi culpa Vicente, no consiguiera aquello por lo que había estado luchando tanto tiempo.

—¿Y qué es lo que tendría que hacer? —pregunté tras valorar los pros y contras de la situación en la que me acababa de ver envuelta.

—Tendrá que convencerlos.

Solo convencerlos, me dije. Solo convencerlos. Tal vez pueda hacerlo y toda esa pesadilla hasta que Vicente sea proclamado embajador de España termine pronto.

—Muy bien. Haré todo lo posible por convencerlos.

No sabía que acaba de vender mi alma al diablo.

—Ya te puedes imaginar lo que pasó, Camila. Tu padre siguió negándose a su venta y no me atrevía a decirle a Vicente lo que pasaba con Dengo. Temía que aquel hombre tomara represalias y no fuera nombrado embajador. Sabía que toda su carrera profesional estaba enfocada a ser embajador de España; esa era su oportunidad y yo no podía ser la responsable de que no lo consiguiese. Gran error por mi parte creerle a Dengo. Vicente ya había informado a Calvo Sotelo de lo ocurrido con las fábricas españolas y, aun así, él sería el futuro embajador de España en Zaire, así que cuando el general le dijo que lo ayudase en la adquisición de las montañas de Luebo, llegando incluso a chantajearlo, se negó. Yo por ese entonces no lo sabía y era normal que no lo supiese —dijo encogiéndose de hombros—, eran cosas del trabajo y uno no siempre cuenta todos los entresijos que ocurren en el día a día.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Además, el que Vicente estuviera fuera de la capital no ayudó, y aquel hombre lo sabía. Las comunicaciones eran malísimas y había veces que tardábamos días en hablar. Dengo lo tenía todo pensado y calculado, fui fácil de manipular —dijo abatida—. Así que aquella fatídica noche lo acompañé en un último intento por convencer a tu padre de la venta.

Tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Estuve allí aquella noche —dijo—. Y lo vi todo al igual que lo viste tú, mi niña. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas—. No sabes

cuánto lo siento, aún tengo pesadillas y las seguiré teniendo de por vida. —Las merecía, pensaba—. Ha sido el día más horrible de mi vida, así que no puedo imaginarme lo horrible que debió ser para ti.

Miró a Camila, que estaba aturdida.

—Lo único que pude hacer aquella horrible noche fue decirles que solo eran dos niños y por lo menos salvar a alguno. Y hasta que no nos llamó Lucréce, no sabía siquiera si te había podido salvar ni a cuál de las dos niñas. Aquellos días fueron una auténtica agonía. No podía decirle a Dengo que me quedaba allí, me tuve que ir con él para evitar ponerte en peligro. Jamás imaginé que aquello iba a terminar de la forma que terminó. Santo Dios, solo iba a tratar de convencer a Cayetano de vender. Chantal y yo habíamos organizado aquel encuentro. Tu madre lo tenía clarísimo, ella lo veía como una inversión, siempre fue muy buena en los negocios.

Se quedó en silencio tratando de encontrar en su mente cómo proseguir con la historia. Era la primera vez que hablaba de ello, jamás lo había hecho tan abiertamente como en ese momento, ni siquiera con los muchos psiquiatras y psicólogos por los que había pasado ni tampoco con su marido.

—Aquella noche, tu madre y yo nos fuimos a la cocina a preparar un poco de té y unas pastas para los invitados y aprovechó para prestarme el collar Flor del Zaire para cuando fuese el nombramiento de Vicente. Ella tenía fe en que sería el nuevo embajador de España y quería que yo también tuviera esperanza en que aquello iba a ocurrir. Y entonces oímos el disparo. Tu madre salió como una loca de la cocina y yo, que no entendía muy bien qué estaba pasando, me quedé allí, quieta, creyendo que había sido el ruido del tubo de escape de una moto o un vehículo. ¡Qué tonta! Entonces oí el segundo disparo y caí en la cuenta de que estábamos en medio de la selva. Me costó reaccionar y entender que lo que estaba pasando no era normal. Cuando salí de la cocina vi cómo disparaban a tu hermano. No lo podía creer, Chantal y yo jamás imaginamos que aquella noche iba a terminar de esa manera. Solo era una reunión de negocios.

»Después de aquella noche, ya sabes, te fuimos a buscar y tú no querías venirte con nosotros. ¿Cómo ibas a querer hacerlo? Yo

estaba allí y no hice nada. Y Dengo tampoco me dejó hacer nada por los pobres hombres que condenaron. Me amenazó con contar que yo había estado allí y que era yo la que había organizado la reunión. Tenía las conversaciones grabadas entre Chantal y yo. Me sentí atrapada.

Respiró hondo varias veces moviendo la cabeza hacia los lados sin poder creer todo aquel horror que vivió.

—En cuanto al collar Flor del Zaire, lo guardé y lo escondí en la caja fuerte; no quería que cayese en manos de aquel hombre, ni de nadie. Esa noche desmantelaron toda la casa buscándolo como locos, pero estaba guardado en mi bolso. —Se rio al recordarlo—. En ningún momento pensaron que lo tenía yo. Esa fue mi pequeña venganza ante aquella barbaridad. Me juré aquella noche que jamás dejaría que cayese en sus manos. Solo se lo daría a la persona adecuada. Y esa eres tú, Camila. Tú y tu madre han sido las únicas mujeres que han llevado puesto ese magnífico collar. Solo ustedes, las únicas dueñas del collar Flor del Zaire. Lo siento, Camila.

Todos se quedaron en silencio cuando Alicia terminó. Ninguno de los que estaba en la habitación había esperado que la conversación fuese a tomar semejante rumbo.

Jerome, al igual que Declan, creían que Vicente era el que estaba implicado en los asesinatos de los Oramas. Estaban impactados por el relato de Alicia y el giro de los acontecimientos.

Vicente miraba con compasión a su mujer. Era la primera vez que Alicia hablaba de aquello. Él no sabía con exactitud qué había ocurrido esa noche, solo sabía que ella había estado allí y que Dengo la había chantajeado por su culpa. Por esa razón él no había hecho más que protegerla y cuidarla, tapando y callando todo lo que tenía que ver con ese asunto. Pero no funcionó, Alicia jamás volvió a ser la misma y la depresión se volvió una nube negra constante en aquella mujer a la que quería tanto.

Camila aún seguía aturdida por lo relatado.

—No entiendo por qué me dijiste que habías sido tú. —La pregunta de Declan a Vicente rompió el silencio que se había creado —. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque fui yo, Declan. Si no hubiera dejado olvidados aquellos malditos papeles que Chantal me pidió que llevara al general Ngona en el despacho de Dengo, jamás habría pasado nada de lo que ocurrió. Ni los Oramas hubieran fallecido ni mi mujer se hubiese visto embaucada en aquella manipulación del general. Chantal era la que quería hacer los negocios con el Gobierno, pero el último responsable de lo ocurrido soy yo.

—¿Pero tú también sabías algo de esto? —le preguntó Camila a Declan, que todavía estaba aturdida.

—Creía que lo sabía, pero ahora veo que no. No supe nada de lo que había pasado con tu familia hasta que Vicente y Alicia llegaron diez días después contigo, a Saint Germain, y me contaron lo ocurrido. Durante varios días estuvimos pensando qué hacer contigo. Si llevarte con tus abuelos o dejarte con tus padrinos, que, al fin y al cabo, eran las personas de confianza de tus padres. Así que decidimos que te quedarías con ellos. —Se ajustó las gafas—. Cuando la última noche Vicente apareció en mi dormitorio y me pidió el sacramento de confesión, lo confesé —dijo abatido—. Imagínate mi sorpresa cuando escuché de su boca que él había sido el responsable de lo sucedido al informar al Gobierno de la existencia de diamantes en los terrenos de tus padres. Y que habían sido los hombres del Gobierno quienes los habían matado. Imagínate saber eso y no poder decírselo a nadie. Imagínate saber que a los que culparon por los asesinatos eran inocentes y no poder decir ni hacer nada. Joder, era secreto de confesión —dijo con la voz quebrada—. Me sentí un miserable y un asesino. Cuando los ejecutaron, yo sabía una parte de la verdad, sabía que los verdaderos asesinos seguían libres y por culpa de mi juramento ante Dios no puede hacer nada. Te eché la culpa de sus muertes, tanto de la familia de los Oramas como de aquellos pobres inocentes —le dijo a Vicente—. Lo siento.

A raíz de aquella confesión perdió su fe en Dios y en el hombre. Jamás se sintió tan perdido como en ese momento. ¿Cómo podía permitir Dios que personas inocentes fueran ejecutadas por crímenes que no cometieron y que los verdaderos culpables siguieran campando a sus anchas? ¿Cómo podía permitir Dios que él lo supiera todo y que, por un maldito juramento, no pudiese salvar

las vidas de esos pobres hombres? ¿Cómo podía permitir Dios dejar sin familia a una niña de solo diez años por la avaricia de los hombres?

Muchas veces había visto situaciones así, en las que un niño se quedaba solo en el mundo por culpa de una enfermedad o accidente que acababa con las vidas de los padres… Lo había tomado como algo natural, la naturaleza era así… Deshecha a los más débiles y se queda con los más fuertes… Pero en ese caso era todo diferente, era el mismo hombre el que había ocasionado el mal. El hombre por el que Cristo dio su vida en la cruz.

¿Cómo podía permitir Dios que alguien al que se suponía que respetaba y quería como amigo fuese capaz de no hacer nada ante los asesinatos de sus mejores amigos, que lo consideraban parte de su familia? ¿Cómo podía haber un Dios tan cruel? ¿Por qué Dios había enviado a su hijo para salvar a un hombre tan egoísta, tan destructor, tan avaro? ¿Cómo era posible que Dios perdonase eso…? ¿Acaso el hombre merecía ser salvado? Si el hombre estaba hecho a imagen y semejanza de Dios, ¿Dios era igual de egoísta?…

Todas esas preguntas y muchas más lo atormentaron durante meses, y se vio obligado, porque su conciencia no se lo permitía, a dejar el sacerdocio… Ya no era un hombre de Dios, era un hombre perdido en el mundo en busca de respuestas… Hasta que volvió a casa, meses después, a su antigua Escocia… y encontró las respuestas en Abril Duncan. Una mujer excepcional que le devolvió la fe en el ser humano y, por consiguiente, en Dios. Había vuelto a África siendo un hombre diferente…, pero volvió a ser el padre Declan McLeod.

—Después de aquella confesión, esa misma mañana me encargué de avisar a tus abuelos de lo sucedido y hasta que no te vi montada en ese avión con ellos no me quedé tranquilo. No podía dejarte con tus padrinos. Sé que no fuiste feliz los primeros años con ellos. Estuve a tu lado siempre que pude, si no visitándote, sí con mis cartas. Lo siento, Camila, lo que hice lo hice por tu bien.

Camila no dejaba de mirarlos a todos bastante desconcertada. No sabía lo que sentía en ese momento. Estaba en estado de *shock*. Se levantó del sillón y salió por la puerta sin decir nada. Solo sabía que

necesitaba salir de allí y alejarse de todo lo que la rodeaba en aquel momento.

30

Saint Germain.

18 de noviembre de 1996.

Camila, sentada en su cama, miraba a su marido con auténtica compasión mientras acariciaba su cabello negro como el azabache. Jerome, con la cabeza apoyada sobre su regazo, tenía cerrados los ojos de donde, en ocasiones, salía alguna fugaz lágrima que ella secaba con mucha ternura. Cuánto deseaba que no estuviese así.

Después de escuchar lo que el general le contó sobre su familia y la de Camila, a Jerome le rondaba por la cabeza una idea que lo estaba volviendo loco. Antes de acabar con él quería saberlo, necesitaba saberlo; aunque eso significase que todo por lo que había luchado no fuera más que mentira.

—¿En realidad, el Gobierno estuvo implicado en los asesinatos de mi familia? —le preguntó a Dengo.

Tenía la sensación, por lo que le había contado el general, que todo había sido un plan urdido por él.

—No, solo unos pocos hombres que ahora, por supuesto gracias a mí, han ascendido como la espuma dentro del Ejército… Aunque, tal y como están las cosas, de poco les vale ahora.

—¿Me está diciendo que todo lo que se oía por los corredores del Ejército de que mi padre ya no era digno de confianza del presidente era mentira?

—Comandante, cuando se comenzó a sospechar que tal vez lo sucedido no fuera un accidente, la única manera de hacer callar a la gente y que no siguieran investigando era metiendo al Gobierno de por medio. ¿Quién iba a querer meterse con el presidente?

Jerome lo miraba sin saber bien que decir. Tantas cosas se agolpaban en su cabeza… Dengo le había hecho pensar durante todos esos años que el verdadero culpable de todo había sido el mismísimo presidente… Y había resultado que el único culpable de todo lo que le había sucedido a su familia había sido el hombre que en ese momento tenía delante de él.

Había estado luchando durante más de diez años en contra de un Gobierno al que creía el asesino de su familia y resultaba que su lucha estaba equivocada. Por culpa de Leo Dengo y sus ansias de poder había desperdiciado gran parte de su vida en campos de batalla por una causa que no era la suya. Ahora que creía que todo estaba cada vez más cerca de terminar, que podría conseguir su venganza, resultaba que su objetivo estaba por completo equivocado. No debería haber luchado contra Mobutu, debía haber puesto todo su empeño en eliminar al desgraciado que tenía ante sí. El único culpable de todo era el general Dengo.

Tomó su arma y disparó a su vientre. Le iba a proporcionar la misma muerte que hacía unos meses le había pedido a Lutongo que le diera. Dejaría que se desangrara muy despacio…

André se acercó a Dengo con su cuchillo e hizo un ligero movimiento con él provocando que un desgarrador alarido saliese de la garganta del general. Jerome imaginaba lo que su amigo acababa de hacer.

—Por Samuel. —Hizo otro movimiento que provocó un nuevo grito de dolor—. Y por el ojo que perdí.

Le escupió en la cara ensangrentada.

Jerome podría haber apartado la mirada ante la desagradable estampa que estaba presenciando, pero no lo hizo. Por primera vez experimentaba satisfacción al ver que se torturaba a un hombre. Esa vez no sintió asco, ni le importó que las cuencas de sus ojos estuvieran ahora vacías, ni que sus globos oculares estuvieran en el suelo pisoteados por las botas de André, ni que parte de sus vísceras colgaran de su vientre. Esa vez, nada le importaba. Lo haría sufrir lo indecible antes de morir. La venganza, después de tantos años, se servía en plato frío. Sabía que en este momento estaba siendo igual

de despreciable que el hombre que tenía enfrente, pero ya arreglaría sus cuentas con Dios cuando tocase la hora.

Jerome se abrazó a su mujer después de contarle lo sucedió. Camila quería consolarlo, pero se sentía incapaz. ¿Cómo consolar a alguien que lleva diez años luchando por una razón que ahora sabía que estaba equivocada? ¿Cómo consolar a alguien que durante diez años había llevado una vida que no deseaba, pero que por una promesa que se había impuesto no podía dejarla, y ahora descubría que esa promesa no había sido más que una mentira? ¿Cómo consolar a alguien que había hecho todo lo que había hecho –matado, robado, mentido, ser un fugitivo– por conseguir un objetivo y descubría que ese objetivo era erróneo?

Camila no lo sabía, no sabía cómo lo podía consolar. Solo podía estar a su lado acompañándolo, esperando que el tiempo diese su respuesta… si la daba. Ahora entendía por qué Jerome había estado tan distante con ella desde su última misión. Había estado digiriendo a solas que su vida era una equivocación. Algo que ella, por supuesto, no compartía. Porque, si no, ellos no se habrían conocido, no estarían juntos, no estarían esperando a que su hija naciese de un momento a otro… Pero ¿cómo hacérselo entender si ella casi lo deja por considerarlo un asesino, por no saber si podría soportar compartir su vida con un hombre de la guerra como él?

Desde que llegaron a Saint Germain lo había visto vagar por la misión, aislándose de ella cada vez más. A veces ayudaba a Declan en la finalización de la antigua escuela, otras estaba en los nuevos cafetales con los campesinos, en alguna ocasión le pedía que lo acompañase a pasear por Lombe, pero no hablaba, no contaba nada y eso la estaba destrozando por dentó… En otros momentos, no sabía dónde estaba, aunque ahora sabía que estaría haciendo una evaluación de su vida como la que acababa de hacer esa misma tarde con ella.

Por fin, después de tantos días, se había atrevido a contarle lo que le pasaba. Sentía que se le rompía el corazón al ver a su marido así. Derrotado.

—En cuanto nazca Catherine, me iré… ¿y por qué causa lucharé, *Zaireña*? Ya no tengo un objetivo, ni una razón… y no puedo dejar la Alianza así como así. Me tratarían como a un desertor y estoy cansado de huir. Hasta que Mobutu caiga, no me dejarán marchar; estamos muy cerca de lograrlo.

—Pues esa será tu causa ahora. Hacer que caiga lo antes posible para que vuelvas con nosotras, con tu familia. ¿Qué mejor causa que esa? —Jerome sonrió mirándola a los ojos—. Sabes que Zaire necesita un cambio de Gobierno ya. Necesita a alguien nuevo que lleve al país a la democracia. Ya no tienes una, tienes dos causas. ¿Qué mejor causa que darle a tu hija un país libre, donde todos puedan estudiar, tener un trabajo digno, donde se pueda votar…?

—¿Pero tú no decías que creías que Kabila sería el mismo perro con distinto collar?

—Sí, pero habla de democracia.

—Y Mobutu también, lleva años haciéndolo. Y no ha hecho nada.

—Y nunca lo hará. Por lo menos con Kabila habrá un cambio. A su alrededor hay gente que sí desea la democracia… A lo mejor…

Puso su mano sobre su boca para hacerla callar y sonrió.

—No sé qué haría sin ti. —Acarició su dulce rostro—. En realidad, son tres causas por las que luchar. Catherine, el país y, la más importante, tú. Antes solo tenía una. —Sonrió—. Los hijos se irán, se casarán, formarán su familia. El país avanzará —dijo con esperanza —. Estará donde se merece estar después de tanto tiempo. Será libre. Pero volver a tu lado y pasar el resto de mi vida contigo será lo mejor sin lugar a duda. Será la mejor causa de las tres. Te prometo, Marie Camila Oramas Chevalier, señora Ngona, que haré que Mobutu caiga lo antes posible para volver a tu lado y al de nuestros hijos —dijo acariciando su vientre.

Camila sonrió y lo besó, notando cómo se humedecía su zona más íntima.

—¿Hijos? —preguntó sonriendo.

—¿No decías que querías un equipo de fútbol? —dijo riendo mientras jugueteaba con uno de sus pechos—. Te recuerdo que un equipo lo forman once. Entre tú, Catherine y yo solo somos tres, nos quedan ocho.

Se sintió incómoda de repente. ¿Por qué estaba soltando tanto flujo? Cayó en la cuenta.

—Jerome, creo que te tienes que levantar —dijo tratando de mantener la calma. Él la miró sin comprender—. Acabo de romper aguas.

Era la milésima vez que se paseaba por aquel patio oscuro. Hacía solo unas horas estaba iluminado por la luz del sol y ahora, bajo la luz de la luna, le seguía pareciendo igual de tétrico que durante el día. Miraba a Declan y lo veía sentado en el mismo escalón que hacía una hora y no entendía cómo podía estar tan tranquilo. Él estaba de los nervios.

Camila llevaba nueve horas de parto y solo en tres ocasiones habían salido Margarita, la hermana Concepción o el padre Maurice para decirle que todo estaba yendo bien. Solo tres veces en nueve horas, pensó. Eso quería decir que habían salido una media de una vez cada tres horas, eso era muy poco. Algo debía estar yendo mal y no se lo querían decir. Llevaba muchas horas de parto. Y encima la niña se había adelantado al nacer dos semanas antes de lo previsto. Tal vez no debieron descartar la idea de dar a luz en Kinshasa. La clínica del Dr. Agassi estaba mejor preparada si surgía alguna complicación. Al fin y al cabo, Saint Hospital no dejaba de ser un hospital rural. No podía tardar tanto en dar a luz, se dijo desesperado. Se dirigió al pabellón donde la tenían.

—¿A dónde vas? —le preguntó Emilio, que lo había visto entrar—. Sabes que las normas aquí son las de esperar. No puedes pasar. No es el único parto que hay.

—A la mierda las normas. Quiero ver a mi mujer. ¿Dónde está? —Emilio lo miró con atención y de repente se rio—. ¿De qué te ríes? —le preguntó molesto.

—De ti. Ahora entiendo qué vio Camila en ti. Los dos sois iguales. —Sonrió—. Venga, te llevo hasta donde está.

—Gracias.

Emilio le entregó ropa de quirófano. Una bata azul, un gorro verde, unos guantes de látex y unas calzas verdes también. Se vistió

a toda prisa. Abrió la puerta y la vio allí tumbada, con el pelo pegado al rostro rojo por el esfuerzo que estaba haciendo y el camisón pegado a su cuerpo a causa del sudor. Nunca había estado presente en un parto y jamás se imaginó que se pareciera a aquello. En alguna que otra película había visto algo parecido, pero siempre pensó que estaban exagerando.

De repente, su cara se relajó y lo vio. Ella le sonrió con una mueca y le extendió la mano para que estuviera a su lado. Ella estaba dando a luz de su hija. Le agarró la mano, seguro de lo que ella sentía por él.

—Un último esfuerzo —gritó Margarita, que era la matrona que estaba llevando el parto.

Camila emitió un fuerte gruñido mientras apretaba la mano de su marido con fuerza y gritó. La presión y el dolor que sentía acababan de desaparecer. Dos llantos llenaron la sala. El de su bebé y el de ella. Miró a Jerome, que tenía lágrimas en los ojos de emoción, y se rio nerviosa sin ser consciente de hacerlo. Todo acababa de terminar.

—Siento deciros que no es una niña. Es un niño —dijo Margarita poniendo a su hijo sobre el pecho de Camila con una sonrisa.

—Un niño —dijo Jerome mirando con atención el sexo de su hijo —. Creo que ya no lo podremos llamar Catherine Chantal —dijo riendo.

—¿Qué te parece llamarlo Samuel? Como su tío. Cayetano es impronunciable aquí. Aurélien… no me gusta y a ti tampoco… En cambio, Samuel…

—Me gusta más Jacques. Jacques Samuel, como sus tíos. Me parece el nombre perfecto para él —dijo mirando a su hijo.

Camila sonrió.

—Sí, es el nombre perfecto para él.

Jerome acarició el pelo sudoroso de su mujer mientras observaba la cara de Jacques buscando algún parecido con alguno de los dos. Por el momento, a Camila, por lo pequeñito que era. Pero por lo demás, no tenía ni idea de a quién se parecía. Tomó su manita con suavidad, sus dedos no llegaban a cubrir su dedo pulgar. Se maravilló de que un ser tan pequeño fuera a convertirse en un hombre. Una vez él debió ser así.

—Es muy guapo —dijo Camila—. Se parece a ti.

—¿Tú crees?

Ella asintió.

—Sí, la forma de sus ojos es igual que la tuya. —Lo miró y le sonrió—. Jerome, gracias. Gracias por estar aquí conmigo. Gracias por darme este hijo. Gracias por quererme. Gracias por hacerme feliz.

—No, gracias a ti por todo esto y más. Te quiero. Te amo. Os quiero. Os amo. Jamás imaginé que algo así fuera posible para un hombre como yo.

La besó. Besó a su hijo. La volvió a besar. Ellos eran su familia. La familia que tanto había anhelado. Se sintió feliz y dichoso.

—Prométeme una cosa, *Zaireña*. Si alguna vez me comporto igual de distante, serio, poco cariñoso con Jacques o con alguno de nuestros hijos como hizo mi padre conmigo, dímelo. No quiero que mis hijos me recuerden como yo recuerdo al mío. Quiero saber, cuando mi vida acabe, que he sido un buen padre.

Camila asintió.

—Serás un buen padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Te he visto con Hubert, con Julié, con René. Te adoran. Te vi con Eve. Te adoraba. No me cabe ninguna duda de que serás un buen padre. Te amo.

Un año después del nacimiento de Jacques, estaban en el mismo hospital por el mismo motivo. Su cuñada Louise acababa de dar a luz a su segunda hija, Marie. Una niña preciosa. Camila sonrió al recordar lo feliz que se sintió cuando tuvo a Jacques por primera vez entre sus brazos e imaginó que Louise se debía sentir igual en ese instante.

Buscó a su hijo con la mirada. Jerome estaba jugando con él. Se sintió orgullosa. Jacques era un calco de su padre. Había sacado sus ojos azules, su nariz, su sonrisa. Su tono de piel quizá era un poco más claro que el de él…, pero sabía que si alguna vez hubiese conocido a su marido cuando niño habría visto que era igual que su hijo.

Miró su vientre y lo tocó. Aún no se notaba, pero estaba de dos meses. Hacía una semana que se habían enterado. Iban a ser papás por segunda vez. Se rio. No le extrañaba. Desde que la guerra terminó y Jerome regresó a casa, no había ni un día, después del trabajo del hospital y del duro quehacer en las tierras, en el que su marido y ella, cuando Jacques por fin se quedaba dormido, no aprovecharan y tratasen de recuperar el tiempo perdido por la separación de la guerra.

Seis meses, pensó. Seis meses habían estado sin verse de nuevo. Seis meses que esa vez pasaron más rápido gracias a que tenía una nueva ocupación, su hijo. Pero no dejó de ser menos angustiante que la primera y la segunda vez que atravesaron por esa situación. De hecho, quizá esa última vez lo había sido más porque lo último que deseaba era que su hijo se quedase sin padre, igual que le había sucedido a ella.

No pudo evitar pensar en Vicente y en Alicia y cuánto se alegrarían de la noticia del segundo embarazo. A pesar del secreto que habían guardado durante tantos años, ella sabía que, al igual que su familia y ella, y la familia de Jerome, ellos solo fueron víctimas de un hombre sin escrúpulos que antepuso sus deseos y necesidades a la vida de las personas que lo rodeaban. Jamás los culpó de la muerte de su familia, pero sí durante un tiempo se sintió muy dolida y traicionada por el silencio de tantos años. Le habría gustado saber lo sucedido mucho antes, sobre todo, para poder entender lo ocurrido aquella noche. Para poder comprender, por fin, que no importaba lo que ella hubiera hecho o no para salvarlos, su familia habría muerto igualmente. Dengo ya había tomado la decisión: si no conseguía lo que quería por las buenas, lo haría por las malas.

Unos meses después, Olivier Mende, tras una entrevista con Vicente y Alicia, y Jerome y André, publicó en el periódico de Bandundu una serie de artículos con todas las artimañas del general Dengo. El Gobierno de Mobutu se desentendió por completo de las acusaciones poniendo toda la responsabilidad sobre el general. Sin embargo, después del primer artículo, siguieron salieron a la luz más trapos sucios sobre él. La gente ya no tenía miedo a hablar, él

estaba muerto y el Gobierno, cada vez más debilitado por la guerra civil, no contaba con el apoyo de antaño.

Para ella, el que sus padrinos accediesen a aquella entrevista, aunque fuese como fuente anónima, fue liberador. Se sintió agradecida porque al final el mundo sabía lo que le había pasado a su familia y se exoneró de forma póstuma a aquellos pobres hombres inocentes a los que culparon de sus muertes. Aquel gesto de sus padrinos, el mostrar al mundo la verdad, hizo que la traición que había sentido porque le ocultaron lo ocurrido se mitigara y fuera desapareciendo hasta que, al final, los perdonó por tantos años de silencio.

Su vida ahora estaba en Zaire, o en la República Democrática del Congo, como el general Kabila la había rebautizado cuando se autoproclamó presidente. Su vida estaba al lado de Declan, de Lucréce, de René, de Marcel, de Berthe, de Louise, de Hubert, de Albert, de Julié, de Marie, de Faustin, de sus padrinos –que acababan de volver de España tras la guerra–…

Estaba al lado de los dos hombres de su vida. De Jacques y del más importante para ella, Jerome. Sí, quería a sus hijos. Se tocó el vientre. Los adoraba…, pero no podía evitar sentir que, gracias a Jerome, tenía gran parte de lo que le hacía sentirse feliz y lo amaba más por eso. Ese sentimiento se lo guardaba para ella y solo en ocasiones se lo decía a él cuando dormía.

Una vez lo había comentado con Louise y Lucréce y casi la tachan de mala madre por querer más a su marido que a su propio hijo… Si era así, ¿qué podía hacer? Amó a Jerome la primera vez que lo vio y lo amaría siempre. De eso estaba segura. Su naturaleza era así.

—¿En qué piensas? —Ella lo miró con atención con una sonrisa—. ¿En mí?—le preguntó sentándose a su lado, en el mismo escalón que Declan había estado sentado un año antes.

Ella se sonrojó y él supo que había acertado. Sonrió. Aún no entendía cómo podía sonrojarse por algo que él le decía después del tiempo que llevaban juntos. Le encantaba que lo hiciera.

—¿Y qué pensabas de mí?

Le entregó a Jacques, que se había quedado dormido, y tomándole la mano entrelazó sus dedos.

—En que te quiero.

Jerome sonrió y la besó.

—*Zaireña,* te quiero de la misma manera que tú me quieres a mí. Te quiero más que a cualquier otra persona que exista en el mundo —dijo acariciando la cabecita de Jacques.

Camila lo miró sorprendida.

—¿Estabas despierto anoche?

—Sí, y la vez anterior que me lo dijiste, también. —Se sintió avergonzada. Sujetó su barbilla y la obligó a mirarlo—. No te sientas mal por amarme así. Yo no lo hago. Puede que los demás no nos entiendan, pero eso me hace tener la certeza de que lo que tú y yo sentimos es auténtico, es único. Y hay que darle las gracias a Dios por darnos el privilegio de amarnos así y de tener la familia que estamos creando.

Ella sonrió.

—¿Lo ves? —dijo riendo—. ¿Cómo no voy a quererte como te quiero?

Se fundieron en un tierno beso sin ser conscientes de que su hijo se había despertado. Los miró aún medio dormido y levantó la camisa de su madre como hacía siempre que tenía hambre. Camila lo pegó a su pecho y dejó que se alimentara mientras Jerome miraba embelesado a las personas que más quería.

31

En algún lugar de la recién proclamada República Democrática del Congo.

5 meses después.

Cerró la puerta con premura. No quería despertar a nadie; todos estaban durmiendo. Si era cierta la información que acababa de recibir, tendría una buena baza para llegar al presidente Kabila y ascender.

Sacó la llave del cajón de su escritorio, que siempre la tenía a buen recaudo, escondida en el hueco del lomo de *El arte de la guerra*, y lo abrió.

Unas decenas de disquetes, bien ordenados por fechas, se desplegaron ante él. Sabía que había hecho bien en hacer copias de todas las misiones que se habían llevado a cabo en las provincias del este, durante la guerra. Su instinto no le había fallado. Pensó que tal vez en algún momento serían necesarios y ahora estaba a punto de descubrirlo.

Buscó septiembre de 1996 y allí estaba: misión Makelele. Introdujo el rígido dispositivo en el ordenador y allí aparecieron los nombres de quienes participaron en la operación. Sonrió. Su informante tenía razón, el ex comandante Ngona era el que había dirigido la operación junto con el comandante Kahenga.

Se hizo hacia atrás en la silla y volvió a sonreír. Abrió el otro cajón del escritorio y sujetó una carpeta que contenía una sola fotografía. La sacó y se recreó en el escote la mujer blanca que aparecía en ella. Lucía un fastuoso y enigmático diamante colgado en el cuello. Hacía unos meses, esa fotografía había llegado a su poder de casualidad, unos documentos mal archivados del General Dengo habían terminado sobre su mesa y esa preciosidad ante él. Si era

cierto lo que el soldado le había revelado y Dengo tenía en su poder toda la documentación del paradero de las cuentas bancarias del revocado presidente Mobutu, tal vez, allí encontraría más sobre esa impresionante joya.

Se imaginó matando dos pájaros de un tiro. Conseguiría el favor del presidente de la República y de su nuevo gobierno, y él se haría con ese diamante.

Se hizo hacia atrás y se apoyó en el respaldo de la silla con una sensación de triunfo. Abrió su caja de puros plateada y se encendió uno.

Esto había que celebrarlo.

Gracias por leer esta novela.
Me ayudarás a difundirla si haces una valoración en Amazon a través del QR de la siguiente página.

Y como agradecimiento, te dejo, a continuación, el primer capítulo de la próxima novela de la saga *Flor del Zaire.*

Capítulo 1
Tercera novela de Flor del Zaire

Lombe, Saint Germain, abril de 1998

Camila cerró la puerta sin mirar atrás. El golpe seco bastó para sentenciar a Jerome. Se quedó de pie, con los puños cerrados y la garganta seca. Se quedó en silencio y con el vacío de lo que alguna vez fueron.

Quería correr tras ella y decirle que se quedara, pero se contuvo. El amor había sido reemplazado por el peso del dolor, y él no encontraba la forma de volver a ella. Camila le había pedido espacio y eso iba a darle. Sabía que su mujer estaba sufriendo, y él fue el causante de ese sufrimiento. Por más que intentaba explicarle y disculparse por lo sucedido, ella lo seguía rehuyendo. Cada vez que trataba de acercarse, ella se alejaba aún más.

Jerome, durante estos últimos dos meses, había sido consciente de cómo, viviendo bajo el mismo techo, Camila estaba a cientos de kilómetros de él. De cómo, durmiendo en la misma cama, un muro los separaba.

«Siempre te elegiré a ti», le dijo innumerables veces. Pero parecía que esas palabras, en lugar de acercarla, la envolvían en un silencio ensordecedor y en un mutismo que le resultaba insoportable.

Necesitaba despejarse; en aquella casa tan silenciosa, sin el correteo y las risas de su hijo, se iba a volver loco. Se puso las gafas de sol que cubrieron sus bonitos ojos azules, del color de las playas de Fuerteventura, como le decía su esposa antes de todo esto, agarró la correa de Alemán, la enganchó al animal y salieron a dar un paseo.

El día estaba soleado y el sol calentaba lo justo para que no se notase la humedad del ambiente. Sabía que una caminata le vendría bien para olvidar, por un rato, la frustración e impotencia que sentía desde hacía semanas y que hoy estaba exacerbada al verlos partir.

Suspiró. Soltó al perro, se quitó la camiseta y ambos echaron a correr. Necesitaba dejar de pensar y, sobre todo, dejar de sentir por

un momento.

Apremió la carrera cuando comenzó la cuesta que lo llevaba hasta los cafetales. Necesitaba ponerse a prueba. Necesitaba saber que aún estaba en forma, que seguía fuerte a pesar de llevar más de un año sin estar en un campo de batalla. Necesitaba sentir que había algo que controlaba. Su cuerpo era lo único que sentía que aún estaba bajo control.

Vio bajar la camioneta de Marion. Se apartó a un lado del camino y la saludó con la mano. Continuó con la carrera mientras la cuesta se hacía cada vez más empinada. No fue consciente de cómo la mujer se recreaba con su mestizo torso desnudo, que, a pesar de las cicatrices, seguía siendo agradable de mirar.

—¡Comandante! —le gritó Mathis desde uno de los bancales de los cafetales—. Pensábamos que ya no venía.

A Jerome le sorprendía que lo siguieran llamando así. Hacía tiempo que había dejado de ser el comandante Ngona, fugitivo de la guerrilla rebelde del Zaire, para convertirse en Jerome. Un simple agricultor de la República Democrática del Congo. Un hombre que vivía de lo que cultivaba en sus tierras y de sus animales. Un padre de familia que adoraba a su mujer y a su hijo.

«Camila...», volvió a pensar en ella y suspiró. Necesitaba sacársela de la cabeza, por lo menos, por unas horas.

Se acercó al grupo de hombres y mujeres que trabajaban en sus tierras mientras se ponía la camiseta. Se había dado cuenta de cómo observaban las cicatrices de su cuerpo y aún le molestaban esas miradas poco discretas. Entonces, vio todo el material en el suelo y recordó que había quedado con Marion para recoger los componentes del sistema de regadío que había pensado instalar en uno de los cafetales. Con lo ocurrido esa mañana, lo había olvidado.

Se dirigió con Mathis al cuarto de herramientas, que tenía en uno de los laterales de los cultivos, más animado de lo que había estado durante el día. Tenía previsto empezar al día siguiente con la construcción del nuevo sistema de regadío. Ese era tan buen día como cualquier otro. Quería no pensar, no sentir, solo estar ocupado. Sabía que, cuando empezaba con algún proyecto, se olvidaba de todo y el tiempo pasaba volando.

Si el nuevo sistema de regadío funcionaba como él creía, esperaba implantarlo en el resto de sus cultivos y proponerlo en Saint Germain y a los demás agricultores de la zona. Podía ser una buena forma de conseguir agua sin necesidad de esperar a las lluvias o ir hasta los pozos o al río, que estaban a varios kilómetros. Incluso se podría construir una estructura para conseguir agua potable. Por el momento, se iba a centrar en crear un sistema de regadío que sirviese para recoger la humedad condensada en el ambiente y convertirla en agua para sus cultivos.

Colocaron el tablero y las burras que le hacían de mesa en medio del cafetal. Sacó el plano en el que había estado trabajando desde hacía más de un mes y trajo las herramientas que creía que iba a necesitar. Quería crear el prototipo de regadío.

Comprobó que el material que necesitaba estaba en buen estado y se dio cuenta de que faltaban algunas tuberías, manguitos, válvulas, racores... No estaba todo. Aun así, con lo que tenía podía empezar. Le pidió a Mathis que lo ayudara mientras algunos de los jornaleros se dedicaban a trabajar en los cultivos y otros a cuidar a las pocas reses que tenía por ahora.

Ese año había plantado café, plataneras, batata, papa y, en cuanto recogiesen la última cosecha de papas, prepararían la tierra para dejarla en barbecho y plantar maíz a finales de julio, principios de agosto. Estaba contento con cómo estaba saliendo todo con las tierras. Si todo seguía así, tendrían una buena cosecha y podría aumentar en un par las cabezas de ganado las que ya tenía. Por lo menos, en este aspecto, todo marchaba bien.

Se secó las gotas de sudor de la frente y, en ese momento, vio llegar a Marion. Traía más material en la parte trasera de la camioneta. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó para ayudarla a descargar.

Marion rondaba los cuarenta y pocos años. Su piel era más oscura que la de él; no era mestiza, pero podría pasar por una mujer birracial. De no haber sido tan ruda en sus ademanes y en su forma de hablar, podría haber sido guapa. Con el tiempo, Jerome se había acostumbrado a esa fuerza y a esa rudeza, y veía en ella a una mujer que se tuvo que hacer a sí misma tras el fallecimiento de su

marido, unos años atrás. Marion se había puesto al frente del negocio de su esposo y le había dado la vuelta. De una simple tienda de aceite y vinagre había creado un pequeño imperio con el que proveía de materiales a los agricultores de la zona y alrededores. Traía todo tipo de pienso para los animales, semillas para los cultivos... Todo lo que uno quisiera para trabajar la tierra, ella lo conseguía.

Jerome sospechaba que no todo lo que traía venía de forma legal, pero ¿quién era él para juzgarlo? Él también hizo cosas que rozaban la ilegalidad. Para qué mentirse, había hecho cosas muy ilegales, tan ilegales que, si Laurent Kabila no hubiera ganado la guerra y no fuera el actual presidente de la República Democrática del Congo, él estaría ahora mismo muerto. O en la cárcel. O sería un fugitivo de la justicia acusado de tráfico de armas, secuestro, robo, asesinato y, lo más seguro es que también de algún cargo más que no había cometido.

Suspiró.

Por fortuna, todo aquello ya pasó y ahora solo era Jerome Ngona.

Un hombre que, cuando se liberó de su promesa de venganza, regresó a sus orígenes en Kinshasa y encontró que la poca familia que había dejado atrás —sus abuelos y su cuñada con dos de sus sobrinos— había desaparecido. Unos habían muerto; y de los otros no se sabía nada, salvo que se marcharon del país. Solo quedaban su hermana Louise y él.

La mujer lo saludó con un golpe en el brazo. Jerome, aunque sabía cómo era, siempre se sorprendía de su fuerza; le parecía estar ante alguno de sus hombres de la Alianza. Ese saludo siempre le hacía sonreír con nostalgia. Los echaba de menos. Extrañaba a sus amigos y compañeros; hacía tiempo que no los veía. También extrañaba a los hombres que fueron sus camaradas y que murieron en la batalla. Se acarició el brazo y pidió a Dios por ellos.

—Querido, he tenido que dar dos viajes —le reprochó—. Te esperé esta mañana en el mercado.

—Te pido mis disculpas, lo olvidé.

—Mmmm. —Lo miró de arriba abajo—. ¿Y Camila?

Jerome se giró y comenzó a descargar las cajas; no quería contestar a esa pregunta. La mujer, con esa fuerza que la caracterizaba, le sujetó del brazo.

—¿Y tu mujer? —volvió a preguntarle mientras lo obligaba a mirarla.

—No lo sé, Marion. No sé dónde está.

—A veces las mujeres, cuando pasan esas cosas, necesitamos tiempo.

—Sí, pero no debí hacerlo. Fue mi culpa.

—Querido, no te culpes. Solo eres un hombre. Tú de lo que te tienes que preocupar es de venir a tus tierras y de recoger el material para tu sistema de regadío. Dale tiempo.

—Se lo he dado. Se ha marchado con Jacques por unos días.

—Comprendo.

Sintió que Marion lo miraba con pena y no le gustó que lo viera así. Se apartó de ella y continuó descargando.

—Si te sirve de consuelo, me crucé con ella cuando venía para tus tierras. Iba camino de Saint Germain.

Suspiró aliviado. El pastor alemán se acercó a él y se rozó contra sus piernas, como si el animal notara su alivio. Sonrió, se agachó y lo acarició.

Camila no le había dicho adónde iba, pero sin apenas ropa, sin automóvil, con un bebé en brazos y teniendo que ir a trabajar al hospital, imaginaba que no habría ido muy lejos. Ahora Marion confirmaba sus sospechas. Al menos, en ese aspecto podía estar tranquilo, porque después de la primera conversación que tenían en semanas sin que su hijo estuviera involucrado, estaba bastante intranquilo. No solo porque se hubiera ido, sino porque las palabras y la rabia que salieron de su boca no las esperaba.

—No importa cuánto me abraces, Jerome. No puedes devolverme lo que me quitaste. Solo tú tienes la culpa de todo esto. No debiste hacerlo, pero lo hiciste.

—Sabes que siempre te elegiré a ti. Siempre te elijo a ti.

—No, Jerome. Ese día te elegiste a ti mismo. Deberías haberla elegido a ella. Necesito espacio.

Agarró a Jacques, y allí se quedó, como un estúpido, mirando cómo su mujer y su hijo salían por la puerta de su casa sin saber adónde iban y sin poder hacer nada. Ya lo había hecho todo, y por fin ella le revelaba qué era lo que le pasaba. Camila lo culpaba de lo ocurrido. Era lo que había temido todo ese tiempo, y lo único que le quedaba era darle ese espacio que le pedía.

Al principio de ocurrir todo, creyó que ella lo entendería, pero cuando vio que llevaba dos semanas sin salir de la cama, supo que su mujer no estaba bien. La culpabilidad que ya sentía se intensificó aún más. No solo había cometido un acto imperdonable, sino que ahora su mujer sufría por ello. No sabía qué hacer. Era una mujer fuerte, pero esto... esto era diferente. Algo en ella se había roto y no encontraba la manera de recomponerse.

Ahí fue cuando pidió ayuda a los compañeros del hospital de Camila, a Lucréce, a su hermana, a Declan, a Marion... Él era incapaz de llegar a su esposa. Él solo no podía.

Y entonces fue cuando ella empezó a mejorar. Comenzó de nuevo a abrazar a Jacques, a jugar con él, volvió al trabajo; pero con él seguía igual. Su encantadora mujer era un témpano en la distancia y no dejaba que se acercase, que la tocase. A sus preguntas solo contestaba con monosílabos, y cuando tenía que hablar con él, solo lo hacía si era para comentarle algo sobre Jacques. Tenía la sensación de que había perdido a su esposa. No sabía cómo recuperarla.

Al menos, esa mañana había cambiado algo. Tuvieron una conversación muy diferente a las que solían tener. Y eso lo intranquilizaba. Llevaba tantas semanas acostumbrado a su silencio que no sabía si esas palabras eran un avance o, por el contrario, significaban que lo que estaba roto era su matrimonio.

Decidió dejar de pensar en eso. «Aquí y ahora», se dijo. Ese siempre había sido su lema en estos últimos años y necesitaba volver a recuperarlo.

Cuando estaba en la guerrilla, solo vivía el momento; jamás pensaba en qué podría pasar al día siguiente, o en unas horas, en unos minutos. Vivía tan al límite que no sabía si mañana estaría vivo o si en un rato estaría muerto. Se dedicó a vivir el aquí y el ahora, y

momento a momento había ido sumando días, semanas, meses, años... Pero todo cambió cuando apareció ella.

Con Camila empezó a pensar en el futuro, a imaginar cómo sería su vida si dejaba la lucha, cómo sería tener una familia, ser algo más que un soldado, ser marido, padre... Con ella sintió que era posible un futuro para él. Estaba tan agradecido de que ella hubiese aparecido en su vida que a veces no sabía si era capaz de mostrárselo o hacérselo saber. La amaba y quería volver a recuperar a su mujer. No se iba a dar por vencido. Cuando llegase el fin de semana, iría a Saint Germain a ver a su hijo e intentaría un acercamiento con su esposa.

«Todo irá bien», se dijo para animarse.

Ahora estaba allí, en sus tierras de cultivo, y era en lo que se iba a centrar.

Terminó de descargar la camioneta y, tras despedirse de Marion, se puso de nuevo a trabajar. Había mucho por hacer.

Se dirigió a la caseta de herramientas; se le habían quedado atrás las llaves que necesitaba para empatar las tuberías.

—Comandante.

Se giró, y una mujer de no más de veinte años, bien parecida, estaba apoyada en el dintel de la puerta.

—Estel, qué bien que estés aquí. —Así lo ayudaría a cargar con las herramientas.

—¿Te parece bien que esté aquí?

—Claro. ¿Por qué me iba a parecer mal?

La joven se acercó a él y lo besó. Aquello sí que lo encontró desprevenido.

—Pero ¿qué haces, mujer? —le preguntó en cuanto consiguió apartarla.

—Cuando el otro día me llevaste a casa, y hoy llegaste sin camiseta... vi cómo me mirabas y supe que me deseas tanto como yo a ti.

¿De qué estaba hablando?

Se desabrochó la camisa, dejó sus firmes pechos al aire, se volvió a acercar a él y lo besó de nuevo. Jerome dio un paso atrás y consiguió zafarse de ella.

—Creo que estás confundida. Lo siento si te he hecho pensar que te deseo. No era mi intención. Cuando te llevé a casa solo trataba de ser un buen vecino. Estel, estoy casado. —Trataba de ser amable con la mujer.

—Sé que Camila se ha marchado de casa. —Tragó con dificultad —. Os escuché a Marion y a ti. Jerome, sé que me deseas. Y yo te deseo.

Se volvió a acercar a él.

—Estel, quiero que te vayas. Márchate. —Se aproximó a ella y le cubrió los pechos con la camisa—. Conoces a mi mujer. —Volvió a intentar besarlo—. Ella va a volver a casa. Quiero que te vayas. Esto es impropio de una muchacha como tú —subió el tono de su voz; estaba enfadado. Una negativa era una negativa.

Vio cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Sabía que había sido muy brusco, pero la amabilidad parecía que no funcionaba con ella.

Estel salió corriendo del cuarto, y él se quedó de pie, temblando.

Habría sido demasiado tentador. En otro momento de su vida, habría aceptado la propuesta de la mujer.

Ya no era aquel hombre. Ahora, con quien quería estar era con su esposa.

Se sentía bastante frustrado y excitado.

La camioneta avanzaba a ritmo ligero por los campos de cultivo que llevaban a la misión de Saint Germain. Jerome estaba contento porque hoy iba a ver a su hijo. Lo había echado de menos. Quería abrazarlo, oír su risa, escuchar sus largas conversaciones balbuceantes que nadie, salvo él mismo, entendía. Tenía ganas hasta de escuchar su llanto. Alguna que otra noche, durante estos días, se había despertado en la oscuridad creyendo que lo oía llorar, hasta que recordaba que no estaba y se volvía a tumbar en la cama, deseando que toda esta situación se resolviese lo antes posible.

Aun así, tenía que reconocer que estos días a solas le habían venido bien. Llegaba de las tierras relajado y tranquilo. No tenía que estar buscando la forma de entablar una conversación con ella, ni

que estar midiendo sus palabras, sus actos, y sintiendo que todo lo que hacía estaba mal. Llevaba dos meses tratando de llegar a ella. Le estaba resultando una misión titánica. Nunca había estado en un campo de batalla donde llegar a su objetivo le costase tanto. No se había dado cuenta de lo desgastado que estaba hasta que ella se marchó.

Recordaba que el padre Declan le había dicho una vez que la base de un buen matrimonio era la comunicación. Eso era lo que quería: hablar y resolver las cosas. Pero en ningún momento le explicó qué hacer cuando una de las partes no quiere comunicarse. Era frustrante y agotador. Estos días de tregua le habían venido bien para agarrar fuerzas y organizar sus ideas. No se iba a rendir. No era hombre de hacerlo. Por muy terca que fuese su mujer, iba a conseguir que se sentasen a hablar tarde o temprano.

Decidió cambiar de estrategia: le daría el espacio que pedía, dejaría que lo echase de menos y aprovecharía cada vez que fuera a ver a Jacques para intentar un acercamiento.

Se bajó de la camioneta con ganas de enfrentarse a la situación, aunque también algo inquieto. Tomó aire y se adentró en la misión de Saint Germain en busca de su familia.

—¿Cómo me estás diciendo? —le preguntó a un Declan que no entendía nada, por la cara de desconcierto que tenía—. Y si no están aquí, ¿dónde están?

—Te diría que contigo, pero veo que no es así —respondió el sacerdote, y Jerome se sentó en el banco de la iglesia que tenía más a mano.

—La última vez que la vi fue el lunes pasado. Me pidió el todoterreno, me dijo que lo necesitabais porque el vuestro se había estropeado.

No se lo podía creer. Pensaba que estaba en Saint Germain por lo que le había dicho Marion, y ahora no tenía ni la más remota idea de dónde estaban su mujer y su hijo.

Por un momento se preocupó, pero la preocupación cedió ante la rabia, que ganaba cada vez más espacio en su interior. Estaba furioso y, en ese momento, era incapaz de ver que su mujer lo estaba pasando mal.

—Le daré el espacio que me pidió, pero ¡no pienso permitir que me prive de estar con mi hijo! ¡¿Me oyes, Declan?! ¡Ahí se está equivocando! —gritó, fuera de sí.

Salió de la iglesia como alma que lleva el diablo, dejando al sacerdote sin saber qué decir. Declan nunca había visto a Jerome en semejante estado.

Habían estado en situaciones muy complicadas durante la guerra, donde siempre se había mostrado impasible, frío, y actuaba como si supiera qué hacer en todo momento. Pero ahora que Camila se había llevado a Jacques, entendía que estuviera furioso, y con motivo.

Sabía que su niña estaba sufriendo, pero no estaba poniendo las cosas fáciles. Se persignó y rezó por los dos.

—A veces no te entiendo —dijo, mirando al crucifijo de madera que tenía enfrente.

Salió de la iglesia dando un portazo. Hoy se había enfadado de nuevo con Dios.

AGRADECIMIENTOS

A Antonio, por sostenerme en lo simple, en lo difícil y en lo que ni yo entendía. Gracias por apoyarme en todas mis locuras.

A mi familia, que siempre ha estado ahí y ha confiado en que esto era posible.

A quienes me han acompañado de cerca; con charlas infinitas, sesiones de zoom, infusiones calientes, ilusión y paciencia; mientras esta historia tomaba forma.

Y a ti, lector, porque entre millones de libros decidiste abrir estas páginas y darles vida. Este libro existe porque tú estás al otro lado.

Gracias por caminar conmigo.

Carol Luján

NOTA DE LA AUTORA

Escribí *La tierra donde nos encontramos y La selva que nos pertenece* cuando ni siquiera sabía que quería dedicarme a esto. Solo sabía que la historia de Camila y Jerome, en el antiguo Zaire, me emocionaba y necesitaba contarla.

Camila es más que un personaje. Es muchas de nosotras. Es la mujer que sostiene a todos mientras se olvida de sí misma. La que prefiere no sentir porque duele demasiado. Ella nos recuerda que cuando tomamos el mando de nuestra propia vida, aunque no sea perfecta, empezamos a vivir la vida para la que estamos destinadas.

Jerome es muchos hombres. Es ese hombre que carga con deberes, con historias del pasado, con culpa, con mandatos y aun así lo intenta. A veces acierta. Otras, se equivoca, cae y se levanta con la certeza de que amar es algo más que decir palabras bonitas, es algo que se demuestra con acciones.

El antiguo Zaire es un personaje más dentro de esta saga. Un país hermoso, bello y también complejo. Un país con una historia llena de heridas y cicatrices. De memorias olvidadas y silenciadas por el mundo. Allí, en ese suelo fértil, rico y con raíces profundas, crece esta historia.

Esta es una novela con heridas emocionales, con redención, con superación y con personajes contradictorios y humanos.

Es una historia que nos recuerda que cuando apostamos por lo que creemos, la esperanza surge y el amor aparece y crece.

Gracias por llegar hasta aquí. Por leer esta novela y llegar hasta la última página.

Carol Luján.

P. D.: Si quieres seguir explorando el universo de Camila y Jerome, en el antiguo Zaire, puedes escanear el código QR. Un

capítulo inédito, que no saldrá en ninguna novela, te está esperando.



BIOGRAFÍA

Carol Luján escribe como quien recuerda vidas pasadas. Enfermera de profesión, narradora por vocación, ha encontrado en la literatura el espacio para dar voz a quienes la historia oficial suele olvidar.

Autora de la saga *Flor del Zaire*, Carol se ha sumergido en la documentación y en el alma del antiguo Zaire para construir historias que cruzan fronteras sin necesidad de pasaporte.

Su narrativa es íntima, visceral y comprometida. En ella habitan mujeres con pasado y coraje, hombres que buscan redención y compasión, y escenarios cargados de memoria y simbolismo.

Aunque está comenzando su camino como escritora publicada, su voz ya resuena entre lectoras que buscan algo más que un final feliz: buscan una verdad que las haga sentir que lo vivido en cada página es auténtico.

Porque esta saga no ha hecho más que empezar.

Continúa leyendo Flor del Zaire en:

www.carollujan.com/libros

